

BIBLIOTECA
POPULAR

PQ6565
.S4
F5

003202



1080019048

MEXICO.



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

FLORES Y ESPINAS

COLECCION DE POESIAS

DE

JOSÉ SELGA

Eme. De Veracruz



Capilla / Monstru
Biblioteca Universita



40492

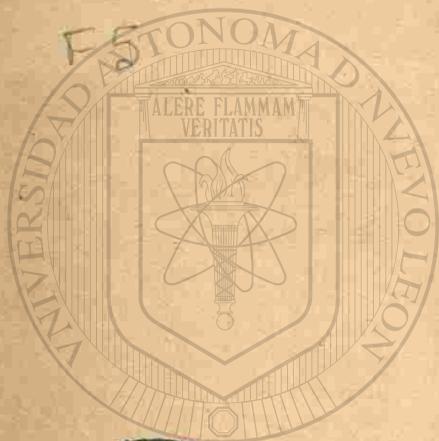
DIRECCIÓN GENERAL DE VERACRUZ - PUEBLA
LIBRERIAS « LA ILUSTRACION »

1884

003202

P06565

.84



710
VALVERDE Y TELLEZ

I

PROLOGO

I

Lectora, tú, por supuesto,
Tendrás los ojos azules
Como el cielo, cuando el alba
Sus resplandores difunde;

Ó negros como la noche
Que con más sombras se enlute,
Pudiendo ser tus miradas
Las estrellas con que atumbren;

O pardos como las ondas
Indecisas de las nubes,
Donde el crepúsculo incierto
Sombra y claridad confunde.

Ojos que, en fin, sea el que quiera
El color que los dibuje,
Han de ser claros, ardientes,
Rasgados, vivos y dulces.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

Ojos que mirando matan
Con los rayos de sus luces,
Y pues que matando miran,
Dichosos los que sucumben.

Ojos que también mirando
Tal vida en el alma infunden,
Que pueden dar vida á un muerto
Aun después que lo sepulten.

Ojos que si amantes lloran
Tesoros de amor descubren,
Que lágrimas en tus ojos
Serán perlas en estuches.

Si los bajas, ¡qué modestos!
Y ¡qué altivos! si los subes,
Y como la luz alumbran,
Y quemán como la lumbre.

Ojos que envidiara Vénus,
Ojos que adorara Júpiter,
Ojos que miran y triunfan
Porque Dios quiere que triunfen.

Ya comprenderás, lectora
Que estas palabras escuches,

Si de discreta te precias
Y de perspicaz presumes,

La razón que aquí me obliga,
Aunque la alabanza excuses,
A celebrar de tus ojos
La hermosura con que lucen.

Porque siendo hermosos ellos,
No dirán los que murmuren,
Que con malos ojos miras
Las hojas de este volumen.

Y si es libro cuyo encanto
Tu imaginación seduce,
A los demás no me importa
Que les guste ó no les guste.

Que así como el sol risueño
Cuando de la aurora surge,
Montes, riberas y valles
De nuevos encantos cubre,

La mirada de tus ojos
Cuando estas hojas inunde,
Entre nubes de pestañas
Será el sol que las alumbre.

Aunque es verdad que en el mundo
Todo el tiempo lo consume,
Y toda deuda se paga
Y todo plazo se cumple.

Y en movimiento continuo
Todo llega y pasa y huye,
Y no hay bien que no se acabe
Ni mal que cien años dure.

Aunque es el tiempo, lectora,
Incansable transeunte
Que año tras año en la vida,
Sin saber cómo, discurre.

Y aunque es ley nunca burlada
Que todo cambie y se mude,
Y que el tiempo al fin destruya
Bellezas y juventudes.

Y aunque es fácil que los años
Que al contar tu vida sumes,

Dejando de ser abriles
Comiencen á ser octubres.

Y que, por tanto, del tiempo
La cansada pesadumbre
Consiga que al fin la aurora
De tu hermosura se nuble,

Que tu faz se descolore
Y que tus ajos se enturbien.
Que tu cintura se ensanche
Y tus mejillas se arrugen.

Que en lo negro de tus rizos
Ó en lo rubio de tus bucles
El alba del tiempo asome
Y en blancas ondas se anuncie,

Como vemos que el invierno
Su helada huella descubre
En la escarcha de los montes
Y en las nieves de las cumbres;

Tengo yo por cosa cierta
Que en encantador resumen,
Gran tesoro de hermosura
Y de juventud reunes.

Porque así, si en este libro
No hallas el placer que busques,
No le pondrás mala cara
Por mucho que te disguste.

Ya en luz afable á tus ojos
La satisfaccion acude,
Y entre si quiero ó no quiero
La graciosa boca frunces.

Ya tu sonrisas me indican
Que á todo temor renuncie,
Porque es libro peregrino
Este que en tus manos puse.

No has de pagarme con ménos
El favor de que te adule,
Cuando pagais las lisonjas
Al precio de las virtudes.

La vanidad es el horno
Que el oro del alma funde;
La lisonja es el martillo
Y la adulacion el yunque.

III

Flores y espinas te traigo
Que en suaves versos compuse,
Para que tristes ó alegres
Tus pensamientos circundes.

Flores, delicadas notas
En que la tierra prorumpe
Como ofrenda de colores
Al cielo que la circuye.

Versos, flores delicadas
Que rica el alma produce,
Que el sentimiento fecunda
Y les da el amor perfume.

Flores, que la tierra pinta
En copiosa muchedumbre,
Ya en les cimas que se alzan,
Ya en los valles que se hunden.

Versos, que del alma brotan
Y en son armonioso fluyen,

Del agua azul imitando
La apacible mansedumbre.

Versos que al oído halagan,
Ecos que el aire difunde,
Como cánticos que sueñan,
Sin que nadie los pronuncie.

Versos, mi vida, que son,
Aunque los necios lo duden
Y los sabios los desdeñen
Y el negocio los repugne.

Lengua del cielo en que brilla
Con más radiantes vislumbres
El rayo de luz que al alma
Su excelso origen descubre.

Lengua que ninguno aprende,
Por más que ansioso la estudie,
Porque el don de poseerla
Es un privilegio ilustre.

En ella ha querido el cielo
Que la gloria se vincule,
Que los nombres se eternicen
Y las hazañas se encumbren.

Que en vínculos misteriosos
Y en lazos indisolubles
Forma y pensamiento unidos
En doble belleza junte.

Lengua, en fin, que en toda lengua
Porque más se perpetúe,
Encuentra notas ocultas
Que sus cadencias modulen.

Flores son y espinas tienen,
No por eso la rehuses,
Que no hay flor que sin espinas
En el alma se fecunde.

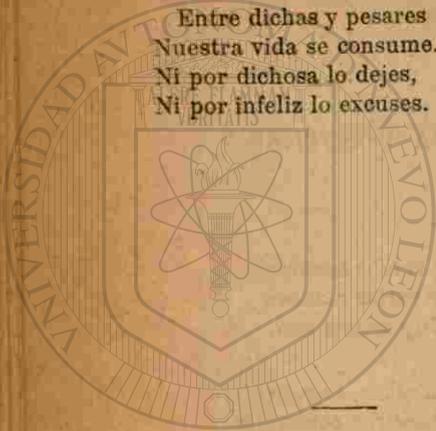
Como no hay vida sin penas,
Ni amor sin incertidumbre,
Ni gloria sin amargura,
Ni placer sin inquietudes,

Cuando la dicha te ahogue
O la desdicha te angustie,
Y por huir de tí misma
En tí misma te refugies,

Abre este libro, que acaso
En sus páginas oculte

El bálsamo que mitigue
Las tristezas que te abrumen.

Entre dichas y pesares
Nuestra vida se consume...
Ni por dichosa lo dejes,
Ni por infeliz lo excuses.



I

A VOSOTRAS

Estos versos oscuros,
Que por varias razones
Muy tristes van,

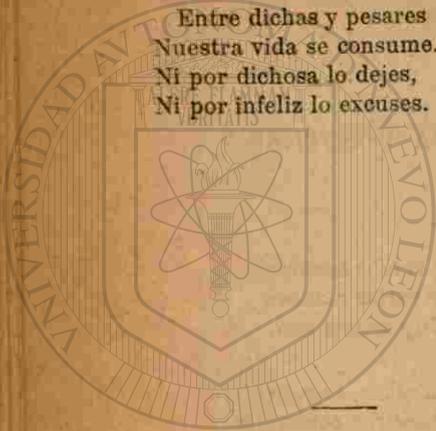
Están, niñas, seguros
Que á vuestros corázones
Agradarán.

Para todas galanos,
Oh niñas candorosas,
Los escribí,

Porque los hombres vanos
No entienden de estas cosas;
Vosotras sí.

El bálsamo que mitigue
Las tristezas que te abrumen.

Entre dichas y pesares
Nuestra vida se consume...
Ni por dichosa lo dejes,
Ni por infeliz lo excuses.



I

A VOSOTRAS

Estos versos oscuros,
Que por varias razones
Muy tristes van,

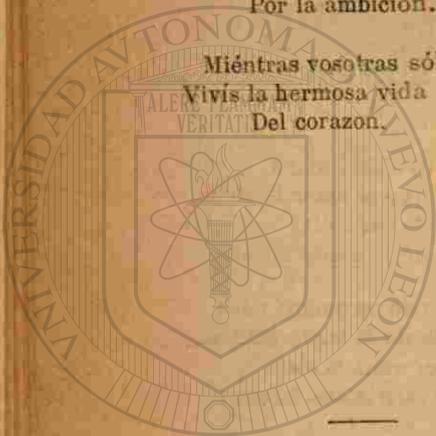
Están, niñas, seguros
Que á vuestros corázones
Agradarán.

Para todas galanos,
Oh niñas candorosas,
Los escribí,

Porque los hombres vanos
No entienden de estas cosas;
Vosotras sí.

En ellos, está el dolo
Y está la fe perdida
Por la ambicion.

Mientras vosotras sólo
Vivís la hermosa vida
Del corazón.



III

SIEMPRE

Pasa feliz la juventud ufana,
Soñando dichas que el amor le envía,
Como risueña pasa cada día
La hermosa luz de la gentil mañana.

El breve sueño de su pompa vana
La sombra apaga de la tarde umbria,
Como apaga en el alma la alegría
La oscuridad de la tristeza humana.

Huyó mi juventud; todo el encanto
Que ví risueño en mi candor primero,
Fué á sepultarse en el tremendo abismo;
Fro dichoso yo vivo entre tanto,
Porque este dulce afan con que te quiero,
Aquí e mi corazón siempre es el mismo.

IV

LA SEPULTURA DE MI MADRE

Bienaventurados los que lloran.

En mi mortal partida
Vi la Esperanza que en la Fe se encierra,
Porque probé en la vida
Todas las aflicciones de la tierra.

V

LA VIDA

I

Apénas dulce
Del alba amiga
La luz risueña
Tímida brilla,

Cuando lejana
Tiende indecisa
La tarde triste
Sus vagas tintas.

Pasan las noches,
Pasan los días,
Pasan los años,
Pasa la vida.

II

Ayer alegre
Me sonreía
Del mundo vano
La perspectiva.

Hoy ven mis ojos
Con luz distinta:
Todo fué sueño,
Todo mentira.

Pasan las noches,
Pasan los días,
Pasan los años,
Pasa la vida.

III

Antes encantos,
Glorias, delicias:
¡ Cuánta esperanza!
¡ Cuánta alegría!

Ahora pesares,
Sombras, desdichas:
¡ Cuánta tristeza!
¡ Cuánta fatiga!

Pasan las noches,
Pasan los días,
Pasan los años,
Pasa la vida.

IV

Ayer eterno
Risueño prisma
Hizo del mundo
Mi fantasía;

Hoy de mis ojos
Turbia la vista
Sólo ve sombras,
Sólo ve ruinas.

Pasan las noches,
Pasan los días,
Pasan los años,
Pasa la vida.

V

La vida entonces

En sueños rica,
¡Qué larga era!
¡Qué lenta iba!

Ahora que triste
Se precipita,
¡Qué solitaria!
¡Qué fugitiva!

Pasan las noches,
Pasan los días,
Pasan los años,
Pasa la vida.

VI

LA CUNA VACIA

Bajaron los ángeles,
Besaron su rostro,
Y cantando á su oído dijeron :
« Vente con nosotros. »

Vió el niño á los ángeles
De su cuna en torno,
Y agitando los brazos les dijo :
« Me voy con vosotros. »

Batieron los ángeles
Sus alas de oro,
Suspendieron al niño en sus brazos,
Y se fuéron todos.

De la aurora pálida
La luz fugitiva
Alumbró á la mañana siguiente
La cuna vacía.

VII

LA LUZ DEL ALBA

Rasga la noche triste
Su sombra incierta,
Porque allá en la alta cumbre
La luz despierta,
Luciendo ufana
Los más bellos colores
De la mañana.

Recamando las nubes
Finge á mis ojos
Reflejos amarillos,
Blancos y rojos,
Que el alba envía
Para que ansioso en ellos
Se encienda el día.

La niebla sobre el valle
Muestra su velo,
Su majestad el monte,
Su pompa el cielo;
Y el agua ondea,
Y la luz en las ondas
Relampaguea.

Noche es mi pensamiento
Callada y triste,
Tú eres la luz que al día
De rayos viste;
La luz que alcanza
Á disipar las sombras
De mi esperanza.

Dió á tus ojos la aurora
Su faz risueña,
Nubes son los deseos
Que el alma sueña,
Y en dulce calma
Al rayo de tus ojos
Se enciende el alma.

Mi corazón suspira
Vela el deseo,
Porque en la luz del alba

Tu imagen veo.
Mas aparece
Brilla un instante y pronto
Se desvanece.

Somos, gentil encanto
Del alma mía,
Tú claridad, yo sombra,
Mi amor el día,
Que la serena
Bóveda de los cielos
Inmenso llena.

Rasga la noche triste
Su sombra oscura
Que resplandor lejano
Débil fulgura;
Las cumbres salva,
Y en las nubes sonríe
La luz del alba.

VIII

NO LO SE

— ¿Que súbitos antojos
Me anuncian los desvíos
Que en tí mi inquietud ve
¿Por qué bajas los ojos
Al encontrar el fuego de los míos?
Dí, ¿por qué?

— Mi corazón sondeo
Y en él mi afán advierte
Que teme y duda y cree...
Ó esperanza ó deseo
No sé lo que en el alma siento al verte...
No lo sé.

— El pensamiento vano
¿Acaso me fingía
La dicha que soñé?

Dime, ¿por qué tu mano
Tiembla impaciente al estrechar la mía?
Di, ¿por qué?

— Si el agua azul se mueve
Del aire al suave aliento
Toda temblar se vé:
¿Seré yo la onda leve?
¿Podrás tú ser la ráfaga del viento?
No lo sé.

— Cuando á mis ojos brillas
Y miro en tí la aurora
Del bien que imaginé,
¿Por qué de tus mejillas
Los blancos lirios el carmin colora?
Di, ¿por qué?

— Tambien el alba al paso
Del sol que la sorprende,
Enrojecer se ve,
¿Soy yo la aurora acaso?
¿Eres tú el rayo que mi faz enciende?...
No lo sé.

— El bien que me enajena
Á tí mi amor confío...

¿Vana esperanza fué?
¿Por qué profunda pena
Sienten al par tu corazón y el mio?
Di, ¿por qué?

— El alma que te adora
Fingió en risueño prisma
La dicha que esperé.
¿Por qué al gozarla ahora
En hondo afan mi corazón se abisma?...
No lo sé.

— Ninguna dicha existe
De las que el hombre afana
Donde el dolor no esté.
¿Por qué ¡mentira triste!
Dicha llamamos á la dicha humana?
No lo sé.

IX

TU Y YO

Si tú eres rosa
De nieve y grana,
Lirio pomposo,
Cáliz de flor,

Yo seré brisa
De la mañana,
Fresco rocío,
Soplo de amor.

Si eres corriente
De gracia suma
Que alzas alegres
Ondas de tul,

Yo seré encaje
De blanca espuma
Que iré besando
Tu manto azul.

Si eres risueña
Flor de romero,
Que el monte cria
Y ostenta en él,

Yo seré abeja
Que en son ligero
Vuele rondando
Tu dulce miel.

Si mariposa
Fugaces mueves
Las limpias alas
De oro y rubí,

Seré yo el aire
Que en ondas leves
Iré volando
Detras de tí.

Si eres del alba
La nube umbría
Que en la alta cumbre
Flotar se ve,

Yo seré el fuego
Que alumbra al día,

Y en rayos de oró
Te encenderé.

Si eres paloma
Yo seré el nido,
Si tú eres fuente
Seré raudal;

Si eres tristeza
Seré gemido,
Si eres la gloria
Seré inmortal.

Si eres del sáuce
Sombra doliente
Y eterno duelo
Tu pompa es;

Para que pueda
Perpétuamente
Llorar contigo,
Seré cipres.

X

AIRE, SOMBRA, POLVO, HUMO

I

Vanidades de la tierra,
Fugaces pompas del mundo,
Glorias que el tiempo consume,
Placeres de amargo fruto;

Quimeras que fugitivas
Pasan en rápido curso,
Ciencia que hasta Dios levanta
La arrogancia de su orgullo;

Ánsia que la vida enciende,
Fuego que apaga el sepulcro;
Poder, riqueza, hermosura,
Aire, sombra, polvo, humo.

II

Grande es el mundo en que habito
Pero mi nombre es más grande,
Porque las glorias del mundo
Dentro del mundo no caben.

Yo moriré, y mi recuerdo
Irá en los siglos que pasen;
Tendré mi nicho en la historia,
Será mi nombre un cadáver.

¡Gloria! resplandor humano
Que sólo brilla un instante,
Vapor que el sol desvanece,
Humo, sombra, polvo, aire.

III

Ciencia que en tí sola fias
Y de tí misma te asombra,
Que no hayas luz ni misterio
Que á tus miradas se esconda,

¿Quién insondable te oculta
En oscuridades hondas,
La medida sin medida
De la inmensidad que ignoras?

Ciencia de delirios llena
Que nuestra soberbia forja,
Rebelde ambicion del hombre;
Humo, polvo, aire, sombra.

IV

Hoy la gentil hermosura
Que resplandece en tu rostro,
De admiracion llena el alma,
De dulce encanto los ojos.

Mañana, fecha terrible,
Plazo que se cumple pronto,
Serán tus encantos ruinas,
Será tu hermosura escombros.

La vida en la tierra es breve,
La juventud es un soplo,
Relámpago la belleza...
Humo, sombra, aire, polvo.

v

Gloria es la llama que enciende,
En el corazón oculto,
Amor como el alma eterno,
Y como eterno, profundo.

Ciencia es la fe que ilumina
Los arcanos más oscuros,
Luz de la virtud que humilde
Vive ignorada en el mundo.

Hermosura en la esperanza,
Conciencia de un bien augusto,
Germen de inmortal belleza
Que Dios en el alma puso.

Lo demás que á nuestros ojos
Pasa en rápido tumulto,
Es vanidad, es locura,
Aire, sombra, polvo, humo.

XI

NI TÚ, NI YO

El mundo es un abismo
Que se abre entre los dos,
Salvarlo es imposible, no podemos
Ni tú, ni yo.

Mi corazón... ¿te acuerdas?
Se unió á tu corazón,
Y á romper este lazo no alcanzamos
Ni tú, ni yo.

Distancia nos separa
Que es cada vez mayor,
Y olvidar... no podemos... imposible,
Ni tú, ni yo.

En rápida carrera
Pasa el tiempo veloz,
¿Y qué importa, si aquí nada esperamos
Ni tú, ni yo?

Espléndido es el cielo,
Magnífico es el sol;
Mas ya no hallamos alegría en la tierra
Ni tú, ni yo.

El sáuce fué festigo
De aquel eterno adios,
Jamás bajo su sombra volveremos
Ni tú, ni yo.

¡Ay! nuestras almas, una
En sus tristezas son:
Ni tú, ni yo podemos separarlas,
Ni tú, ni yo.

El mundo es un abismo
Abierto entre los dos;
No podemos salvarlo, no podemos
Ni tú, ni yo.

XII

UNO VIENE Y OTRO VA

Por un misterio profundo
Que vedado al hombre está,
En la sucesión del mundo
Uno viene y otro va.

Los que van, los que vinieron
Sienten la misma aflicción;
Los muertos por lo que fuéron,
Los vivos por lo que son.

Y sólo en vivir resuelven
Los hombres todo su afán;
Y los que se van no vuelven,
Y los que vienen se van.

Ambos á la vez suspiran
En ansias de opuesto bien:

Los vivos por lo que miran,
Los muertos por lo que ven.

Oscuro arcano contiene
La vida que el mundo da :
Viene llorando el que viene,
Va muy triste el que se va.

Por razon ó por manía
Que no alcanza mi razon,
Causa el que nace alegría,
Causa el que muere afliccion.

Siempre de esta vida amarga
Distintas cuentas se harán :
Para los que vienen larga,
Corta para los que van.

¡ Qué tristes esfuerzos hacen !
¡ Qué pena deben sentir !
Los que nacen, cuando nacen,
Los que mueren, al morir.

Hondo secreto profundo
Que al hombre vedado está ;
Desde el principio del mundo
Uno viene y otro va.

XIII

TODO

Bien guardas tus secretos,
Niña discreta,
Que á mis preguntas muda
Calla tu lengua.
Pero tus ojos...
Pícaros habladores !
-Lo cuentan todo.

XIV

UN CUENTO

Mientras la tersa luna
Del espejo armonioso
Reproduce una á una
En sin igual conjunto
Las ricas gracias de tu rostro hermoso,
Quieres que el raro asunto
De un cuento entretenido
Distraiga tu indolente pensamiento.
Pues bien, sólo te pido
Que en tanto que tu vista se recrea
En el cristal por tu hermosura herido,
Me dejes meditar sólo un momento.

¡Un cuento quieres!... sea.
Te voy á complacer... Vaya de cuento.
Cuéntase que la orilla
De un arroyo sereno,

Que al prado maravilla
Y hace que el valle ameno
Las márgenes alfombré,
Por donde paso su corriente halla,
Se abrió al viento suave
Una flor cuyo nombre
La crónica se calla
Probablemente porque no lo sabe.

Mas dice y asegura
Que era mucho el encanto
De su rara hermosura;
Que al sol de la mañana
Desplegaba gentil en rico manto
La ufana pompa de sus hojas bellas
De nácar y de grana,
Para mostrar en ellas
La delicada tinta,
Los pálidos colores,
Con que el otoño pinta
Sus dulces frutos y sus frescas flores.

Corre á sus piés ligera
La onda fugitiva,
Trazando lisonjera
Con gracia encantadora
En el cristal brillante

La limpia imagen de la flor altiva ;
Mas en el mismo instante
Ella se ve y se adora,
La vanidad de su hermosura siente
Ante la gracia suma
De aquella imagen que el cristal le fragua,
Y ansiosa inclina la risueña frente ;
Pero al besar la espuma
Que salta sobre el agua,
Cuando más afanosa
Sobre el tallo se inclina
De su propia hermosura codiciosa,
Con impetu impaciente,
Con furia repentina
Arrebató sus hojas la corriente.

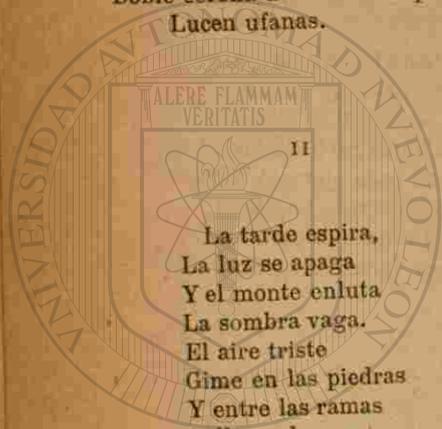
Tú, luz de mi alegría,
Casta belleza en cuyos ojos arde
La claridad con que ilumina el día
Las sombras de la tarde,
Si la hermosura tu pasión provoca,
Si buscas en la luz de tu reflejo
Satisfacción tan loca,
Contéplate, mi bien, en este espejo.

XV

PERLAS Y LAGRIMAS

Desde las cumbres
Tímida el alba
Borda los cielos
De oro y de nácar ;
Inquieto el aire
Mece las ramas
Y alegre corre
Saltando el agua.
Abren las flores
Sus hojas castas,
Los ramos tienden,
Las frentes alzan,

Y del rocío
Que las halaga
Doble corona de brillantes perlas
Lucen ufanas.



La tarde espira,
La luz se apaga
Y el monte enluta
La sombra vaga.
El aire triste
Gime en las piedras
Y entre las ramas
Solloza el agua.

Cierran las flores
Sus hojas pálidas,
Los ramos doblan,
Las frentes bajan;
Y es el rocío
Que las esmalta
El llanto con que lloran afligidas
Sus muertas galas.

Hasta las dulces gotas
Con que el rocío baña
De las sencillas flores
Las hojas perfumadas,
Son para ejemplo triste
De las pompas humanas,
Por la mañana perlas
Y por la tarde lágrimas.

XVI

LA LUZ Y LA SOMBRA

La tarde triste por la cumbre asciende,
Y el rojo manto de vapor despliega
Del alto monte á la tendida vega,
El aire mudo su inquietud suspende;

El cielo en vago resplandor se enciende
Que hasta el confin del horizonte llega;
Se apaga el sol mientras la sombra ciega
Las negras alas por el valle tiende.

La luz exclama: — Con tenaz porfía
En pos me sigues, mas tu negro manto
Rasgará el fuego que en mis ojos arde,

Que soy la luz, la vida y la alegría,
— Yo soy la oscuridad, el luto, el llanto,
Dijo la sombra, y espiró la tarde.

XVII

ESPERANZAS Y RECUERDOS

I

— Dulce niña á quien convida
El mundo con faz risueña,
Alma inocente que sueña
En la aurora de la vida;

Inquietos tus ojos lanzas
Hácia un bien que ves cercano.
Di, tu corazón ufano

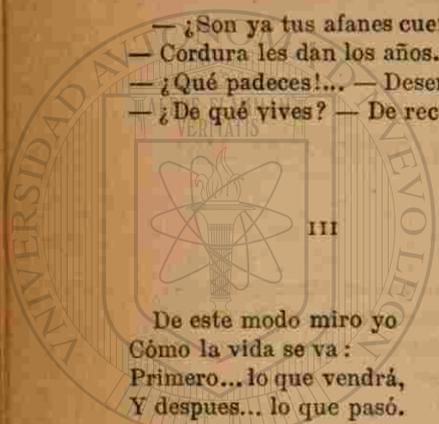
¿De qué vive? — De esperanzas.

II

— ¡Pasó la ilusión querida
De la juventud incierta.

— ¡Pasó!... ¡cuánta dicha muerta!...
¡Cuánta esperanza perdida!

— ¿Son ya tus afanes cuerdos?
— Cordura les dan los años.
— ¿Qué padeces!... — Desengaños.
— ¿De qué vives? — De recuerdos.



De este modo miro yo
Cómo la vida se va:
Primero... lo que vendrá,
Y despues... lo que pasó.

De la dura muerte esclava
Nos da por toda riqueza
Esperanzas... cuando empieza.
Y recuerdos cuando acaba.

XVIII

EL TUYO Y EL MIO

Dicen que en la ausencia
Se engendra el olvido,
Y que el fondo del alma inconstante
Parece un abismo.

Que el tiempo engañoso
Que va fugitivo,

En cenizas convierte la llama
Que enciende el cariño.

Y dicen que muerte
Y ausencia es lo mismo,
Que en el mundo lo mismo se olvida
Á muertos que á idos.

Dicen que es alma
Raudal cristalino,
Onda inquieta que fragua inconstante
Reflejos distintos.

Que amor se disipa
Como frágil lirio,
Que lo ven, la mañana frondoso,
La tarde marchito.

Y dicen que es ave,
Que muda de nido,
Mariposa que el vuelo impaciente
Cambia de continuo.

¿No habrá corazones
De tal modo unidos,
Que ni cambio, ni ausencia, ni tiempo
Logren desunirlos?

El mundo lo niega,
Nunca los ha visto.
Pero tú y yo sabemos que existen
El tuyo y el mío.

XIX

CANTAR

Si son espejos los ojos
Donde el alma se retrata
Las mujeres de ojos negros
Deben tener negra el alma.

Pero no, que son los tuyos
Como la noche enlutada,
Y sólo á su sombra veo
La estrella de mi esperanza.

XX

FLORES Y ESPINAS

Niña de rostro galano,
De alba frente y labios rojos,
Que alegre, con aire ufano
Llevas el alma en los ojos
Y el corazón en la mano;

Flores en copioso don,
El mundo que te imaginas,
Ofrece á tu corazón;
Flores del mundo que son
Flores con muchas espinas.

Halaga á tus ojos verlas
Abrir el botón lozano
Que el alba cubre de perlas,
Pero ignoras que al cogerlas
Clavan la espina en la mano.

La de más pompa y color,
La de más sabrosa miel,
La de más rico esplendor,
Esa suele ser la flor
Que hace herida más cruel.

Tal vez á su encanto ceda
Tu corazón, porque ignora,
Sin que adivinarlo pueda,
Que al fin la flor se evapora,
Que la espina siempre queda.

Si en ardiente afán te abrasa
Tu candorosa locura,
No sabe tu ciencia escasa
Que el encanto pronto pasa,
Que la herida no se cura.

Hoy con risueño desden
Oyes mis consejos mal,
Porque tus ojos no ven
Que es muy pasajero el bien,
Y que la herida es mortal.

Hoy á tu impaciencia ufana
Ofrece el mundo su encanto
En flores de pompa vana;

Mas... ¡qué triste será el llanto
Con que llorarás mañana!...

Fores son de viva esencia;
¿A cuál tu antojo acomodas?
¿Cuál prefiere tu inocencia?
Vamos, tu loca impaciencia
Quisiera cogerlas todas!

Entras alegre en la vida,
Y es vida del mundo esclava;
No sabes, niña querida,
Cómo el encanto se acaba,
Cómo se encona la herida.

Niña de rostro galano,
Faz gentil y labios rojos,
Que inquieta con aire ufano
Llevas el alma en los ojos
Y el corazon en la mano;

Rico en encantos traidores
El mundo que te imaginas,
Te ofrece pompa y colores,
Muchas flores... muchas flores...
Y muchísimas espinas.

XXI

SUSPIROS

— ¿Por qué suspira el agua
Con quejumbrosa voz
Al saltar en las piedras
De su corriente en pos?

— El agua es un viajero
Que en continuo rumor
A todo lo que encuentra
Le va diciendo: « adios. »

— ¿Por qué suspira el aire
Que va de flor en flor,
Con tan tristes lamentos
Que parte el corazon?

003202

— El aire fagitivo
En ráfaga veloz,
De su propia inconstancia
Llora el cruel dolor.

— ¿Y por qué yo suspiro
En callada aflicción?
¿Podrás también decirme
Por qué suspiro yo?

— Suspiras, dulce niña,
Y tus suspiros son
Las primeras tristezas
De tu primer amor.

XXII

TU ALMA

En la luz de la aurora,
Bella como al amor pinta el deseo,
Que las montañas dora,
Y las nubes colora,
La blanda risa de tus labios veo.

Cuando en la tarde umbria,
Llenando el aire de celajes rojos,
Muere en la sombra el día,
Parece que me envía
Los tristes rayos de tus negros ojos.

Si de la noche el viento
Vuela indolente en apacibles giros,
En su armonioso acento

Escucha tus suspiros
Ansioso de tu amor mi pensamiento.

Y cuando su riqueza
Desplega el cielo en la serena calma
De su mayor grandeza,
Entonces de tu alma
Contemplo mudo la inmortal belleza.

XXIII

UNA PREGUNTA

En sabios libros leí
Que es libre mi pensamiento;
Mas ¿cómo, si esto es así,
No he de poder ni un momento
Dejar de pensar en ti?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIV

LA SOLEDAD

El perezoso vuelo
Mi pensamiento en calma
Tiende, creyendo ufano
Medir la inmensidad ;

Que encuentra más espacio
Para volar el alma
Aquí donde respira
Silencio y soledad.

Mi oscuridad me aflige,
Mi pequeñez me aterra,
Rayo de excelso origen
Siento en mi frente arder.

Mis piés de frágil barro
Se arrastran por la tierra,

Y el alma aspira el soplo
De su divino sér.

La bóveda del cielo
Sus términos dilata
En insondables ráfagas
De esplendorosa luz,

Los vínculos mortales
Mi espíritu desata,
Y vuela sin fatiga
Por el espacio azul.

Léjos del mundo ciego,
Que su ruindad no advierte,
Ven mis ojos heridos
Por viva claridad,

Baje mis piés la tierra,
La corrupcion, la muerte,
Sobre mi frente el cielo,
La luz, la eternidad.

Aquí el silencio en ecos
De frases nunca oídas,
Dice cómo el principio
Del universo fué.

Aquí de las estrellas
Sin número encendidas,
Nuestra mirada atónita
Los límites no ve.

Eternos caracteres
De espléndida escritura
Lenguaje sin palabras
Y cánticos sin voz,

Proclaman en la tierra,
Proclaman en la altura
La pequeñez del hombre,
La majestad de Dios,

De este silencio augusto
En la solemne calma
Mi pensamiento intenta
Medir la inmensidad.

Que encuentra más espacio
Para volar el alma
Aquí donde respira
Silencio y soledad.

XXV

LO PASADO Y LO PRESENTE

Cayeron una á una
Las esperanzas
Que en su alegre impaciencia
Soñaba el alma.

Huyeron todas,
Pero aún risueñas viven
En mi memoria.

¡Perdidas ilusiones!...
Yo las recuerdo,
Y les da nueva vida
Mi pensamiento.

Que de esta suerte
Vivo en lo que ha pasado
Con lo presente.

XXVI

LA FELICIDAD

Sueño que al alma fatiga,
Luz que ante mí se derrama,
Voz que impaciente me llama,
Ansia que á vivir me obliga ;
Felicidad que me hostiga,
Que en pos de mí siempre va,
Que á un mismo tiempo le da
Luz y sombra á mi deseo...
Yo en todas partes la veo,
Y en ninguna parte está.

Vagamente dibujada
La encuentra el alma indecisa
En el bien de una sonrisa,
En la luz de una mirada,
En toda dicha esperada,

En la que pasó importuna,
En la gloria, en la fortuna,
En lo cierto, en lo imposible...
En todas partes visible,
Y no se alcanza en ninguna

Nube azul, blanca y ligera
Que los sentidos engaña,
Y tras de cada montaña
Parece que nos espera :
En impetuosa carrera
El hombre á cogerla va,
Llega... se fué... síguela...
Piensa asirla á cada instante..
La nube siempre delante,
Pero siempre más allá.

Tras de la sombra mentida
Que finge tu afan profundo,
Buscándola por el mundo
Vas consumiendo la vida ;
Sombra alcanzada ó perdida,
En donde quiera que estés
Por todas partes la ves...
¡Mas, ay infeliz de ti!
Si llegas, ya no está allí,
Si la alcanzas, ya no es.

¡Felicidad! sueño vano
De un bien que no está en la tierra,
Ansia que impaciente encierra
Triste el corazón humano;
Luz de misterioso arcano,
Vaga sombra celestial,
Mezcla de bien y de mal,
Tú eres en mi corazón
La eterna revelación
De mi espíritu inmortal.

XXVII

CARTAS CANTAN

De un antiguo manuscrito
En las descompuestas páginas
Entre diversos apuntes
Tropecé con estas cartas:

CARTA PRIMERA.

« Tu ingratitude no me aflige,
Ni me admira ni me agravia,
Porque con ella recibo
El favor de tu inconstancia. »

« Lo que gano con perderte
Lo conoces y lo callas,

¡Felicidad! sueño vano
De un bien que no está en la tierra,
Ansia que impaciente encierra
Triste el corazón humano;
Luz de misterioso arcano,
Vaga sombra celestial,
Mezcla de bien y de mal,
Tú eres en mi corazón
La eterna revelación
De mi espíritu inmortal.

XXVII

CARTAS CANTAN

De un antiguo manuscrito
En las descompuestas páginas
Entre diversos apuntes
Tropecé con estas cartas:

CARTA PRIMERA.

« Tu ingratitude no me aflige,
Ni me admira ni me agravia,
Porque con ella recibo
El favor de tu inconstancia. »

« Lo que gano con perderte
Lo conoces y lo callas,

Porque Dios, tú y yo sabemos
Lo que pierde el que te gana. »

« Salgo de tí como sale
El pájaro de la jaula
Y te doy al que te quiera
Como una moneda falsa. »

« Adios, el que olvida vive
Tú en tu casa y yo en mi casa,
Y si te ví no me acuerdo :
Amor con amor se paga. »

CARTA SEGUNDA.

« Tu carta no me sorprende
Pues sabrás que la esperaba,
Porque ántes que la escribieras
La ví yo escrita en tu cara. »

« Lo que ganas con perderme
Te lo doy por lo que valga;
Mas como caerás con otra
No te arriendo la ganancia. »

« Por inconstante me dejas
Y te lo agradece el alma,
Que estar sola es ménos malo
Que estar mal acompañada. »

« Adios, y al cielo le pides
Lo que más falta te haga,
Que mucho ha de darte el cielo
Si te da lo que te falta. »

CARTA TERCERA.

« Ayer pasé y me miraste,
Yo no entiendo de miradas;
Si algo tienes que decirme,
Me lo dices de palabra. »

Y por si acaso presumes
Que me vence tu arrogancia,
Sal esta noche á la huerta,
Yo estaré junto á la tapia. »

CARTA CUARTA.

« Te miré porque pasaste
Y yo miro á los que pasan.
Tú tambien me mirarias,
Pues viste que te miraba. »

« Y porque nunca imagines
Que tu lengua me acobarda,
Saldré á la huerta esta noche
A ver cómo corre el agua. »

CARTA QUINTA.

« Dices que sospechan... Bueno.
¡ Qué quieres que yo le haga !
¿ Que malas lenguas te ofenden?...
¡ Hay aquí lenguas muy malas! »

« Si murmuran, que murmuren,
Niega, disimula y calla,
Que yo me lavo las manos
Y dejo correr el agua. »

CARTA SEXTA.

¡ Ah traidor! Permita el cielo
En castigo de tu infamia,
Que te suceda algun dia
Lo mismo que á mí me pasa. »

« Mas no ha de quedar en esto,
Pues si no enjugas mis lágrimas,
Se lo diré al señor cura,
Y salga por donde salga. »

Aquí el viejo manuscrito
En letra ménos borrada
Resume toda la historia
En la siguiente *post-data* :

« Casáronse y son felices;
Mas medítese con calma,
Que son estas riñas... riñas
Que Dios sabe en lo que acaban. »

XXVIII

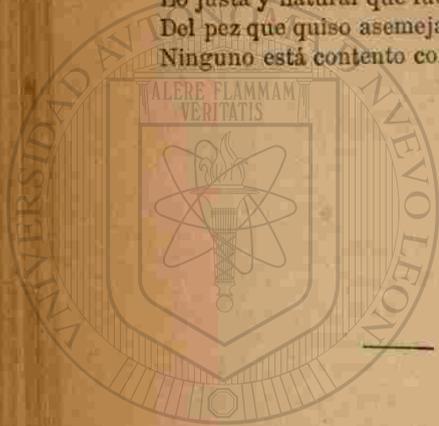
HISTORIA



Ambicioso desvelo
Fragua en tu corazon locas quimeras;
En tu insensato vuelo
¿Quieres acaso remontarte al cielo?...
Pues no lo alcanzarás hasta que mueras.
Por más lisonja impura
Que en tu orgullo recibas,
Tu ambicion es locura,
Sobre la tierra dura
Arrastrarás la vida mientras vivas.
Y aunque nunca se acabe
De tu ciega ambicion el ánsia vana,
Oye una historia en que tu nombre cabe;
Todo el mundo la sabe,
Historia fiel de la ambicion humana.

De que es locura tu inquietud funesta
No intento convencerte.
Hoy la vida te presta
Su loco afan, pero vendrá la muerte...
En fin, la historia es ésta :
Cansado de vivir entre las olas
Un pez que nueva vida apetecia,
Exclamaba á sus solas ;
; Qué dichoso seria
Si la grandeza de los dioses suma
Por favor especial me concediera
Dóciles alas de ligera pluma,
Y rápido pudiera,
Dejando las regiones de la espuma,
Como el águila sube,
Vagar por las regiones de la nube !
Con la risa en los labios
Júpiter escuchaba
Esta sencilla exposicion de agravios,
Y viendo el sentimiento
Con que volar el pez ambicionaba,
Alas le dió con que cortar el viento.
Y apenas, infeliz, hubo salido
De su propio elemento,
Al ver su dicha llena
Del aire azul en la region serena
Le faltaron las fuerzas y el sentido,

Y por su audacia loca
Muerto vino á caer sobre una roca.
Aunque de más se sabe
Lo justa y natural que fué la muerte
Del pez que quiso asemejarse al ave,
Ninguno está contento con su suerte.



XXIX

LA INFANCIA

Cielos azules,
Nubes de nácar,
Limpios celajes,
De oro y de grana;
Campos floridos,
Verdes montañas,
Valles amenos,
Cumbres lejanas,
Cumbres lejanas,
Ricos paisajes
De sombras vaga
Que misteriosos
Pinceles trazan;
Luces que vienen,
Luces que pasan,
Nidos que pian,
Aves que cantan;

Ángeles bellos
De blancas alas,
Sueños de oro,
Cuentos de hadas;
Días risueños,
Noches calladas
En que discurren
Negros fantasmas;
Ecos del aire,
Voces del agua,
Vagos perfumes
De esencia vária;
Mucha alegría,
Mucha esperanza,
Pocas tristezas,
Y algunas lágrimas,
Esa, hijo mío,
Flor de mi alma,
Esa es tu vida,
Esa es la infancia.

XXX

TRES DONES

Duerme la niña una á una
Horas de sueño profundo,
Mientras se mueve su cuna
Sobre el abismo del mundo.

Indecisa

Vaga en sus labios de rosa
Blanda risa.

— ¿Quién vela con su presencia
La paz de su frente hermosa?

— La inocencia.

— ¿Por qué tu faz juvenil
Tiñe con suave pincel
La púrpura con que Abril
Pinta el boton del clavel?

Dulce encanto,

¡Por qué bajas esos ojos
Que amo tanto!

¿Será desden?... ¿Será amor?...
¿Tristeza?... ¿Celos?... ¿Antojos?

— Es pudor.

— Ya eres madre. ¡Dulce instante!

— Madre soy. ¡Dicha anhelada!

— ¿Qué ignoras?...

— Ah!... sé bastante.

— ¿Qué temes? — No temo nada.

— Mucho niegas,

Que el mundo pérfido enciende

Ansias ciegas,

Y es frágil la juventud.

— Contra el mundo me defiende

La virtud.

XXXI

CONSUELOS DEL MUNDO

I

¡Fuego!... ¡Fuego!... Y nadie acude;
Mudas están las campanas.
¡Fuego!... y la gente se ríe.
¡Fuego!... y riéndose pasa.

Mientras los ojos de Ines
Tan ardientes chispas lanzan
Que á voces están diciendo :
« Este corazón se abrasa. »

II

¡Ladrones!... y nadie acude.
¡Ladrones!... nadie se alarma;
Y bostezando en la esquina
Las diez el sereno canta.

Miéntras á la pobre Ines
Dentro de su misma casa
Y en presencia de su madre
Le han robado toda el alma.

III

¡ Socorro !... gritan, ¡ Socorro !...
Con voces atribuladas
Y las gentes que las oyen
Ni se admiran ni se paran.

Y en tanto á la pobre Ines
Amargos celos la asaltan
Y en su propio corazón
Le asesinan la esperanza.

Ayer mismo me contaron
Tu tristeza y tu desgracia,
Y por si buscas consuelo
Oye estas cuatro palabras :

Dice un libro muy antiguo,
Titulado « Dicha humana, »
Que las tristezas se curan
Mirando correr el agua.

Y pues tú tienes dos ojos
Y llanto en ellos no falta...
Ríete, Ines, de tus penas,
Mirando correr tus lágrimas.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DEPARTAMENTO GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXII

ALERE FLAMMAM
VERITATIS ¡CHIST!

¡Tengo yo un ángel tan bello!
¡Con unos labios tan rojos!
Negros, muy negros los ojos,
Rubio, muy rubio el cabello.

Junto á la cuna yo miro
Su faz dormida y serena,
Más blanca que una azucena,
Más suave que un suspiro.

En su rostro angelical
Brilla el alma candorosa,
Como el boton de una rosa
En un vaso de cristal.

Venid, en su boca vierte
El sueño blanda sonrisa.
¡Eh!... no vengais tan de prisa,
Callad, que no se despierte.

II

¿No veis con qué gracia va
La tierna boca entreabriendo?
Pues siempre que está durmiendo,
Siempre sonriendo está.

Tiene poco más de un año...
No la beseis... duerme ahora,
Y al despertar siempre llora
Como si le hicieran daño.

Mirándola estoy dormida,
Y me estoy mirando en ella.
Yo la veo como una estrella
En la noche de mi vida.

¡Hermosa niña! ¡qué suerte
Le guardará la fortuna!
No movais tanto la cuna.
Callad, que no despierte.

III

Es un ángel de hermosura
De esos que una madre sueña;
¡ Tiene la faz tan risueña!...
¡ Y la mirada tan pura!...

Con qué indefinible anhelo
Miro su tez sonrosada.
Es un alma desterrada,
Sí, desterrada del cielo.

Más bajo... no habéis tan fuerte;
No turbeis su sueño blando;
¡ Sueña! ¿ qué estará soñando?...
Callad, que no se despierte.

XXXIII

TRISTEZAS

Tristes son las mañanas
Tristes las tardes,
Tristes están los montes,
Tristes los valles;
Que las primeras
Tristes sombras de otoño
Cubren la tierra.

Ya los árboles tristes
Hoja tras hoja
Van entregando al viento
Su verde pompa.
Bajo las ramas,
Corriendo tristemente
Solloza el agua.

Allá por las lejanas
Desiertas cumbres,
Su manto de tristeza
Tienden las nubes.
Por las profundas
Vertientes de la sierra
Baja la lluvia.

Triste está tu semblante,
Tristes tus ojos,
Tristes son tus sonrisas,
Triste está todo.
Triste está el cielo,
Y triste está, muy triste,
Mi pensamiento.

Cuelgan de las desnudas
Ramas flexibles
Los nidos solitarios,
Mudos y tristes.
Las hojas secas
Arrastra triste el aire
Gimiendo en ellas.

Pálidamente brillan
Por el espacio
Del sol ya moribundo

Los tristes rayos :
La noche suelta
Los enlutados velos
De su tristeza.

Tristes son las mañanas,
Tristes las tardes,
Tristes están los montes,
Tristes los valles ;
Tristes tus ojos,
Tristes mis pensamientos,
Triste está todo.

XXXIV

LA FÉ

Dentro de mí siento el don
De una claridad divina,
Que misteriosa ilumina
Las sombras de mi razon.
El alma sin confusion
Todo lo sabe y lo ve,
Lo que será, lo que fué,
Lo que al mal y al bien me junta.
¿Quién eres? mi voz pregunta;
Y me contesta: « La Fe. »

XXXV

LA ESPERANZA

— ¿Qué me traes?
— Mucha riqueza.
— ¿En tesoros?
— Inmortales.
— ¿Para qué?
— Para tus males.
— ¿Pues qué padezco?
— Tristeza.
— ¿Qué me infundes?
— Fortaleza.
— ¿Buscas...?
— El mal que te alcanza.

- ¿Qué prometes?
— Bienandanza.
- ¿De qué sirves?
— De consuelo.
- ¿De dónde vienes?
— Del cielo.
- Dime tu nombre.
— Esperanza.

XXXVI

LA CARIDAD

No se ve su faz en vano,
Mitiga penas y enojos,
Lleva la paz en los ojos,
Y el alma entera en la mano.
Infunde en el pecho humano
El fuego de su bondad.

- ¿Es misterio?
— Es claridad.
- ¿Es tormento?
— Es un placer.
- Será pues...
— Vamos á ver.
- ¿El amor?
— La Caridad.

XXXVII

TREN EXPRESS

Dices llorando que voló impaciente
La llama de mi amor.
Es posible, mujer ; mas ten presente
Que vamos al vapor.

Me recuerdas que fuiste mi alegría...
Lo sé, lo sé muy bien.
Pero no me detengas, vida mía,
Que va á partir el tren.

Cien veces te juré que soy tu esclavo :
Lo juro mil y mil ;
Pero será un amor que al fin y al cabo
Se irá en *ferro-carril*.

¡ Que fuimos muy dichosos, muy felices... !
¡ Dulces recuerdos son !

Mas no me deja oír lo que me dices
El ruido del *wagon*.

Me juras que este amor es el primero.
¿ Y á qué viene ese afán ?
¡ Mira qué confusion ! ¡ Cuánto viajero !
¿ Los ves ? todos se van.

Dónde estaré, preguntas, á estas horas
Mañana... Claro es,
Lo ménos á cien leguas... ¿ Por qué lloras ?
¡ No voy en tren express !

Dices que estás muy triste desde anoche.
Le siento ¡ pese á mi !
Mas espera, mi bien, que entre en el coche,
No me quede yo aquí.

Ya me acusas, cruel, porque inconstante
Será mi corazón !

Imaginate tú que á cada instante
Se cambia de estación.

Serena tu inquietud... ello es forzoso.
¿ Te he de olvidar... ? No sé
Porque al fin es un caso muy dudoso
Si descarrilaré,

Tu pena es grande y tu pesar profundo.
Muy bien, será verdad ;
Pero es preciso recorrer el mundo
En gran velocidad.

No llores más, que ofensa á tus encantos
Tantas lágrimas son,
Ni defenderá por tí sus adelantos
La civilización.

Sonó el pito fatal... último toque.
¡ Estás gimiendo aún !
Mañana, dulce bien, si no hay un choque,
Te adoraré en Irun.

Adios, mi amor... mitiga tu esperanza
Que á ojos que no ven...
Ruge el vapor... la máquina se lanza.
— Adios... — Al tren. — Al tren.

XXXVIII

LA LLUVIA

Al sentir de la lluvia
Las anchas gotas,
En las tendidas ramas
Tiemblan las hojas.
Del mismo modo
Tiembla mi alma cuando
Lloran tus ojos.

Su limpio azul el cielo
De nubes cñe;
Su claridad esconde
Porque está triste.
Muda la tierra,
Se enluta con la sombra
De su tristeza.

Cual llanto silencioso
La lluvia cae,
Y de lágrimas lleno
Suspira el aire.
Por los azules
Contornos de los montes
Vagan las nubes.

Lágrimas son del cielo,
Llanto es la lluvia,
Que de frutos y flores
La tierra inunda,
Que el llanto calma
Los amargos pesares
Que siente el alma.

Es arcano insondable
Y hondo misterio
Que halle el alma en el llanto
Vida y consuelo;
Que el amor sea
Lágrimas y suspiros,
Gloria y tristeza.

Nunca es el sol más puro
Que cuando asoma
Al traves de las nubes

Que le dan sombra;
Como tus ojos,
Que al traves de las lágrimas
Son más hermosos.

Al sentir de la lluvia
Las mansas gotas,
En las ramas tendidas
Tiemblan las hojas.
Del mismo modo
Tiembla mi alma cuando
Lloran tus ojos.

XXXIX

LA NOCHE

— ¿ Por qué la noche callada
De negras sombras se viste?
¿ Acaso está enamorada ?

— Está triste.

— ¡ Triste !... ¿ Y su pesar alegre
Rindiendo al amor tributo
Vestida de sombra negra ?

— Va de luto,

— ¡ Luto ! Por eso á deshora
Camina con paso incierto :
Ó celos ó ausencia llora.

— Llorá á un muerto.

— ¡ Muerto ! ¡ Muerto ! Triste punto
De su amorosa porfia.
Pero ¿ quién es el difunto ?

— ¿ Quién ?... el día.

— ¡ El día su faz esconde
Rotos los mortales lazos !...
Murió... pero... ¿ cómo ? ¿ dónde ?...

— En sus brazos.

— ¡ En sus brazos ! ¡ trance fuerte
Que en negro luto la abisma !...
Pero ¿ quién le dió la muerte ?

— Ella misma.

— ¡ Por eso triste y callada
De negras sombras se viste !
— Por eso viene enlutada,
muda y triste.

XL

LA CONCIENCIA

- Responde : ¿ quién eres — Yo.
— ¿ De dónde sales? — De tí.
— ¿ Quieres afligirme? — Sí.
— ¿ Es que me aborreces? — No.
— Déjame libre. — Jamas.
— Nublas mi dicha. — Lo sé.
— Tu voz me aterra. — ¿ Por qué?
— Huiré de tí. — No podrás.

- ¿ Siempre me sigues? — En pos.
— ¿ Dónde está tu imperio? — En mí.
— ¿ En dónde vives? — En tí.
— ¿ De dónde vienes? — De Dios.

XLI

Á CONSUELO

SONETO

En la sonrisa de tus labios rojos
Brilla el candor de tu infantil belleza,
Rubia es la luz que inunda tu cabeza,
Viva es la sombra de tus negros ojos.

Tu alegre faz mitiga mis enojos,
Y siendo tú consuelo á mi tristeza,
Siento dolor porque tu vida empieza,
Y es la vida mortal senda de abrojos.

Me aterra el ciego afán del mundo vano
Al contemplar la plácida ignorancia
Con que hoy te guarda la inocencia amiga.

Mañana... no lo sé; ¡terrible arcano!...
Flor que empiezas á ser toda fragancia,
Alma toda candor, ¡Dios te bendiga!

XLII

EL BIEN

Siento una voz lastimera
Que sale no sé de dónde,
Soplo que de esta manera
Á mis preguntas responde :

— ¿Existe el bien ?

— Puede ser.

— ¿En la tierra ?

— ¡Por qué no!

— ¿Para alcanzarlo ?

— Querer.

— ¿Y en dónde está ?

— Buscaló.

II

Bajo los ojos pensando
Que estas respuestas no entiendo
Despues sigo preguntando,
La voz sigue respondiendo :

- ¿ Es la gloria ?
— Vanidad.
— ¿ Es la hermosura ?
— Ilusion.
— ¿ La juventud ?
— Loca edad.
— ¿ Los placeres ?
— Humo son.

III

Nuevas sombras, nueva duda
Encuentro en cada respuesta,
La voz permanece muda,
Mas pregunto y me contesta :

- ¿ Está en el poder ?
— Jamas.

- ¿ En la riqueza ?
— ¡ Qué error !
— ¿ En la ciencia ?
— Loco estás.
— ¿ En el amor ?
— ¡ En qué amor !

IV

El misterio de este asunto
Oscuras sombras le presta.
Nuevamente yo pregunto,
De nuevo la voz contesta :

- No es riqueza, ni esplendor,
Ni hermosura, ni poder,
Ni ciencia, gloria, ni amor;
Entónces, ¿ que puede ser ?

— Tus pensamientos no van
Por el camino del bien,
Es luz que enciende tu afan,
Y que tu ojos no ven.

- Raro bien, pues que segun
Las respuestas que me das,

Huye de mí, más aún
Cuando yo lo busco más.

— Muy mal discurre así :

Tu ceguedad es cruel,
No es él el que huye de tí,
Eres tú quien huye de él.

— ¿ Quién lo ha visto ?

— Quien lo halló,

— ¿ Quién lo oculta ?

— Quien lo da,

— No existe el bien.

— Buscaló.

— ¿ Pero dónde ?

— Donde está.

v

Bien que existe y no se alcanza,
Que lo busco y no lo veo,
Es dogal de mi esperanza,
Fatiga de mi deseo.

Si es mentira, ¿ cómo existe ?
Si es verdad, ¿ por qué se esconde ?
Vuelvo à preguntar, y triste
Así la voz me responde :

— ¿ Es un sueño ?

— Es realidad.

— ¿ Es el genio ?

— Raro don.

— ¿ La fortuna !

— Ceguedad.

— ¿ La razon ?

— ¡ Pobre razon !

vi

— Por lo que mis ojos ven,
En las respuestas que das,
Bien triste cosa es un bien
Que no se alcanza jamas.

Bajo la sombra pesada
De este pensamiento fijo
Doblé la frente cansada
Y entonces la voz me dijo :

— Ciega, con falso barniz
Te pinta el bien tu inquietud :
Sobre la tierra, ¡ infeliz !
No hay más bien que la virtud.

XLIII

¡BUEN NEGOCIO!

Es el mundo un mercader,
Y es tu belleza una alhaja,
Y los placeres y el lujo
Son el precio en la subasta.

Mucho valen, mucho valen
Los tesoros de tus gracias,
Mas él es rico, tan rico
Que Dios sabe lo que gasta.

Pide sin miedo y tu boca
Será medida sin tasa,
Porque el echa en estos casos
La casa por la ventana.

Bien pronto se cierra el trato,
Es cuestion de dos palabras,
Porque entre gente de rumbo
Mano á mano, toma y daça.

No vaciles cuando puedes
Vender tu virtud tan cara!
Mira tú si es buen negocio :
Él te compra y tú lo pagas.

FIN.



INDICE

	Páginas:
Prólogo	3
A vosotras	13
Siempre	15
A la sepultura de mi madre	16
La vida	17
La cuna vacía	21
La luz del alba	22
No lo sé	25
Tú y yo	28
Aire, sombra, polvo, humo	31
Ni tú, ni yo	35
Uno viene y otro va	37
Todo	39
Un cuento	40
Perlas y lágrimas	43
La luz y la sombra	46
Esperanzas y recuerdos	47
El tuyo y el mío	49
Cantar	51
Flores y espinas	52
Supiros	55
Tu alma	57
Una pregunta	59
La soledad	60
Lo pasado y lo presente	63

	Páginas.
La felicidad	64
Cartas cantan.	67
Historia.	72
La infancia	75
Tres dones	77
Consuelos del mundo.	79
¡ Chist !.	81
Tristezas	85
La Fe.	88
La Esperanza.	89
La Caridad	91
Tren spress.	92
La lluvia	95
La noche	98
La conciencia.	100
A Consuelo	102
El bien	103
¡ Buen negocio !.	108

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

POETAS

CONTEMPORÁNEOS

TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

VERACRUZ - PUEBLA

DIRECCIÓN GENERAL LIBRERÍA "LA ILUSTRACION"

VERACRUZ. — IMPRENTA « LA ILUSTRACION »

1883

	Páginas.
La felicidad	64
Cartas cantan.	67
Historia.	72
La infancia	75
Tres dones	77
Consuelos del mundo.	79
¡ Chist !.	81
Tristezas	85
La Fe.	88
La Esperanza.	89
La Caridad	91
Tren spress.	92
La lluvia	95
La noche	98
La conciencia.	100
A Consuelo	102
El bien	103
¡ Buen negocio !.	108

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

POETAS

CONTEMPORÁNEOS

TOMO PRIMERO

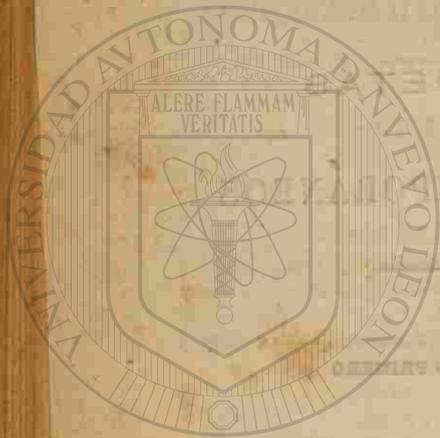
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

VERACRUZ - PUEBLA

DIRECCIÓN GENERAL LIBRERÍA "LA ILUSTRACION"

VERACRUZ. — IMPRENTA « LA ILUSTRACION »

1883



ANGEL MARIA DACARRETE.

DÍME:

Dime, ¿cual melancólico lucero
brillando sólo al despuntar el alba,
vierte una luz como la luz suave
de tu mirada?

Dime, ¿qué clara gota de rocío
pudo igualar sobre azucena blanca,
á una gota de llanto resbalando
por tu mejilla pálida?

Dime, ¿habrá una sonrisa que prometa
de virtud y ventura la esperanza,
que consiga imitar el dulce encanto
de tu sonrisa casta?

Dime, ¿habrá una mujer que cual tú inspire
amor tan puro, adoración tan santa?

Dime, ¿habrá sierpe que tan negra tenga
como tú el alma?

AL DESPERTAR.

I.

Dulce brisa aspira el pecho,
tibia luz mi estancia dora,
y de nubes, sobre un lecho,
al lejos se vé la aurora
amorosa sonreir !

La besa el sol la enrojece
y ella su azul vestidura
pudorosa desvanece...
¡lás lágrimas de ternura
miro en las flores lucir !

II.

Roba el aura á las acacias
y á las lilas sus olores,
del sauce á las ramas lácias
los morados ciclamores
sus ramas miro enlazar.

El agua quejas suaves
forma en las piedras quebradas,
y ebrias de gozo las aves
hacen la fresca enramada
de armonia retemblar !

III.

¿ Por que de tanta hermosa
huyo triste y desdeñoso ?
¿ por que de la noche oscurá
llamó al hijo misterioso,
que mi lecho abandone ?

Entre sus negros cabellos
llevó al partir un gemido ;
¡ al herir con sus destellos
la luz mi rostro dormido
de mi seno la arranco !

IV.

¿ Sabes por que amada mía,
en vano á la sombra llamo ?
En mis sueños te veía,
y en voz muy baja, *te amo...*
murmurar loco te oí !

¿ Comprendes que con tristeza
miré la naciente aurora ?

¿ Como sentir su belleza
si tú, del alma señora
estás tan lejos de mí !

ACACIO CACERES PRAT.

LA VIEJA Y LA LAMPARA.

Al triste amparo del techo
de una casa derruida,
y en un aposento estrecho,
está una vieja en un lecho,
y una lámpara encendida.

La anciana débil se queja,
suspira y besa una cruz;
y haciendo mortal pareja
se está muriendo la vieja
y apagándose la luz.

De la anciana con dolor
el pecho agitado ruge,
y al compas de su estertor
con pavoroso rumor
la llama en el vas cruge.

La moribunda aun respira,
aun la luz alumbra vaga,
se inflama, aquella suspira,

la anciana lánguida espira,
la lúgubre luz se apaga.

A un sepulcro se asemeja
la estancia en fúnebre calma
¡Murio la luz con la vieja;
la luz un fanal que deja,
un cuerpo que deja el alma!...

EN SU TUMBA.

Abre tu sepulcro oscuro,
oye los ecos mortales
de mi queja,
abre ese fúnebre muro,
como un tiempo los cristales
de tu reja.

Deja que arranque á mi lira
todo lo que siente el ama
que te adora;
oye al que por tí suspira
en esta lúgubre calma
como llora.

Rompe los eternos lazos

de la muerte, que te oprimen,
seca flor,
y ven hermosa á mis brazos,
que no es para Dios un crimen
nuestro amor.

Entre estas pálidas flores,
de un ciprés bajo las ramas
aun te velo;
ven á escuchar mis amores,
ven á decir que me amas
desde el cielo.

Despierta á mi voz y dime,
si viviendo en esta calma
vuelvo á verte,
¿Porqué el cuerpo al alma oprime
si vive despues el alma
de la muerte?

Sal; ¿no sales? Ven; ¿no vienes?
Cual de mi lira al acorde
se lo imploro;
¿no ves que triste me tienes?
¿no ves de la tumba al borde
como lloro?

¿No abres tu sepulcro oscuro

ni oyes los ecos mortales
de mi queja;
no abres el fúnebre muro
como un tiempo los cristales
de tu reja?...

AUGUSTO FERRAN.

CANTARES.

Desde la mañana
Hasta la alta noche,
¡Siempre luchando el cuerpo ya viejo
Con el alma joven!

Vida y muerte, tierra y cielo,
triste noche, alegre el sol,
Cuanto en el mundo contemplas
Con alegría ó dolor;
Todo, si me quieres bien,
Me atrevo á dártelo yo...
Pues de todo llevo un poco
Dentro de mi corazon.

¡Qué á gusto sería
Sombra de tu cuerpo!
Todas las horas del día, de cerca
Te iría siguiendo,
Y mientras la noche
Reinara en silencio,
 Toda la noche tu sombra estaría
Pegada á tu cuerpo.
Y cuando la muerte
Llegára á vencerlo,
Sólo una sombra por siempre serian
Tu sombra y tu cuerpo.

Me llama holgazan tu madre;
¡Como si el que er no fuera
Una ocupacion muy grande!

El agua menuda
Es la que hace barro,
Que el agua récia do deja señales
Por donde ha pasado.
Las penas pequeñas,
Son las que hacen daño;
Porque las grandes, ó matan ai pronto
O pasan de largo.

El dulce sonido
De tu voz alegre,
Cuando te callas, se aleja despacio

Hasta que se pierda,
Si de tu guitarra
Una cuerda hieres.
Como una queja resuena en el aire
Qué lenta se pierde.
Pues donde esa queja
Y tu voz se mueren,
Allí he soñado que nuestros amores
Irán á perderse.

Tengo qué hacer en el mundo
Una cosa sin ejemplo;
Te tengo qué dar mi alma
Para completar tu cuerpo.

Por la calle arriba,
Por la calle abajo,
¡Cómo enseñabas anoche ese cuerpo
Que yo guardé tanto!

Alta es del ciprés la copa,
pero tambien sus raíces
aunque no se vén son ondas

Los que quedan en el puerto
cuando la nave se vá
licen al ver que se aleja:
• Dios sabe si volverán. •

Y los que van en la nave
dicen mirando hacia atrás :
• Dios sabe cuando volvamos
si se habrán marchado ya. »

¡Silencio! que duerme
mi madre la siesta,
la pobrecita no duerme de noche
para que yo duerma,

ANTONIO FERNANDEZ GRILLO.

LA MUERTE DE JESUS.

Detente, humanidad, póstrate mundo ;
El Dios inmenso que en el sol se asienta ;
El que hace hervir al piélago profundo
Con el soplo voraz de la tormenta ;
El que brilla magnífico y sereno
Sobre las cumbres del azul palacio
Y de grandeza lleno
Esclaviza á la mar y acalla el trueno
Pendiendo el iris por el ancho espacio ;
El que pobló de estrellas
Su rico eden, cual refulgente coro,

Adornando con ellas
Del firmamento las alfombras bellas,
Como en azul jardin flores de oro ;
El Hijo de María,
Pendiente de una cruz y ensangrentado
Del pueblo entre la ronca gritaría,
Turbando el mar y oscureciendo el día,
Acaba de morir crucificado.

Humíllate, mortal ; la sangre pura
Que hirviendo corre y en la cruz gotea,
Hierva también en tu conciencia oscura ;
Póstrate y calma tu dolor profundo,
Tu triste error y tus pecados llora,
Vierte llanto fecundo,
Que hasta la inmensa redondez del mundo
Es pobre altar para el que á Dios adora,
Abre á la fé cual rico santuario
Tu corazón doliente ;
La sangre de Jesus desde el Calvario
Irà rodando á salpicar tu frente ;
Dobla la altiva sién : rómpase el grito
De tu inmenso dolor, y avergonzado
Ház que se borre, ante la Cruz postrado,
La mancha de tu bárbaro delito.
Con pabellon de nubes enlutada
La bóveda del cielo aparecía,
Y en la tierra de crímenes preñada
La sangre del Señor corre mezclada
Con las lágrimas puras de María.
El mar levanta furibundo grito,
Ruge el abismo entre su fondo oscuro

Y cual sordo volcan del infinito,
 El crater rompe de su inmenso muro.
 ¡Quién, ¡ay! descubre su insondable arcano.
 ¡Quién su cólera enfrena,
 Si está enclavada la potente mano
 Que humilló la altívez del Oceano
 Con leve cinta de menuda arena!
 Gimiendo el aura va de risco en risco,
 Y de tristeza lleno,
 Sepulta el sol su refundente disco,
 Al eco ronco de la voz del trueno.
 Pálida sobre el Gólgota la luna,
 Apaga sus medrosos resplandores,
 Y en el valle gentil, de flores cuna,
 Tiemblan de horror las moribundas flores
 En los azules velos dilatados.
 No brillan las estrellas
 ¡Yo cómo han de brillar, si están cerrados
 Los ojos adorados
 Donde su blanca luz bebieron ellas!
 Como niebla flotante
 Que del seno del mar tremula sube
 Blanca bordando, convertida en nube,
 De los espacios el dosel brillante;
 Como el suspiro temeroso y vago
 Que arranca el viento al declinar el dia
 Del bosque melancólico y del lago;
 Como la débil voz desgarradora
 Que en el hogar del travador doliente
 Despide un arpa que temblando llora,
 Así con dulce y apacible calma,

En éxtasis de amor adormecida,
 Hoy á los cielos se levanta el alma
 Lejos de las tormentas de la vida.
 Señor, tu cabellera
 Es el rayo del sol; tu régia planta,
 Al recorrer los mundos, de la esfera
 Polvo de estrellas sin cesar levanta;
 Tu mirada es la luz con que ilumina
 El rosicler del iris las alturas;
 Tu plegaria es la tarde que declina
 Por las desiertas bóvedas oscuras.
 Tú revistes de púrpura y de plata
 El denso cortinaje de la bruma,
 Y despiomas la ronca catarata
 Con los doseles de su blanca espuma,
 Nubes de azul, de rosa, y de amaranto
 Pintan los aires de tu eden secundo,
 Y en cada pliegue de tu augustó manto
 Despierta un sol, y se levanta un mundo.
 ¡Y tú vas á morir! Vuelquen los mares.
 Sus turbias ondas en terrible guerra,
 Devorando los senos de la tierra
 Y subiendo del sol á los altares;
 Quebrántantense los pueblos dilatados
 Al grito de las aguas cristalinas;
 Húndanse por los aires dibujados
 Esqueletos de torres levantados
 En pedestal de lóbregas ruinas;
 Esconda el sol sus rayos refundentes
 De eterna noche en el abismo yerto,
 Y torcidas cadenas de serpientes

Arrastre el hombre en áspero desierto,
Antes que en medio de la Cruz sagrada,
Y del viento á los fúnebres cantares,
Espire el que en las sombras de la nada
Hizo rodar los mundos y los mares.
¡Y has de morir! Las riendas de tu mano
No detendrán entónces la carrera
Del indómito y bárbaro Occéano;
No flotará en los gires la bandera
De los rayos del sol; los huracanes
Romperán los abismos de los montes
Donde tienen su cárcel los volcanes.
Se arrastrarán con ímpetu bravío
Torciendo el cáuce y hácia atrás rodando
El golfo hirviendo y el revuelto rio.
¡Vas á morir! levántanse las nubes,
Cual un suspiro del callado suelo,
Y gimen como voz de zos querubes
Las arpas de las vírgenes del cielo.
Dejad que el viento por el mundo ruede;
Que el mundo se estremezca en su ruina;
Es porque el mundo sostener no puede
El peso santo de la cruz divina
Vuedle subir la fúncbre garganta
Del seco peñascal; mirad las rocas
Partirse con la sangre de su planta;
Contemplad tras el lóbrego horizonte
El sudario de nieblas que se agita
Y ved alzarse en el augusto Monte
El cadalso de un Dios, la cruz bendita.
¡Piedad, Señor! La plebe turbulenta.

En ronca y destemplada algarabía,
Con sorda calma tus suspiros cuenta,
Observando en tu faz amarillenta
Descomponer tu frente la agonía.
Los vientos perezosos de la tarde
Enjugan el sudor ensangrentado
Que gota á gota en tus mejillas arde.
Mudo tropel de errantes golondrinas
Te cubre con sus alas,
Y arranca de tu frente las espinas.
¡Vas á morir, Señor! Cárdena espuma
En hilo frágil por tu lábio ondea.
¡Cuánta fatiga tu semblante abruma,
Y cuanta sangre de la Cruz gotea!
Inclínase tu frente dolorida
Y la luz de tus ojos te abandona.
¡A ti que en la mañana de la vida
Le diste un sol al mundo por corona!
.....
¡Sí, muerto está! con alas de crespones
Avanzan las tormentas
Del cielo en los oscuros pabellones.
Rompe el volcán las cóncavas entrañas
De su cárcel de fuego,
Cual mónstruo que estremece las montañas,
Por los valles umbrios
Perdidas bullen las sonoras fuentes,
Los golfos, las cascadas y los rios;
Quiebra la mar sus asperas cadenas,
Y encage de relampagos arrastra

Corriendo más allá de las arenas.
En las nubladas bóvedas medroras
El sol apaga sus hogueras puras
Y en sorda convulsión saltan las losas
De las calladas, hondas sepulturas;
Se estremecen los pollos en la esfera
Y la creación palpita quebrantada,
Cual si de nuevo el mundo se perdiera
En los yertos abismos de la nada.
; Murió el Señor! con fúnebre agonía
Las arpas de Salem gimen con duelo,
Y los ángeles cantan en el cielo
Y á los pies de la Cruz llora María.
Quebrada luz los horizontes dorá;
El cadáver de un Dios cubre el sudario;
La santa Virgen á sus pies lo llora,
Y de los mundos la oración sonora
Los funerales canta del Calvario.

Apagado rumor; eco salvaje,
Voz que estremece de Salem el muro,
Aguila que empapais vuestro plumaje
Sobre los bordes del Cedron oscuro,
Luna cansada que en la noche umbría
Palidece desierta y moribunda
En la cima del Gólgota sombría;
Huerto de la oración; bosques secretos
Que llorais tras las lóbregas cañadas,
Cárdenos y amarillos esqueletos
De nubes por los aires desgarradas;

Últimos desmayos resplandores
Del sol poniente que á lo léjos arde
Cisnes que sois los tristes trovadores
De la orilla del mar allá en la tarde;
Conservad las delientes melodías
Que se agitaron en el alma inquieta;
Y recoged las muertas armonías
Que brotaron del arpa del poeta.

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ

CONSEJOS

Quieres casarte, buen Juan,
y pides con impaciencia
consejos á mi esperiencia;
; no es así? pues allá van.
Oye: tiene mil azares
eso de tomar mujer,
por el pronto, suelen ser
malos los preliminares.
Estos son, ansias, desvelos,
temores, citas, desvíos,
trasnochadas, desafíos
y peloteras y celos.
Amanece con el día
y vela: no hay más recurso;

yo, de novio, estudié un curso
completo, de astronomía.

Decidiste à ser esposo;
y sufres, que es *la más negra*
de la veterana suegra
el exámen codicioso.

Entra el gasto, — es cosa obvia:
y te exprimen sin piedad,
cuando no la vanidad,
los caprichos de la novia.

Llegamos al depositario:
das el suspirado sí.

¡Gracias á Dios! hasta aquí
has pasado el purgatorio.

Mas preso en el lazo tierno
tu amoroso afán reposa.

¡Ay, Juan! ¡esto es otra cosa!
como que empieza el infierno.

AMOR SIN CELOS.

Tengo aprensiones yo como cualquiera,
y tocante á caprichos; no se diga!

El campo siempre verde me fatiga,
el cielo siempre azul me desespera.

Triste la luz del sol me pareciera
sin esa noche del dolor amiga,
y sin la pena que el placer mitiga.
hasta la vida misma aborreciera.

Pues esos ojos tuyos, dueño mio,

que pueden afrentar á uno y mil cielos,
causaron mi amoroso desvario.

No hallé sombra en su luz, no hallé desvelos,
y mi ardiente pasión murió de frío;
que así muere el amor cuando no hay celos.

TRADUCCION DE UNA POESÍA DE VÍCTOR RUFO

Ya brilla la aurora fantástica, incierta,
Velada en su manto de rico tisú:
¿Por qué, niña hermosa, no se abre tu puerta,
Por qué cuando el alba las flores despierta
Durmiendo estas tú?

Llamando á tu puerta, diciendo está el día;
Yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor;
El ave te dice: Yo soy la armonía.

Y yo suspirando, te digo: Alma mía,
Yo soy el amor.

CARTA A FILENA.

(Imitación de una poesía escocesa.)

Aunque siempre fui cobarde
Contigo, amoroso alarde
Hacer de un recuerdo quiero:
Era á mitad de Febrero;

Era á mitad de una tarde,

Con el alma de amor llena,

Buscando alivio á la pena

Que mi corazón traspasa,

Llamé á tu puerta, Filena,

Y estabas solita en casa.

No se si aliviar quisiste

Mis amantes desvarios;

Ello es que v'éndome triste,

Enternecida pusiste

Tus lábios, sobre los míos.

Sin duda fué caridad;

Sin duda fué solo un medio

De mostrarme tu piedad;

Pero ¡ay! que ha sido el remedio

Peor que la enfermedad.

Mira, Filena querida,

Si hay desdicha parecida

A esta mi desdicha fuerte:

Lo que á tantos da la vida

A mí me ha dado la muerte.

Desde entonces no reposa

Mi alma sin cesar me quejo:

Desde entonces, niña hermosa,

De tu boca temblorosa

Guardo en mis labios el dejo.

Es una dicha y la lloro;

Pero con tanto egoismo

La guardo como un tesoro,

Que algunas veces, yo mismo

Me parece que la ignoro.

que á más de ser yo muy hombre,

tu concepto me es sagrado;

y para que más te asombre,

desde entonces he encerrado

en mi corazón tu nombre.

Solo si alguien por antojos,

ó porque vé que ya apunta

la amarillez en mis ojos.

lastimado me pregunta

la causa de mis enojos!

Porque á las gentes esquivo

y en amoroso embeleso

vagando voy pensativo,

respondo: • Me ha dado un beso,

y desde entonces no vivo!

POSDATA.

Pero oye, y valga verdad:

si no tienes otro medio

de mostrarme tu piedad,

vuelve á aplicarme el remedio...

v siga la enfermedad.

CUENTO.

En una modesta villa,

cuyo nombre no dire,

por razon de que no sé

si es de Aragon ó Castilla.

Vivió un mozo, en poca edad
más espigado que un tallo,
que era en sus tiempos el galle
de toda la vecindad.

Por su apostura bizarra
ningun otro combatía,
y á los más fuertes vencía
en la lucha y á la barra.

¿Quién, bailando, su destreza
supo esceder ni igualar?
Nadie : en Juan era el bailar
segunda naturaleza.

Con esto ; con unas viñas,
cuatro solares y un soto,
y tras rico maniroto
eral el coco de las niñas.

Digo mal : es condicion
humana, que nunca yerra,
que no haya cosa en la tierra
que no tenga su excepcion.

No léjos de nuestro Juan
al mismo tiempo vivía
la linda Rosa María.
¡bocado de mazapan!

Era la moza completa,
de mucho rumbo y donaire ;
la habló Juan, sufrió un desaire,
y Juan perdió la chabeta.

Hasta aquel momento, el muzzo
no supo lo que era amor,
perdió el sueño y el color,

y el apetito y el gozo.
Hubo como es natural,
rondas... ¡diligencia ociosa!
Nada pudo hacer á Rosa
bajar de su pedestal.

Nada lograron los padres,
codiciosos como viejos ;
ni aprovecharon consejos
ni cábalas de cómadres.

Las músicas fueron vanas.
Inútil fué la querella ;
todo lo oyó la doncella
como quien oyo campanas.

Ni el amor ni los placeres
perturbaron su quietud...
¿Era sistema ó virtud?
¡Quien entiende á las mujeres!

Viendó qué tales estremos
no mellaban su altivez,
apeló Juan de una vez
á los recursos supremos.

Al mirarse hecho un retablo
de duelos, triste y sin calma,
resolvióse á dar el alma...
(con horror lo digo) ¡al diablo!

Creyendo alcanzar merced,
su memorial como es uso,
en un agujero puso,
abierto en una pared.

Tardó el día á su impaciencia ;
más cuando el papel sacó,

¡pobremozo! se encontró
 con esta inicua sentencia:
 • ¡Noramala para ella!
 ¿Rosita? ¿Rosa María?
 para mí la tomara...
 Y lo firmaba: • Luzbel.

Por fin se aclaró el arcano;
 á otro día, aquella Rosa
 inflexible, desdeñosa,
 hoyó con un escribano.

Súpelo Juan, y exclamo,
 remesándose el cabello:

— • ¡Estaba empeñado en ello!
 al cabo se la llevó —

A CITA A LA MADRUGADA

SONETO.

No hay pena, no hay dolor, hermosa mía,
 Que yo no arrostre por tus lindos ojos;
 Esclavo viviré de tus antojos
 En tanto que mi amor tu amor sonria.
 Preso en tus dulces lazos noche y día;
 Bebiendo el néctar de tus labios rojos,
 ¿Como sentir los pérfidos abrojos
 Que del mundo falaz cubren la vía?
 ¡Adorarte y no más! Este en mi oficio,

Y no hay afecto ni pasión profana:
 Que no venga mi amor en tu servicio.
 ¡Mas soy flaco mortal, hermosa Jnana!
 Pideme de mi sangre el sacrificio,
 Y déjame dormir por la mañana.

ANTONIO ROS DE OLANO

SONETOS.

L.

¡Santa naturaleza!... yo, que un día,
 prefiriendo mi daño á mi ventura,
 dejé estos campos de feraz verdura,
 por la ciudad donde el placer había,
 Vuelvo á tí arrepentido, amada mía,
 como quien de los brazos de la impur
 vil publicana se desprende y jura
 seguir del bien por la desierta vía.
 ¡Qué vale cuanto adorna y fingé el arte,
 si árboles, flores, pájaros y fuentes
 en tí la eterna juventud reparte,
 Y son tus pechos los alzados montes;

tu embalsamado aliento los ambientes
y tu ojos los anchos horizontes?

II.

Mas precio en este valle y pobre aldea,
término de mi vida peregrina,
despertar cuando el aura matutina
las copas de los árboles menea.

Y a volver de mi rústica tarea,
ora en la tarde cuando el sol declina ;
mirar desde esta fuente cristalina,
el humo de mi humilde chimenea.

Que en la rodante máquina lanzado
cruzar como centella por los montes,
pasar como relámpago el poblado...

Y así robando al pendulo un segundo,
para hender los finitos horizontes,
sentir la nada al abarcar el mundo.

III.

Hay junto á la ventana de mi estancia
un laurel de la sombra protegido,
en dónde guarda un ruiñeñor su nido
apenas de mi mano á la distancia.

Y entre el verde follage y la fragancia
celoso, ufano, amante requerido

dice su amor con lánguido quejido
y dulce y elevada consonancia.

Las horas de la noche, una tras una,
en sigilosa hilera, huyendo el dia,
siguen el curso á la encantada luna...

Y en esta soledad, el alma mia
goza sin envidiar cosa ninguna
de su quieta y feliz melancolia.

IV.

¿Qué fueron al gran Cárlos las hazañas,
en la celda de Yuste recogido ?
El quiso relegarlas al olvido
y ellas emponzoñaban sus entrañas.

Suele el que nace humilde en las cabañas
huir su techo y olvidar su egido
por el lucro del mar embravecido,
por el precio de sangre en las campañas.

Mas al noble varon que honró su historia
sin codiciar fortuna envilecida,
ni envidiar los pesares de la gloria,
un apartado albergue le convida
á esperar sin tormento en la memoria
la breve muerte de su larga vida.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

SONETO.

Yo perdonaré la traición artera,
húesped eterno de tu pecho ingrato,
si alguna vez en tu amoroso trato
me hubieras dicho una verdad siquiera.

¡Yo perdonarte inicua!... Cuando adquiera
todos los bienes que te di insensato,
el ardor de mi cándido arrebato,
el noble arranque de mi edad primera.

Pido al cielo que en cambio de tu calma
te di mi pena, y que tu pecho herido
llore con sangre la perdida calma.

Mas ¡ay! en vano la venganza pido,
que estos males se sufren en el alma,
y tú, perversa, nunca la has tenido.

A ELENA.

Nací, soberbio en miserable cuna;
volé al combate y alcance renombre:

mi salvaje valor y mi fortuna
me hicieron luego despreciar al hombre.

El ronco son de la batalla hirviente,
el bosque solitario con su calma,
ni un pensamiento levantó en mi mente
ni un sentimiento despertó en el alma.

Tú solamente, Elena, vida mía,
tú, como Dios que arranca con su mano
agua sin que del pedernal que 'ocó,
sacaste amor y sentimiento humano
de este desierto corazón de roca.

SONETO.

Dame, Señor, la firme voluntad
compañera y sostén de la virtud,
la que sabe en el golfo hallar quietud
y en medio de las sombras claridad;

La que trueca en tesón la veleidad
y el ocio en perennal solicitud,
y las ásperas fiebres en salud,
y los torpes engaños en verdad;

Así conseguirá mi corazón
que los favores que á tu amor debí
te ofrezcan algún fruto en galardón;
Y aun tú, Señor, conseguirás así
que no llegue á romper mi confusión
la imagen tuya que pusiste en mí.

EN EL ALBUM DE MI AMIGO
ADOLFO QUESADA.

Es la música el acento
que el mundo arrobado lanza
cuando á dar forma no alcanza
á su mejor pensamiento :
de la flor del sentimiento
es el aroma lozano :
es del bien más soberano
presentimiento suave,
y es todo lo que no cabe
Dentro del lenguaje humano.

¡ Dichoso tú que su palma
has llegado á merecer,
conmoviendo á tu placer
la mejor parte del alma !
tú infundes sublime calma
y tristeza bienhechora !
¡ Ay de mí... tu seductora
y celestial armonía,
¡ cuantas veces calmaria
este áfan que me devora !

SONETO

Dices que tu conciencia te provoca
á decirme por fin lo sucedido ;

que es verdad el recelo que he tenido
y con fulano me ofendiste loca.

¡ Y me pides perdón ! A mí me toca
el pedirte lo á ti, que injusto he sido,
por que nunca posible habia creído
que una verdad saliera de tu boca.

¡ Y tú imaginas, de dolor turbada,
que hoy mi desprecion con razón comienza,
cuando nunca te he visto tan honrada !
Mas no es extraño que el rubor te venza,
que el hacer algo bueno es humorada
que ha de costarte un poco de vergüenza.

EN EL ALBUM DE ELENA.

Entre los rumores vanos
del más oscuro café,
donde jóvenes sin fé
 cuentan amores livianos,
 nada te escribo, que allí,
 aunque es mucha tu belleza,
 la más galante fineza
 es no acordarse de tí.

A MI HERMANA EN SUS
CUMPLEANOS

SONETO

Un año más : no mires con desvelo
la carrera veloz del tiempo alado
que un año más en la virtud pasado
un paso es más que te aproxima al cielo
Llora, si con amargo desconsuelo,
pues nunca lo bastante habrás llorado
el año que al morir te hayas dejado
de alguna falta el interior recelo.

El tiempo que bien obres no es perdido ;
pues los años de paz, hermana mía,
que en la santa virtud hayas vivido,
se convierten en siglos de alegría
en el eterno eden que hay prometido,
al alma justa que en su Dios confía.

ANTONIO HURTADO.

LA PRIMERA ALBA DE MAYO.

No tiene el sol tan buen rayo
ni el cielo tan buena aurora,
como la luz que atesora

la primera alba de Mayo ;

Pues tanta vida y calor
sobre los campos derrama,
que apenas hay una rama
que no se convierta en flor.

Y es que Dios desde su asiento
con la luz del claro día,
pródigo á la tierra envía
un átomo de su aliento.

Átomo de esencia tal
y de tan rica fragancia,
que siendo nueva sustancia
y nuevo germen vital,

A su contacto fecundo
hierva la tierra, y parece
que se agita y se estremece
ébrio de placer el mundo.

Quizás de otra causa en pól,
corre la ciencia altanera ;
¿ mas quién tal vida infundiera
si no la infundiera Dios ?

¿ Quién sino Dios prepotente
tan alto bien acrisola ?

¿ Quién enciende y arrobola
la clara lumbre de Oriente ?

¿ Quién á la nube que ondea
con visos de rosa inflama ?

¿ Quién dá al sol la eterna llama
con que las cumbres orea ?

¿ Quién de los montes desata
la densa y pesada bruma,

y con vellones de espuma
destrenza arroyos de plata?

Quién con alta potestad
y con vigor soberano,
ya remueve el Oceano,
ya empuja la tempestad?

¿Quién, en fin, da movimiento
á cuanto en el mundo cabe,
y anima la flor y el ave
el fuego, la mar y el viento?

Dios, cuyo inmenso poder
en todas partes se ostenta
y á cuyo soplo fermenta
el gérmen de todo sér.

Dios, que con nieve encanece
la sién del risco sombrío,
y acallando el son del río
entre hielos le adormece.

Dios, que en olas de frialdad
envuelve el valle y el monte,
y del extenso horizonte
achica la inmensidad.

Así cuando se desprende
su esencia viva y creadora
con la luz consoladora

que en el sol de mayo enciende,
Virgen aspirando amores
despierta la tierra ufana
y gozosa se engalana
con rico manto de flores.

Entónces en curso leve

y en corrientes desiguales,
baja deshecha en cristales
y en globos de luz la nieve,

Y en incesante rodar
como el mundo en el vacío,
corre la nieve á ser río
y el río corre á ser mar.

Y entónces es cuando osada
bate la escarcha la pluma
la garza que por la bruma
sube á la esfera azulada.

Y es cuando fresca la flor
quebranta su cárcel de oro,
y es cuando cantan á coro
la alondra y el ruiseñor.

Y entónces es cuando enhiesta
alza su copa la encina,
y hay más luz en colina
y hay más sombra en la floresta.

Porque como se eslabona
el vapor que al cielo sube
con la trasparente nube
con que el mundo se corona,

Por la huella de las dos
baja la vida que encierra,
el ósculo que á la tierra
dá el lábio puro de Dios.

Osculo que suspirar
hace en deliquio suave,
al hombre á la flor, al ave,
al viento, al fuego y al mar.

ANTONIO TRUEBA.

EL VERDUGO.

Viéndome estrechar la mano
benevolente y afable
de los pequeños y humildes,
que tengo por mis iguales,
la suya me dió el verdugo
para que se la estrechase,
mas yo retiré la mía
porque aborrezco la sangre,
— ¡Por qué mi mano no estrechas?
— Porque la mía no manche.
— ¡No soy acaso tu hermano?
— No; Caín no lo es de nadie.
— La ley me hizo un instrumento.
— ¡Ley santa! ¡instrumento infame!
— Mi padre es también verdugo.
— Odia al verdugo, ama al padre.
— Manchado á este mundo vine.
— No hay manchas que no se laven,
con lágrimas si adquiridas
con sudor si originales,
En vez de verter, restaña
sangre de tus semejantes,

que para el rescate humano
la de Jesús es bastante.
Empuña una noble esteva
En vez de un cuchillo infame,
y cuando entres en el cielo
santos y vírgenes y ángeles
no • ¡salve, hijo del verdugo!
te dirán en sus cantarés;
sino como al santo Isidro,
• ¡hijo del trabajo, salve!

LAS MADRES.

De padres á padrastros
hay quatro leguas;
de madres á madrastas
hay cuatrocientas.

(Copia del autor)

— ¡Quiquiriquí!
— Canta el gallo,
y con esta ya van tres.
Ea, muchachos, arriba,
que es cerca de amanecer.
— Todavía es muy temprano...
Padre déjenos usted
otro poquito!

— ¿Que os deje cuando tenemos la mies, clamando por que cuanto antes la vayan á recoger?

¡Ea, arriba, perezosos!

— ¡Anton, dejalos! ¿No ves que están los pobres muchachos reventaditos de ayer?

— ¡No buena procuradora tienen en tí!

— Que se estén en la cama hasta que el gallo cante siquiera otra vez.

— Bien que se esten. ¡Estas madres los echan siempre á perder!

— Hombre, ¿que tú eres que hagamos?

— No haceros tanto de miel.

— Hijos de nuestras entrañas ¿no los hemos de querer?

II.

— Muchachos que ya es de día

— Padre ya estamos én pié.

— Ea pues á ver si hoy cunde la tarea más que ayer.

— Hombre ¿son algunos negros?

— ¿Ya sales tú?

— Ya se vé que salgo.

— Pero, señor, que en todo se han de meter

estas mujeres!

— Tratándose de mis chicos con el rey y me peleo yo... Hijos míos, ¿vais en ayunas? Bebed un poquito de aguardiente con un bollo. Os voy á hacer para almorzar unas migas que estan diciendon... comed Abrochaos esos cuellos, que con el sol os poneis lo mismo que unos gitanos..

Valgame Dios de Israel, que por más que una se mate no ha de poder nunca ver arreglados á estos hijos! Id con Dios.

— Hasta despues.

— Eres la madre... ¿más madre que se ha visto ni se vé!

— ¡Dejame, Anton, por los clavos del Señor! ¿Y que he de hacer? Si su madre no los quiere, ¿quien ha de quererlos? ¿quien?

III.

— ¿Que hermosa está la mañana!

¿Que bien se esta aqui, que bien!

Desde esta ventana un mundo

en miniatura se vé.

El aire de la mañana

olores vá á recoger
al tomillar de los cerros
y aquí los vierte después
Airecito que vertiendo
olores como la miel
en mi ventana suspiras,
¡que Dios te bendiga, amen!
Los mozos yendo á la vega
van cantando su amor fiel,
las mozas yendo á la fuente
le van cantando también,
y hasta los pájaros cantan
en el huerto no se qué...
Anton, el, sol de Dios sale
por detrás del cerro aquel...
¡Que hermoso, Dios le bendiga!
Anton ¿no le quieres ver?
— Déjame de sol ni sombra,
que harto me abraso con él.
Si no es el losque tu miras,
el que madura la mies ;
si el sol que tu miras son
tu hijos.

— Pues bien ¿y que?

¡Los hijos son el espejo
en que las madres se vén!

IV.

— Anoche los señoritos
debieron correrla bien,
que cuando se recogieron

eran cerca de las tres.
— ¿Estás en tu juicio, Anton?
Si yo mismo les eché
la llave para que entraran
y eran... serian las diez,
— Mujer si yo los sentí,
y estuve para coger
una estaca...

— Vamos, vamos...

tú estabas soñando.

— ¿Eso es!

¡Mire usted que es mucho cuento!
¡Que le han de querer hacer
á uno comulgar con ruedas
de molino!. Ya se vé,
su madre lo tapa todo
y los chicos hacen bien.
¿Y no les diste dinero
para la bromita?

— ¿Pues!

— Mujer si yo te sentí
abrir el cofre y cojer
dinero cuando se fueron.

— Si, se lo di, pero ¿y qué?

Quiero que siempre mis chicos
donde vayan queden bien.

— ¡Válgate Dios!

— Anton, mira,

por más vueltas que le dés,
ellos han de ser mis hijos
y yo su madre he de ser.

V.

— ¿Que tienes, hija estás mala?
Hace ya cerca de un mes
que no duermes, que no comes,
que reír no te se vé;
te vas quedando en los huesos...

¿Que, tienes, vamos á ver?
¿Quieres que se llame al médico?

— No, Antón, por que inútil es.

— ¡Pero no sabes que tienes?

— ¡Demasiado, Antón, lo sé.

Los hijos de mis entrañas
ván á ir á servir al rey!

— Tonta, y por eso te adlijas
Mira, para conocer

el mundo, no hay mejor cosa
que andar siete años por él.

Todos los hombres debierau
esos estudios hacer.

— Antón, vosotros los padres

así pensareis tal vez;
pero las madres pensamos

que es el dolor más cruel
ver á los hijos del alma

esos mundos recorrer
muertos de cansancio un día,

otros muertos de hambre y sed,
casi desnudos ahora

tristes y enfermos despues,

y siempre maltrataditos

por hombres sin Dios ni ley.

— Es verdad que hay algo de eso,

pero, hija, que hemos de hacer

si caen soldados los chicos?

— ¡Antón y preguntas que?

hasta los últimos clavos

para librarlos vender;

y si esto no basta, yo

por esos mundos iré

pidiendo de puerta en puerta

para que á servir al rey

no vayan los pobres hijos

que con tanto afán crié!

— Alegando algun achaque

se podrán librar tal vez.

— Eso seria mentir,

y dos veces ofender

á Dios que los há criado

más hermosos que un clavel

— Pues venderemos las tierras

ya que te empenas, mujer.

— ¡Gracias, Antón, de mi alma

¡Que Dios te bendiga, amen!

Para las madres la gloria

es siempre á sus hijos ver...

¡Ah! si Dios nos dá dolores,

consuelos nos dá también.

— VI. —

— ¡Ayer tu santo bendito

y nadie nos vino á ver!...
¡Qué ingratos hijos! ¡qué ingratos!
— ¡Anton, por la Virgen, ten
paciencia!...

— ¡Paciencia! ¡Mucha
necesitamos tener!

Mira el pago que nos dan
esos picaros después
de haberles sacrificado
el pan de nuestra vejez...

La soledad y el olvido!

— ¡Pero, hombre, por Dios, no ves
que tienen familia ya

los pobres á que atender?

— ¿Y se olvidan de sus padres?

— No hay tal.

— Bien claro se vé,

Se casaron y no han vuelto
á poner aquí los pies!

— No habrán podido los pobres..

— No los defiendas, mujer!

— Son mis hijos.

— Ese nombre
yo á darles no volveré
si no para maldecirlos.

— ¡Que corazon tan cruel!

— Malhayan los hijos sean.

— Benditos sean, amen.

CONTRASTE.

No tiene el Ibaizábal
en sus orillas
rosas como las rosas
de tus mejillas,
ni en sus laderas tienen
nuestras montañas
roca como las rocas
de tus entrañas.

OLAS DE LAGRIMAS

En las verdes colinas
de Ibaranguélua
donde el bramido eterno
de la mar suena,
canta una pobre loca
que en al mar solo
ve un inmenso sepulcro
de hijos y esposos:
— • ¡Tantas lágrimas bebes
mar de Cantabria,
que parecen tus olas...
olas de lágrimas! •

ARBOL BENDITO.

A la sombra de un árbol
de nuestros valles
la libertad se asienta
diez siglos hace.

Quien este árbol bendito
profane ó hiera,
¡de Dios y de los hombres
maldito sea!

CARLOS COELLO

SONETOS.

A UNA MORENA.

Buscando con afán y con recelo
tus negros ojos y su dulce herida
pregunta á Dios el alma sorprendida:
¿Por qué hiciste, Señor, azul el cielo?
Porjándome en mis siglos de desvelo
la boca que me ofrece muerte y vida,
con ella, ni la muerte me intimida;
sin ella ¿qué más muerte que este anhelo?

como los brazos de mujer querida,
á gozar de tu plácida hermosura.

La playa léjos, la traición segura
te alzas hasta abatir la nave erguida,
la besas, nuevo Judas, en la herida
y niegas á los muertos sepultura.

Tus ondas fingen el celeste manto
y secan las campiñas más hermosas
y de la sed hostigan el quebranto.

Amargas son tus ondas procelosas...
¿No lo han de ser si tu alimento es llanto
de náufragos, de madres y de esposas!

IV.

A LA MUERTE DEL POETA DON JOSÉ ANTONIO PAZ.

Con génio y sin un nombre, oscurecido
y con la luz del arte el alma llena,
cayó tras lucha estéril en la arena
como el robusto gladiador vencido.

Vivió y pasó del mundo inadvertido
con tanto númen y con tanta pena:
ni un verso suyo resonó en la escena,
ni una palmada acarició su oído.

Fué el de la muerte su primer desmayo:
sólo una vez se abate un alma allíya.
La fresca rosa que envanece á Mayo
tronchada y mustia se sostiene viva;
mas ¡ay! al roble herido por el rayo
su propia fortaleza lo derriba.

Quisiera haber nacido mariposa
y tener á merced de mis antojos
abierta siempre el ala presurosa,
librar el néctar de tus labios rojos
y en castigo de accion tan alveosa,
consumirse en la lumbre de tus ojos.

II.

A MI QUERIDO AMIGO DON FRANCISCO SALAS,
EN LA PÉRDIDA DE SU HIJO.

Yo no sé discutir con el que llora :
no son mis pobres fuerzas para tanto ;
y quien hoy pruebe á restañar tu llanto
insulta tu afliccion, non la aminora.
¿ Consolarse?... ¿ Olvidar!... Pues ¿ que ate-
el corazon en su mortal quebranto [sora
más querido, más dulce, ni más santo
que la pena que hidrópico devora?

Huye el vano placer, amigo artero,
sembrando la vergüenza de mañana.
Cual la lanza de Aquiles, el sincero
dolor la herida que produce sana :
que el hombre temple á golpes el acero
y á golpes temple Dios el alma humana.

III.

AL MAR.

Apacible, tranquilo, nada áugura
fiereza y dolor en tí; todo convida,

CARLOS PENARANDA

ANTE LA TUMBA DE QUINTANA.

ODA.

Alguna vez el libro de la historia
Páginas muestra de esplendor divino,
Que no con sangre ni dolor se escriben :
; Inmensa, única gloria
En que los pueblos para siempre viven!
Así, ; oh Quintana! su fulgor reparte
Tu nombre en nuestra historia al orbe entero
Que con su luz anega :
De una generacion el hondo aplauso
Cerró la tumba, donde llora el arte...
; Pasó una edad; mas, por mi labio, llega
Otra generacion á saludarte!

Otras cien y otras cien irán llegando
Ante ese mármol, de la patria templo,
Flores de eterna admiracion dejando.
Y en olas, yo, del porvenir inquietas,
Páreceme escuchar tu egregio nombre,
; Cantor feliz de la razon y el hombre,
Sol de génios, poeta entre poetas!

; Quintana sin rival! ; Cómo á tus plantas
El sublime ideal de otras edades

En tu robusta entonacion levantas
El héroe de Tarifa; de Pelayo
La constancia y la fé; del gran Padilla,
Como la encina si la hiende el rayo,
La angusta sombra en Villalar cayendo,
Y allí las libertades de Castilla;
El mar, de naves y rencor preñado,
Que ruga y se estremece con tu acento;
De Gutenberg la sombra dolorida,
Mientras estalla en su cerebro ardiente
Libre la inteligencia y redimida;
De Trafalgar en las contrarias olas,
El hecho grande, la fatal ruina
Que es honor de las glorias españolas;
El noble Balmis, abrasado al fuego
De caridad más pura,
Implantando en las zonas tropicales
El árbol de la vida y la ventura;
De la ardiente hermosura
Los brillos inmortales
Y el mágico poder; el ay doliente
A juventud fogosa,
Cuando siquiera de tu frente ha huido;
El triste adiós, que el alma pesarosa
Pronuncia con dolor al bien perdido:
Nuevo Tirteo, el himno generoso
Del soberbio invasor en la presencia,
Que despierta en el débil ó animoso
El amor de la santa independenciam...
¡Altars tienen en viriles pechos!
Columnas, son que recias tempestades

Nacieron á arrostrar, fuego en que pude
Fundirse el corazon de cien edades.
Nobles ejemplos que imitar: oleadas
De luz del porvenir, patrio ardimiento,
Ecos de libertad, el templo llenan
De tu inmortal memoria:
¡ De siglo en siglo vibrará tu acento!
¡ De siglo en siglo crecerá tu gloria!

La noble pátria que en tu ardor cantaste,
Aun es digna de tí: quizá á esa tumba,
Del oleaje inmenso en que bogamos
Llegue incierto rumor, que muerte zumba...
Mas... tú lo sabes: de tan negra suerte
Tan sólo el débil el clamor eleva,
¡ Porque sólo se puede la muerte
El que en sus venas sin calor la lleva!
España vive: su valor recobra,
Su gloria eterna por doquier derrama,
De nueva libertad prende la llama...
¡ Coronas faltan, pero genio sobra!

Su mágico estandarte,
Ese, que fué del vencedor de Jena
Terror primero, nuncio de derrota,
Ondeó triunfante de Africa en la arena;
Por honra y libertad lidió valiente,
Y aun de sangre caliente,
Por nuestro mal vertida en lucha ingrata,
Salpicado lo ostenta á extraño asombro

En sus ásperas cumbres Peña-plata :
Y siente el mar, bajo la gruesa nave,
Y siente Cuba, en el revuelto abismo,
El peso abrumador del heroísmo,
Que ya de España en la extension no cabe.
Lucha es el siglo, y logrará su palma;
Lucha mi patria en pos de la victoria...
¡Que en las luchas esplendidas del alma
Brotó la luz, y el término es la gloria!!

Dignos asuntos de tu firme aliento,
Tan altos hechos, tan cercanos días
En vano esperan el solemne acento
Con que el orbe pasmado estremecias.
Mas, lucirá su estrella,
Surgirá su cantor : la senda abriste,
Y ya la ardiente juventud hispana
Se lanza audaz á caminar por ella.
Oh, quién tuviera el poderoso númen.
Que alumbró tu razon y ardió en tu frente!
No importa que conmueva rudamente
Tu no olvidada tumba,
Esta vaga inquietud, de muerte hermana..
¡Es una sociedad que se derrumba,
Para más grande renacer mañana!

¡Quintana, adios! ; Cuán triste y solitaria
Es tu eterna mansion! Un mundo inerte,
Ni un eco... ni una flor... Antros sombríos

La muerta brisa en derredor orea...
¡Quién sospechára aquí, sin conocerte,
Que otro mundo más grande te rodea!
¡Adios... adios!... ¡Altivo monumento,
Lápidas de oro, emblemas de su historia!
¡Qué podeis añadir á lo que siento
Si en mis venas arder siento su gloria!!

TIERA Y MAR.

I.

¡Oh mar! Un mundo se agita
Por tus olas rodeado:
Para siempre sepultado,
Otro mundo en tí palpita.
¡Qué bien en la soledad
Se hermana tu son doliente
Con el corazón que siente
Algo de tu inmensidad!
¡Cuántas veces, que te viera
Dormido en lánguida calma,
Yo te hubiese dado un alma
Que como mi alma sintiera!
¡Mar gigante! Aunque te asombre,
Parecido es nuestro anhelo...
¡Tú eres espejo del cielo,
Yo soy espejo del hombre!
Del hombre, que siempre en pos

De lo que audaz anhelára
Parece que hasta sepára.
Su pensamiento de Dios.

II.

Aun el hombre en lid horrenda
Lucha con hombres hermanos,
Y tiñe en sangre sus manos
En la terrible contienda.
Y pasan generaciones
En nueva lucha empeñadas,
Sobre tumbas profundas
De olvidados panteones.
Se alzan en distantes zonas
Pueblos de iguales grandezas,
Y aún cifen régias cabezas.
Las vacilantes coronas.
Salvando espacios sin nombre,
Vuela el pensamiento humano,
Y en clima ardiente y lejano
Vil eselavo gime el hombre
Y al luchar en cruda guerra
Las naciones aterradas,
¡Debajo de sus pisadas
No se estremece la tierra!
Turban guerreros navíos,
De muerte con ansia odiosa,
La majestad silenciosa
De tus desiertos sombríos.
Sufre el orbe infame yugo
En criminales torpezas;

¡Aun ruedan tristes cabezas
Bajo el hacha del verdugo!
Aun la mujer, con locura
Dá noble amor al desprecio;
Aun no sabe todo el precio
De su divina hermosura.

Muere el acento senoro
Del noble vate que canta...
¡El mundo sólo levanta
Templos y altares al oro!
¡El siglo de la razon
Acaso incierto se eleva,
Porque es un siglo que lleva
La muerte en el corazon!

III.

¡Mil veces, oh mar profundo,
Ambición sin reposo
Ser un sér tan poderoso
Que me obedeciese el mundo!
Y mil con hondo tormento
Contemplé tu poderío,
Con el leve aliento mío
Queriendo prestarte aliento
¡Cuántas veces, que te viera
Cual hora dormido en calma,
Yo te hubiese dado un alma
Que como mi alma sintiera.
Tristes guerras, servidumbre...
¡Cuanto ofende al claro día,
En tu abismo se hundiría!

Bajo eterna pesadumbre !
Para hundirlo sin piedad
Ya tu fiereza recobra...
¡Toma el alma que me sobra
O dame tu inmensidad!!

CARLOS RUBIO

A UNAS AVES.

Aves que vais hácia la patria mia
Como van mis suspiros lastimeros,
Llevadla el beso que mi amor la envia.
¡Cuanta impotente envidia siento al veros,
Yo, en nuestro valle piedra desecha
Que con el pié separan los viajeros!
Bella te elevas en la mar salada,
Como en más breve mar la chipria Diosa,
Admirada Albion ya que no amada.
De aquel Dios del trabajo eres la esposa
Que los mónstruos unció de mar y tierra
A su régia carroza victoriosa ;
Y que con lazos de oro ató á la Guerra
Cuyo sangriento acero trocó en plumas
Con que arma á la razon que la destierra;
Y aunque quizá, olvidando que es de espu-
De tus grandezas el cimientó incierto, [mas

La creación tu pedestal presumas ;
Y aunque quizá tu corazon ha muerto,
Y eres estatua colosal de duro
Mármol de tumbas, terso, blanco y yerto,
Asilo ofreces plácido y seguro
Al proscrito en tu hogar, donde lucente
Vé de la libertad el fuego puro,
Y no se juzga de sú patria santa
Por que es la libertad la pátria santa
De todo corazon y toda mente,
Mas no extrañes que anude mi garganta,
Recordando otro pueblo y otra historia,
El dolor que mi espíritu quebranta:
Que hasta elevado á la celeste gloria
Conserva acaso el niño venturoso
De su perdida madre la memoria
¡Oh España! ¡Oh dulce España! ¡Oh sol ra-
¡Oh cielo azul! ¡Oh fuentes cristalinas! ¡diosos!
¡Oh verde campo en flores abundoso!
¡Oh montes coronados de ruinas
Que pueden envidiaros Grecia y Roma!
¡Oh canciones del pueblo peregrinas,
Engalanadas con aquel idioma
Que como el Tajo aurifero y abundo
Cual flor de almendro de meliflúo atoma
Compite siempre con el mar profundo,
Ya cuando rugé como ambrienta fiera
Y espanta y mueve y ensordece al mundo,
Y ya cuando en la alegre primavera
De amor suspira al declinar el dia
Besando carinoso la ribera!

¡Oh humilde albergue en que en la infancia
Junto á mi cuna con amor sentada
Mi madre al libro santo me leía,

Y apoyando ambas manos en la espada
Recordaba mi padre fatigado
Las mil batallas en que fué mellado!

¡Oh solitario bosque perfumado,
Do por mí sorprendido en una siesta
Huyó amor de sus niñas rodeado;

Y una (la más hermosa y más modesta)
De azules ojos y de voz suave,
Huyendo más risueña y ménos presta

Entre las manos me dejó aquel ave
En que el poeta sobre el mar mundano
Al firmamento levantarse sabe!

¡Oh templo del saber do quise en vano
Mi alma encender en la sagrada pira
Al escuchar al sacerdote anciano!

Que si el poeta las estrellas mira
Mientras los otros reman y se aleja
Buscando flores cuyo aliento aspira

Mientras los otros mueven trillo y reja,
Es que está destinado á ser piloto
Y á sacar miel de flores cual la abeja.

¡Oh puerto resguardado de Eur y Noto,
Donde cual Juan en Patmos evocaba
Con el pasado el porvenir ignoto.

Y el gemir en las tumbas escuchaba
De mártires sin fin, y allá en el cielo
El himno redentor que contestaba!

¡Oh callados sepulcros, que en el suelo

Guardáis mi corazón hecho pedazos
Bajo las negras lápidas de hielo!

¡Oh de fiel amistad fieros abrazos!
¡Oh templo que termina cruz erguida
Abiertos siempre los piadosos brazos!

¡Oh patria mía, en fin, patria querida!
¡Cuando volveré á tí, cuándo en tu seno
Podré de nuevo alimentar mi vida?

.
.
.

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Qué veneno
El infortunio en mis sentidos vierte
De todo honrado corazón ajeno?

¡Volver á España á presenciar su muerte
Tras su agonía que vergüenza inspira!
¡Volver á España que reposa inerte,

Yo que llamé á su puerta con mi lira
Y despues con el puño de mi acero
Y no he logrado despertar su ira!

¡Nunca! ¡jamás! ¡Recorreré primero
La tierra entera á guisa de mendigo,
Y tumba me dará suelo extranjero!

¡No quiero ser de su opresión testigo!
Bástame su memoria qué, despierta,
Por do quiera que voy viene conmigo.

Con sus lóbregas alas, muda y yerta,
La noche, ave fatídica y gigante,
Cubre una tierra al parecer desierta,

Y en que tan solo vago y oscilante,
Entre malezas, túmulos y escombros,

Fosfórico fulgor flota un instante,
¿Qué espectro colosal, de cuyos hombros
Pende manchada y rota lopa sangrienta,
Aumenta de este cuadro los asombros?
En su derecha mano macilenta
Un crucifijo, puño de una espada,
En noble sangre enrojecida ostenta,
Y en la izquierda la copa, que labrada
Por todos los demonios de la orgía,
De impurezas sin fin está colmada.
Se alza la tierra cual la mar bravía
Rompiendo de las tumbas los secretos
Que abrigó el mármol encubierta;
Y amenazantes, pálidos, escuetos,
Surgen, á Dios las manos levantado,
Pidiendo - Expiacion - los esqueletos.
Mira el espectro al funerario bando,
Cual Cain á su víctima inocente,
Del Sumo Juez los pasos escuchando;
De Luis Onceno los temores siente
(Que no le ha de faltar una vileza),
Y sus supersticiones juntamente.
Con hipócritas muestras de flaqueza
Postra en la dura tierra una rodilla
Y besa el crucifijo, y llora, y reza;
Y así acallada su conciencia, brilla
La soberbia satánica en sus ojos;
Lanza de sí el terror que le mancilla;
Hiérguese; con desden y con enojos
De tus miseras victimas airadas
Contempla frente á frente los despojos;

Alza después al cielo sus miradas;
No vé en ellos las cláusulas divinas
En el festin de Baltasar trazadas,
Y busca nuevamente en las ruinas
Siervos aletargos de quien sorbe
Las gotas de la sangre purpurinas.
¡Tal es la pátria que mi amor absorbe!
¡La que pudiera ser, si despertára,
Miedo y amor y admiracion del orbe!
¡Oh! Mientras tanto que su suerte avara
No vence con su antigua valentía
Y guerra á sus verdugos no declara;
Aves que vais hácia la pátria mia
Como van mis suspiros doloridos,
Llevadla el beso que mi amor la envía.
Mas no colgueis en ella vuestros nidos,
Ni apagueis vuestra sed en sus corrientes,
Ni os poseeis en sus árboles floridos.
Pasad cual sobre largos pestilentes
Sobre sus pueblitos, cárceles medrosas,
Y sobre sus campiñas florecientes!
Y decidla que van por escabrosas
Sendas, solos, sombríos fatigados,
Sus hijos recordando y sus esposas,
Los hijos de Espartaco, los soldados
Del alma libertad, que son girones
Del invencible lábaro arrancados;
Mas que en sus esforzados corazones
Llevan su patria por la tierra estraña
Hasta las más recónditas regiones,
Y entrar no quieren en la opresa España

Sino agitando su penden ufano;
Porque el río al cruzar que humilde baña
Los límites del suelo lusitano,
Han jurado á la faz del firmamento
De la espada en la cruz puesta la marro,
Antes morir sin agua ni sustento
Y pasto ser de las salvajes hienas,
Que de nuevo vivir entre cadenas:
Y todos cumplirán su juramento.

DEL MAL EL MÉNOS.

Pasó Dios una tarde por el mundo
y dijo al hombre: Pídemé una gracia.
— Señor, respondió el hombre, haedme cuer-
y Dios repuso? — Lo serás mañana. [do;
Aquella noche se alejó del mundo
la locura cual reina destronada,
y la razón las riendas del gobierno
asíó con mano amarillenta y flaca.
Mas ¡ay! con la locura se fugaron
las modas, las costumbres, la esperanza,
la fé, el orgullo y el amor y el odio...
toda... ¡entendida la comedia humana!
Volvió Dios á pasar á la otra tarde,
y al verle, sublevose nuestra raza.
— ¿Que quieres, ruin familia? dijo entónces
Dios cruzando los brazos: ¿Que te falta?

Y de un extremo á otro de la tierra
todos los hombres á una voz exclaman:
— ¡Ah! Señor... la razón nos asesina...
vuélvanos locos tu divina gracia!

EDUARDO ASQUERINO

A UNA FUENTE.

(EN LA GRANGA.)

Ved sus soberbios caudales:
como plateadas centellas
los impetuosos raudales,
en guirnaldas de cristales
van á bordar las estrellas.

O brotando confundidos
entre lirios y abedules
van por las auras mecidos,
arcos de perlas perdidos
en los espacios azules.

Y apenas á orlar se atreve
con su planta el firmamento,

menudos diamantes llueve
con sus penachos de nieve
engalanándose el viento.

Ya su rándal espumante
la luz del sol centellante
baha en coral y topacios
queriendo atar los espacios
con sus cintas de diamante.

Y matizando las flores
caen sus gotas, que al verterlas
tornasolan los albores;
pintando iris de colores
en la lluvia de sus perlas.

Ya inquieta rielando mueve
en caprichosos reflejos
las blondas de gasa leve,
ó ya con rizada nieve
orla quebrados espejos.

Ya coronas argentinas
dibujan sus manantiales;
cóncavos caen sus cristales
sobre gayas clavellinas
tornasolados fanales,

Ya sus hilos enlazando
los teje en trenza rizada;
ya su corriente quebrada
quejosa vá murmurando
en sonora cascada.

O ya con nudos de perlas
redes tiende al firmamento,
y el viento ayuda á tejerlas,
y luego por no romperlas
se queda parado el viento.

Y á las luces matinales
entre albores de corales
por el espacio, esplendentes
vân sus rizados cristales
en enroscadas serpientes.

Ya giran veloz surcando
cual cisne de nivea pluma
columpios del aire blando,
los espacios argentando
globos de rizada espuma.

Ya ensortija entre crespones
su melena vagorosa:
ya de sus mismos florones
en soberbios horbotones

vá murmurando envidiosa.

Ya en riscos brillantados
nublando la luz del día
se elevan ó caen lanzados
del cielo en aljofarados
diluvio de argentería.

Mas ¡ay! que presto agotando
tus tesoros transparentes,
breves gotas destilando,
por tus pérdidas corrientes
te quedas como llorando!

Como el viento, de pasada
nada tu huella perdida
deje en la esfera azulada;
la corriente de la vida
¿qué deja en el mundo? Nada!

Que así cual rápidamente
se eleva, cae tu torrente,
y de la vida transunto
vas á gozar solamente
de vida en el aire un punto.

Viendo esa fuente serena

pensó olvidar sus henojes
el alma de angustias llena:
del manantial de su pena
fuente les sobra á mis ojos!

Y adios! que en celos ardiendo,
el volcán que el alma abrasa
en vano apagar pretendo:
tambien mi vida se pasa
como tus ondas : gimiendo!

EDUARDO BUSTILLO

A UN DOCTOR EN MEDICINA.

POR SU OPINION CONTRA LOS POETAS.

Doctor sajón y latino,
mezcla de lumbre y de hielo,
que así llevas tu escalpelo
á lo humano y lo divino:
Que así á pintarnos te atreves,
con frases de boquí-rubio,
todo el fuego del Vesubio
en tu region de las nieves.
Aunque hoy sé de buena tinta,

viendo tu impresa opinión,
que no es tan fiero el león
como á sí mismo se pinta ;

Sin ceñir de lauros orla
he de cantar como un mirlo,
para ver si al fin le birlo
á mi buen doctor la borla.

• ¿Para qué sirve un poeta? •

Dices sarcástico y duro,
con tu pluma á lo Epicuro
que más parece lanceta.

• ¿Qué utilidad nos conquista
el que un poema nos traza? •

Preguntas con tu cachaza
de sabio naturalista.

Al oírte, habrá quien crea
que debe, el que hace un acróstico
trazar en él el diagnóstico
de una fiebre tifoidea.

¿Querrás, pues, que en un momento,
yo, de inspiración convulso,
te regularice el pulso
de un niño calenturiento?

¿Querrás, doctor endiablado
que, con poéticas dosis,
cure la *tuberculosis*
de un tísico desahuciado?

¿Qué quieres? ¿Por qué hallas fútil
del *quid divinum* la esencia,
cuando tu práctica ciencia
tantas veces es inútil?

• El poeta en su misión
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con fruto de bendición. • —

Eso á Zorilla le oírás,
y claro quiso decir
que el poeta ha sufrir
consolando á los demas,

Da vida con su alma herida;
y vosotros, los doctores,
en los ajenos dolores
es donde halláis vuestra vida.

En estilo terapéutico,
con estóica y fría calma,
¿cuántos enfermos... del alma
entregais al farmacéutico!

Muestra dolencias muy graves
la interna patología
que no cura la sangría
ni se alivian con jarabes.

— Cervantes murió sin dote...
y ¡á cuánto enfermo ha salvado
el humor regocijado
de su inmortal *Don Quijote!*

A cuántos citar no puedo
que cura, restaura, entona,
con su musa retozona
don Francisco de Quevedo!

¡Ah, doctor utilitario
y burlador de poetas!

Yo te he visto en tus recetas,

del satírico plagario.

— Decaída, triste, pálida,
te consulta una señora;
en vano tu ciencia implora.
tu ciencia propia es inválida,

Palidez, calma perdida,
insomnios, inapetencia,
dicen pronto á tu conciencia
que está en el alma la herida
Materialistas soberbios,
en muchos casos iguales,
los doctores esos males
los achacais á los nervios.

Y esclavos del amor propio,
prescribis, en ocasiones,
ceas calmantes pociones
en que hace gran gasto el opio.

Y así, mi doctor divino,
el opio en la China merma,
y haceis que el enfermo duerma
engañado *como un niño*.

Mas tú, con buenas razones
que la señora te oia,
contra su melancolia
recetaste... distracciones.

Y en alguno de esos prontos
de tu ingenio, la dijiste:
— • Oiga á los tontos, á un triste
le distraen mucho los tontos. • —

Tú, á los poetas adverso
con tu receta ingeniosa

¿qué hiciste? Decir en prosa
lo que ellos han dicho en verso.

Y oír á un tonto es receta
peligrosa, por el trato,
y distrae muy breve rato
á una dama que es discreta.

Yo la diré, en mi amistad,
que huya del tonto el asedio,
o vaya á ser el remedio
peor que la enfermedad.

Y al fin verá en esta historia
quien contra los vates chilla,
que puede una redondilla
ser de utilidad notoria.

Verá el sabio de conciencia,
aunque yo lo tome á chanza,
que acaso el ingenio alcanza
donde no alcanza la ciencia.

Doctor sajón y latino,
mezcla de lumbre y de hielo,
no atentes con tu escalpelo
contra ese sopro divino.

Pues si á intentarlo te atreves,
disentidor boqui-rubio,
caerá el fuego de un Vesubio
en tu region de las nieves.

EDUARDO LUSTONO

UN LAPUSUS LINGUÆ.

Aburrido de mi estado
Y de la vida azarosa
Que hasta hace poco he llevado,
Un día, mal de mi grado,
Resolví tomar esposa.

Mujer busqué lo primero;
Más hoy lo tengo advertido:
Encuentra cualquier soltero
Más de mil que digan *quiero*
Antes de que él diga *envido*.

Chico, dado el primer paso,
No hay más que dar el segundo;
Y aunque temía un fracaso,
Con sentimiento profundo
Le dije al mundo : *me caso*.

Del dicho al hecho hay gran trecho;

Mas el refran susodicho
Por mentiroso desecho,
Que no bien dije lo dicho,
Se convirtió el dicho en hecho.

Quando el cura nos casó,
Yo no sé lo que sentí
Ni lo que por mí pasó;
Ello es que dije que *sí*,
Debiendo decir que *no*.

Y hoy que estoy arrepentido
De ser de Lola marido,
Aunque llevó un dote pingüe,
Aquel *sí*, me he convencido,
No fué más que un *lapsus lingüe*.

EMILIO FERRARI

LA MUSA MODERNA.

Que en este siglo de sarcasmo y duda
solo una musa vive...
(*Núñez de Arce.*)

En medio de las minas que á montones
cubren la tierra y desolada y fría,
despojo de las hondas convulsiones

de esta angustiosa y trágica agonía;
dogmas hollados, muertas religiones,
tronos hundidos, soledad sombría,
de un cielo gris bajo la luz confusa,
triunfante se alza la moderna Musa.

Musa de disección que tierra y cielo
de escudriñar on su avidéz no cesa,
del alma mide el soberano vuelo
y la ceniza de los héroes pesa;
que de Isis quiere desgarrar el velo
que emponzoña la sangre cuando besa
y á quien echar en el matraz se ha visto
del hombre el llanto y el sudor del Cristo.

Sobre esta vieja sociedad asoma
su amenazante brazo iconoclasta;
ya es hacha ruda que brutal desploma
ya ácido lento que tenaz desgasta.
¡Oh ilusión dulce! mística paloma
de todo amor la compañera casta,
¿en que árbol ya fabricarás tu nido
que no vacile por el rayo herido?

Y tú entusiasmo, generoso aliento,
embriaguez de la fé, savia del mundo;
calofrio sublime en que, un momento
Dios pasa por nosotros, tu fecundo
fuego se consumió; tal firmamento

se despide tu sol ya moribundo;
y poco á poco, entre congoja y duda
de cuanto amaba el corazón enviuda.

En este erial hospitalarias tiendas
¿donde izareis el maltratado lino?
sombra y descanso en las humanas sendas
¿dónde os podrá encontrar el peregrino?
Ya á nuestros ojos arrancó ambas vendas
la crítica cruel, númeron divino
y á la vez infernal, que en la penumbra
rayando iguala é incendiando alumbrá.

Buscando en todo el interior arcano
cuando rebelde actividad le anima,
la leve pluma en su nerviosa mano
es juguete y segur, martillo y lima.
¿No oís cual cruge al deshacerse vano
todo en redor? A nuestros piés la sima,
sobre nosotros el nublado, en frente
problema ó negación ¿qué es el presente?

¡Analizar, analizar! ¡Sagrada
más peligrosa sed, nunca extinguida!
Tener un microscopio en la mirada
para contar los hilos de la vida;
bullendo entre la seda delicada
ver al gusano por quien fué tegida,
polvo la dicha hacer que tanto cuesta

por descubrir de lo que está compuesta.

He aquí la enfermedad y al par la gloria
de este siglo infeliz pero gigante;
llora lo que destruye y por la historia
vuelta la vista atrás marcha adelante
El lo ha borrado todo en la memoria,
y aun tiempo temeroso y anhelante
en ella, interrogando al infinito
solo un *¿por qué?* desolador ha escrito.

—
¡Y bien; no importa! Al porvenir mirande
¿quien duda siente, ni temor denota?
Con renovado impulso circulando,
la vida cambia, pero no se agota;
cadena es que los mundos vá enlazando,
tal vez interrumpida, nunca rota;
luz que vá y viene á nuestros ojos ciegos,
como la antorcha en los antiguos juegos.

—
¡Ah! Si hoy si el hombre en muladar dorado,
Job sin virtud á quien el mal no deja,
sangre del triste corazón llagado
y el cielo azota con su amarga queja;
si hoy un mundo moral se hunde tragado
por este mar que en su favor no ceja,
y al sumergirse en el abismo ambiente
la Atlántida vá á ser del pensamiento.

—
Un día en los esplendidos fulgores

de nueva fé se inundara el Oriente:
volverán en la vida á nacer flores,
á brotar esperanzas en la mente;
y el iris como un nimbo de colores
del cielo ornando la anchurosa frente,
del largo caminar descansaremos
y la inmortal Jerusalem veremos.

—
Como en la gran transformacion oscura
de la activa materia no perece
ni la pavesa que fugaz se apura,
ni el tenue polvo que la brisa mece;
así en la lenta evolucion que dura
lo que la historia, y que el tesoro acrece
del alma sin cesar, ni un solo grano
se pierde nunca del progreso humano,

—
A DON QUIJOTE.

—
SONETO.

Alto, seco, rugoso, amojamado
como en miseria y lobreguez parido,
aquí por recias aspas saculido,
allá con rudos golpes magullado;
De andariega hermosura desdeñado.

y de punta de amor muy mal ferido,
cocos, piedras y estacas te han molido
lloviendo sobre tí como un nublado.

No es de extrañar, aun cuando á algunos
si largaprolequealcontarme pierdo[asombre,
heredera dejaste de tu nombre,

Que á medias sabio, como á medias lerdo,
tú eres la lucha que mantiene el hombre
obrando loco y razonando cuerdo.

EULOGIO FLORENTINO SANZ

A AMALIA.

EN SU ALBUM.

I.

Eras niña !... Tu memoria
no guarda rastro ni huella
de tal historia...

Yo rapaz, y amé la gloria
y á la mar corrí por ella.

¡Ay ! bien me acuerdo... al saltar
sobre mi fragil barquilla :
sola en el mar

con placer y con pesar
te halle sentada á la orilla.

En indolente, plácida calma,
aun á las penas dormida el alma,
cantabas: y en concerto
con tus cantares

se acompasaba el viento,
rey de los mares,
Turbios los ojos volví
de la mar combusla á tí...

Y hoy solo sé
que de ternura lloré,
y de ambicion sonrei.

Llore, sí, de ternura,
contemplando tu cándida ventura ;
sonrei de ambicion, ante la vana
sombra de mi deseo ;
y al despuntar el sol de la mañana
vi mi horizonte azul (que ya no veo !...)

Y abandoné á los mares
de la existencia
con orgullo mi frágil barquilla
ya sordo á los cantares
de la inocencia,
que sentada quedose á la orilla.

II.

No será que te refiera
lo que me pasó en la mar ;
inútil acaso fuera,
si la gente marinera

y de punta de amor muy mal ferido,
cocos, piedras y estacas te han molido
lloviendo sobre tí como un nublado.

No es de extrañar, aun cuando á algunos
si largaprolequealcontarme pierdo[asombre,
heredera dejaste de tu nombre,

Que á medias sabio, como á medias lerdo,
tú eres la lucha que mantiene el hombre
obrando loco y razonando cuerdo.

EULOGIO FLORENTINO SANZ

A AMALIA.

EN SU ALBUM.

I.

Eras niña !... Tu memoria
no guarda rastro ni huella
de tal historia...

Yo rapaz, y amé la gloria
y á la mar corrí por ella.

¡Ay ! bien me acuerdo... al saltar
sobre mi fragil barquilla :
sola en el mar

con placer y con pesar
te halle sentada á la orilla.

En indolente, plácida calma,
aun á las penas dormida el alma,
cantabas: y en concerto
con tus cantares

se acompasaba el viento,
rey de los mares,
Turbios los ojos volví
de la mar combusla á tí...

Y hoy solo sé
que de ternura lloré,
y de ambicion sonrei.

Llore, sí, de ternura,
contemplando tu cándida ventura ;
sonrei de ambicion, ante la vana
sombra de mi deseo ;
y al despuntar el sol de la mañana
vi mi horizonte azul (que ya no veo !...)

Y abandoné á los mares
de la existencia
con orgullo mi frágil barquilla
ya sordo á los cantares
de la inocencia,
que sentada quedose á la orilla.

II.

No será que te refiera
lo que me pasó en la mar ;
inútil acaso fuera,
si la gente marinera

se ha reposado en tu hogar ;
Si con hiel de desengaños
nunca esa gente amargó
la paz de tus tiernos años,
si aun ignoras sus amaños,
no he de contartelos yo. —

Yo fui persiguiendo ta limpida estrella
que allá en lontananza
resplandece entre todas; aquella
que deslumbra con locos reflejos,
que siempre se sigue, que nunca se alcanza.
¡Pérfida estrella de la esperanza,
que alumbra solo, solo de léjos!
— Dura ley del destino!
Si, por tu bien, Amalia, no lo sabes,
al hallarte de nuevo en su camino,
no ha de ser el marino
quien de ese arcaño ruin te dé las llaves.

III.

Eras niña!... Tu memoria
no guarda rastro ni huella
de tal historia...
Yo en el mar busqué la gloria
y del mar torno sin ella!
¡Eres mujer!... Al saltar
desde mi pobre barquilla,
rota en el mar,
con placer y con pesar
te hallo sentada á la orilla.

¿Qué se hicieron tus cantares?
¿O hay en la orilla tormentas
como en los mares?
Quiero sentir tus pesares
y sentir lo que tu sientas
Ya despertó el alma mia,
y hondamente me murmura
de noche y de dia,
• Que de ambicion no sonreia, •
y • que llöre de ternura. •

IV.

Dicenme niña del alma
que solita y sin amor
vives rizando tu palma...
¿Quien no perderá la calma
si tu pierdes el color?
Mejor fuera entre latidos
de amor, tus negros cabellos
rizar en bucles pulidos;
ú otros quizá tan queridos
aunque no fueran tan bellos!

EL COLOR DE LOS OJOS.

Una niña de quince (cuando apenas
frisaba yo en los veinte), ciertó dia
del perfumado mes de las verbenas

ya del trémulo sol en la agonía,
 con sus pupilas de cambiantes llenas
 y húmedas las pestañas, — me decía :
 • Negros tiene los ojos !... No los miro
 frente á frente jamás... y es que recelo
 que se me exhale el alma en un suspiro !... »

— Y sepultó la frente en su pañuelo,
 La niña enamorada,
 con el amor ausente,
 y en ensueños de virgen arrullada,
 Sus ojos entornó y hundió la frente,
 por ver, entre las nieblas de su mente,
 la inolvidable luz de una mirada.

Yo respeté su sueño. — Parecía
 que el aura entre las flores,
 Por aromar su sueño las mecía :
 y que en la selva umbría
 cantaban á su amor los ruiseñores :
 mientras la virgen, pálida de amores,
 • ; Son tan negros sus ojos ! • repetía.

Al fin le dije : • Niña, no sabes cuál te engañas...
 Sitan queridos ojos, por ser ; ay ! tan queridos,
 lumbre son de tus ojos, y afán de tus entrañas,
 y á su mirar tu seno responde con latidos ;
 — no al cotor atribuyas su irresistible encanto,
 ni digas • ; Son tan negros ! • sino • ! Los quiero
 Porque, si azules fuesen los que te van [tanto
 supieran, cual los negros, aniquilar tu [al alma
 Y su azul adoraras, como su negro adoras ; cal-
 y en penas ó alegrías [ma...
 de tus febriles horas

con miradas azules soñarías !
 • ¡ Son tan negros ! • murmuras... mas no
 las niñas de tu edad, sois inespertas ! [aciertas :
 Con su fuego te inflammas,
 que no con su color... y es que sus puertas
 tu pobre corazón les tiene abiertas
 y que los amas tú... porque los amas ! —

Como la niña lloraba tanto,
 • Niña, • le dije, — • Niña, no llores ! •
 Y con sonrisa, bañada en llanto,
 — • Dulce, • repuso — • suena su canto,
 Pero ¿ qué cantan los ruiseñores ?
 — Los ruiseñores entre el follaje,
 cantando amores, • le respondí, —
 • dan á las auras algún mensaje..
 — Pero ¿ qué cantan ? — Oyelo. — DÍ. —

Sobre el color de los ojos
 hablan contigo en su canto ;
 que han notado tus enojos
 y que estan los tuyos rojos,
 porque los escalda el llanto.
 Oye la dulce canción de amores
 que te dedican los ruiseñores ! •
 — Dije, y la niña prestó el oído
 turbios sus ojos clavando en mí :
 y al repetirme con un gemido,
 • Pero ¿ qué cantan ? • canté yo así.
 Corazón, que en tiernos años,

por unos ojos te pierdes ;
para entender sus amaños,
no mires si son castaños,
negros, azules ó verdes,

Que en todos los colores
por la espresion iguales,
reflejan los amores ;
sin que distingas en sus cristales
á los leales
de los traidores.

Ojos que miran amando,
siempre miran convenciando ;
y, aunque apagarlo simulen,
siempre el amor salto dentro.
Y no son los matices, ni los colores,
lo que á los ojos hace tan bellos ;
sino el rayo de amores
que brilla en ellos.

• ¡ Dame tu amor... ó me mato ! •
dicen unos ojos negros ;
y dicen unos azules

• ¡ Dame tu amor... ó me muero ! •
Y, aunque apagarlo simulen
siempre el amor salta dentro ;
y ojos que miran amando,
miran siempre convenciendo.

Y todos sus colores,
por la espresion iguales,
reflejan los amores,
sin que distingas en sus cristales
á los leales

de los traidores.

.....
Corazon que, en tiernos años,
por unos ojos te pierdes ;
para entender sus amaños,
no mires si son castaños,
negros, azules ó verdes.

EPISTOLA A PEDRO.

Berlin 1.º de Febrero de 1855.

Quiero que sepas, aunque bien lo sabes,
que á orillas del Sprée (ya que del rio
se hace mención en circunstancias graves)

Mora un semi-aleman, muy señor mio,
que entre los rudos tampanos del Norte
recuerda la amistad y olvida el frio.

Lejos de mi Madrid, la villa y corte,
ni de ella falto yo por que esté lejos,
ni hay una piedra allí que no me importe.
Pues, recuerda la patria, á los reflejos
de su distante sol el desterrado

come recuerdan su niñez los viejos,
por quisiera un momento, y á tu lado,
cual por ese aire azul nuestra Cibele,
en carroza triunfal rompe hacia el Prado!...
¡ Hablame del hogar cuanto te hieles...

Átomo harás del mundo que poseas,
y mundo harás del átomo que anheles!

Al sentir *coram vulgo* no te creas...
al pensar *coram vulgo*, no te olvides,
de compulsar á solas tus ideas.

Como dejes la España en que resides,
donde quiera que estés, ya echarás menos
esa tierra de Dolfos y de Cídes.

Que obeliscos y pórticos agenos
nunca valdrán los patrios palomares
con las memorias de la infancia llenos.

Por eso aunque den son á mis cantares
Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido
recordando á mi pobre Manzanares.

¡Allí mi juventud!... ¡ay! ¡quien no ha oído
desde cualquier región, ecos de aquella
donde niñez y juventud han sido!

Hoy mi vida de ayer, pálida ó bella
multiple se repite en mis memorias
como en lágrimas mil única estrella...

Que quedan en en el alma las historias
de dolor y placer, y allí se hacinan
del fundido metal mue-tas escorias;

Y aunque ya no calientan ni iluminan,
si al soplo de un suspiro se estremecen,
¡aun consuelan al alma... ó la asesinan!

Cuando *al partir del sol las sombras crecen*,
y entre sombras y sol, tibios instantes
en torno del horario se adormecen;

El dolor y el placer, férvidos antes,
se pierden ya en el alma indefinidos,

á la luz y á la sombra semejantes.

Y en esa languidez de los sentidos,
crepusculo moral, en que indolente
se arrulla el corazón con sus latidos;

Pláceme contemplar indiferente
cuál del dormido Sprée sobre la espalda
y en lúbrico chapin sesga la gente;

O recordar el toldo de esmeralda,
que antes bordó el abril en donde ahora
nieve septentrional tiende su falda;

Mientras la luz del Héspero incolora
baña el ampo sin fin que el norte rudo
salpicó de brillantes á la aurora!

Hijo de otra región, trémulo y mudo,
con la mirada que por tí paseo,
nieve septentrional, yo te saludo!

Una tarde de Mayo (casi creo
que salta á mi memoria su hermosura
de este cuadro invernal, como un deseo),

Una tarde de flores y verdura,
rica de cielo azul, sin un celage,
y empapada en aromas y frescura;

En que al son de las auras el ramage
trémulo de los tilos repetía
de otros lejanos bosques el mensage;

Con mi secreto afán por compañía,
del recinto salí que nombró el mundo
corte del *Rey filósofo* algun día.

A su verdor del norte sin segundo,
de un frondoso jardín los laberintos
atrageron mi paso vagabundo...

En armoniosa confusión distintos,
candidos nardos y claveles rojos,
tulipanes, violas y jacintos,

De admirar el vergel diéronme antojos;
y perdíme en sus vueltas rebuscando,
ya que no al corazón pasto á los ojos.

Y una viola, que al favonio blando
columpiaba su tímida corola,
quise arrancar... Mas súbito clavando

Mis ojos en el césped, donde sola
daba al favonio sus esencias puras
respeté, por el césped, la viola...

¡Guirnalda funeral, de desventuras
y lágrimas nacida, eran las flores
de aquel vasto jardín de sepulturas!

Peró *jardín*. — Allí cuando los llores
aunque se hablarán la madre ó el amigo
con aromas y jugos y colores...

Y de tu santo afán mudo testigo
algo, en aquellas flores sepulcrales
algo del muerto bien será contigo.

— Dentro de nuestros muros funerales
jamás brota una flor... Mal brotaría
de ese alcázar de cal y mechinales.

Índice de la nada en simetría,
que á la madre comun roba los muertos
para henchir su profana estantería :

Ruin estación de huespedes incertos,

que ofreciera á los vivos sus moradas
por alquilar los túmulos abiertos.

De tierra sobre tierra levantadas
mas solemnes quizá por más sencillas,
las del santo jardín tumbas aisladas,

Con su césped de flores amarillas,
se elevan... no muy altas... á la altura
del que llore, al besarlas, de rodillas.

Mas sola allí... sin flores... sin verdura
bajo su cruz de hierro se levanta
de un hispano cantar la sepultura (1)...

Delante de su cruz tube mi planta...
y soñé que en su rótulo leía;
¡Nunca duerme entre flores quien las canta!

¡Sobre el césped marchito! ¡Quién diría
que el cantor de las flores en tu seno
durmiera tan sin flores algun día?

Mas ¡ay del ruiñeñor que en aire ageno
por atmosfera estraña sofocado
sobre estraña region cayó en el cieno!

¡Ay del pobre cantor que amortajado
con su negro sayal de peregrino,
yace en su propia tumba desterrado!

Yo al encontrar su cruz en mi camino,
como engendra el dolor supersticiones,
llamé tres veces al cantor divino.

(1) Enrique Gil y Carasco, que falleció en Berlin
el 12 de Febrero de 1846.

Y de su lira desperté los sonos,
y turbé los sepulcros murmurando
la más triste canción de sus canciones...

Y á la viola, que al favonio blando
columpiaba allí cerca su corola,
volví turbios los ojos... Y clavando

La rodilla en el césped (donde sola,
era airon sepulcral de una doncella)
desprendí de su césped la viola.

Y al lado del cantor volví con ella;
y así lloré, sobre su cruz mi mano,
la del pobre cantor mísera estrella:

Bien te dice mi voz que soy tu hermano...
¿Quién saludará tus despojos fríos,
sin el ¡ay! de mi acento castellano?

Dieronte agena tumba hados impíos...
si ojos extraños la contemplan secos,
hoy la riegan de lágrimas los míos.

Solo suena mi voz entre sus huecos,
para que en ella, si la escuchas, halles
los de tu propia voz, postumos ecos...

*Por las desiertas y sombrías calles,
donde duerme tu feretro escondido,
¡no pasa, no, la virgen de los valles!*

Una vez que ha pasado... na ha venido.
trageronla con flores... A tu lado,
la virgen, desde entonces, ha dormido...

Si su pálida sombra, al compasado
son de la media noche, inoportuna,
flores sobre tu césped ha buscado;

Bien habrá visto á la menguante luna,

que en el santo jardin, rico de flores,
¡solo yace tu césped sin ninguna!
¿No tienes una flor! — ¿Ni á que dolores
una flor de tu césped respondiera
con aromas y jugos y colores?...

Solo al riego de lágrimas naciera...
y de tu fosa en el terron ageno
¡quien derramó una lágrima siquiera!

¡Ay si del ruisenior de vida lleno,
que en atmosfera estraña sofocado,
sobre estraña region cayó en el cieno!

Cantor en el sepulcro desterrado
descansa en paz... ¡Adios!... Y si á deshora
un viagero del Sur pasa á tu lado;

Si al contemplar tu cruz como yo ahora
en su idioma español, el viagero
te llama aquí tres veces y aquí llora;

Digale el son del aura lastimero
cual en los brazos de tu cruz escueta
peregrino del Sur lloré primero...

¡Recibe con mis adios tu violeta!
la tumba de la virgen te la envía...

Y al unirse la flor con su poeta,
ya en el ocaso agonizaba el día!...

CANCION.

¡Ay!... esta noche, alma mía
Me has pedido una canción;

Y, antes que despunte el día,
Mi corazón te la envía,
Sí, te la envía mi corazón.

Solitario en mi aposento,
De la péndola al compás,
Y en tí sola el pensamiento,
Siento... No sé le que siento,
Ni lo que siento sentí jamás.

Duermes... ¡Buen sueño concilia
Quién vá á despertarse en pos.
Al calor de la familia!...
¡Que tu sueño y tu vigilia
De venticiones corone Dios!

Que Dios tu existencia pura
Quiera de goces colmar.
Y de amor y de ternura;
Sin que en tan santa ventura,
Tus dulces ojos nuble un pesar.

Y no olvides, alma mía,
Al leer esta canción,
¡Con cuánta melancolía
Mi corazón te la envía!...
Pues te la envía mi corazón,

LA ÚLTIMA HOJA.

EN UN ALBUM.

Hoja, de tantas en pos
dad á un triste que os escoja
y comprenderán por vos
que es triste como un adiós
la última hoja.

¡Ay! cuando el chopo aterido
rudo el alquilon despoja
con monótono ruido,
siempre le arranca un gemido
la última hoja.

Pobre de gala y encanto
tal vez un libro se arroja,
tal vez interesa tanto
que se humedece de llanto
la última hoja.

Si hojas de fecunda palma
son en placer y en congoja

las ilusiones del alma,
guarda en tempestad y calma
la última hoja.

ENRIQUE GIL Y CARRASCO

LA NIEBLA.

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

Niebla pálida y sutil
que en alas vas de los vientos,
no así callada y sombría
desparezcas á lo léjos,
ó en pos de tí correré,
sin vagar y sin sosiego,
porque está sedienta el alma
de tus sombras y misterios.

Acuerdate engañadora,
del inocente embeleso
conque, niño embebecido,
contemplaba tu silencio,
por ver si en él resonaban
perdidos y blandos ecos
de los arpas melodiosas

de las magas de los cuentos.

Crédulo entónces y puro
rasgar intenté tu velo,
pensando que me ocultaba
sus palacios hechiceros,
sus fantásticos pensiles
sus músicas y torneos,
y los flotantes penachos
de encantados caballeros.

Rasgada en pedazos mil,
cual perdido pensamiento
te ví envolver cuidadosa
y con solícito anhelo
las almenas carcomidas
del alcázar, que en un tiempo
escándalo fué del mundo
por su pompa y devaneos,
sin ver que era vano afán
y descabellado intento
velar sus rotos blasones
y sus mutilados fueros
con tu liviano ropage
y mas liviano deseo;
y con todo alguna vez
el sol te daba contento
reverberando apacible
del torreón altanero
en el musgo húmedo y triste,
roja chispa de su fuego
que despues tú disfrazabas
hasta mentir el reflejo

de perfilada armadura
ó de rutilante yelmo.

¡Cuantas veces me engañaste
con donosos sortilegios
haciéndome atropellar,
desapoderado y ciego,
las ruinas del castillo;

cándido infante, creyendo,
mirar de pié en tu poterna
membrudo y alto guerrero
como lúgubre guardián
de la prez de sus abuelos!

¡Cuantas veces ¡ay! mis lágrimas
por tus mentiras corrieron
al ver que mi fantasía
y mi dulcísimo ensueño
tornábanse entre mis manos
manejo de musgo seco,
que en vagas ondulaciones
flotaba á merced el viento.

Y á la verdad no era mucho
que el sol oyera tu ruego;
porque nunca le engañaste
para mostrarse severo;
y á pesar de tus engaños,
yo te adoraba en extremo.

Y aun te adoro, parda niebla
porque excitas en mi pecho
memorias de bellos días
y purísimos recuerdos;
por que hay hadas invisibles

en el vapor de tu seno,
y por que en tí siempre hallé
blando solaz á mi duelo.

¡Ay del que pasó la infancia
á sus ilusiones muerto!

¡Ay de la flor que fragancia
consume y pura elegancia
en apartado desierto!

¡Ay del corazón de niño
que se abrió sin vacilar,
sin reserva y sin aliño,
pidiendo al mundo cariños
y no lo pudo encontrar!

Niebla que fuiste mi amor
y de mi infantil desvelo
amparo consolador
que sola bajo del cielo
comprendías mi dolor;

¡Que mucho que yo te amara,
yo, desterrado del mundo,
que en tí perdido vagara,
y á tí solo confiara
mi desamparo profundo!

Tú á mi espíritu algún día
dabas tus húmedos alas,
y, demende de alegría,
el vago viento corría
descomponiendo tus galas.

Cuando, en el llano tendida;
los contornos de los montes
ocultabas atrevida,

fingiendo en los horizontes
vaga mar desconocida.

Y de la verde montaña
que asomaba la cabeza
con altiva gentileza,
isla formabas extraña
de delicada belleza;

Bogaba la fantasía
por tu misterioso mar,
y en su ignorancia creía
la virgen isla lugar
de ventura y de alegría.

Y crédula la soñaba
puerto en la vida seguro,
y desde allí imaginaba
un porvenir que llegaba
sereno, radiante y puro.

En tu pielago tal vez
de gótica catedral
la fábrica colosal
flotaba con altivez,
ó fortaleza feudal.

Y el alma enbebecida
en entrambas se fijaba,
y ya la veleta erguida,
ya la almena esclarecida
solitaria acompañaba.

Que en los mares de la edad
no flotan, no, de otra suerte
mundana pompa y beldad,
hasta que en la oscuridad

relumbra el sol de la muerte.

Todo confuso y borrado
en tu seno aparecía,
vaporoso y nacarado
y en celajes mil velado
como luna en noche umbría.

Y la mente virginal
que sólo á ver alcanzaba
las rosas en el zarzal
y otros vientos no soñaba
que la brisa matinal :

Tus enigmas resolvía
á favor de la inocencia,
y calma tan solo vía,
y solamente escondía
amor sí fin y creencia.

Que haz una edad placentera
de vistosos arboles,
pura como azul esfera,
de esplendida primavera
y mágicos tornasoles.

En que se goza el dichoso
por que en la dicha confía
en que se goza el lloroso
viendo fanal luminoso
hallé en la bruma sombría.

De pura nieve y carmin
formada está el alma nueva;
no es mucho, pues, que se atreva
con el destino, y que beba
en las copas del festín.

Vaga niebla sin color
no es mucho que vea en tí
serenas noches de amor,
labios de ardiente rubí
y verdes prados en flor.

No es mucho; por que ilusiones
de tan vistoso jaez
pasan tan solo una vez
para velar sus blasones
en perpétua lobreguez.

Su blanca luz placentera
brilla un instante, no más,
y en la amorosa carrera
de juventud hechicera
no vuelve á lucir jamás.

Niebla, ya no puedo ver
en tu misterioso espejo
los vergeles del placer,
que el corazón está viejo
de quebranto y padecer.

Pasó mi infancia muy triste,
más pasó mi juventud;
que entonces tú me acogiste,
y hoy mi ventura consiste
en la paz del ataud.

Mas, ya que has sido mi amor
envuélveme con tu velo,
dame sombras y consuelo,
que tú sola mi dolor
has comprendido en el suelo.

LA VIOLETA.

Flor deliciosa en la memoria mía,
ven mi triste laud á coronar,
y volverán las trovas de alegría
en sus ecos tal vez á rezonar,

Mezcla tu aroma á sus cansadas cuerdas;
yo sobre tí no inclinaré mi sien,
de miedo, pura flor, que entónces pierdas
tu tesoro de olores y tu bien.

Yo, sin embargo, corone mi frente
con tu gala en las tardes de Abril,
yo te buscaré á orillas de la fuente
yo te adoraba tímida y gentil.

Porque eras melancólica y perdida
y era perdido y lúgubre mi amor;
y en tí miré el emblema de mi vida,
y mi destino, solitaria flor.

Tú allí crecías olorosa y pura
con tus moradas hojas de pesar;
pasaba entre la yerba tu frescura
de la fuente al confuso murmurar.

Y pasaba mi amor desconocido,
de un arpa oscura al apagado son,
con frívolos cantares confundido
el himno de mi amante corazón

Yo busqué la hermandad de la desdicha
en tu cáliz de aroma y soledad,
y á tu ventura asomejé mi dicha

y á tu prision mi antigua libertad.
¡ Cuantas meditaciones han pasado
por mi frente mirando tu arbol!
¡ Cuantas veces mis ojos te han dejado
para volverse al moribundo sol!

Que de consuelos á mi pena diste
con tu calma y tu dulce lobreguez,
cuando la mente imaginaba triste
el negro porvenir de la vejez!

Yo me decía : • Buscaré en las flores
séres que escuchen mi infeliz cantar
que mitiguen con bálsamo de olores
las ocultas heridas del pesar. •

Yo me apartaba, al alumbrar la luna,
de tí bañada en moribunda luz,
adormecida en tu vistosa cuna
velada en tu aromático capuz.

Y una esperanza el corazón llevaba
pensando en tu sereno amanecer,
y otra vez en tu cáliz divisaba
perdidas ilusiones de placer.

Heme hoy aquí : ¡ cuan otros mis cantares
¡ Cuan otro mi pensar, mi porvenir!
Ya no hay flores que escuchen mi pesares
ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de mi aliento
y naufragué con mi doliente amor;
lejos ya de la paz y del contento.
Mirame aquí en el valle del dolor.

Era dulce mi pena y mi tristeza;
tal vez moraba mi ilusión detras :
mas la ilusión voló con su pureza;
¡ mis ojos ¡ ay no la verán jamás!

Hoy vuelvo á tí, cual pobre viajero
vuelve al hogar que niño le acogió;
pero mis glorias recobrar no espero,
solo á buscar la huesa vengo yo.

Vengo á buscar mi huesa solitaria
para dormir tranquilo junto á tí
ya que escuchaste un día mi plegaria,
y un sér hermano en tu corola vi.

Ven mi tumba á adornar triste viola,
y embalsama su oscura soledad;
sé de su pobre cesped la aureola
con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles,
enamorada y rica en juventud,
por las umbrosas y desiertas calles
dó yacerá escondido mi ataud.

Irá á cortar la humilde violeta
y la pondrá en su seno con dolor,
y llorando dirá : Pobre poeta!
ya está callada el arpa del amor! •

EUGENIO SELLÉS

EL HÉROE-CHUSMA.

I.

Es verdad que todos saben
sin aprenderla en los libros,

que sin piés no andan cabezas,
sin brazos no valen brios :
que no hay luz sin que haya sombra,
ni montes sin precipicios,
ni gigantes sin pequeños,
ni memorias sin olvido.

Y no hubiera tanto nombre
sobre mármoles escrito
si no hubiera soterrado
tanto anónimo heroísmo.

¿Mas quien al mirar montañas
gigantes, luz, lauros inclitos,
piensa que hay tambien llanuras
pequeñas, sombras, olvidos ?

II.

GUADALETE-COVADONGA.

Los tres de Casa real, hubo
en Toledo un rey Rodrigo.
cabe el estrecho un magnate,
y en Guadalete un obispo.
El rey forzó á una doncella,
abrió el conde al berberisco
su patria, y el buen prelado
vendió la enseña de Cristo.
Y uno traidor, otro impuro,
y el tercero vengativo
hundieron fé, trono y patria

en la corriente de un río.
Refugiose la vergüenza,
como el águila en los riscos,
y encendió el furor guerrero
monte á monte y grito á grito.
Gente oscura cuyos nombres
borró el paso de los siglos,
sin escudos blasonados
franco el pecho al enemigo,
saltó de cueva salvaje :
y cual manantial mezquino
que baja del monte al llano
y en el llano es ancho río,
así, ganando á pulgadas
hogar y altares cautivos,
patria que hundieron los grandes
la levantaron los chicos,

III.

LAS NAVAS DE TOLOSA.

Al pié de Sierra-Morena
que oculta al moro enemigo,
temiendo arrostrar el paso
campan las tropas de Cristo.
Tornadiza está la gente,
y el adalid indeciso,
que hay en el retorno mengua

si en el avance peligro,
cuando un misero villano
por desusados caminos
pone ejército y monarca
sobre el árabe temido.
¡Que batalla y que victoria!
¡Que despojos y que bríos!
¡Cuántas cruces levantadas
y cuanto moro tendido!
¡Que cadenas el navarro
añadió á su escudo invicto!
¡Y el de Aragon! cuantos pueblos
agregó á sus señoríos!
Tomó don Alonso octavo
en las Navas apellido;
guarda entre lauros la historia
los nombres de los caudillos;
ganaron tierras al moro
y á sus casas nuevos títulos
Haros, Laras y Girones,
Coroneles y Agoncillos...
Para el salvador villano
que abrió paso entre los picos;
para los pobres plebeyos
de los concejos venidos;
para les que pecho y brazos
metieron en el peligro...
¡que hubo sino sangre y muerte,
ni quien tiene más que olvido!

IV.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

Crugen entre el mar las quillas,
silva el viento entre las vales,
largas noches de borrasca,
poca gente y mal repuesta
Así mares no surcados
desfloran tres caravelas
que se alejan de unas playas
y á otras playas nunca llegan.
— ¡Quien los guía? — Un pobre sabio
y esa chusma aventurera
que perdiendo, nada pierde,
y en el riesgo nada arriesga
¡A donde van? ¡ Quien lo sabe!
de chusma y locos la empresa,
vá por camino de espumas
pidiendo al mar playas nuevas.
Y sembrando sangre hispana
en remota, ardiente tierra,
cual héroes al indio doman,
cual Dios otro mundo crea.
Americo puso el nombre
y Colon puso la idea;
¡que ganaron si no olvido
los que pusieron la fuerza!

V.

COMUNIDADES Y GERMANIAS.

De oro parecen sus caras
y de oro sus cabelleras;
para dorar su persona
¡qué mucho que el oro quieran!
Con fieros conquistadores
viene la gente flamenca
y trae para la conquista
más que espadas faltrigueras.
A pueblo, villas y cortes
ó maltratan ó saquean;
rompen fueros, pisan reyes
y hasta destrozan la lengua.
¡Qué poder se opone al peso
de aquella doble diadema,
ni quien resiste de Carlos
la cesarea omnipotencia?
El popular de Castilla,
con la chusma de Valencia,
pone el pié donde la frente
pone altiva la nobleza.
Y allá gente agermanada,
y aquí gente comunera,
por España y por los fueros
vive libre ó finca muerta.
Por el rey luchan los nobles
junto al Turia y al Pisuerga

y enrojecen ambos rios
no de sangre ¡de vergüenza!
¡Libertad de España, planta
que sembró mano plebeya,
espada noble te vende
y hoz alemana te siega!

VI.

MADRID Y BALEN.

En crestas del Guadarrama
grazna el águila francesa,
y en aguas del sacro Betis
el corcel normando abreva.
Ei tambor batiendo ahoga
el jay! de la patria, y entran
por ciudades en silencio
soldados en doble hilera.
Pasan ellos recelosos,
lloran al verlos las hembras,
y por no gritar los hombres
se muerden manos y lengua.
¿Dó está patria numantina,
tu salvage independencia?
¿Quien detiene al extranjero
que tus mieses pisotea?
Tus reyes le abrieron paso,
tus regimientos se encierran,
duérmese la aristocracia

ó inactiva ó traicionera...
Solo un fuego se le atreve,
solo un grito le bravea :
fuego santo y grito noble
de la chusma madrileña.

Solo un alcalde villano
con un imperio abre guerra.
¡Quien vé ya varas tan firmes,
ni alcaldadas comó aquellas!

.....

Cubierto el campo de sangre
y el aire por la humareda,
luchan ordenadas huestes
con tricolores banderas,
y en frente turba bisona.
por montes y valles suelta,
un mal trabuco en la mano
y una faja por enseña.

Volcan que fuego vomita
el quieto francés semeja ;
buitre audaz el guerrillero
salta y pica, mata y vuela.

Y así, destrozado el pico
que clavó en tan dura tierra,
por crestas del Pirineo
huyó el águila francesa.

VII.

SIC VOS NON VOBIS...

Héroes sin nombre ni fama
que, forzados á la guerra,
alimentais á la muerte
con sangre de vuestras venas;
los que rehicisteis la patria,
y domasteis las americas,
y rompisteis vuestros grillos
en la frente de los dépostas;
los que con la vida propia
haceis las glorias ajenas
y labrais él alto alcázar
en que viven cien grandezas,
¡ah! ¡por qué vuestro heroísmo
no escriben con aureas letras,
ni la crónica empolvada,
ni la popular leyenda?
Se vé en el aire el palacio
y sus cúpulas soberbias,
pero no se vé el cimientó
por que está bajo la tierra
Y es que siempre la corona
por injusta providencia
aunque la ganen las manos
se coloca en la cabeza

EUSOBIO BLASCO.

TODO MENOS ESO.

Dime que zumba el trueno
y me verás tranquilo junto á tí;
dime quel rayo hácia mi pecho viene
y sin temor le miraré venir.

Dime que del leon la hambrienta garra
se avanza sobre mí,
y veras que con ánimo sereno
aguardo inmóvil de mi vida el fin.

Dime que está mi honor roto en girones
y no lo he de sentir,
dime que de mis días pocos quedan,
dime de nuestros é improperios mil,
dime cuánto me pueda herir de muerte,
¡que en el mundo no hay penas para mil!

Dime que no me quieres...
y me verás morir!

LETRILLA.

Diga uste, señora
doña Nicolasa,

eso de marcharse
temprano de casa,
y salir corriendo
y volver de prisa,
decir á la gente
que es larga la misa,
y otras frioleras
que aprecio en conjunto,
¿serán discutibles?
— ¡Hasta cierto punto.

¿Me hace usté el obsequio,
señor de García,
de esplicarme cómo
pasa usted el día?
Ni tiene usté casa,
ni tiene usté mesa,
ni come, ni bebe,
ni chupa, ni besa.
Ser vago à *fortiori*,
ser rico presunto
¿Son cosas posibles?
— Hasta cierto punto.

Ayer paseando
la calle de Fúcar,
hallé unas amigas
que son de Sanlúcar.
Son feas, muy feas,
y chicas, muy chicas,

y gordas, muy gordas,
(y ricas, muy ricas.)
Pues bien; ¡se han casado!
y yo me pregunto:
¿verán los maridos?
— *Hasta cierto punto.*

Señor de casero,
por Dios y los santos,
ya sé de memoria
que estamos á tantos.
Pero yo deseo
que usted se convenza,
de que estos piquillos
me causan vergüenza,
Estoy esperando
salir de un asunto.
¿Usted me comprende?
— *Hasta cierto punto.*

¡Ay mundo engañoso,
cómo mas viviendo!
cuanto más te miro
ménos te comprendo.
Virtud que se compra,
amor que se vende,
belleza que irrita,
moral que se ofende.
¿Qué es esto mundillo?
¿Quien fias en tus mañas?

¿Quien cree tus cosas
tus cosas extrañas?
Rico en los detalles,
pobre en el conjunto,
¿eres comprensible?
— *¡Hasta cierto punto!*

LO QUE SOBRA.

Yo no sé como se llama,
Ni me importa nada, un tal
Que fué á la estacion central
A expedir un telegrama.
Sólo sé que el tal, con suma
Presteza y estilo gráfico,
Puso el parte telegráfico
Así, al correr de la pluma:
• Donde Cayetano Solar,
Farmacéutico — Algodor;
Te avisamos, gran dolor,
Padre acaba de espirar.
Ven á Madrid al momento.
Arreglar disposiciones;
Heredamos seis millones;
Martes abre testamento.
• Y firmando la receta,
Saca el precio del bolsillo
De un telegrama sencillo,
Es decir, una peseta.

Aquí hay palabras demás.
Dice uno de los que cobran,
O hay que quitar las que sobran
O hay que pagar algo más.
Y el hijo desconsolado
Leyendo en acento quedo,
Y contando con el dedo
Las palabras que ha estampado.
Dice por fin: — Si, señor,
Sobran dos; dá el telegrama,
Y tras una pausa, exclama:
— Quitele usted *gran dolor*.

EVARISTO SILIO Y GUTIERREZ.

LA VIDA.

A la vez que en sí propia ser y alma lleve
del germen de la vida surge una nueva
generacion;

y nueva caravana, sin rumbo cierto,
yá indecisa del triste vital desierto
por la extension.

Su espíritu se inquieta, su anhelo crece
de su inocencia el sueño se desvanece
por siempre ya:

su pecho por la dicha fugaz se afana,
y así por el desierto la caravana

marchando vá.
Tal vez el bien vislumbra por que suspira,
mas anda, y cuando cerca la vision mira,
su bien no vé;
y así presa mil veces del desencanto,
el arenal estéril riega con llanto
¡su amante fé!

Tal vez su inútil marcha para medita,
mas la esperanza entónces tenas le grita:

• Vé más alla. •

El bien que hoy busca, espera lograr mañana;
y así por el desierto la caravana
marchando vá.

En pos de anhelo tanto, de tanta pena
un día surgir mira sobre la arena,
fascinador,
el oasis que, al ánsia mortal abierto,
de palmas y de flores en el desierto
labró el amor.

Y la aridez no siente por dó camina,
ya solo vé el recinto dó se avecina
su frenesí;

sus ilusiones crecen, le invade ufana
y el angustioso viage la caravana
detiene allí.

Mas el estío llega, y á sus rigores,
para su anhelo pierden palmas y flores
su encanto ya;
un nuevo desengaño su pecho afana;
¡Y otra vez el desierto la caravana
cruzando vá!

Y ya en vano su pena calmar procura,
nuevos afanes halla, nueva amargura,
la dicha no.
¡Que en el triste desierto, do anhela tanto,
sólo se halla el oasis de breve encanto
que atrás dejó!

Y aún avanza, y aun lucha con su agonía;
pero léjos, muy léjos, tremula guía
la planta allá...
Seguirla ya no puede la vista humana...
¡Ya sólo Dios vé donde la caravana
marchando vá!

Y así por el desierto, yo peregrino,
apartar quiero en vano de su camino
mis pasos hoy;
el mismo afán, la misma vereda tengo
Y sólo el cielo sabe de donde vengo
y á donde voy!

Y así generaciones sin cuento han ido
perdiéndose á lo léjos, el pecho herido
del mismo afán;
y así espiran las tristes glorias humanas,
y así por el desierto las caravanas
pasando van!

FRANCISCO DE ABARZUZA

MONOLOGO DE HAMLET.

TRADUCCION DE SHAKESPEARE.

¿Ser ó no ser? — planteemos el problema,
¿qué es más digno de un ánimo esforzado
los golpes soportar, el anatema
de la contraria suerte, resignado,
ó oponer nuestro pecho á la violencia
de un mar de dudas, y esperarlo armado,
y vencerlas con firme resistencia?
Morir, — dormir; — no más; y con un sueño
terminar el dolor con el latido
de un corazón que su dolor hospeda;
término apetecido
de la miseria que mi cuerpo hereda.

Morir, — dormir, — ; dormir ! soñar acaso;
un escollo hay aquí que yace oculto
surge de pronto y se me opone al paso ;
cuando extinga mi mano este tumulto
trmoal de mis pasiones,
el sueño de la muerte sobreviene,
y el terror de las pálidas visiones
que perturban su calma, me detiene.

Aquí vaca el secreto
que una larga desdicha, una existencia,
á mirar nos obliga con respeto.
¡Quien si no sufriria con paciencia
los escarnios del tiempo, los ultrages
del orgullo infundado, la insolencia
del rango; los salvages
golpes de la injusticia de un tirano,
la ley que desampara al inocente,
las ansias del amor que ruega en vano,
la ineptitud que pudo
escarnecer al mérito paciente,
cuando la herida dignidad del alma
con un hierro desnudo
labrarse puede la absoluta calma ?
¡Quien gemiria bajo el peso inerte
de existencia tan triste y prolongada ?
pero el « despues » oscuro de la muerte,
el término postrero,
la costa inexplorada
de donde nunca regresó el viajero,
plegan la voluntad del combatido
espíritu del hombre, resignado

á un mal ya conocido,
por que le aterra más el ignorado.
Nuestra conciencia así, por este alarde
de miedo, impresionada,
de un hombre hace un cobarde,
y el tinte natural con que campea
una resolucíon, se descolora
á la pálida sombra de una idea,
y las empresas arduas y valientes
las que horan más al hombre,
desvian sus corrientes,
dejan de ser accíon, pierden su nombre.

ORACION.

Bondad, belleza, verdad
huidas en tí contemplo,
el Universo es tu templo
tu asiento la inmensidad.

Mi alma es chispa que surgiera
de la hoguera de tu amor.
¡Haz que la chispa, Señor,
se confunda con la hoguera!

FRANCISCO LUIS DE RETES.

LEOVIGILDO.

ROMANCE HISTORICO.

I.

De inmarcesibles laureles
gloriosísima corona
á la sien de Leovigildo
ceñirá siempre la historia.
Muralla fué inquebrantable
de la monarquía goda :
sus hechos cuenta la fama,
España canta sus glorias.
Apénas al trono sube
sobre los griegos se arroja,
que aún extienden su dominio
por las orientales costas.
Mucho contra el griego intenta,
mucho emprende, mucho logra
diganlo triunfos de Málaga
y de Medinasidonia.
En su grandeza engreida,

con sus fueros orgullosa,
el godo poder desprecia
la ciudad romana Córdoba.
Sobre ella el gran Leovigildo
lleva sus guerreras tropas :
sus triunfos con tristes ayes
la noble ciudad pregona.
No solo á Córdoba rinde,
sino á la comarca roda;
la Bética se somete
á sus armas victoriosas.
Los cántabros indomables
desde sus montañas toscas,
del rey godo desafían
la magestad poderosa ;
el rey suevo de Galicia,
Arionmiro, los apoya,
Sobre los montes cantábricos
Leovigildo se desploma,
el duro teson quebranta
de su gente belicosa,
y parte en busca del suevo
que cierto de su derrota
á Leovigilda propone
una tregua vergonzosa.
Dos veces se alzan rébeldes
los habitantes de Oróspeda,
y dos veces Leovigildo
los acomete y los doma.
Mas si como rey valiente
alcanza eterna memoria,

como padre, sus acciones
le envilecen y deshonran.
Oid de su fiero crimen
la narracion espantosa,
de Hermenegildo su hijo
oid la terrible historia

II.

Por las orillas del Tajo
que besa á Toledo el pié,
régia, ilustre comitiva
marcha en ruidoso tropel.
Una donosa doncella
que envidió el sol al nacer,
blandamente el lomo oprime
de un gallardo palafren.
Doma el encorvado cuello
de un alazan cordobés,
con la recamada rienda
gentil y apuesto doncel.
Y hombres de armas, y escuderos;
mesnaderos más de cien.
con ballesta y pica al hombro,
con el bruñido broquel;
doncellas, pajes y heraldos
luciendo el rico jaez,
y el pueblo que corre y grita
en revoltoso vaiven.
Vitores y aclamaciones,

escúchanse por do quier,
y se estrechan y se empujan
para no llegar despues.
Alborózase Toledo,
y que se alboroce es bien;
desposorios se celebran,
desposorios de alta prez.
La hija de Sigiberto,
aquel monarca francés,
da su mano á Hermenegildo
hijo del gótico rey.
El ancho camino alfombran
el romero y el laurel,
arcos de triunfo levántanse
de taray y de ciprés.
Ya la iglesia se divisa,
ya se acercan al dintel,
ya el son del órgano grave
ensalza al Sumo Poder.
Régia, ilustre comitiva
marcha en ruidoso tropel
por las orillas del Tajo
que baña á Toledo el pié.

II.

Pasan horas, pasan dias,
pasan semanas y lunas,
Hermenegildo es arriano,
pero católica Ingunda,

La madre de Hermenegildo
duerme el sueño de la tumba ;
Gosvinda, tenaz arriano,
el tálamo real ocupa.

Trocar la fe de su nuera
la reina en vano procura ;
sus intenciones se tuercen,
sus esperanzas se frustran.

Poco sirven, poco valen
la caricia y la dulzura ;
poco valen, poco sirven
amenazas iracundas.

Vientós bravos que se estrellan
en las encinas robustas,
olas del mar que se rompen
sobre las peñas desnudas
Cuanto es más rudo el ataque
más resistente la lucha ;
cuanto mayor la soberbia,
es la humildád más profunda.

Siguió al consejo el halago,
siguió al halago la astucia,
á la astucia la amenaza
y á la amenaza la injuria.

En su brutal arrebato,
que más la ciega y ofusca,
medios pide á la venganza
qué la aguja y estimula.

Su condicion olvidando
rásgala las vestiduras,
y con la mano atrevida

el gentil rostro la cruza.
Arrástrala por el suelo
y arrebatada y sañuda,
de la cabeza la arranca
la poblada crencha rubia.

Leovigildo más prudente
de sí los aparta, y juzga
que con el tiempo se venza
lo que con la fuerza nunca.

Pero Dios que reservaba
para las glorias futuras
el alma de Hermenegildo
que en la oscuridad fluctua,
va las sombras disipando
que su entendimiento anublan

como la luz de la aurora
rasga las sombras nocturnas
De su católica madre,

que en las supremas alturas
pide para el hijo amado
á Dios protección y ayuda,
los cariñosos recuerdos

se despiertan y se juntan,
y al verdadero camino
de la Fé santa le impulsan.

De su esposa idolatrada
las palabras de ternura
al desusado sendero
de la salvacion le empuian.

De su tío San Leandro
los consejos y las súplicas

arrancan por fin de su alma
las tinieblas de la duda.
Claro fulgor le ilumina,
de Arrio la creencia abjura,
y campeón se proclama
de la religión augusta.

Su error antiguo condena,
su moderna fé divulga.
y otra vez bañan su frente
del Jordan las aguas puras
Pasan horas, pasan dias,
pasan semanas y lunas,
Hermenegildo es católico
como es católica Igunda.

IV.

Como rugé la leona
por el cazador herida,
ruge de cólera y ódio
la frenética Gosvinda

Al alma de Leovigildo
su vil rencor comunica,
para su encono no hay rienda
ni freno para sus iras.

En tanto el pueblo católico
se entusiasma y regocíja,
que ya el sol de la esperanza
en el horizonte brilla.

Armas Leovigildo apresta,

su rencor la reina incita,
y con poderoso ejército
cae el rey sobre Sevilla.
Hermenegildo resiste,
por él se alza Andalucía,
y parte á darle socorro
el rey suevo de Galicia
Derrótale Leovigildo
y su auxilio inutiliza,
de los griegos imperiales
aprovecha la codicia,
que es fuerza lo que no aceros
que dádivas lo consigan.
Apreta el cerco el rey goda,
inútil es que resista:
su salvación encomienda
Hermenegildo á la huida.

V.

A media legua de Córdoba,
del monte en lo más espeso,
alza sus blancas paredes
un sombrío monasterio.
Una cruz de piedra tosca
con los dos brazos abiertos
llama al piadoso retiro
al extraviado viajero.
La tibia luz de la luna
trémula brilla en el cielo,

ó el disco pálido esconde
entre nubarrones negros.
Cánticos se oyen, mezclados
con los acordes severos
del órgano que retumba
por las bóvedas del templo.
Rumor confuso en el valle
y griterio á lo lejos
turban la calma tranquila
del olvidado desierto.
Salta azorado y convulso,
salta al cesped un guerrero
el intrincado follaje
de las malezas rompiendo.
Lleva la espada desnuda,
el rostro lleva encubierto
con la barrada visera
que cae á la faz del yelmo
Ase la cuerda que pende
del esquilon con esfuerzo,
y el esquilon impelido
gira en rápido volteo.
Las puertas del templo cragen
sobre sus goznes de hierro
y abren paso al fugitivo,
dan entrada al caballero.
Torna á rechinar el gozne,
y los portones volvieron
á encajonarse, formando
muralla en el átrio extenso.
El rumor ántes remoto

va aumentando por momentos :
ya no se escucha en el valle,
ya se aproximan los ecos.
A la luz de las estrellas
se ven brillar los aceros,
se ven ondear las plumas
de la luna á los reflejos.
Tropel de gente de guerra
escala el breñoso cerro,
Pero sus pasos detiene
á la vista del convento.
¡Abrid! con voz iracunda
un hombre gritó altanero;
si no, piedra sobre piedra
de estas murallas no dejo.
Entónces himnos celestes
tornaron á oirse dentro,
la sonora voz del órgano
tomó en los bóvedas vuelo,
y el espacio arrebolaron
nubes de aromado incienso.
Los portones de la iglesia
pausadamente se abrieron,
dos hileras de ermitaños
con la santa cruz en medio,
paso á paso y con los ojos
clavados siempre en el suelo
entonan el *Pange lingua*
con armónicos acentos.
Al fondo en el ara santa.
como en un trono de fuego,

el sacerdote vestido
con los sacros ornamentos
levanta en áurea custodia
el immaculo cuerpo
de Aquel que dió vida al mundo
por su redencion muriendo

A sus pies arrodillado
el fugitivo guerrero

la alta proteccion implora
del Señor del universo.

Confundido, anonadado
á tan magnífico aspecto,
dobla la rodilla humilde
el perseguidor soberbio.

Pero en el altar fijando
la vista, súbito incendio
mareó en el rostro sañudo
tenaz aborrecimiento.

Levántase y atrevido
lanzarse intenta en el templo,

vago terror misterioso
le asalta, profundo miedo

que el corazon le comprime
en lo más hondo del pecho.

Entónces el fugitivo
paso á paso y con respecto

por medio de las dos filas
de ermitaños, con severo

ademnan y continente
grave, se acerca resuelto

al perseguidor, y dice

con la rodilla en el suelo :

• Padre, si anhelas mi vida,
tómala, yo te la entrego ;
más no perderás mi alma,
que yo de ella no soy dueño.

Harto por torpes errores
cegados mis ojos fueron ;
si es mi destino la palma
del martirio, en vez del cetro
de la tierra, á Dios ensalzo
pues permite que su siervo
trueque terrenales glorias
por los celestiales premios. •

— • Hijo rebelde, • contesta
el menorca de ira ciego,
• el galardón te preparo
según tus merecimientos.

¡A caballo, y á Sevilla! •

Y lanzándose al repecho,
á cuya florida falda
corre el Betis altanero,

Poco á poco los rumores
de sus pasos se extinguieron
los portones se cerraron

del sombrío monasterio,
apagó el órgano grave

sus misterios concertos,
y otra vez á reinar vuelven

la soledad y el silencio,
al par que la blanca luna

su disco encubra en los cielos

VI.

En una torre sombría
que aun conserva Tarragona,
y á cuyo pie tumultuoso
el mar es recha sus olas,
hay un negro subterráneo,
hay una oscura mazmorra,
y en ella un hombre á Dios pide
amparo en su última hora.
Lleva al pié doble cadena,
al cuello pesada argolla,
sugetas tiene las manos
á la espalda con esposas.
Un farolillo alumbraba
las ennegrecidas bóvedas
con luz tan débil, que hacia
más perceptible las sombras.
Suenan llaves y candados,
entran hombres con antorchas,
uno trae un tajo y otro
un hacha afilada y corva.
Sobre aquel fatal madero
el preso su cuello apoya,
álzase un brazo nervudo
salta la cabeza y bota.
Abrese el azul del cielo
un alma sube á la gloria,
los alados serafines

sublimes himnos entonan.

VII.

Tan horrendo parricidio
fué el ensengrentado prólogo
de los males que afligieron
á los míseros católicos.
En el pecho del monarca
hervía el feroz encono,
y el tenaz remordimiento
gritó del alma en el fondo.
Acosabante de noche
negros, lúgubres insomnios,
falsamente interpretados
por el error religioso.
Y en vez de pedir humilde,
contrito y puesto de hinojos
por su crimen indulgencia
á Dios misericordioso,
contra los siervos de Cristo
iracundo volvió el rostro,
y con él los tiempos bárbaros
de Diocleciano y de Cómodo.
Rienda suelta da á sus iras,
espacio libre á sus odios,
y venerables ancianos,
y sacerdotes virtuosos,
mártires de sus creencias,
sufren con valor hércico

feroz tormento los unos,
muerte sañuda los otros
Y ya en la terrible hoguera,
ya en el triste calabozo,
ya en el suplicio inhumano,
ya en el cadalso afrentoso,
para afirmar los cimientos
de su quebrantado solio
va la cregia hacinando
despojos sobre despojos.
¡En vano!... ya su corona
cayó, su cetro ya es roto,
ya el último aliento exhala,
ya se derrumba su trono.
Pero aún el sol de la gloria
al descender majestuoso,
coronó del rey la frente
con sus resplandores rojos.
Muévanle de nuevo guerra
los francos reyes indómitos,
y en la tierra y en los mares
triumfa de ellos el rey godo.
El trono del suevo se hunde
de sus armas al asombro,
y son dominios sus tierras
del monarca victorioso.
Si el crimen de parricidio
no manchara con su oprobio
los inmortales laureles
de monarca tan heróico,
nadie disputarle osara

el primer sitio entre todos;
pero el hombre es frágil barro
es vil materia de lodo,
y solamente es perfecto
el que es Todopoderoso.
Murió en Toledo, y las crónicas
cuentan que murió católico;
del que rige el universo
decretos son misteriosos.

FRANCISCO ORGAZ.

AL INMORTAL QUINTANA.

¡Y qué? ¡No habrá para el autor cubano
ni un solo asiento en el festín glorioso
que el pueblo castellano
ofrece al noble y virtuoso anciano,
cuyo ingenio fecundo
con poderoso anhelo
luchó contra los déspotas del mundo
y levantó la humanidad al cielo?
Si le habrá ¡vive Dios! que entre los buenos
y esforzados varones
nunca se tuvo por humilde ó ménos

la ofrenda de los buenos corazones,
Tal exclamaba yo, cuando la frente,
de rayos inmortales coronada,
alzando fuera el régio Manzanares,
de esta manera hablo;

— « Nó al impaciente
labio permitas ¡ay! la ocasionada
incertidumbre. Nunca mis hogares
ni á la extranjera fé el hospitalario
techo negaron, ni del templo agosto
las puertas del santuario
cerradas fueron á la voz del justo. »

• Al humo de mis fiestas castellanas
se alegraban mis hijos, los mejores
de las augustas huestes colombianas,
y aquellos que en el Asia vencedores
y en los campos del Africa abrasada
por ambos emisferios
propagaron la gloria inmaculada
que encerraban los inclitos imperios
del castellano bien. El europeo,
el tostado africano
y el indio americano
mis hijos son, y en mis tranquilos lares
de todos son mis fiestas populares.

• Espacio tienes; las alegres tiendas
á levantarse ván, y tu cantares
dignos y justos son; que las ofrendas
de los hijos del sol al predilecto
dijo de mis amores
más gratas son que á las tempranas flores

las fecundantes lluvias del rocío.
Canta y adios. » — El coronado río
dijo, y volviendo la tranquila frente
hundióse en el caudal de su corriente.

« Y cómo no cantar, *ilustre anciano*
cuando en la gloria que en tu frente brilla
no sólo brotan lauros de Castilla,
sino palmas dél suelo americano?
¡Oh! Tú no sabes cuánto de cariño
y de sagrada admiracion inspiras
al hijo de los indicos palmares.

Yo lo recuerdo aún: desde muy niño
sentí al compás de las cubanas liras,
tu nombre repetir, y tus virtudes
del labio maternal las aprendía.

Virgen del mundo, America inocente,
por todas partes sin cesar oía:

Libre es el hombre el eco repetía;
y alzando alegre la orgullosa frente,
el mundo de Colón grabó en su historia
con letras de oro tu brillante gloria.

Tú desde entónces encadenaste el labio
de la ignorancia insana,

y así borraste el infundado agravio
que alimentaba la familia indiana.

Mas ¡qué no es dado á la virtud sublime
que á la sentida humanidad se ofrece
contra el error que sin cesar la oprime?
¿Que no es dado al varon que se engrandeca
combatiendo el poder de los tiranos,
y á quien para alcanzar alto renombre

se consagra al amor de los humanos
y á mejorar la condicion del hombre?
¡Oh! Todo, todo á tu excelencia suma
lo concedió la excelsa Omnipotencia,
y nada tiene que añadir la pluma
al poder de tu clara inteligencia.
Mas si le faltan lenguas á la fama
para cantar tu inmarcesible gloria,
sóbraule amor á la familia humana
y altares que erigirte en tu memoria.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

DOLOR.

Entré en la estancia en que Marcial yacia
Dentro del breve trecho
Donde suele encerrar la pompa humana
Un toscó carpintero.
Cuatro blandones de amarilla cera
Lanzaban sus reflejos
Communicando á los que estaban vivos
No sé que cosa del que estaba muerto,
La muerte es lo solenne de la vida,
Y en torno de los féretros
El silencio que reina es el mas grave
De todos los silencios.
Yo, venciendo el terror; fuime acercando
Con firme planta y corazon sereno,
Como el que juzga que la vida empieza
Quizas al borde del mortuorio lecho.

Pero á medida que el contorno vago
Se destacaba sobre el fondo negro,
Al descubrir la alabastrina frente
Apagado volcan del pensamiento,

Al contemplar el varonil semblante
Del alma ausente deleznable espejo,
Al ver esclavo de la hundida almohada
El antes libre, juvenil cabello,

Al fijarme, con ojos espantados,
En el brillante militar trofeo
Que al rededor de mi valiente amigo
Puso una mano con prolijo esmero.

Los verdes lauros de recientes glorias,
La espada al cinto, sobre el noble pecho
Las rojas cruces que esmaltó su sangre,
Y entre el marfil de los doblados dedos

Grave y severa dominando á todas
La santa cruz del Redentor eterno,
Yo no sé que sentí dentro del alma
Tan hondo, tan intenso,

Que asomado al abismo de la muerte
Y en interiores lágrimas deshecho
Mi dolor desbordose como nube
Deshecha en lluvia sobre el mar inmenso.

¡Ay mi pobre Marcial! mi noble hermano
¡Mi dulce compañero!

¡Y para esto sembramos tantas flores
En el fecundo campo de los sueños!

La mismas cuna nos meció de niños,
La infancia nos prestó los mismos juegos
La ardiente juventud iguales glorias

¡Y en una misma tumba no estaremos!
La tuya en gran caudal, pobre la mía,
Sueltas corrientes nuestras vidas fueron
Y al par cruzamos por el ancho mundo
Rompiendo abrojos y salvando riesgos.

¡Quien dijera, gran Dios que en el camino
La tuya habia de morir tan presto,
Y qué, mudo el torrente, aún sonaría
El mísero arroyuelo!

Calmar quise mi angustia irresistible,
Morir sin causa al corazón opresa,
Encontrar un dolor que le sirviera
Al mío de consuelo.

Hice un esfuerzo, mas recé un instante,
Puse en la frente de Marcial un beso
Cortéle un rizo, lo guardé, y lancéme
Sin poder respirar á otro aposento.

Ayes, sollozos, desgarradas voces
Lanzaron todos cuando entrar me vieron
Abrazóse la hermana á su marido,
La madre á sus hijuelos.

Amigos, servidores y parientes
Mezclaron sus lamentos...
Y mi rebelde corazón gritaba

• ¿Donde estás, ho dolor, que no te encuentro!
De pronto, en un rincón, ví solitario
Entre la sombra envuelto
Al indomable general, hundido
En su sillón de cuero.

En sus escuetas manos apretaba
Una corona de laurel ya seco

Que para el hijo triunfador tejieran
Su noble orgullo y el amor materno.
Era aquel el caudillo portentoso,
Rayo de muerte en el combate fiero,
El rudo Marte que en la ardiente Libia
Deshizo al agareno.

Tenia la cabeza
Inclinada hácia el suelo,
Los ojos fijos, la postura inmóvil
Fruncido el entrecejo.

Y una lágrima en medio de una arruga,
Como una gota de rocío en medio
Del grieteado muro
De una torre feudal que rota al tiempo.

Al ver aquellas lágrimas las mias
Copiosamente por mi faz corrieron
Y desatose en mi garganta el nudo.
Y alzé la frente y respiré mi pecho.

Y desde entónces, cuando busco ansioso
Dolor que preste á mi dolor consuelo,
Jamás le busco donde atruena á gritos:
Le busco en el silencio.

FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO.

LOS MARTIRES.

Salve, Roma imperial! cón tu frente
de cien vencidos pueblos la corona;
se rinden á tu cetro las naciones;

la region de la luz y el Occidente
y la abrasada zona,
recorren victoriosas tus legiones:
tus bélicos bridones
en el Jordán abreven y en el Sena,
y su galope rápido estremece
la tierra de los viejos Faraones
y los vergeles de la patria helena:
el breton te obedece;
y tras lucha titánica, asombrado
de tu poder que todo lo avasalla,
suelta la azcona y calla
el cántabro feroz, nunca domado.
Tus naves altaneras
del ancho mar oprimen los espacios,
llevando de cien playas y riberas
oro, mármoles, bronces y maderas
para tus circos, termas y palacios.
Tus césares son arbitros del mundo,
tus proconsules reyes,
principes tus patricios opulentos;
¿quien á romper se atreverá tus leyes,
si tu cólera trueca
las ciudades en paramos sangrientos!
¿Quien ante tí no dobla la rodilla,
si eres reina y señora de la suerte
y esclavo el hombre á tu poder se humilla
Así pensando en la imperial grandeza,
con lento paso un hombre
hácia Roma dirige su camino,
descalzo el pie, desnuda la cabeza,

una cruz de su cuello suspendida,
y en su mano el baston del peregrino.
Asombrado detienese un momento
al contemplar la pompa deslumbrante
del esplendor romano;
mas súbito, los ojos suplicante
dirige al firmamento,
estiendo luego á la ciudad la mano
y esclama así con inspirado acento:

• Soberbia Roma que á tu yugo impio
sugetas las naciones,
esclavas de tu inmenso poderio;
ha sonado tu hora:
ha brillado en la tierra el sol fecundo
de verdad y justicia, y en el nombre
del que murió por redimir al hombre
yo vengo á dar la libertad al mundo.
Reino santo en tí fundo
que el imperio hundirá de tus tiranos,
al siervo humilde y al mendigo haciendo
de los grandes y Césares hermanos;
reino de paz que, como inmovil roca
se elevará glorioso
dominando las recias tempestades;
abarcará cuanto los cielos cubren
y siempre combatido y victorioso
hasta el fin durará de las edades:
reino en cuyas banderas triunfadoras
verá el mundo asombrado,
no las garras feroces

del águila que vuela á devorarle,
si no los brazos de la cruz divina
abiertos con amor para abrazarle. •

Lo oyó el tirano, y cual terrible fiera
cuando se siente herida,
de cólera rugió, gritando. ¡Muera!
Y Pedro en cruz infame dió la vida.
¡Oh pobres y oprimidos
que abristeis vuestro pecho á la esperanza!
No temais, no; la tumba que le encierra,
el solio de la paz y la justicia
sostendrá como roca incontrastable
hasta el fin de los tiempos y la tierra:
¡temais: del tirano los jardines
carán seguro asiento
á un palacio opulento
de Pedro consagrado á la memoria,
á donde irán de todos los confines
reyes, principes, pueblos y naciones
veneracion á tributarle y gloria;
no temais: Pedro vive con vosotros;
que Lino y Cleto en pos, Clemente y Sixto
fieles recogen la divina herencia
y dan su sangre por la fé de Cristo.
¡Qué importa que los déspotas preparen
el puñal, los tormentos y la hoguera
en su furor insano,
si es la muerte divina mensajera
que la victoria canta del cristiano?

¡Ah! mirad como crecen
de Cristo los heroicos confesores:
las provincias romanas
como inundantes aguas van llenando:
tiemblan los poderosos: se estremecen,
los robustos estallan en furoros
en sed ardiendo de feroz venganza,
y el imperio ensordecen
los gritos de esterminio y de matanza.
Las flechas y cuchillos aguzados
atravesian los pechos virginales
y siegan las gargantas inocentes;
y en resinas ardientes
abrasados en llamas los cristianos,
son lugubres blandones
del horrible festin de los tiranos;
los libicos leones
y las feroces hienas,
con sangre de cristianos enrojecen
del anchuroso Circo las arenas;
y enteras poblaciones
á cuchillo traspasa
el insano furor de las legiones
no hay compasion ni tregua; mas ¡oh gloria!
¡Que los mártires triunfan! Ved; contentos
van á la muerte; suya es la victoria!
A la faz de los déspotas sangrientos!
su fé proclaman, y á su Dios bendicen
en medio de los bárbaros tormentos.

¡Gloria á Dios! cuyo aliento comunica

la fé que de los fieles confesores,
del martirio anhelantes,
el número y constancia multiplica.
La sangre de los mártiros de Cristo
es germen de cristianos:
¿cuantos son? Si podeis esterminarlos!
Para darles la muerte y el tormento
no hay verdugos ni cárceles bastantes:
los pretorios romanos
no tienen ya cuchillos suficientes,
Con el poder de vuestro altivo imperio
armado del puñal y de la hoguera,
¿de la Iglesia naciente
detener pretendisteis la carrera!
¿Insensatos! ¿No veis? La clara fuente
al pasar por los riscos y breñales
se ha convertido en invasor torrente:
ora trocada en anchuroso rio
no detiene su marcha triunfadora,
oponese á su paso la montaña;
pero es en vano, que el raudal bravio
con impetu á la cumbre se arrebatá;
cubren sus aguas la soberbia altura,
y formando rugiente catarata
inundan vencedoras la llanura...

Ya la culpable Roma se estremece,
y el pálido fulgor del paganismo
ante los rayos de la Cruz fenece.
Brilla en el cielo el Lábaro divino,

entusiastas le aclaman las legiones,
le sigue arrebatado Constantino;
en el Tiber sepultase el tirano;
triunfa la Cruz; coronase de gloria
para brillar en perdurable solio,
y sube de las negras Catacumbas
á reina en el Capitolio.

—
;Paz! ;Paz! ora resuenan
los ecos voladores,
y de la cruz los cantos vencedores
del aire vago los espacios llenan.
¡Oh! cuán bella y radiante,
de laurel inmortal la sien ceñida,
se levanta la Iglesia perseguida
del Circo y de las cárceles triunfante!
No es tan pura y hermosa
la alegre primavera, cuando ufana
tras la crudeza del invierno impio
los campos engalana
con soberana pompa y atavío.
La Cruz resplandeciente
del Ocaso al oriente
del imperio en los ambitos campea:
escuchad, escuchad, divino acento
recorre la estension del raudal viento:
es la voz de los padres de Nicea:
¡Credo! dice la Iglesia extasiada,
¡Credo! repite el asombrado mundo;
¡Gloria á Dios! canta el ángel en el cielo,
y un grito de furor lanza el profundo.

Al escucharle, el paganismo herido
que ya apenas alienta,
se siente estremecido;
ven el esfuerzo de la muerte intenta
al Cristo derribar: ¡delirio vano!
nada podrá su empuje giganteo,
sueumbirá el tirano,
y de su sangre al espirar teñido,
exclamará: - ¡Venciste Galileo! -

Si, venció y vencerá; que llega el día
en que serán lavadas
las manchas de la inmunda idolatría,
y de la raza impia
las sangrientas maldades castigadas.
¿Qué pueden ya los ídolos? ¿Dó han ido?
De sus torpes altares han caído,
y á sepultarse en huecos ignorados
y en los antros del bosque impenetrable
huyen, que les aterra
y espanta la presencia formidable
del Dios de los ejércitos armados
que se levanta para herir la tierra.

Ya eleva su estandarte en las regiones
del Bórcas y Aquilon, y airado llama
á sus tribus y razas y naciones;
y á su mandato atentos
los hijos de la niebla.
acuden como en alas de los vientos.

Voz de Reyes y pueblos congregados
de las selvas germanas interrumpe
el silencio profundo,
y un fiero grito los espacios puebla;
• ¡Perezca Roma y se remueve el mundo! •
¡Llorad romanas gentes!
que las feroces hordas ya preparan
sus carros y caballos diligentes.
¡Ya vienen! A su paso
negras nubes de polvo se levantan
que oscurecen el día;
tiembla la tierra y hasta el cielo crece
como estruendo de mar que se embravece
de sus voces la horrible griteria.
Fuego arrojan cual duros pedernales
los cascos de sus rápidos corceles,
cuyo relincho pavoroso atruena
las vastas soledades,
y en sus carros resuena
el son de las rugientes tempestades.
Vienen de sangre y destruccion sedientos
no duermen sosegados,
ni se paran rendidos,
ni sueltan un momento las espadas;
sus dardos, afilados,
sus arcos estendidos,
sus mortíferas flechas aguzadas;
les precede el espanto;
con ellos vá la muerte y el incendio,
dejan en pos desolacion y llanto;
y así en veloz carrera destructora

recorren del imperio las regiones,
cual fulminante nube asoladora
que impelen los violentos aquilones

En el estrago universal, serena
está la Iglesia santa :
todo en su derredor se desmorona ;
y ella contempla el porvenir segura
y su victoria inmarcesible canta
y á sus benditos mártires corona.
Entonces Alarico arrebatado
lleva á Roma su saña y sus furoros,
vuela en payesas la ciudad impura ;
y si un tiempo los fieles confesores
al placer de los déspotas servían
entre tormentos hórridos muriendo,
hoy las termas y alcázares ardiendo,
de los fieros tiranos
son antorchas que alumbran
el triunfo de los mártires cristianos.

GASPARD NUNEZ DE ARCE.

LA DESGRACIA Y LA VENTURA.

Murióse Juan, y entre llanto.
Gemidos y bendiciones,
Acompañado de hachones
Llevaronle al campo santo.
Con mucha pompa ue strondou

Marcharon por la carrera
Los pobres robando cera
Y los clérigos gimiendo.
Ya en el cementerio, junto
A otro muerto le enterraron
Y así á sus solas hablaron
El uno y otro difunto :

MUERTO 1.^o — ¡Quién con tan poco recato
Turba misueño?

MUERTO 2.^o — No es nada.

Es un pobre camarada
Que viene... á dormir un rato
Mas si acaso te molesto...

MUERTO 1.^o — ¡Qué disparate! Descuida.
No es aquí como en la vida
¡Sobra para todos púesto!
Pero dime, ¿qué bullicio
Es este tan desusado?

MUERTO 2.^o — ¡Oh! no temas : no ha llegado
El día final del juicio.
Ese rumor solamente
Mi familia le motiva

Que llora á lágrima viva...
Porque no diga la gente.
Mi buena esposa jamás
Levantó tanto el chillido ;
Pero metiendo más ruido
Prueba que me amaba más.

MUERTO 1.^o — ¡Eres burlo!

MUERTO 2.^o — No quisiera
Que esta llegára á ofenderte.

recorren del imperio las regiones,
cual fulminante nube asoladora
que impelen los violentos aquilones

En el estrago universal, serena
está la Iglesia santa :
todo en su derredor se desmorona ;
y ella contempla el porvenir segura
y su victoria inmarcesible canta
y á sus benditos mártires corona.
Entonces Alarico arrebatado
lleva á Roma su saña y sus furoros,
vuela en payesas la ciudad impura ;
y si un tiempo los fieles confesores
al placer de los déspotas servían
entre tormentos hórridos muriendo,
hoy las termas y alcázares ardiendo,
de los fieros tiranos
son antorchas que alumbran
el triunfo de los mártires cristianos.

GASPARD NUNEZ DE ARCE.

LA DESGRACIA Y LA VENTURA.

Murióse Juan, y entre llanto.
Gemidos y bendiciones,
Acompañado de hachones
Llevaronle al campo santo.
Con mucha pompa ue strondou

Marcharon por la carrera
Los pobres robando cera
Y los clérigos gimiendo.
Ya en el cementerio, junto
A otro muerto le enterraron
Y así á sus solas hablaron
El uno y otro difunto :

MUERTO 1.^o — ¡Quién con tan poco recato
Turba misueño?

MUERTO 2.^o — No es nada.

Es un pobre camarada
Que viene... á dormir un rato
Mas si acaso te molesto...

MUERTO 1.^o — ¡Qué disparate! Descuida.
No es aquí como en la vida
¡Sobra para todos púesto!
Pero dime, ¿qué bullicio
Es este tan desusado?

MUERTO 2.^o — ¡Oh! no temas : no ha llegado
El día final del juicio.
Ese rumor solamente
Mi familia le motiva

Que llora á lágrima viva...
Porque no diga la gente.
Mi buena esposa jamás
Levantó tanto el chillido ;
Pero metiendo más ruido
Prueba que me amaba más.

MUERTO 1.^o — ¡Eres burlo!

MUERTO 2.^o — No quisiera
Que esta llegára á ofenderte.

- Mas dí, ¿quién no se divierte
Viendo el mundo desde fuera?
- MUERTO 1.^o — Juzgo que ha sido tu vida
Borrascosa, y no lo extraño.
- MUERTO 2.^o — Solo me hirió el desengaño
Al emprender mi partida
Antes fui dichoso..
- MUERTO 1.^o — Pues
Yo bajé á la sepultura,
Saturadó de amargura
De la cabeza á los piés
- MUERTO 2.^o — Yo tuve hasta el postrer dia
Sueños de amor y de gloria.
- MUERTO 1.^o — Bien esta: cuenta tu historia
Y te contaré la mia.
- MUERTO 2.^o — Tú tienes la preferencia
Por antiguo..
- MUERTO 1.^o — Pues escucha
Durante la fiera lucha
De la hispana independencía,
Huyendo de los franceses
Un pobre soldado raso,
Encontró á mi madre al paso
Y nació... á los nueve meses.
Mi madre quedó confusa,
Mas no se apuró por eso;
Nací, dióme un tierno beso
Y me remitió á la Inclusa,
Después tuve que aprender
Un oficio, y mi maestro
Se propuso hacerme diestro

En trabajar sin comer.
Y ocultando todo indicio
Del mal trato que me daba,
A cada paso exclamaba :
— ¡Pepe, que te mata el vicio!
Y así en mi dolor profundo
Seguí un dia y otro dia
;Ay! porque yo no tenia
A quién que jarme en el mundo!
Merced á mi mala estrella
Caí soldado, marché
Al combate, y me encontré
En el sitio de Morella.
Con valor tan sorprendente
Procedí en esta jornada,
Que recibí una lanzada...
Y un ascenso mi teniente.
Pronunció su regimiento
Un dia mi coronel;
Mas, como siempre, en pastel
Se cambió el pronunciamiento,
Y para ahogar la semilla
Del desórden malogrado,
A mí, inocente soldado,
Me mandaron á Melilla.
Busqué, al volver, el sosiego
Y el alivio de mis males,
Y solo hallé en los mortales
Indiferencia ó despego.
Como un hongo; solitario
Viví encerrado en mi esfera,

Que yo para todos era.
Un perdido, un presidiario.
En fin, mi alma comprimida
Por la desgracia y el dolo,
Amé entónces, como solo
Se ama una vez en la vida.
La muchacha se convino.
A quererme, y fui su esclavo,
Mas tanto me amó que al cabo
Se casó con un vecino.
Desesperado de todo
Cambié de rumbo y de escena,
Y para olvidar mi pena
Me encenagué, fui beodo.
Hice al vino mi mejor
Y más verdadero amigo;
Pero ¡pásmate! conmigo,
Hasta el vino fué traidor.
Un día que bebí muelbo
Ardí en mi cama tan presto,
Como si me hubieran puesto
Dentro del cuerpo un cartucho.
Y en mi último paroxismo
Exclamé: ¡Ya estoy vengado!
Muero como un condenado,
Pero he vivido lo mismo.

MUERTO 2. — Mal tu historia se concilia
Con la que á contarte empiezo;
Tú desciendes de un tropiezo,
Yo de una honrada familia.
Criáronmé entre el regalo

Y la molicie y el lujo;
Y en mí el cariño produjo
Lo que en tí produjo el palo
Estiré como un varal
Flaco y lleno de defectos,
Que tales son los efectos
Del mucho amor paternal.
En vez de hacerme aprender
Aduláronme de chico,
Diciéndome: — Tú eres rico
No necesitas saber. —
Y gracias á esto crecí
Indolente y vagabundo
Tan inútil para el mundo
Como inútil para mí.
No gastó la inteligencia
Ni turbaron mis pasiones
Las doradas ilusiones
De la edad de la inocencia.
Y casé en la juventud
Candoroso como un niño,
Teniendo fé en el cariño
Conyugal y en la virtud.
Dos hijos tuve, y con mismo
Los traté, porque creía
Que al cabo en ellos tendria
Mi senectud dulce arrimo.
Y cultivé la amistad,
Y fui cristiano, y no tuve
Opinion, y ni una nube
Turbó mi felicidad.

MUERTO 1.º — ¡Ay! dichoso quien recuerda
Horas de tan tierno encanto!
MUERTO 2.º Todo fué bien, mientras tanto
Que no se acabó la cuerda.
Enfermo caí, y mi esposa
Hasta el último momento
Me estuvo infundiendo aliento
Resignada y cariñosa.
Al lado suyo el amigo
A quien hice más favores
— No se apure usted Dolores,
Decía, y cuente conmigo. —
Y así fué, porque al minuto
De haber yo muerta, mi viuda
Eselamo: — Dios nos ayuda
Librándonos de ese bruto.
Ya nos podemos querer
Sin que nos esté estorbando!
Dijo, — y continuó llorando
Solo por bien parecer.
Mis pobres hijos sentían
Angustio tan verdadera,
Que sollozaban por fuera
Y por dentro se reían.
— El cielo le tome en cuenta
Sus virtudes, esclamaban,
Mientras ellos se tomaban
Mis seis mil duros de renta.
Antes de echarme la losa
Encima, con aire sério
Pronunció en el cementerio

El amante de mi esposa
Una sentida oración,
Diciendo que había sido
Buen padre y mejor marido...
Y en esto tuvo razón.
MUERTO 1.º — Ya lo ves, buena fortuna
Lograste...
MUERTO 2.º No, que engañado
he muerto.
MUERTO 1.º — Yo, desgraciado
he sido desde la cuna.
MUERTO 2.º — Yo me juzgo de los dos
el más infeliz.
MUERTO 1.º — Callemos,
porque sino reñiremos
como vivos.
MUERTO 2.º — ¡Con que adios! —
—
Y en su puesto cada cual
quedóse mudo y tranquilo,
y reinó en su último asilo
un silencio... *sepulcral*.
Y dicen, no sé si es cierto
que un gusanillo hediondo
escondido en lo más hondo
del cráneo del primer muerto.
clamó con acento triste
que no hay nada que remedie;
acento que solo puede
comprender el que nó existe.
— Si es exacto lo que escucho,

piensa y siente el hombre loco,
para ser grande, muy poco,
para ser dichoso, mucho.
Y á Dios debo bendecir
que no me ha querido dar
ni mente para pensar
ni nervios para sentir.

PROBLEMA.

Quiero, dejando hipótesis á un lado,
una duda exponer, y es la siguiente :
— ¿Por qué cruza la tierra el inocente,
de espinas ó de sombras coronado?
¿Por qué feliz y próspero, el malvado
alza orgulloso la atrevida frente?
¿Por qué Dios, que es el bien, mira y consiente
el eterno dominio del pecado?
¿Por qué, deste Cain, la humana raza,
sometida al dolor, con sangre traza
la historia de sus luchas gigantes?
Y si es ficción la gloria prometida,
si aquí empieza y acaba nuestra vida,
¿por qué implacable Dios, porqué nos creas,

VIAJE Y LLEGADA.

I.

— ¿Dónde va el hombre? — Errante pere-
cuanto mas adelanta mas se aleja [grino

del bien que sut raidora luz refleja
en las ásperas cumbres del camino.

Cada paso que dá, ciego y sin tino,
le arranca una esperanza y una queja
y en pos de sí desvanecidos deja,
sueños de amor y halagos del destino.

Pero á pesar del desengaño cierto,
no detiene su planta fatigada
y sigue, y sigue, y nunca llega al puerta
¡Ay! solamente al fin de la jornada.
desde el sepulcro ante sus pies abierto
ve que la vida es humo, y sombra y nada.

II.

Desde el sepulcro ante sus pies abierto
contempla el alma inquieta y dolorida,
en silencioso polvo convertida
la ya ignorada humanidad que ha muerto.

El polvo aquel, inanimado y yerto,
tuvo los arrebatos de la vida,
amó y creyó, perdiéndose enseguida
como una caravana en el desierto.

Para alcanzar la eternidad, emplea
la humana aspiración en su locura,
el barro, el bronce el mármol y la idea.

El libro vive, el monumento dura...
¿Menos feliz la mente que los crea
se perderá en la triste sepultura?

HERMILIO OLORIZ.

RONCESVALLES.

I.

En el erguido Altoviscar,
en ese monte soberbio,
un sordo rumor se escucha
repetido por cien ecos.

En las ásperas vertientes
del Pirene gigantesco
se ven gentes de combate,
guerreros... y mas guerreros.

Y se ven nubes de polvo
subir hasta el firmamento,
y de las bruñidas armas
innumerables reflejos.

¡Vascones! los Francos pisan
como amigos vuestro suelo,
plegue á Dios no os traiga males
la amistad del extranjero.

La luna muda cien veces,
cien veces varia el cielo,
y si Luna y cielo cambian

¿que mucho lo haga un afecto?
¡Oh!... despierta patria mía
de tu letárgico sueño,
mañana será ya tarde,
será tarde y hoy es tiempo.

Despierta ¡oh patria! despierta,
y hecha su volcan su incendio
abrasa y destruye á Carlos
que va á encadenar tu cuello.

Si mueres en la pelea
con dignidad habrás muerto.
¡Pero no vivas esclava,
tú que no tuviste dueño!

Así clamaba un anciano,
extraño contraste haciendo
con el rayo de sus ojos
la nieve de sus cabellos,

Mientras hacía el campo franco
un sin número de cuervos
vuela turbando el reposo
con graznidos agoreros.

II.

A la sombra de una encina
y sobre el tronco de un árbol
el buen rey Iñigo Arista
sentóse reflexionando.

Su venerable cabeza
apoya en entrambas manos
de su cinto pende un hacha
y una injuria de sus labios.

A sus piés está su perro,
mas distante su caballo,
su pensamiento... ¿quién sabe?...
el alma no llena espacio.

Augusto rey, ¿qué te quejas?
jamás suspiraste tanto,

y son fuego tus suspiros
y tus miradas son rayos.

¿Qué intenso dolor te aflige?
¿Qué pesar te está agobiando
á tí, el noble entre los nobles,
á tí, el bravo entre los bravos?
Mucho miras á Ybañeta
guay si alguno te ha agraviado,
que si hay palabras que abruman
hay silencio que da espanto.

La tempestad de tu pecho
tus ojos la están mostrando
y hasta los colores huyen
de tu semblante aterrados.

¡Rey Arista, rey Arista,
bajo Ybañeta hay contrarios,
peñascos sobre Ibañeta!

y la muerte en los peñascos
Si el viento precipitara
esas rocas... Oh! qué estrago...
Aludes de piedra fueran
y sepulcros de los francos!

Sierpe de bruñido acero
en terreno tan quebrado
vendrá á ser la hueste inmensa
que acaudilla Carlo-Magno.

Todo en alla es alegría,
todo gozo y entusiasmo;
porque ¿quién vuelve á la patria
sin que se le alegre el ánimo?
¿Y tú, Carlo-Magno, juzgas

que no se venga el agravio?...
¡Tras el crimen vá la pena,
tras el oriente el ocaso!

III.

Desabrida está la noche,
cae á torrentes la lluvia,
todo es tinieblas y el viento
desencadenado zumba.

Del oleage encrespado
el bosque imita la furia,
y en las cabernas del monte
el lobo aterrado aulla.

Del rayo á la luz sangrienta
un ginete se vislumbra,
que en negro corcel camina
galopando en las alturas;

Rápido el Bridon avanza
vertiendo copos de espuma,
el trueno le precipita
y el relámpago le alumbrá

¿A dónde vá el caballero
enmedio la noche oscura?

¿Qué anhelo ardiente la guía?
¿Qué fuerza extraña le impulsa?

Tal vez presa de un delirio,
si no corre á la ventura
odio tomó á la existencia
y vá de la muerte en busca

Pero no; vedle en el bosque,
pára su corcel, modula
un grito, y otro contéstale

que pavoroso retumba
Varios mancebos entónces
salen de entre la espesura,
y al llegar hasta el ginete
con respecto le saludan.

Sigue tras esto una pausa,
nadie el silencio perturba,
hasta que habla el caballero
diciendo así con voz ruda :

Bien sabéis que Carlo-Magno
tiró los muros de Iraña,
y que no puede Vasconia
vivir deshonrada nunca.

Porque ha humillado á otros pueblos,
que ha de esclavizarnos jura,
y yo tambien he jurado
por mi nombre abrir su tumba.

¡Vascones, en las montañas
gritos bélicos se escuchan,
y amedrantados los ecos
van repitiendo la injuria!

Inviolado Pirineo
vendrá tu cerviz angusta
á encadenar Carlo-Magno
y á encadenar la sin lucha ?

No tendreis selva ni choza
á sus miradas oculta,
y hará á vuestros hijos... síe vos
y á vuestras mujeres... snyas.

No tendreis pan ni reposo,
ni libertad ni ventura,

porque quien vive sin honra
en vano la calma busca!

¡Al arma, pues, los que alientan
con honor y con bravura ;
al arma cuantos estimen
en algo ser Euskaldnnacs !

¡Altoviscar os espera,
la justicia os presta ayuda,
mostrad pues que sois vascones
y que no sufris injurias! —

Calla el rey, porque es Arista
quien tales frases pronuncia,
y á una voz responden todos
que están ansiosos de lucha.

Luego el grupo se disuelve,
piérdese entre la espesura,
y por la noble Vasconia
gritos de muerte se escuchan.

IV.

¡Qué espantoso ruido es esa
que en el Altoviscar nace
y semeja al estallido
horrible de cien volcanes ?

Cúbrese el cielo de nubes,
el mundo en furores arde,
Carlo-Magno en sobrasaltos
y Vasconia en tempestades.

Las rocas sembrando muertes
se derrumban formidables,
y en tremendas sacudidas

el desfiladero barren.

¡Ay de la ambicion de Carlos!

¡Ay de sus potentes haces,
que al empuje de Vasconia
caen envueltas en sangre!

Para esclavizar á un pueblo
no basta, no, el ser audaces,
ni el usar armas vistosas
para tener almas grandes.

Muy pocos son los vascones,
pero anhelan vengarse,
y sabrán lograr el triunfo
ó morir en el combate.

Armas les prestan los riscos,
aliento su sed de sangre,
la libertad osadía
y la decision corage.

En vano los francos luchan
que es su empeño en este trance
de llama que va á extinguirse,
ráfaga de luz brillante.

Y a el decaimiento empieza,
ya el temor crece, ya el áspid
de la zozobra en sus pechos
les cita á fuga cobarde.

¡Para humillar á Vasconia
esa es la genté que traes?

¡Cuando los leones rugen
no hay lobo que no se espante.

Carlos, mal dia te aguarda,
pues de tu gloria el radiante

sol, cuya luz llenó el orbe...
agoniza en Roncesvalles.

Victoria gritan, victoria,
tus enemigos triunfantes,
y hay ambiciones que matan
por bastardas ó gigantes!

Arista, el rey de Vasconia,
el que no tiene rivales,
el que no tiene enemigos
te acosa, te vá al alcance...

Roldan ha muerto, Oliveros
cayó tambien con tus Pares,
¡la fuga es la única puerta
Carlos, que puede salvarte!

V.

La azucena de Andresharo
está de sangre teñida,
en el cielo hay tempestades,
en el universo envidia.

Sobre Altoviscar hay muertos,
sobre los muertos hay iras,
y sobre el pendon de Francia
las indomables aristas.

En mal hora Francia vino
á montañas tan altivas,
en las que muerte no dice
lo que dice la ignominia.

Mal sino trajo á sus huestes,
mal estaban con la vida,
cuando al leon despertaron
del letargo en que yacia.

Vasconia es patria de libres,
los libres no se conquistan,
esto bien lo dice el medio
y el estrago de sus filas.

Corre, vuela, Carlo-Magno,
por el altivo Altoviscar,
mientras con letras de sangre
dejas tu vergüenza escrita.

Las rocas por donde corres
tiemblan cuando tú las pisas,
porque temblores de rabia
son hijos de la mancilla.

Cuidaras saber donde entras
y no te aconteceria
hallar deshonor y muerte
do hallar creiste honra y vida.

¿Qué es hoy de tu gente, Cárlos?
En vano tiendes la vista,
que al que el acero respeta,
la vergüenza le asesina.

¿Quieres más, rey Carlo-Magno?
De esa hecatombe infinita
tú fuiste causa, y tú solo
vuelves á Francia con vida.

Vé, pues, y á tus francos diles
que no sueñen en conquistas,
que los rayos matan siempre
y que hay pueblos que los vibran.

JOSÉ CAMPO-ARANA.

NIEBLA.

Apoyando mi frente en los cristales,
miraba al cielo al despuntar la aurora
tras una de esas noches infernales
en que el afan de producir devora,
y la mente agitada
vá de idea en idea
sin poder encontrar lo que desea.

Contemplando las últimas estrellas
que aún brillaban, mi aliento se esparcía
sobre el plano cristal, y con un velo
su limpia transparencia oscurecía
como niebla tenaz empañaba el cielo.

Yo, sobre aquel aliento condensado,
por no sé qué capricho conducido,
escribí distraído
estas palabras: alma, amor y gloria,
y la vista aparté por un momento
para mirar como la luz llenaba
poco á poco el oscuro firmamento
que de rosa y azul se coloraba.

Volví los ojos al cristal, y en vano
busque los nombres que trazó mi mano.
Solo confusa huella se advertía,
y de ella desprendida suavemente,
dejando en pos de sí rastro brillante
luminado con la luz del día,

como una gota de agua trasparente,
que, al rodar tortuosa y vacilante,
lágrima silenciosa parecía.

Desde aquel negro día,
que indeleble conservo en la memoria,
es la fe para mí palabra vana,
y oyendo hablar de amor, de alma ó de gloria
me acuerdo del cristal de mi ventana.

JOSÉ ECHEGARAY.

LA GALERNA.

Inmenso torbellino
del Escudador avanza,
parábola gigante
trazando sobre el mar:
las olas por cimienta,
por capitel las nubes,
rota columna errante
que gira sin cesar.

¿Del templo de la muerte
eres desecha ruina?
¿Quién destruyó tu fábrica?
¿Quién te hizo al mar caer?
¿Qué tempestades cuajas
en tus hirvientes senos?
¿De qué furores nutres
la esencia de tu ser?

¿De nuestra vieja Europa
á castigar los crímenes
te empuja desde el cielo
la cólera de Dios?
¿De qué nuevo deicida,
de cuál apostol Judas,
de qué Cain sangriento
vienes galerna en pós?

¿Sobre la costa brava
de nuestro mar Cantábrico,
tus espirales bárbaras
miro flotar al fin!
Mas ¿dó el crimen, dó el monstruo?
Lo busco y no lo veo,
que entre esta pobre gente
ni hay Judas ni Cain.

Humildes pescadores
que buscan el sustento
de mísera familia
cruzando el golfo ván.
¿Es crimen por ventura
ganar para sus hijos
en las salobres ondas
con el trabajo, pan?

Pues á ellos busca el monstruo
fantasma de los mares:
contra ollos la galerna

desata su furor.
¡Ay de la débil barca!
Y en la desierta orilla
¡ay de la pobre viuda
del pobre pescador!

En pie sobre la arena,
ante ella el mar rugiente,
alrededor sus hijos,
¡mirando ya sin ver!
¡Quizá el agua salobre
que salta á su mejilla,
le trae la última lágrima
del que no ha de volver!

.....
¡La mente se confunde!
¡De la galerna al giro
envuelve el pensamiento
y se lo lleva en pos!
Que la razon, en estos
de la materia crímenes,
cayera en la locura
si no pensára en Dios.

JOSÉ MATHEN AYBAR.

EL SIGLO XVI.

I.

El es; llega, aparece
como el Sanson informe de la historia,
que en los combates y peligros crece;
mezcla de fé y pasión, oro y escoria,
tiranía y piedad, error y ciencia,
apenas nace con terrible aliento
lleva su tempestad á la conciencia,
y la luz de su rayo al pensamiento.
Canta, esculpe, analiza, sueña y obra,
mientras ríos de sangre, nunca estéril
inundan la Alemania, Italia, Holanda,
que independencia y unidad recobra.

Y ¡extraño maridaje!

Batallan en su bárbaro oleage
Torquemada y Montaigne, Neri y Calvino,
Baronio que razona sutilmente
y Rabalais, bufon en la elocuente
comedia de lo humano y lo divino.

II.

Loor, pues, á ese siglo
que derribó al Goliat del fanatismo
y midió con Keplér y Galileo,
del cielo azul el luminoso abismo!

Gigante en ambicion, vasto en deseo,
fué del mundo visible al mundo ignoto
cuando su genio contemplar ya pudo
el gran Moloc de las escuelas roto.

¿Gargantua se rie?... Así mas tarde
rió tambien Voltaire; ya con su Utopia
soñaba Tomás Moro, y ya crecian
del arte entre la noble aristocracia,
el pintor de la fuerza, Miguel Angel;
y el pintor de la gracia,

Rafael: uno grande, otro sublime.
Entónces el titan Shakespeare, movia
con magia singular á risa ó llanto,
y al par cual astro de esplendor surgia
el glorioso soldado de Lepanto.

III.

Y es cierta su enseñanza;
así á través de sanguinarias luchas,
de locas tentativas y de errores
la humanidad en su camino avanza
hacia tiempos mejores,
como Colon el pensador sincero
abre la oscura senda, marca el surco
y el poeta marino, ó bien guerrero
le sigue, le acompaña,
anuncia al pueblo la cercana aurora,
lleva la buena nueva á la cabaña,
canta la libertad, la luz que viene,
la verdad rescatada á nuestra era
y la concordia universal que espera.

PASCAL Y VOLTAIRE

Cuando Pascal con sonda poderosa
al corazon del hombre descendia,
con su pulida chachara graciosa,
Voltaire, el gran filósofo, reía.

Y Pascal, inclinándose á este abismo
para sí murmuraba: ;Oh Dios! ;qué veo!
Amasijo de astucia y de cinismo,
la rebelion eterna del deseo.

Sosiego y necedad: el alma sobra
viviendo en esa estúpida tonía.
¿Como, Señor, abandonais vuestra obra?
Y Voltaire como siempre sonreía.

Luchando con las sombras del misterio
el coloso en las dudas sollozaba,
aunque en este implacable cautiverio
del Templo de su Dios no se apartaba.

Y así murió tras el pesar amargo,
como en terrible confusion perdido,
mas pronto al despertar de ese letargo
vióse de luz y claridad enchido.

Y la eterna verdad, cual clara lumbre,
que fuerza á renacer á la alegría,

miraba sin mundana pesadumbre
mientras Voltaire burlando sonreía.

Pero mucho despues, la airada muerte
sin respeto á la ciencia ni á la gloria
llamaba al corazon del hombre fuerte,
como á una extemporal convocatoria.

Tiembla Voltaire, sin que eximirse pueda
muriendo igual á quien su siglo asombra;
su espíritu en la tumba ciego queda,
sujeto horriblemente por la sombra.

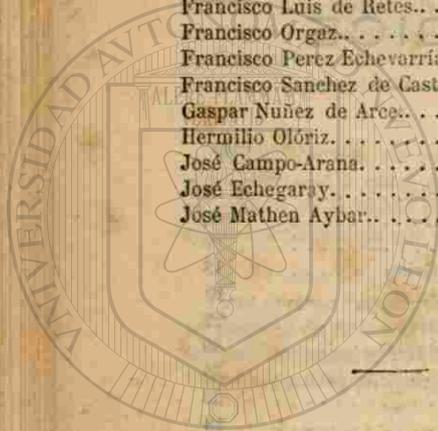
Y era cuando Pascal purificado
se alegraba en la luz siglos hacia,
mientras de impuras nieblas rodeado
Voltaire como en su tiempo no reía.

ÍNDICE

	Págs
Angel María Dacarrete.....	3
Acacio Cáceres Prat.....	6
Augusto Ferran.....	9
Antonio Fernandez Grilo.....	18
Antonio García Gutierrez.....	19
Antonio Ros de Olano.....	27
Adelardo Lopez de Ayala.....	30
Antonio Hurtado.....	34
Antonio Trueba.....	38
Cárlas Coello.....	48
Cárlas Peñaranda.....	51
Carlos Rubio.....	58
Eduardo Asquerino.....	65
Eduardo Bustillo.....	69
Eduardo Lustonó.....	74
Emilio Ferrari.....	75
Eulogio Florentino Sanz.....	80
Enrique Gil y Carrasco.....	96
Eugenio Sellés.....	105
Eusebio Blasco.....	114

Págs

Evaristo Silio y Gutierrez.....	418
Francisco de Abarzura.....	421
Francisco Luis de Retes.....	424
Francisco Orgaz.....	439
Francisco Perez Echevarria.....	442
Francisco Sanchez de Castro.....	445
Gaspar Nuñez de Arce.....	454
Hermilio Olóriz.....	464
José Campo-Arana.....	473
José Echegaray.....	474
José Mathen Aybar.....	477



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

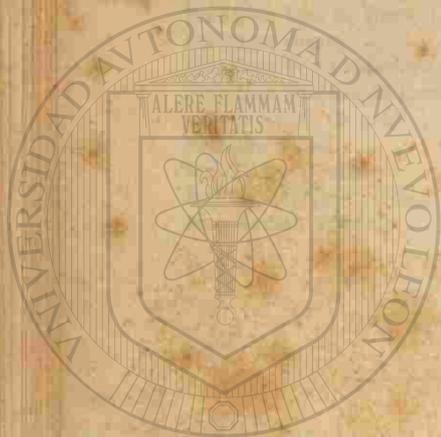
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA POPULAR ECÓNOMICA

POETAS

CONTEMPORÁNEOS

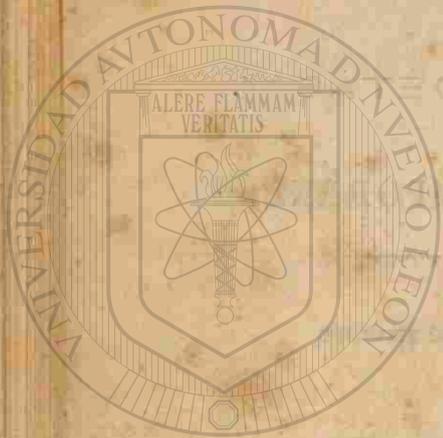
TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
VERACRUZ — NUEBLA
LIBRERÍA "LA ILUSTRACION"

1883



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

JOSÉ P. VELARDE.

TEMPESTADES.

A MI QUERIDO AMIGO Y MAESTRO EL INSIGNE
POETA DON MANUEL CAÑETE.

I.

Como produce estancamiento insano
si es duradera, la opacible calma,
amo la tempestad embravecida,
que esparce los estuivos de la vida
al rompér en los cielos ó en el alma.

II.

El rugiente Océano,
cuando le azotan roncros vórtabales,
se corona magnífico de espumas,
cuaja en su seno perlas y corales
¡Ávida emana, levantando brumas;
pantano sereno,

traidor oculto bajo verde lama,
asilo es del reptil, y forma el cieno,
que, impalpable, mortífero veneno
por la tranquila atmósfera derrama.

III.

Quando se tiende, como negro manto
en el azul fluido,
espesa nube, produciendo espanto,
súbito el rayo rásgala encendido,
resuena con mocion atronadora
y el nublado espantoso estremecido
en lluvia se deshace bienhechora.

Quando chocan las nubes en la mente,
vibra y relampaguea,
come rayo fulgente,
la luminosa idea,
con voz de trueno la palabra brota,
y el nublado iracundo
se deshace cayendo gota á gota
en lluvia de verdades sobre el mundo.

IV.

En el fondo del mal el bien palpita ;
el ánimo enervado en los placeres
cobra en la adversidad fuerza infinita
y en el laboratorio de los séres,
todo aquello que ha muerto resucita.
La tormenta es presagio de bonanza;

del desengaño nace la experiencia,
de la duda la ciencia
y del triste infortunio la esperanza.
Un espinoso arbusto dá la rosa;
sale volando de la larva inerte
como una alada flor, la mariposa ;
brilla el iris en nube ennegrecida
y bullen en el seno de la muerte
los gérmenes fecundos de la vida.

V.

La gloria es grande si la lucha fuerte ;
la estatua á golpe de cincel se labra,
la tierra con el hierro del arado,
y el error de su altar cae desplomado
al golpe inmaterial de la palabra.

El seno se desgarrá al nacimiento ;
la religion se prueba en el martirio,
la virtud es combate turbulento,
el génio tempestad, fiebre, delirio ;
al soplo del simoun crecen las palmas,
surgen de las borrascas las centellas,
del incendio del caos las estrellas,
y el amor del incendio de las almas.

A DIOS.

No pretendo comprenderte
Ni llegar á definirte,
Tan sólo aspiro á sentirte,
A admirarte y á quererte:
Quien vaya á ti de otra suerte
Luchará con la impotencia:
Te busca la inteligencia
De lo infinito en el fondo
Cuando estás en lo más hondo
Y oculto de la conciencia.

Sin ternura y sin amor,
La mente desatentada
Te busca en lo que anonada,
En lo que infunde terror;
En el rayo asolador,
En la batalla cruenta,
En el volcan que revienta,
En el aquilon que brama,
En el nublado, en la llama,
En la noche, en la tormenta.

Y el corazón te va á hallar
En donde ve sonreír,

Y hay que amar, y bendecir,
Y lágrimas que enjugar:
Y te mira palpitar,
Prestando vida y calor,
En cuanto respira amor,
En el frís, en la bruma,
En la aroma, en la espuma,
En el nido y en la flor.

Como en el yermo la palma,
Como el astro en el vacío,
Pones en la flor rocío
Y sentimiento en el alma:
Truecas la tormenta en calma
Y en dulce sonrisa el lloro,
Y llevando tu tesoro
Adonde el hombre el estrago,
Con flores de jaramago
El erial bordas de oro.

Tú, Dios, formaste, al crear
Del universo el palacio,
Con un suspiro el espacio,
Con una lágrima el mar;
Y queriéndonos probar
Que quien te adora te alcanza,
Como señal de bonanza

Has dibujado en el cielo
La aurora, que es el consuelo,
Y el iris, que es la esperanza.



Tu purísimo esplendor
El universo colora,
Como el beso de la aurora
Los pétalos de la flor;
Y si tu soplo creador
En el caos se derrama,
El mismo caos se inflama.
Y entre nubes y arreboles
Brotan estrellas y soles
Como chiopas de la llama.

Así, cuando nada era,
A tu voz, jamás oída,
Tomó movimiento y vida
La naturaleza entera;
Sureó el río la pradera,
Dió la flor fragancia suma
La luz dispó la bruma
Y tu aliento soberano
La ola hinchó del Océano
Y la coronó de espuma

Mas con ser la suma esencia,
Es tu arrogancia humildad,
Tu riqueza caridad
Y tu justicia clemencia;
Pues quiso omnipotencia
Las flores por incensario,
El monte por santuario,
Por águilas golondrinas,
Por toda corona espinas;
Por todo trono el Calvario,

JOSÉ SELGAS.

TU Y YO.

Tú eres la llama airosa
que en el ambiente ondea;
yo soy la mariposa
que en torno de la luz revelotea.

Ay... Ya lo sé;
me quemaré.

Tú eres ráfaga breve
Del fugitivo viento;
Yo soy vapor, que leve
Sigue tu caprichoso movimiento.

Ay... Bien lo sé;
Me desharé.

Tú de dulce cariño
Eres arrullo blando;
Yo caprichoso niño
Que el sueño huyo y que te voy bus-
Ay... Ya lo sé; [cando.
Me dormiré.

Tú eres lazo tendido
Que ni á mirar me atrevo;
Yo pájaro sin nido
Que temo al lazo y que codicio el cebo.
Ay... Bien lo sé;
Al fin, caeré.

Tú del gentil manzano
Eres la fruta bella;
Yo el tímido gusano
Que muere preso al sepultarse en ella.
Ay... Bien lo sé;
Te morderé.

Tú eres la onda de plata
Del arroyo impaciente;
Yo el ramo que retrata
El sereno cristal de la corriente.
Ay... Bien lo sé;
Te seguiré.

LA MODESTIA.

Por las flores proclamado
rey de una hermosa pradera,
un clavel afortunado
dió principio á su reinado
al nacer la primavera.

Con majestad soberana
llevaba y con noble brio
el régio manto de grana,
y sobre la frente ufana
la corona de rocío.

Su comitiva de honor
mandaba, por ser costumbre,
el céfiro volador,
y habia en su servidumbre
hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
porque tambien era uso,
quiso una flor para esposa;
y régicamente dispuso
elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
y porque causa delicia
en la numerosa grey,
pronto corrió la noticia
por los estados del rey.

Y en revuelta actividad
cada flor abre el arcano
de su fecunda beldad,

por prender la voluntad
del hermoso soberano

Y hasta las ménos apuestas
engalanarse se vian
con harta envidia, dispuestas
á ver las solemnes fiestas
que celebrarse debian.

Lujosa la corte brilla :
el rey admirado duda,
cuando ocultarse sencilla
vió una tierna florecilla
entre la hierba menuda.

Y por si el régio esplendor
de su corona le inquieta,
pregúntale con amor :

— • ¿Cómo te llamas? — • Violeta. •

— • ¿Y te ocultas cuidadosa
y no luces tus colores,
violeta dulce y medrosa,
hoy que entre todas las flores
vá el rey á elegir esposa? •

Siempre temblando la flor,
aunque llena de placer,
suspiró y dijo : • Señor,
yo no puedo merecer
tan distinguido favor. •

El rey, suspenso, la mira
y se inclina dulcemente;
tanta modestia le admira;
su blanda esencia respira,
y dice alzando la frente :

— • Me depara mi ventura
esposa noble y apuesta ;
sepa, si alguno murmura,
que la mejor hermosura
es la hermosura modesta. •

Dijo el aura afanosa
publicó en forma de ley,
con voz dulce y melodiosa,
que la violeta es la esposa
elegida por el rey.

Hube magnificas fiestas
ámbos esposos se dieron
pruebas de amor manifiesta
y en aquel reinado fueron
todas las flores modestas.

LA CUNA VACIA.

Bajaron los ángeles
besaron su rostro ;
murmurando á su oído dijeron :
— Vente con nosotros.

Vió el niño á los ángeles
de su cuna en torno ;
extendiendo los brazos les dijo :
— Me voy con vosotros.

Batieron los ángeles
sus alas de oro;
suspendieron al niño en sus brazos
y se fueron todos.

De la aurora pálida
la luz fugitiva
alumbró á la mañana siguiente
la cuna vacía.

EL SAUCE Y EL CIPRÉS.

Cuando á las puertas de la noche umbría
dejando el prado y la floresta amena,
la tarde melancólica y serena
su misterioso manto recogía;

Un macilento sauce se mecía
por dar alivio á su constante pena,
y en voz suave y de suspiros llena
al son del viento murmurar se oía:

— « ¡Triste nací! Mas en el mundo moran
séres felices que el penoso duelo
y el llanto oculto, y la tristeza ignoran! »

Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.
— « Dichosos; ay! los que en la tierra lloran, » —
le contestó un ciprés mirando al cielo.

JOSÉ SORIANO DE CASTRO.

¡AL OIDO!..

Un secreto, Fernando á su adorada
tenía que decir,
y la madre gustosa, para ello
permiso le dió al fin.

Al oido de Julia, aquel su boca
acercó con placer...
Palpitaba su pecho... Abrió los labios...
Breve el secreto fué!...

Qué diría?... La niña embelesada
sus párpados cerró,
y en el aire su boca con ternura
un beso dibujó!...

CAUSAS Y EFECTOS.

Cuando dormida
te contemplaba,
y tu albo seno
se levantaba,

del testimonio
de vida cierta,
decía yo triste...
— Si estará muerta?...

Fúnebre lecho
alzóse un día.
Allí arrojada
te ví, alma mía!
Besé tus labios
conchas de hielo...
y exclamé ufano...
— ¡Duerme!... Yo velo.

DOS CUADROS.

I.

Bronceado atahud, suntuosos trenes,
alto clero, de amigos un turbion,
funerales tañidos, grave pompa...
¡Qué entierro! ¡Vive Dios!
— ¡Quién es el muerto? — ¡Un sabio!
— ¡Quién le conoce?... — ¡Yó!...
Así todos responden
con brío, y á una voz.

En la casa mortuaria, negras gasas;
media puerta cerrada; en el cancel

un bufete ambulante, en que el amigo
la pérdida al saber,
con inscribir su nombre
termina su papel!...

...
¡Qué cuadro!... Es la armonía
del hoy y del ayer!...

II

Tosca caja de pino y de bayeta
que á hombros llevan de prisa y mal humor,
seis amigos que corren tras el muerto,
y lejos un fisgon.
— ¡Quién es el muerto?... — Nadie...
¡Algún trabajador!...
Y aléjase de súbito
por sana precaucion.

El pobre lecho dó espiró aquel hombre,
dos mujeres trocaron en altar;
y llorosas, de hinojos, y besándole,
no cesan de rezar.
— ¡Allí entran los amigos,
todo en silencio está!...

...
¡Qué cuadro! ¡Es la armonía
del cielo y del hogar!...

OPINIONES.

Una niña y un niño, muy afanos,
ásidos de las manos,
atentos contemplaban
como dos pajarillos, macho y hembra,
briosos batallaban.

El niño, sério y grave,
gritó con tono extraño...
— ¡Apártalos!... ;No miras
que van á hacerse daño!...

Y la niña, riendo á carcajadas,
le dijo: — ;Qué tontadas
se te ocurren, hermano!... Aunque no cesan
de darse picotazos,
buenos tunos están!... *Es que se besan!...*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
JOSÉ ZORILLA.

LA SIESTA.

Son las tres de la tarde, Julio, Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla:
La luz es una llama que abrasa el cielo;

ni una brisa una rama mueve en el suelo.
Desde el hombre á la mosca todo se enerva :
la culebra se enrosca bajo la hierba ;
la perdiz por la siembra suelta no corre,
y el cigüeño á la hembra deja en la torre.
Ni el topo de galbana se asoma á su hoyo,
ni el mosco pez se afana contra el arroyo,
ni hoza la comadreja, por la montaña,
ni labra miel la abeja, ni hila la araña.
La agua el aire no arruga, la mies no ondea,
ni las flores la oruga torpe bacea ;
todo el fuego se agosta del seco estío :
duerme hasta la langosta sobre el plantío
Sólo yo velo y goso fresco y sereno ;
sólo yo de alborozo me siento lleno :
porque mi Rosa
reclinada en mi seno
duerme y reposa.

Voraz la tierra tuesta sol del estío ;
mas el hosque nos presta su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta brota el rocío,
susurra la floresta, murmura el río.
¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mío!
;Duerme entretanto
que yo te velo : duerme,
que yo te canto!

I.

Cómo le canta y mece la madre al tierno
(niño)

que duerme en su regazo, mi amor te
[arrullará
como para él la madre mil frases de cariño
inventa, mil cantares mi amor te inventará.
Yo sé que siente, Rosa, tu corazón amante,
los versos que te canto mientras dormida

[estás
¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres
[que te cante?

¿Cuál es de mis canciones la que te gusta
[más?

¿Prefieres a aquel cuento del silfo que tenía
en una red de tamo prision en un rosál,
y al cual todas las noches á alimentar venía,
la abeja que le amaba, con miel de su panal?

¿Prefieres una historia como la historia
[horrenda
de aquel que fué á su dama celoso á degollar,
cuya cabeza trunca guardó de amor en prenda,
y la cabeza le iba de noche un beso á dar?
Dí cómo hablarte debo cuando tu sueño

[arrullo
porque mi voz anhelo que te parezca tal,
como la miel que daba posada en un capullo
la abeja de mis cuentos al silfo del rosál.
¡Mas duerme, vida mía! mientras te arrullo
yo de mi poesía con el murmullo.

Mientras la áura en tus rizos juega y te orla,
en contar tus hechizos mi alma se emplea.
Duerme, que te adormece fiel mi cariño.
como le canta y mece la madre al niño.

Duerme, que yo á millares pondré mi em-
[peño
en inventar cantares para tu sueño.

La enramada nos presta su toldo umbrío,
susurra la floresta, murmura el río :
do invita á la siesta; duerme bien río;

¡duerme entretanto
que yo te velo : duerme,
que yo te canto!

II.

Mis ojos no se sácian de verte y de admi-
[rarte.

¿Cuán bella estás dormida! ¿Qué hermosa te
[hizo Dios!

No hay nada con que pueda mi idea com-
[pararte.

Dios te hizo así, y no quiso Dios como tú
[hacer dos.

Mas sé, aunque está dormida, que escucha
[tu alma atenta

los versos que en tu oído depositando voy,
porque ellos son la copa donde mi amor

[fermenta
y en ellos, destilado mi corazón te doy.

Yo siento los latidos del tuyo mientras
[duermes,

las penas de tu suave vital respiración,
tus manos entregadas bajo la mía inermes,
y tu álito que absorbe voráz mi aspiración.

Mientras que yo te canto, tú sientes cómo
[te amo :
mi amor no se lo ha dicho jamás á tu
[pudor,
mas sé que tu alma en sueños responde á
[mi reclamo,
mientras que yo te duermo con mi cantar
[de amor.
Y acaso sientes, Rosa, cuando tu sueño
[halago
con mis palabras, alga de la inmortal pa-
[sion
de la cabeza, que iba con un murmullo
[vago
á dar á su verdugo su beso de perdón.
Yo te amo como el mundo jamás ha amado,
con un amor profundo de fé dechado :
aún más que aquella santa cabeza fría
al que de su garganta la segó un día.
Tu amor se nutre dentro de mis entrañas,
como el oro en el centro de las montañas.
Yo te amo y te envío de mis amores
la voz como el rocío la alba á las flores.
Duermes : el bosque nos presta su todo um-
[brío,
susurra la floresta, murmura el río;
yo velaré tu siesta ; ¡duermes, bien mío!
¡Duermes entretanto
que yo te velo : duermes
que yo te canto!

III.

¡Qué hermosa eres, Rosa! Naciste en Se-
[villa;
la gracia lo revela de tu incopiable faz;
tu cuerpo fué amasado con rosas de la orilla
de la campiña que hace Guad-al-Kebir fe-
[raz.
Sus árboles han dado su sombra á tus pes-
[tañas,
tus párpados se han hecho con hojas de su
[azahar :
la esencia de sus nardos se encierra en tus
[entrañas,
porque trasciende á ellos tu aliento al res-
[pirar.
Tus trenzas me recuerdan la perenal guir-
[nalda
de plantas, siempre verdes, que toca su
[ciudad :
tu cuello, lo gallarda de su gentil Giralda,
tu alma de su cielo, la azul serenidad.
Qué hermosa estás!... mas... ¿me oyes? Tu
[boca me sonrío :
tu lengua pugna en sueños palabras por
[formar.
Si son para mí, dílas ¡mi bien!... que me
[confíe
tu amor, en sueño al ménos, que me pudis-
[te amar.

Pronúncialas ¡mi vida! — Su plácido mur-
 [mullo
 dará á mi alma un néctar de dulcedumbre
 [tal,
 como la miel que daba posada en un capullo,
 la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.
 Mas tu sonrisa, Rosa, desaparece :
 ¿qué idea ruin te acosa, qué te entristece?
 Un ¡ay! sentir me dejas que no articulas :
 dá á mi oído esas quejas que no formulas.
 El cielo en tu risueño lábio se abría :
 ¡vuelve á aquel dulce sueño que sonreía!
 Duerme, mi bien, en calma, que yo te velo,
 en tu faz de tu alma mirando al cielo.
 Duerme : el bosque nos presta su toldo un-
 [brío,
 susurra la floresta, murmura el río :
 todo invita á la siesta : ¡duerme, bien mío!
 ¡Duerme entretanto
 que yo te velo : duerme,
 que yo te canto!

IV.

¡Qué idea tan horrible ! Si en sueños hala-
 [güeña,
 no á mí me sonríe, sino á feliz rival!...
 ¡Si al son de mis cantares, falaz, con otro
 [sueña,
 riéndose, hasta en sueños, de mi pasión
 [leal!

¡Dios mío! Si en el centro del corazón me
 [clava
 de su desdén el frío desgarrador puñal!...
 mi amor la daré siempre, como su miel le
 [daba
 la abeja de mis cuentos, al silfo del rosal.
 Rosa, podrás matarme, si es que me en-
 [gañas :
 no tu amor arrancarme de mis entrañas.
 Del corazón que abrigas, la dueña eres;
 mas nunca me lo digas si no me quieres.
 ¿Qué de hacer yo si al cabo, mi alma te
 [adora
 Siempre seré tu esclavo, tú mi señora.
 Duerme, que mi cariño te mece y canta
 como la madre al niño que aún amamanta.
 Duerme : y si á la hora de ésta, de tu amor
 [frío,
 ya nada más me resta que tu desvío :
 mi alma está á tus piés puesta, duerme : en
 [Dios fío;

yo te amo tanto

que tragarse, á mis ojos,
haré mi llanto.

Tú dormirás en calma ; de mi amor centró
 las lágrimas de mi alma correrán dentro.
 Duerme : el bosque nos presta su toldo un-
 [brío,
 susurra la floresta, murmura el río :
 duerme en calma tu siesta, que el duelo es
 [mío;

¡Duermes entretanto
que yo te velo : duermes,
que yo te canto!

JUAN A. VIEDMA.

TAL PARA GUAL.

El honor cuanto es mayor
sin mirar á otro respeto,
se ha de conservar perfecto
tan sólo porque es honor.

CALDERON

I.

Tarde azul, tarde serena,
en músicas y cantares
volando el aire resuena
las horas que el pueblo llena
los sotos del Manzanares.

Y al rostro el manto ligero
y la saya guarnecida,
damas de rostro hechicero,
bajan en Julio al Vivero
y al Parque y á la Florida.

Y allí entre las enramadas
los vientos murmuradores
de galanes y tapadas
publican las ignoradas
dulces querellas de amores.

II.

Oculto entre la espesura
intranquilo y recatado,
doncel de noble apostura,
quizá de amante aventura
espera el momento ansiado.

Triste, inquieta, silenciosa,
como las auras ligera,
cual la noche misteriosa,
tapada gentil y hermosa
vá del río á la ribera,

Y por la sombra engañada
hasta el galán escondido
llegó alegre y confiada,
y así el vulgo ha referido
lo que pasó en la enramada.

III.

— ¿Quién vá? gritó el embozado.
— Quién busca, dijo la dama

con el acento alterado.

— ¿Y quién busca?

— Quien bien ama.

— A quién?

— A quien es amado.

— Su nombre.

— ¿Sabeis el mio?

— Tal vez si sois la que espero.

— ¿Luego esperais en el rio?

— A la dama por quien muero.

— Yo al iman de mi albedrío.

— Descubrid.

— Bajad el manto.

— Los dos á un tiempo ha de ser,
si á los dos importa tanto.

— ¡Mi esposo! ¡Válgame el santo!

— ¡Dios me valga! ¡Mi mujer!

IV.

— Manzanares que murmuras
de tus arenas corrido,
publica las aventuras
de que en las noches oscuras
tercero obligado has sido.

— Y sepamos la querrela
de la dama y el doncel,

cuando los hizo su estrella
de su agravio juez á ella,
y juez de su agravio á él.

— Aunque tal vez cada cual
ahogó de su afrenta el grito
porque siempre acierta mal
á juzgar al criminal,
el reo de igual delito.

EL MERCADO DEL ALBA.

Que quien ana prendas ajas
lo más de su pena finge.

LOPE DE VEGA.

I.

Cuando brilla el lucero
de la mañana
dejan su hogar alegres
las aldeanas;
porque á la villa
van á vender los frutos
de la campiña.

— Llevan corta la saya,
largo el cabello,
el corpiño ajustado

y el talle suelto;
y en las miradas
con rústica franqueza
muestran las almas.

Al cruzar por los campos
cantan las aves,
las estrellas se borran,
las flores abren;
siembra el labriego
y pueblan los ganados
valles y cerros.

Cuando á su paso un mozo
del pueblo encuentran
le oyen decir: — «Muchachas
que vais de ventas;
ved que en la Villa
muchas que á vender entran
salen vendidas.»

Sonrien maliciosas las aldeanas
y con aire resuelto
siguen su marcha
diciendo á voces:
«No llevamos en venta
los corazones.»

II.

Plaza de los Mostenses,
galán del alba
hablando está de amores
á una aldeana;
pasan lacayos
y dueñas y murmuran:
«Mal parroquiano.»

Dicela que los frutos
que en venta tiene
los hace más sabrosos
la que los vende;
que cuantos compran
sienten que no esté en venta
la vendedora.

Sonrie la villana
con estas frases
y olvida que sus frutos
no compra nadie;
pues si alguien viene
se aleja murmurando:
«¿Quién á quién vende?»

Y así las horas pasan
y del mercado

se retiran las dueñas
y los lacayos;
hasta que el día
media, y se encuentra sola
la campesina.

—
Pero dícela entonces
el caballero:

• No temas, que has vendido
sin regateos;
vende y no temas
que en mi casa segura
tienes la venta.

III.

Cuando del Manzanares
la bruma leve
blanquea con el rayo
del sol poniente,
dejan la Villa
para ir á sus hogares
las campesinas.

—
Al cruzar por la vega
buscan sus nidos
las aves que á la aurora
cantan el himno;
las sombras bajan

y el viento de la noche
tiende sus alas.

—
A su paso á los mozos
del pueblo encuentran
y las dicen: — • Muchachas,
¿qué tal de ventas? •
Y ellas responden:
— • No vá nada á la Villa
que no se compre. •

—
Sonrien los villanos
las mozas cantan,
y á la aldea reunidos
siguen su marcha;
porque en la aldea
están padres y novios
que las esperan.

—
Y por eso hay alguna
que al acercarse
siente rodar el llanto
por su semblante,
y es que en la Villa
sabe Dios lo que venden
las campesinas.

LA CONFESION.

...donde no hay sentimiento
está muy pronta la lengua.

MORETO.

Diálogo inútil, querellas vanas
de dos amantes, que en lid de agravios
frases galanas
dan á los labios,
y que al olvido darán mañana;
súplica ardiente,
contrita queja
de amante penitente
junto á una reja.

— Abre un momenta la celosía,
donde otras veces, soñando amores,
yo te veía,
flor de las flores;
ídolo casto del alma mía,
oye el acento
de mis pesares:
no hagas que juegue el viento
con mis cantares.

— Vuelve á las rejas donde has pasado
las tristes noches que ahogando quejas,
yo he aguardado
sola en mis rejas;

galan de todas enamorado,
juegue ó no el viento
con tus canciones
ya no mueve tu acento
los corazones.

— Vuelvo á tus plantas arrepentido
Tú eres mi encanto, tú eres mi vida,
Borre el olvido,
prenda querida,
las veleidades que te han herido;
de mis acciones,
rosa galana,
te pido absoluciones
en tu ventana.

— Galan que fácil de amores muda,
aunque en demanda de penitencias
contrito acuda,
no halla creencias
donde raíces echó la duda;
cambia de acentos,
porque hay acciones
que no borran lamentos
ni contriciones.

— No quieras alma, de mi alma ardiente,
rayo del alba, lirio aromado,
que impenitente
viva en pecado

quien de sus culpas hoy se arrepiente;
 porque viniera
 de opuesta orilla,
 nunca huyó la ribera
 de la barquilla.

Y al cabo, cuentan que abrió la dama
 la reja al ruego del falso amante,
 y en ella, es fama,
 que el inconstante,
 la deja á veces, y en otras llama;
 porque así aprenda
 que en ley de amores
 la confesion no enmienda
 los pecadores.

JUAN EUGENIO HARCENBUSCH.

EL ESTANERO ABURRIDO.

FABULA.

En los portales de Bringas
 puso tienda un estañero,
 buen oficial, y tornero
 habilísimo en geringas.
 Tuvo tan mala fortuna
 el pobre, que en todo un mes,

y en otro y otro despues,
 no vendió pieza ninguna.

Y exclamaba con diatribas,
 que no son para decir:
 • ¡Cómo se puede vivir
 en Madrid, sin labativas! •

• Pronto se me acabarán
 los cuartos. ¡Qué he de hacer yo!
 Voy á perecer. • Llegó
 la vispera de San Juan,
 y vióse la plaza llena
 de puestos, y de la gente
 que regocijadamente
 concurre á la gran verbena.

Con tanta ocasion de sobra,
 mi estañero, arma en la mano
 iba, y á cada cristiano
 decia, mostrando su obra:

• Ya lo vé usted; ni la plata
 con más resplandores brilla.

Esta máquina sencilla,
 mocito, es buena y barata. •

Y contestaba el mocito,
 viendo la máquina bella:

• Diviértase usted con ella,
 que yo no la necesito. •

El geringuero (en resumen)
 loco murió entre furoros
 contra esos consumidores
 avaros, que no consumen.

Y dijo: • Si á trabajar

destina Dios al obrero,
todo el que tenga dinero,
viva obligado á comprar. •

Hoy, á la luz superior
de un saber nuevo y profundo,
ley quiere imponer al mundo
el gremio trabajador.

Que huelgue, libre de ajuste,
quien del trabajo se enfade,
y en la obra que hacer le agrade,
perciba el jornal que guste.

Y si, corrido el albur,
no se está segun convenga,
se agarra lo que otro tenga;
y se reparte, y abur.

No exigen menor castigo
las agraviadas geringas
de los portales de Bringas,
calle, hoy, de Ciudad-Rodrigo.

EL CABALLO DE BRONCE.

Niños, que de seis á once,
tarde y noche, alegremente
jugais en torno á la fuente
del gran caballo de bronce
que hay en la plaza de Oriente,

Suspended vuestras carreras,

pues hace calor, y oíd
una historia muy deveras,
y de las más lastimeras
que se cuentan por Madrid.

Ese caballo, años há
estaba, como quizá
sabreis sin que yo lo indique,
puesto en el Retiro, allá
frente á la Casa del Dique.

Dá el jardín allí frescura,
con sus aguas y verdor,
y el canoro ruiseñor
tiene morada segura
de enemigo cazador.

Allí, al caballo volaban
con fácil y presto arranque,
mil pájaros que llegaban
á beber en el estanque,
cuyas ondas le cercaban.

Allí, con reserva poca
le iba registrando entero
la turba intrepida y loca,
y hallábale un agujero
que tiene el bruto en la boca.

Es de tal disposición

que por la parte de afuera
dá facil introduccion
á un pajarillo cualquiera
del tamaño de un gorrión.

—
Por adentro, sin percance,
todo el cuello, de un avance,
méte el pájaro despues,
como no hay donde afiance
ni las alas ni los piés.

—
Ni ellos le son de provecho,
ni ellas le hacen si no estorbo;
y empujando con despecho
se hierre garganta y pecho
contra el borde áspero y corvo,

—
Y victima el animal
de su imprudencia fatal
que salir de allí le veda,
se angustia, desmaya y rueda
por la cárcel de metal,

—
donde triste y prisionero
pidiendo en vano merced,
sobre muchos que primero
tuvieron su paradero,
perece de hambre y de sed.

—
Mil avecillas, buscando

sombra oscura en el estío;
mil en el invierno, cuando
ya lloviendo, ya nevando,
traspasábalos el frío,

—
embocáronse en la panza
del caballo, que en venganza
debió decir para sí:
• Renunciad á la esperanza
pájaros que entráis en mí. •

—
Con el tiempo se mudó,
del jardín en que habitó,
á la plaza donde está,
y entónces se le quitó
el cuerpo que encima vá.

—
Y los cóncavos secretos
del cuadrúpedo cruel,
aparecieron repletos
de plumas y de esqueletos
de aves tragadas por él.

—
Dañosa curiosidad
las condujo á muerte cruda.
— ¡Ay! cuántos en nuestra edad,
por la brecha de la duda
se abisman en la impiedad.

—
Abismo, donde pedir

favor al mortal discurso,
no hasta para salir :
él nos deja sin recurso,
desesperar y morir.

EL SASTRE Y EL AVARO.

FABULA.

Hay gente que dice *cólega*
y *epítama* y es *lúctua*,
pópulo, *méndigo*, *sútil*,
hóstil, *córola* y *áuriga*.

Se oye á muchos *pérido*,
y alguno pronuncia *mámpara*,
diploma, *erúdito*, *pérfume*,
pérsiles, *Tíbulo* y *ávedra*.

Los que introducen esdrújulos
contra el origen y práctica,
imitacion de su método,
lean la presente fábula :

Sabrán, si me escuchan ustedes
que hubo un tal Pedrillo Zágata,
sastre titular del Cóncejo
de no sé qué villa manchega.

Era comilon Periquito
y algo amigo de la gándaya ;
sin embargo, bien aménudo
listo su labor despáchaba.

Vivia en su pueblo un ricote,
cicatero sobre manera,
que le encargó que le cóstiera
calzones, chaleco y cháqueta.

Costumbre de pueblo péqueno,
es, muy general y sábida,
que al sastre le dé la cómida
el mismo para quien trábaja.

Cose á vista del parróquiano,
engulle, segun se tratara,
buen almuerzo y rico púchero
cena y se acabó la fátiga.

A casa de don Ceférino
se fué mi sastre de mañana ;
sirviéronle su desayuno,
y seda previno y agujas.

• Ea (dijo), hasta que Isídoro,
tocando la gorda cámpana,
la hora de comer no señale,
coso sin alzar la cabeça. •

Echóse á pensar el ávaro,
si en fuerza de aquellas pálabras,
del sastre salir le púdiere
la manufencion más barata.

• Quieres (le propuso á Périco)
la olla comerte preparada,
y hasta la cena seguidito
proseguir luego la lárea ?

Respondió el sastre : • Me acómoda ;
y áun si la cena me sácaran,
me la engullera : mi apétito

no corre con hora marcada.

— Corriente (contestó el ricacho):
vas á comer de una zampada
para el dia de hoy por completo,
y cosas luego sin párada.

— La mitad sobra de séguro,
(dijo el ruin para su cámara):
ni un avestruz que se púsiera
tanto en el buche se encájara.

— Vamos (gritó): pronto, próntito;
corta la sopa y la ensalada,
y á Pedro sírvele en séguida
la olla y de cenar, Baltásara. •
Dánselo y trágalo tódito,
Y dice despues de lá-cena:
• yo en cenando no doy púntada,
buenas noches: vóyme á lá-cama. •

La salida del sastrécito
fué una solemne tunántada;
mas de burlas á misérables
ni un místico se escandaliza.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

LA GUITARRA.

DIRECCIÓN DE LAS INUNDACIONES DE
MURCIA.

Entre las ondas revueltas
de las cenagosas aguas

por el Regaton abajo
vá flotando una guitarra.

Tal vez del ajuar completo
solamente alla se salva
con sus cuerdas, sus clavijas
y su lazo verde y grana.

Barquichuelo improvisado
ella avanza y tanto avanza,
que parece que vá huyendo
de la afligida comarca.

Si es tan sólo compañera
de los que dichosos cantan,
bien hace en salir del valle
que vá á ser valle de lágrimas.

Cuántos pensamientos tristes
ha despertado en mi alma,
con sus silenciosas cuerdas
esa habladora guitarra!

¡Habré acaso conocido
á la moza enamorada,
que tegió en prenda de amores
aquel lazo verde y grana!

¡Quizas, al son de esas cuerdas
que van huyendo calladas,
ví bailar con aire alegre
á hortelanos y hortelanas!

¡Tal vez llegó á mis oídos
el eco de sus parrandas,
en el monte donde anida

no corre con hora marcada.

— Corriente (contestó el ricacho):
vas á comer de una zampada
para el día de hoy por completo,
y cosas luego sin párada.

— La mitad sobra de séguro,
(dijo el ruin para su cámara):
ni un avestruz que se púsiera
tanto en el buche se encájara.

— Vamos (gritó): pronto, próntito;
corta la sopa y la ensalada,
y á Pedro sírvele en séguida
la olla y de cenar, Baltásara. •
Dánselo y trágalo tódito,
Y dice despues de lá-cena:
• yo en cenando no doy púntada,
buenas noches: vóyme á lá-cama. •

La salida del sastrécito
fué una solemne tunántada;
mas de burlas á misérables
ni un místico se escandaliza.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

LA GUITARRA.

DIRECCIÓN DE LAS INUNDACIONES DE
MURCIA.

Entre las ondas revueltas
de las cenagosas aguas

por el Regaton abajo
vá flotando una guitarra.

Tal vez del ajuar completo
solamente alla se salva
con sus cuerdas, sus clavijas
y su lazo verde y grana.

Barquichuelo improvisado
ella avanza y tanto avanza,
que parece que vá huyendo
de la afligida comarca.

Si es tan sólo compañera
de los que dichosos cantan,
bien hace en salir del valle
que vá á ser valle de lágrimas.

Cuántos pensamientos tristes
ha despertado en mi alma,
con sus silenciosas cuerdas
esa habladora guitarra!

¡Habré acaso conocido
á la moza enamorada,
que tegió en prenda de amores
aquel lazo verde y grana!

¡Quizas, al son de esas cuerdas
que van huyendo calladas,
ví bailar con aire alegre
á hortelanos y hortelanas!

¡Tal vez llegó á mis oídos
el eco de sus parrandas,
en el monte donde anida

la Virgen de la Fuensanta!

¡Ay! ; guitarra fugitiva!
¿Dónde está aquella barraca
y el muro aquel, y aquel clavo
en donde tu descansabas?

¿Que ha sido de las parejas
de hortelanos y hortelanas
que con tus sonos alegres
llenos de vida bailaban?

¿No sabes cuál fué la suerte
de aquella pobre muchacha
que te puso el lazo, emblema
del amor y la esperanza?

¿Ignoras tú si la muerte
dejó por siempre crispadas
las manos que en ti tocaron
la postrera serenata?

Si te has encontrado sola,
si de nadie sabes nada,
si han perecido las gentes
cuya existencia alegrabas.

Sigue tu curso ligero;
sal pronto de la comarca
que ha de ser por muchos años
un triste valle de lágrimas.

La guitarra ya no huye,
la ha detenido una rama

de un árbol que lucha firme
con la inundacion que pasa.

Allí ha quedado prendida
por el lazo verde y grana.
¡Bendito árbol que retiene
en elle valle la guitarra!

A los sonos de sus cuerdas
se cantarán las hazañas
de los héroes cuyos nombres
son gloria de la comarca

Y se enlazará a sus ecos
la caridad tierna y santa
del mundo, que contemplando
la catástrofe murciana,
cavó sepultura al muerto,
reconstruyó la barraca,
amparó al huérfano pobre
y dió cauces a sus aguas.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SATIRA CONTRA

LOS ESTAFADORES

Pues voy tus cuentas a ajustar despacio
empleza, sin mirar las musarañas,
tu exámen de conciencia, Bonifacio;
porque conozco bien tus malas mañas;

estoy de tus ardidés prevenido,
y no me has de ofuscar con tus patrañas.

Eres un trapalón, siempre lo has sido,
llenar quieres la panza á costa ajena;
éres lo que llamamos un perdido.

La más infame acción ha sido buena
para tí, si á llenar era bastante...
de vinos y jamones tu alacena.

Con tal de parecer hombre importante,
supliendo alguna vez lo que en tu pecho
falta de corazón, con un diamante,
te han visto tributar culto al cohecho,
y sin que el miedo ó el rubor te venza
después de tantas farsas como has hecho,
nuevamente tu ingenio á hácer comienza
cosas... dignas de tí si repara
que son dignas de un hombre sin vergüenza.

Así, por corregirte ; empresa rara!
de tu senda mostrando los escollos,
consejos voy á darte cara á cara,
que no te han de saber por cierto á bollos,
más ya ha llegado, Bonifacio, el día
de sacudir de un tajo tus embrollos.

Cansado estoy de ver, por vida mía,
que mientras un honrado ciudadano
no queriendo imitar tu villanía,
teniendo buen desseo y juicio sano
y trabajando él triste noche y día
ganar para vivir pretende en vano;

haya gente que gaste á troche y moche;
gaban ó frac cada domingo estrene;

lleve ricas sortijas, ande en coche,
de vino de Jerez la tripa llene,
y aturda con dinero á los que saben...
que no pueden saber de donde viene.

Difícil me parece que se acaben
estos y otros abusos que no ignoras,
mientras haya bribones que se alaben
como tú, Bonifacio, á todas horas
te alabas de encontrar sobre la tierra
más oro del que dices que atesoras.

No es luciendo en las artes ó en la guerra,
ni ridiendo á las letras homenaje,
ni amando la virtud que el orbe encierra,
cual un hombre cual tú saca el bagage
para llegar un día á ese boató
de que te jactas con ardor salvaje.

Incapaz ni un momento de buen trato;
sin más discernimiento que una trucha,
ni más educación que un ballenato;
tienes alguna gracia, aunque no mucha,
y tienes atractivo sobre todo,
pues dejas sin camisa al que te escucha.

¿No hallaré yo de corregirte modo?
Si la vil tentación de tí no alejo,
te he de poner Garduña por apodo.

Atiende, pues, infame, mi consejo,
ó si quieres seguir trampa adelante
mira tu porvenir en este espejo;

Conocía yo á un jóven rozagante
que paseos y calles frecuentaba
con bota de charol y blanco guante;

á todos su riqueza deslumbraba;
pues por bien que se encuentre; Bonifacio,
nunca has tenido tú lo que él tiraba.

Por un vaso de agraz daba un topacio,
disfrutaba en su casa tratamiento
y alojado vivía en un palacio.

Nadie explicar podía ese portento,
porque nadie el origen conocía
de jóven tan bizarro y opulento.

¿De dónde su riqueza provenía!

¿De una ducal herencia?... Se ignoraba.

¿De alguna profesion?... No se sabía.

Mas sin duda la suerte se cansaba
de proteger al hombre que imponente
de uniforme la corte frecuentaba.

Aunque segun afirma, mucha gente,
hoy el trago de este hombre estrafalario
ha cambiado de forma solamente;

que uniforme es su trage necesario;
pero uniforme para su fastidio;
que en vez de palaciego es presidiario;

pues harto de aquel fausto que no envidio
has de saber que el pobre gana el cielo
haciendo penitencia... en un presidio.

Para lograr mejor tan santo anhelo,
pasa el verano sin tomar sorbete,
y sin zapatos la estacion del hielo.

Siendo un tiempo señor de alto copete
gastaba en el reló cadena de oro,
y hoy la lleva de hierro en el grillete.

Aquel que ántes bramaba como un toro

si olvidaban tratarle de Excelencia
consiente ya que le hablen sin decoro.

Para sufrir sus males con paciencia
dice que al buen callar le llaman Sancho,
pero no acaba aquí su penitencia :

él que ántes habitó local tan ancho
duerme hoy en un estrecho calabozo,
y en lugar de faisanes come rancho.

Diviértese de día, haciendo un trozo
de carretera nueva en las Castillas,
sin poder descansar porque hay un mozo,
ante el cual se hincan todos de rodillas
que en vez del tratamiento de Excelencia,
le dá con un garrote en las costillas.

¿Quién era el hombre aquel que una sen-
tencia

mereció, condenándole iracundo
el destino á tan dura penitencia?

Voy á decirlo, á ver si te confundo,
Bonifacio; aquel hombre era el fullero
más parecido á tí que hay en el mundo.

Llegóse á averiguar que era extranjero
que lo mismo al contrario que al amigo
sacaba con engaño el dinero,

hasta que, viendo cerca su castigo,
emigró, por no verse avecindado
en la casa fatal de poco trigo.

Continuó en tierra extraña denodado,
pasando como tú pasas la vida,
es decir, á la estafa dedicado.

Hasta que, dando un juez con su guarida,

cogió un día infraganti al delincuente,
y le impuso la pena merecida.

Creo que he dicho ya lo suficiente;
si á atajar, Bonifacio, tu extravío
no basta una lección tan elocuente,
sigue en buen hora tu sendero impío;
pon en juego las fábulas que inventas,
gasta en falso papel de tinta un río :
enreda bien tus cuentos y tus cuentas,
ó al acreedor divierte con la gracia
de una de tantas quiebras fraudulentas.

Si á descubrirse llega tu falacia,
y aquellos que han perdido su dinero
te quieren perseguir con eficacia,
nada el honor te importe, majadero;
lo primero es la vida, cruza el Ponto,
y roba sin piedad al extranjero.

Cuando uno llegue á conocerte, pronto
te dará con la puerta en los hocicos,
pero hallarás al cabo más de un tonto,
(pues no suelen faltar entre los ricos)
que te haga el caldo gordo alucinado,
en vez de hacerte la cabeza añicos.

Hablo de algun tesoro... imaginado,
y sin ver que tus bienes son castillos
forjados en la mente de un malvado,
los hombres inespertos y sencillos
te ayudarán á descubrir la estrella
que venturosa alumbrá á muchos pillos.

No temas que te aparten de esa huella
los que amantes de zambra y diversiones

gocen contigo de ocasión tan bella.
Mientras haya en tu bolsa dos doblones,
borracho bailes, ó salvagé riñas,
necios habrá que admiren tus pasiones.

Y no te faltarán las socaliñas
de algun bribon que aplauda tus maldades
por tener una parte en tus rapiñas.

Haz en fin, Bonifacio, atrocidades;
mas sufre que la espesa catarata
te quite de los ojos; no te enfades.

Como que eres un mulo de resta,
no podrás mantener siempre el engaño...
y tarde ó pronto enseñaras la pata.

Te obligarán á remediar el daño
que has hecho con proezas, que no envidio,
así en tu patria como en suelo extraño;

y á fin de disipar ese fastidio
que tanta libertad debe cansarte
irás á ser esclavo en un presidio,

No vayas, Bonifacio, á figurarte
que estando de los tuyos en el foco
lucir harás de tu insolencia el arte.

Porque trabajes mucho y duermes poco,
te impondrán la sentencia castellana
que dice : *á burro lerdo, arriero loco.*

Quiero decir, que aunque te falte gana
para tomar las órdenes de cura,
te darán cada día una sotana.

¡Y esta vida infeliz, tan triste y dura,
prolongarse verás por tantos días...
que el presidio será tu sepultura !

Pero ¿á qué gasto el tiempo en letanías;
Tú no crees que el cotarro se alborote,
ni realizadas ver mis profecías.

Haz, pues, lo que tú quieras, monigote?
prosigue tus infamias olvidando
que hay un juez... un grillete... y un garrote,
y que te estén de cerca amenazando.

JUAN TOMAS Y SALVANY.

ANTE EL VESUBIO.

¿Quién eres tú, coloso formidable,
que sobre el mar y la ciudad poblada
levantas, incansable,
tu cabeza irritada
de lavas y cenizas coronada?

¿Que poderosa mano
cifó á tu frente esa infernal diadema,
que todo cuanto toca abrasa y quema
como abrasó á Pompeya y á Herculano?
Tú eras el mal, la destrucción, la muerte,
el aliento encendido del abismo,
la rabia de Satán, que ménos fuerte,
y envidioso de Dios y de sí mismo,
maldiciendo su suerte,
en pavesas los cármenes convierte.

Mas no : perdona, si te insulto ciego;

no : tú eres el amor, porque eres fuego.
Tu roja cabellera,
tus entrañas hirvientes,
que palpitas, que sientes,
van demostrando á la creacion entera.

Acaso los amantes corazones,
las almas de delirios impregnadas,
del mundo en las revueltas oleadas,
cansados ya de suspirar en vano,
alzaron ese monte soberano;
su fuego, su dolor, sus ilusiones,
en tu seno de lavas escondieron,
y tus alardes bárbaros abrieron
el compendio no más de sus pasiones.

Acaso tu ancha móle albrotada
de furors volcánicos preñada,
es la expresion amante
del pecho delirante;
es la angustia terrible,
es el beso de amor inextinguible
que arroja por la esfera dilatada
la tierra, de ese sol enamorado.

¿Cuán soberbia tu móle se levanta!
La mar gime á tus pies, la ciudad ~~tembla~~
si mueves la garganta;
impávido, pasar ves las edades,
serenatas te dán las tempestades,
su beso el huracán, su túl las nubes;
crece á tus plantas más fecundo el suelo,
y al trono agreste, en que arrogante subes,
dá su dosel la inmensidad del cielo.

¡Rujes! no importa : tu furor salvaje
nunca á mi pecho infundirá su medio :
acaso más que tú, rugir yo puedo
y el tuyo acobardar con mi coraje.
Tú eres copia servil de mi grandeza,
tú los dolores míos acompañas,
tú, como yo, levantas la cabeza
y tienes de granito la corteza,
de fuego y desgarradas las entrañas.
Alza á las nubes tu feroz bramido;
un torrente encendido
desde tus antros cavernosos brota,
abrasa la ciudad, el mar agota :
suelta en pavesas el vergel florido ;
bárbaro rompe el popular sosiego ;
vomita destrucción, siembra el espanto :
yo con tus lavas alzaré mi canto
y con mi fuego abrasaré tu fuego.
Si el corazón del pecho me arrancara
y en tus mismas entrañas le clavara,
del corazón la gigantesca hoguera
más que tu cráter de volcan ardiera.
Si la inmensa pasión del alma mía
quisiera avergonzar tu ardiente fama
y luchara mi llama con tu llama,
dudoso el triunfo entre los dos sería.
¡Qué digo!... de la humana fantasía
alarde de soberbia sempiterno,
que en humo y miedo la razón convierte :
mi fuego un día apagará la muerte,
y tú ¡oh Vesubio! te alzarás eterno.

A MI MADRE

ENVIÁNDOLE UN ROSARIO ROMANO.

Triste, en italiana zona,
mirando hácia Barcelona
pensaba qué le daría
á la dulce madre mía,
que no fuera una corona.

Y abriendo el modesto erario,
á duras penas reunido,
madre, compré este rosario,
como emblema del calvario
que en tus hijos has tenido.

El los dolores imita
de tu alma sensible y buena ;
él tiene una cruz bendita,
las cuentas de malaquita
y dorada la cadena.

Simbolo de amor, por eso
lleva de oro el crucifajo,
y para más dulce exceso
cada cuenta tiene un beso
de los lábios de tu hijo.

Corona que su alma envía
al alma que el sér le dió,
himno de paz y alegría,
bendícela, madre mía,
como la bendigo yo.

Cuando pases una gloria
tras las cuentas de ese lazo,
ella traerá á mi memoria
más de una infantil historia
aprendida en tu regazo.

Y la más pura oración
dirá, con celeste modo
á mi amante corazón,
que tú eres mi religión,
mi gloria, mi fé, mi todo.

JULIO MONREAL

AFAN ETERNO.

Niña, mira mis antojos,
la vida gustoso diera,
si así sondear pudiera
el abismo de tus ojos:
mas con ímpios cerrojos

de tus sedosas pestañas
tanto su secreto entrañas
y con tan tenaz porfia,
que á quien más su fondo espía
más fácilmente le engañas.

¿Es ese rayo sereno
que tu pupila extremece
esperanza que aparece,
ó mortífero veneno?
De acerbos dudas me lleno
cuando á mis ansias respondo
que es tu mirada mar hondo,
y temo que me acaricie
espejo la superficie
y tumba inmensa su fondo.

Cuando miro su dulzura
y su purísimo halago,
huye el temor del esrago
ante un iris de ventura;
pero, si esto me asegura,
daño mi sino me advierte,
y recelo de esta suerte,
ver en su órbita divina
una copa diamantina
donde se bebe la muerte.

¡Ay, que á mi pesar sospecho
que, de toda traba franco,

vuelo cual la flecha al blanco,
hacia mi ruina derecho!
Absorbido, á mi despecho,
y no obstante á mi albedrío,
voy como la fuente al río,
hacia tí, que me repeles,
y busco que me consueles
siendo tú el tormento mio.

Basta, basta de locura,
pero mira, aunque engañosa
que de abrasarse afanosa
vive el alma en tu luz pura:
placer hallo en la tortura
que el corazón por mitad,
dislacera sin piedad,
y quisiera revivir
para volver á morir
á impulsos de tu crueldad.

A UNOS LABIOS.

Un beso me diste, Inés,
y aunque fué no mas un beso,
aquel beso con exceso
tuve que pagar despues.

De modo que si meditas
lo que siempre haciendo vás,

no debes decir que dás,
di mejor, Inés, que quitas.

Dádiva que otra gradda,
para pedir con lisonja,
es, cual bizcocho de monja,
más que dádiva, ganzúa.

Y ya no me maravillo,
pues voy creyendo que son
tus lábios tirabuzon,
que sacan tras sí el bolsillo.

Aunque es verdad como el puño,
á lo ménos para tí,
que son más bien Potosí,
que manan oro de cuño.

Como á pedir te desmandes,
pasma en tus lábios risueños
cómo, siendo tan pequeños,
son en el pedir tan grandes.

Y viéndoles tan alerta,
cualquiera que son, diria,
cepillo de cofradía,
siempre con la boca abierta.

Más que no lo son arguyó,
pues aquel, del bien en pos,
pide por amor de Dios,
y tú por el amor tuyo.

Tú, si una dádiva sueltas,
es como quien la alcabala
paga con moneda mala,
para llevarse las vueltas.

Y por tanto, en conclusion,

Inés, sólo te diré
que pidas que no te dé
y daré en la petición.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

¡NIEVE!

Siempre con amante queja
mi pobre pecho intranquilo,
media noche era por filo
y llegaba yo á tu reja.

La nieve en copos caía
con mudo compás y lento,
cuando, con asombro, siento
que tu ventana se abría.

Y al ver tu faz, sin reproche,
asomarse al vidrio leve,
pensé que á licuar la nieve
salía el sol por la noche.

Niña, mi mal y mi bien,
dime cuando, por favor,
dejará un rayo de amor
la nieve de tu desdén.

A QUEVEDO.

SONETO.

Retozon inquilino del Parnaso,
de las nueve doncellas regocijo,

con traspillado númen y canijo,
á husmear tus laureles me propaso.

A coces y corcovos el Pegaso
me saque de coplero el entresijo,
pues con meollo huero y ruin alijo
no tus glorias celebro, las arraso.

Fuiste, burla burlando, azote fuerte,
cuya leccion en zumbas se divisa,
corrigiendo, á la par que nos divierte,
y poniendo á los vicios corlapisa,
todos por ti dieron, y á tu muerte
copioso llanto desató la risa.

EN PURA PLATA.

SONETO.

Un gato engarrado en la nariz,
un hueso en la garganta de través,
un sombrero de callos en los pies,
y una sarna perruna por barniz;
un dolor en las muelas de raíz,
un divieso, y sin lin, otros después,
fierras bascas de un mes y de otro mes,
un dogal con carlanca en la cerviz;
un baño en cueros vivos de alquitrán,
sinapiamazo en parte no común,
sentirse en el ombligo un alacrán,
estar de un cocodrilo en mancomun,
y vivir cual murió San Sebastián,
ese es el matrimonio y más aún.

LUIS EGUILAZ.

LA PERLA DEL BUEN-RETIRO.

BALADA.

Palacio del Buen-Retiro,
palacio del rey-poeta,
una niña te pregunta,
palacio galan, contesta.
¿De aquella corte
quién fué la perla?
El murmullo de un arroyo
que un sáuca besa,
como un suspiro
lejano suena:
— «; Reina inocente!
; Pobre Isabela!
Encantada está en mis aguas,
es una perla
que flota entre las flores
de mi ribera.
Ama á Felipe,
el la desdeña.
A ella tan linda!
A ella tan buena,
que era la musa
de los poetas!
Conde-Duque de Olivares,

maldito seas!
tú separas del olmo la débil yedra!.

Niñas hermosas,
lindas doncellas
las que ois serenatas
tras de las rejas,
Si algun galan os dice
«Cuanto sois bellas!»
contestad desdeñosas
«¿Quién os creyera?»
No deis el alma
como Isabela,
que es gran encantamiento
querer de veras.

EL AROMO DE LAS FLORES.

De un jardin por la enramada
Solitaria y misteriosa,
Asidas las blancas manos
Iban dos niñas hermosas;
Alegre y viva la una,
Triste y pausada la otra.
Contando á la niña alegre
Vá la niña melancólica,
De rejas y serenatas
No sé qué reciente historia,
En que la palabra amor

Brotó de su dulce boca,
Sorprendida la inocente:
— ¿Qué es amor? — dijo curiosa.
— Esto, — repuso mostrándole
La triste dos blancas rosas,
Que al blando impulso del céfiro
Confundían sus aromas.

LUIS RIVERA.

PERLAS Y AVELLANAS.

CUENTO ORIENTAL.

Muley Hazem por el desierto cruza,
rojas las nubes son, fuego la arena
y murio de hambre y de fatiga el moro
junto á una palma llega

Restas de una caravana errante
que por allí pasó, loco contempla,
y algo que alivie el torcedor del hambre
busca y no encuentra.

En torno gira los ardientes ojos,
descubre un saco, rápido lo observa
y creyendolo lleno de avellanas

á desatarlo empieza,

!Alá es grande! decía, y cuando el fruto
que él esperaba, por el suelo rueda,
exclamó con dolor: — ¿No hay avellanas?
¡solo son perlas!

SEPARACION.

¡Vas á partir! — Mi espíritu en el viento
camina en pos de ti,
y á tu espíritu dice entre las sombras,
— ¡No te olvides de mí!

¡Adios! ¿Por siempre? — Realidad ó sueño,
mujer ó aparición,
donde quiera que estés, donde respire
tu aliento seré yo.

Seré el rayo de luna que tu frente
ilumine al pasar,
y saldré por la noche entre el aroma
del espeso rosal.

El rumor de los bosques y del río
te llevará mi voz,
y en cada aguda nota del piano
oirás mi corazón.

Todas las formas tomará mi espíritu
para llegar á ti,
para decirte con callado acento :
— ¡Acuérdate de mí!

¡QUÉ RECUERDO LEONOR.

¡Era á la orilla del mar!
tú vivías en la fonda
adonde yo fui á parar,
y esta pasión singular
nació en la mesa redonda.

Me miraste, te miré;
yo te dije no se qué;
respondiste sonriendo
y dando fin á un bisté...
¡Parece que te estoy viendo!

Una veces destrenzada,
otras con lujo adornada,
siempre hermosa parecías
á mi alma enamorada...
¡Pero ¡Dios! cuánto comías!

¡No me dejabas vivir!
¡Qué modo de discurrir!
Era tu amor tan inmenso
que ahora, al recordarlo pienso

que no se puede escribir.

Aquello fué para visto;
porque siendo yo algo listo
y dándome tú en querer,
hubo la de Dios es Cristo
como suele suceder.

Y despues nos separamos,
y hubo despedida, ¿estamos?
y aquello de — « Siempre tuya. »
• Amor eterno. • — • Aleluya •
y al mes, ya nos olvidamos.

¡Quién lo habia de decir!
¡Quién lo habia de pensar!
Ojos que te vieron ir
llorando á orillas del mar,
hoy frios te ven venir.

Fuiste unos días mi gloria,
y yo guardo esta memoria,
que al fin de aventuras harto,
ésta es la única en mi historia
que no me ha costado un cuarto.

Si en tu soledad profano
llega un recuerdo liviano
y en tu cabeza se emboscá,

alza como yo la mano
y sacúdete la mosca,

DOS MUERTOS.

El día de difuntos
se acerca niña,
no te olvides de hacerles
una visita.

Si un cementerio
buscas para rezarles,
hé aquí mi pecho.

En el primer difunto
verán tu amor
del amor que te tuvo
tristes despojos.
Pero á su lado
el que tú me tuviste
está enterrado.

ILUSIONES Y DESENGANOS.

Dejé mi pueblo, partí á la guerra,
soldado fui;
dejé mi novia, dejé mi tierra
y me lucí!

Tras una ausencia de más de un año
volví al fugar;
me acerqué al río y me di un baño
muy regular.

Corrí á su casa muy decidido
con un regalo:

• Vén, • dije á voces, ¡y su marido
me atizó un palo!

POR UNA SARDINA.

CUENTO.

El tío Tabardillo,
ciego que de pedir se mantenía,
á una taberna dirigióse un día,
y díjole en la puerta al lazarrillo:

— Entra; siempre nos dá la tía Tomasa
algo que manducar. — Entró el muchacho,
y al salir dijo al ciego: — No está en casa.
— ¿Y no te han dado nada?

— No.

— ¿Ni un cacho
de sardina?

— Tampoco.

— Pues yo creo
que hueles á sardina.

— ¡Yo!

te la has comido. —

— Sin duda

Y era cierto: el chico
quiso engañar al viejo, que tenía
el olfato muy fino; pero el viejo
zurrándole el pellejo
me hueles á sardina, le decia;
mas siguieron andando,
y al cruzar una calle,
el muchado travieso
guió tan mal al pobre Tabardillo,
que en la esquina de enfrente se dió un beso.
Airado, el ciego levantó el garrote;
mas el chico dió á huir, y desde lejos
le gritaba: — Tío Zote;
si olió usted la sardina,
¿Cómo asimismo no olió usted la esquina?

M. BRETON DE LOS HERREROS.

POESIA.

Si es verdad, mi dulce Flérida,
Que tu corazon angélico
Corresponde al fuego placido
Con que te amo hasta los tuétanos
Sube conmigo á la góndola
Y, caminito de Arévalo,
De Madrid salgamos prófugos,

Que es pueblo dañino y pérfido.
Rápidos como la pólvora
Huyamos del vulgo tétrico
De poetillas misántropos,
Plañideres y epilépticos,
Que invocando al hondo Tartaro
Con chirridos de murciégalo,
Fulminan rudos apóstrofes
Contra el pobre humano género;
Que apenas pasiega bárbara
Los emancipa del cuévano,
Pesa la vida en sus vértebras
Como el Etna sobre Encélado.
Huyamos del Júdas íntimo
Que al amigo franco y crédulo
Prodiga falaces ósculos,
Y despues le quita el crédito.
No oigamos la necia cháchara
De aquel orador acéfalo
Que presume de Demóstenes
Y no sabe los pretéritos.
Un adios, y sea último,
A esa caterva de médicos
Que si visitan diez prójimos
Dan con los nueve en el féretro.
Fuego al proyectista trápala
A quien das el oro inédito,
Fiado en sus lindos cálculos
Que pintan seguro el exito,
Y luego figura pérdidas
En la bolsa ó en el piélagó,

Y sólo cobras en lágrimas
 El capital y los réditos.
 ¡Maldición al vil hipócrita
 Que bajo exterior ascético
 Cubra la avaricia escuálida
 Con que despoja á los huérfanos!
 No más Madrid, que su atmósfera
 Impregnan vapores fétidos,
 Y es laberinto de crímenes
 Más confuso que el de Dédalo.
 ¿Qué importa á placeres frívolos
 Renunciar! Sin tanto estrépito
 Podemos vivir más prósperos
 En cualquier parte... en Cintruénigo,
 Bastanos cabaña rústica
 Bajo limpio sol benéfico.
 Donde nuestro amor sin límites
 Nunca desmaye decrepito;
 Y bajo los verdes árboles
 Oler de la rosa el pétalo,
 Y oír á la viuda tórtola
 Fiar sus quejas al céfiro;
 O á la mariposa aligera
 Perseguir con vano anhélito
 De la clavellina al júpmano
 Y del tomillo al orégano;
 Y así en ventura recíproca,
 Sin enemigos malévolos,
 Con serenidad de espíritu
 Llegar de la vida al término.

A ELVIRA EN SU ALBUM.

Pues mandas que yo lo estrene,
portero de tu álbum soy,
 que es al que está como estoy
 el empleo que conviene.

Y una portería es ganga
 para los viejos escuálidos
 que se retiran inválidos
 del cuartel y la charanga.

Yo aquí al Parnaso moderno,
 ¡ay! abriré la mampara,
 pues tal suerte me depara
 mi catarro sempiterno.

De planton en el vestíbulo
 á muchos veré pasar
 con ofrendas á tu altar
 y aromas en el turíbulo.

Artículos de comercio
 que niega la suerte impía
 á quien ya cumplió, hija mía,
 el lustro décimotercero.

Y envidiando á más de dos
 su juventud y su lira,
 renegaré, bella Elvira,
 de mi reuma y de mi tos.

Mas ¿qué digo? Alto es mi medro
 con la honra no merecida
 de ser para tí, querida,
 le que para Dios San Pedro.

LOS DOS PADRES.

(TRADUCCION DEL ITALIANO.)

Padres los dos felices algun dia
de dos hermosas virgenes, al cielo
plugo arrancarlas del humano suelo
que tan sublime dón no merecia.

Guarda á la tuya austera celosfa,
candado eterno, religioso velo,
y á la antorcha imperial ¡ay desconsuelo
súbita muerte arrebató la mía!

Tú al ménos de su voz tierna y piadosa
el son puedes oír cabe el sagrado
inaccesible muro que la esconde;
yo al frío mármol, dó mi bien reposa
córro en amargas lágrimas bañado;
llamo, torno á llamar... ¡Nadie responde.

MANUEL CANETE.

AL CONDE DE SAN LUIS.

Hoy que el Pindo castellano,
para vos pródigo en flores
os dá los frutos mejores
del ingenio soberano,

dejad que la musa mía
bien que humilde, en ráudo vuelo
aspire á escalar el cielo
de la hermosa poesia;

y en vivíficos raudales
de luz que eterna fulgura,
donde calla la impostura
de los miseros mortales,
recibia la excelsa llama,
del cielo presente raro,
que triunfa del tiempo avaro
si el astro del vate inflama.

No con profano deseo
noble inspiracion codicio:
jamás al altar del vicio
la he de llevar por trofeo.
Quiero decir la virtud
de un impulso generoso;
que me dé su acento hermoso
la voz de la gratitud.

Y brame á tal voz la envidia,
que á sí misma se devora;
ruja calumnia traidora;
hiera cobarde perfidia.

De altos espiritus es
aspirar empresas altas,
y ver con dolor las faltas
de los que muerden sus piés.

Como en fresco Abril las rosas
do quieran nacen y crecen,
en nobles almas florecen

las pasiones generosas;
y á su templado fulgor,
que el cieno encubre y no apaga,
siempre se cura la llaga
que abre villano rencor.

No los negros desengaños,
cuya ponzoña envenena
el alma sencilla y buena
que arde al soles de verdes años,

A tí, Señor que la cumbre
del poder jóven hollaste,
y al ingenio libertaste
de oprobiosa servidumbre,
te detengan sólo un hora
en mitad de tu camino,
como hiela al peregrino
la culebra silbadora.

Ni el mundo mires por lados
que inclinen á aborrecer:
gran peligro hay en creer
que sólo existen malvados.

Separa tu pensamiento
del ingrato y del traidor;
espera del gran valor
un gran agradecimiento.

No niegues misericordia
á humanas debilidades;
atizando enemistades,
mal se llega á la concordia.

Pero aleja tu esperanza
del que inestable se mostró,

porque á muchos despeno
una ciega confianza.

Nunca te dejes caer
aunque adversidad lo quiera;
el alma que desespera
lejos está de vencer.

Ni en fatigosa inquietud
codicies prosperidad;
tambien es la adversidad
gran escuela de virtud.

Ella en su duro crisol
separa del barro el oro;
ella es de verdad tesoro;
sombra al malo, al bueno sol.

Premia al que en virtud florece,
no á quien alimenta el vicio;
es recibir beneficio
hacerlo á quien lo merece.

No te escueza vil ortiga
de calumnia criminal,
quien del bueno dice mal
á sí propio se castiga.

Si olvidas merecimientos
cura bien que te deshonoras,
jue siempre de grandes honras
nacen grandes pensamientos.

Sé para el triste rocío;
no en su herida viertas hiél;
harto se agosta el laurel
en las sienes del impío.

Tú que al ilustre varón

estéril en los campos se derramaba;
porque del fácil triunfo tras los horrores
al contemplar en ella tintas sus manos
notaban con vergüenza que eran hermanos
del lidiador vencido los vencedores:

Como el canto de un ave triste y doliente
sofocado entre el ruido que alza el torrente;
como de hoja que rueda queja exhalada,
del viento desoida y al viento dada;
del campo de la lucha sobre la arena
que ensangrientan los géneos de la discordia,
mientras la bala silva y el bronce truena
se alza una voz que clama: ¡Misericordia!

En la sombría falda del alto cerro,
Mónstruo que una corona ciñe de hierro,
Al pié de Mendizórrol, en cuyo lomo
Se abre un volcan que arroja candente plomo
Hay una pobre choza, sencilla y blanca,
Nido de golondrina rústico y breve,
Cuya puerta, al herido soldado franca,
Jámas para cerrarse sus goznes mueve.

Campestres florecillas son el adorno
De la casita blanca de aquel conorno;
Nada de sus linderos cerca transita
Que no bendiga el nombre del que la habita.
Y es, que desde que al viento se izó en
[España

El estandarte negro de la discordia,
De la florida choza de la montaña
Sale la voz que clama: ¡Misericordia!

Pronto la paz ansiada llegar debía,
Y el triunfo era esperado que la traería.
¡Ya se acerca la hora! Ya el bronce estalla,
Ya comienza la ruda final batalla.

Ya en guerrilla despliegan los batallones
Al clamor estridente de la corneta,
Y marchan al galope los escuadrones
Del monte por la abrupta pendiente escueta,
¡Ay de las pobres madres que en las

[montañas

Tienen los pedacitos de sus entrañas!...
Ay de la dulce novia que amante espera
Unirse al que su mano le prometiera!...
¡No volverán... De saña su seno henchido,
Ebrios con los vapores de la discordia
Van á morir, sin que antes llegue á su oído
Ese acento que clama: ¡Misericordia!

En la chocita blanca del monte inculto,
Donde á la pátria rinda sagrado culto,
Del amor de sus hijos al dulce amparo,
Vive VUISCAN, el tierno poeta euskaro.
Allí fué donde, alegre, cantó otros días
Del hogar los encantos y los amores,
De los campestres bailes las armonías,
De *Conchesi* los ojos fascinadores.

Allí donde abrasarse sintió en la llama,
Destello de los cielos, que al poeta inflama;
Allí donde su nùmen fluyó sonoro
Cascadas de poesia de ritmo de oro.

Mas, muerta la ventura por que suspira,
Sepultado en la hoguera de la discordia,
Ya no tiene mas cantos su blanda lira
Que una plegaria eterna : ¡Misericordia!

Cataratas de sangre precipitadas
Ruedan de los oteros á las cañadas,
Y desde las cañadas á los oteros
Suelto vapores rojos trepan ligeros.
Como un antro la tierra se abre sombría,
Como una forja el cielo rayos desata,
Hiere como una espada la luz del dia,
El aire como fuego calcina y mata.

« ¡Otra vez á la puerta de mi vivienda
Ruge la maldecida civil contienda!
Venid y orad conmigo mis pobres niños;
¡Dios acepta y comprende vuestros cariños!
¡Ved, comienza de nuevo la horrible lucha;
Suenan otra vez el grito de la discordia.
¡Orad por los que quedan! ¡Dios, que os
[escucha,

Tendrá de los que mueren misericordia! »

Dijo VILINCH, y ronco, del negro fuerte
Cantando por los aires himnos de muerte,
Un proyectil avanza que hunde la choza
Y al misero poeta hiere y destroza.
Aquella bala el triunfo por fin decide,
El sol de la victoria refulge santo
Y el vencedor, tranquilo, los lauros pide

Que el vencido insepulto regó con llanto!
¡Guerra civil funesta! Deidad impía
A cuyo espectro aún tiembla la patria mía!
Castigo de los hombres y las ideas,
Pues no respetas nada, ¡maldita seas!
Tú de VILINCH las quejas has desoido
En que de tí imploraba paz y concordia
Ya que del pobre vate no la has tenido,
¡Nadie te tenga nunca misericordia!

LA IGLESIA FRÍA.

TRADUCCION DEL GALLEGO (1).

Aun hoy sobre el llano,
del monte en el medio,
levántase altivo,
hidrópico y negro
cual cadáver de muerto hipopótamo,
de lepra cubierto,
rodeado de musgos y gramas
el torso deforme de viejo convento.

(1) Publicado recientemente el libro *Aires d'a mi-
ña terra* del Sr. Curros y Enriquez, no hemos podido
resistir al deseo de incluir en la presente coleccion es-
ta y la siguiente poesia, con la esperanza de que, á
pesar de lo mucho que nuestra traduccion castellana
las ha hecho perder, puedan dar una idea de las mu-
chas bellezas que el libro encierra,

A. R. Chaves.

Sus ya corroidas
agujas de hierro,
quejarse parecen
del paso del tiempo;
y de lejos, sombrías é inmóviles
semejant los dedos
de una mano gigante que busca
el rayo que tarda de la ira del cielo.

De la alta campana
pesada cayendo,
la fuerte cadena
con triste ciembreo,
cuando inquieto, al caer de la tarde
azótala el viento,
una sierpe parece encantada
que guarda las ruinas silbando y gruñendo.

Cuchillo en la mano,
de punta el cabello,
y en sangre teñido
de pobres viajeros,
hubo un tiempo en que amparo y asilo
halló en el convento
el bandido feroz que los frailes
que á Praga quemaban, en salvo pusieron.

De monje vestido
como ellos, el reo
pasó en un día mismo

á santo de réprobo,
y del cuello que el hacha del rollo
estaba pidiendo,
la polilla salió que excomulgó
á Colon el audaz navegante, y al gran Galileo;

Doncellas forzadas,
pobres sin sustento,
pedían en tanto
amparo y remedio;
y la ley, del horror y del crime
hambriento escudero,
del sagrado á la puerta quedaba
de rabia y de cólera los dientes crujiendo.

En mis solitarios,
nocturnos paseos,
sucédeme á veces
llegar al convento;
y al fulgor de la pál da luna
parece que veo
una negra y sion, que en las ruinas
qué tiempos! me dice, y digo: ¡qué tiempos!

¡AY!...

(TRADUCCION DEL GALLEGO.)

¡Cómo fué?... — Me encontrabayo ausente

y las negras víruelas le dieron;
avisóme su madre enseguida
y vine corriendo.

¡Ángel mio! Sintiendo mis pasos,
anhelante hácia mí volvió el rostro.
Me miró y no me vió... Ya no habia
ni luz en sus ojos.

No me acuerdo del tiempo que estuve
con mi llanto su cuna regando;
sólo sé que me alcé con mi niño
sin vida en los brazos. —

Golondrina de pluma azulada
que en mi alero dejaste tu nido,
pues por él me preguntas, ya sabes
que fué de mi niño.

MANUEL F. Y GONZALEZ.

A. S. M. LA REINA DONA ISABEL II

Charitas non est ambitiosa;
non querit que sua sunt.
San Pablo á los Corintios,

XIII,

Impulsos del corazon
Tráenme, señora, á tus piés.
¡Ah! No temas; que no es.

Mi pecado la ambicion.

Yo soy un alma apenada
Que solitaria camina,
Querellosa y peregrina
De otra parte desterrada.

Como el ave y como el viento
Raudo giro, libre canto,
Hasta los cielos levanto
El ansioso pensamiento.

Y a-piro en la inmensidad.
Tranquilo, dichoso, ufano,
El aliento soberano
De Dios, Patria y Libertad.

La libertad, santa idea
Que Jesús llevó al Calvario
No es el número sanguinario
Que agita nefanda tea.

No es la lez de los que oprimen
A tristes de débil pecho,
Ni al miserable derecho
Conquistado por el crimen,

La fé, la fraternidad,
El amor y la esperanza
Son en próxima alianza
Fuentes de la libertad.

Por eso auro sediento
De sus linfas la dulzura,
Y libre vivo en la pura
Expansion del sentimiento.

Deja, ¡oh Reina! que un instante
Llegue á tus plantas gozoso

y las negras víruelas le dieron;
avisóme su madre enseguida
y vine corriendo.

¡Ángel mio! Sintiendo mis pasos,
anhelante hácia mí volvió el rostro.
Me miró y no me vió... Ya no habia
ni luz en sus ojos.

No me acuerdo del tiempo que estuve
con mi llanto su cuna regando;
sólo sé que me alcé con mi niño
sin vida en los brazos. —

Golondrina de pluma azulada
que en mi alero dejaste tu nido,
pues por él me preguntas, ya sabes
que fué de mi niño.

MANUEL F. Y GONZALEZ.

A. S. M. LA REINA DONA ISABEL II

Charitas non est ambitiosa;
non querit que sua sunt.
San Pablo á los Corintios,

XIII,

Impulsos del corazon
Tráenme, señora, á tus piés.
¡Ah! No temas; que no es.

Mi pecado la ambicion.

Yo soy un alma apenada
Que solitaria camina,
Querellosa y peregrina
De otra parte desterrada.

Como el ave y como el viento
Raudo giro, libre canto,
Hasta los cielos levanto
El ansioso pensamiento.

Y a-piro en la inmensidad.
Tranquilo, dichoso, ufano,
El aliento soberano
De Dios, Patria y Libertad.

La libertad, santa idea
Que Jesús llevó al Calvario
No es el número sanguinario
Que agita nefanda tea.

No es la lez de los que oprimen
A tristes de débil pecho,
Ni al miserable derecho
Conquistado por el crimen,

La fé, la fraternidad,
El amor y la esperanza
Son en próxima alianza
Fuentes de la libertad.

Por eso auro sediento
De sus linfas la dulzura,
Y libre vivo en la pura
Expansion del sentimiento.

Deja, ¡oh Reina! que un instante
Llegue á tus plantas gozoso

Y que á tu sombra reposo
Busque el peregrino errante. —
Hay en España una tierra
Sin aire verde, siempre hermosa.
Alza en ella majestuosa
Su frente gigante sierra.
Que allende la mar ve el moro
Allá desde el ático rudo,
La contempla sereno, mudo,
Bañado en acerbo lloro.
Y en cólera aun no apagada,
Su fuerte pecho se agita;
Que aquella tierra bendita
Es la tierra de Granada.
Un rey débil la perdió;
Gañóla cristiana gente;
Es la perla de Occidente:
De esa tierra vengo yo.
¿Quién me trajo? ¿Cómo aquí
Bajo artesón opulento,
Yo que sólo al libre viento
Siempre mis cantares di?
¿Yo el sencillo trovador
Entre el tumulto escondido,
Como se esconde en su nido
En el bosque el ruiseñor!
¿Por qué suena mi leña
En donde el potente mora?
Aquí me trajo, señora,
La magia de tu virtud.
Iba yo con triste anhelo

A mis sueños entregado,
En la tierra el pié cansado,
Fija la vista en el cielo.
Mis sueños vino á turbar
Hondo gemido que oí;
Volví el rostro y luego ví
A una cuitada llorar. —
¿Por qué lloras? — Pobre España
Pideme otra vez dinero;
Y ¿cómo darle, aunque quiero,
Si es más pobre mi cabaña?
Tributo yo le pagué,
Dios sabe con cuánto afán!
¿Cómo á mis hijos sin pan,
Siendo madre dejaré?
¿Dios no tiene un ángel bueno
Que á los pobres nos acuda?
Quedó de quebranto muda;
Dedó la faz sobre el seno...
Y pasó. Por donde fui
Sólo quejas escuché;
Llanto en los unos miró,
Amenaza en otros ví.
Y se escuchaba el rumor
Del pueblo ya conmovido,
Como lejano zumbido
De huracán aterrador.
¿Oh, Dios! á tu pueblo mira;
No levantes de él tu mano;
Castiga al réprobo insano
Que provoque audaz tu ira.

Mas, ¡ah! no al honrado y fiel
Alcance tu indignacion!...
Y Dios en el corazon
Tocó á la augusta Isabel.
Ardió en amor: corrió el lloro
En sus ojos, siempre fijos
En sus pueblos, en sus hijos;
Brotó de sus manos oro;
Y España la oyó exclamar
Transportada de alegría:
¡Bien haya la hacienda mia,
Que os puede el llanto enjugar!
¡Rica yo? ¡Vosotros penas?
Tomad la herencia sagrada
Por mis abuelos ganada,
Y la sangre de mis venas. —
Dios tu corazon bendijo,
Por él brilló la ventura,
Por él luego su amargura
Trocó España en regocijo.
Y en ardoroso tropel
Amante te victorea,
Y zumba el bronce y voltea
Aclamandote; Isabel.
Oh tu, que en lazos tan bellos
Corazones eslabonas;
Tú que ciñes dos coronas
Sobre los blondos cabellos.
La altiva diadema real,
Y la de virtud, más cara;
¡Oh, tú, mi reina preclara!

Ven á mi mundo ideal.
Yo soy un mago que evoco
A los héroes cuando canto,
Y del polvo los levanto
Si su helada tumba toco
Y como aliento recibo
De las pasadas grandezas,
Héroes cantando y proezas
Entre sarcófagos vivo.
Hay uno que admiro yo
De las artes muestra rara.
Que en mármoles de Carrara
El buen Borgoña labró.
Yacen en bultos sobre él,
Cual durmiendo en sueño blando,
El católico Fernando,
La católica Isabel.
En la densa oscuridad
Se envuelve la nave altiva,
Y parece que la ogiva
Se pierde en la eternidad.
Alto silencio: la gloria
Allí reposa de España:
Allí de hazaña en hazaña
Va pasando la memoria.
Sombras se miran vagar
De alto nombre y gran valor,
Y como en guardia de honor
Yace á la puerta Pulgar.
Colon, un mundo en la mano,
Ante Isabel se arrodilla,

Y en la de Gonzalo brilla
La espada del Garellano.

Allí en el retablo están,
Con su cruz, el gran Cisneros
Y aguerridos caballeros,
Conquistadores de Orán

A compasión nos provoca,
Yaciendo en letal reposo
Junto á Felipe el Hermoso,
La infeliz Juana la Loca;

Y porque en aquel recinto
Nada falte á lo inmortal,
Allí el guila imperial
Representa á Carlos Quinto.

¡Oh, cuán puras, cuán brillantes
Las páginas de la historia
Eternizó la memoria

De aquel mundo de gigantes!

¡Isabel! Tú, que en grandeza
A aquellos héroes igualas;
Tú, que has tendido las alas
Y has llegado hasta su alteza;

Tú, que no rindes al oro
Miserable idolatría
Y le truecas, Reina mía,
Por más precioso tesoro;

Tú, cuya fé se acrisola
Del patrio amor en la hoguera,
Y eres con el alma entera
Antes que Reina, española? —
Renueva antiguas hazafías,

Rompe del tiempo los lazos,
Alza á la gloria en tus brazos
Al hijo de tus entrañas:
Hazle la imagen tocar
De la primera Isabel,
Y en ella, en Ti, tome fiel
Ejemplo para reinar,

MANUEL DEL PALACIO.

MELODIA BUFFA.

EL DOS DE MAYO.

En deliciosa calma sumergido
yacia el pueblo ibero,
pensando en las ventajas del cocido
y el clásico bolero.

Mientras doliente y conmovida Europa
sobre sus armas vela,
España á los conventos pide sopa
tocando la vihuela.

Alguna vez recuerda las jornadas
en que venció á los moros,
y para no llorar dichas pasadas
bebe, y se va á los toros.

Un hombre en tanto abriga el pensamiento
de dominar la tierra,
y de uno á otro confin repite el viento
sus cánticos de guerra.

La vista clava en la region vecina
que le ocultó el Pirene,
la vé en su desalino más divina,
y dice : me conviene.

Más no turbando su feliz reposo,
conquistador la huella ;
como amigo se vende generoso
que va á velar por ella.

(Tal suele á la muchacha descuidada
burlar astuto amante
con promesa de boda suspirada
para más adelante ;

Y, al verse abandonada del ingrato,
conoce por la herida
que era una mano pérfida de gato
la mano prometida.)

Llegó el momento al fin ; cayó la venda
que sujetaba el dolo ;
de la amistad la sacrosanta prenda
un lazo fué tan solo.

Comprendió cada cual sus intereses
que en nada coincidían,
y se armó entre españoles y franceses
lo que todos tenían.

Del tiempo aquel al tiempo en que nos vemos
muchos años pasaron :
de nuestros padres la memoria honremos,
por su nacion lucharon.

Guerra fué de conquista aquella guerra
y santo el patriotismo ;
siempre que extraños pisen esta tierra
sucederá lo mismo

Suban, pues, nuestras preces hasta el cielo
en honra de los bravos ;
no puso Dios los hombres en el suelo
para vivir esclavos.

Pero ¡ay! al par que su memoria triste,
floreemos este día
por lo que habo aquí bueno y ya no existe,
y lo que hay y no habia.

Pues á pesar del tiempo trascurrido
y haber de nuevo derrotado moros,
aún seguimos pensando en el corrido
la guitarra y los toros.

EL MUNDO.

Un pajarito que yo tenia
se me escapó;
y una muchacha que me queria
se me murió.

Así son todos los que no quieren,
asi son todos, como eso dos,
unos se marchan, otros se mueren
y el hombre dice : ¡Vaya por Dios!

EN EL ESCORIAL.

SONETO.

¡Todo aquí es grande! soledad, tristeza,
horizonte, recuerdos, poesia,
el templo que los siglos desafia,
la salvaje y feraz naturaleza.

Donde un prodigio acaba, el otro empieza;
donde el pecho no siente, se extasia,
y á Dios el lábio su plegaria envia
sin que la voluntad le diga : ¡reza!

Ejemplo vivo del orgullo humano,
aquí, Felipe, del frañces triunfante,

tumba labró y alcázar soberano.

Hacer no pudo más, y fué bastante,
que al enterrar su corazon enano
le dió por compañero el de un gigante.

EN LA CATEDRAL DE CORDOBA

¡Aquí esta Dios! su espíritu increado
del puro incienso entre las nubes flota...

¡Aquí la cruz... sobre la lanza rota
del fiero Abderraman!

Baña la luna el ajiméz calado,
y el viento que marmura tembloroso
tal vez finge el suspiro doloroso
del triste musulman.

¡Ay! esa luna, de su rito emblema,
oyó cien veces la oracion del moro;
séco ese viento de su pena el lloro
y dicha le dió en pos.

Hoy el cristiano, del Koran blasfema,
y álzanse aquí sus cánticos de gloria...

¡Un Dios el héroe fué de esta victoria,
y el vencido... otro Dios!

AMOR OCULTO.

SONETO.

Ya de mi amor la confession sincera
oyeron tus calladas celosias,

y fué testigo de las ansias mías
la luna, de los tristes y compañera.

Tu nombre dice el ave placentera
á quien visito yo todos los días,
y alegran mis soñadas alegrías
el valle, el monte, la comarca entera.

Sóla tú mi secreto no conóces
par más que el alma con latido ardiente,
sin yo quererlo te lo diga á voces;
y acaso has de ignorarlo eternamente,
como las ondas de la mar veloces
la ofrenda ignoran que les dá la fuente.

A QUEVEDO

SONETO.

De las amargas olas de tu llanto
nacieron las espumas de tu risa,
y hoy no distingue el ánima indecisa
lo que es en ti gemido y lo que es canto.

Ya del austero Bruto con el manto,
ya de Marcial siguiendo la divisa,
del tiempo, que de tí se aleja aprisa,
eres admiracion, gloria y encanto.

Bajo los dardos de tu ingenio agudos
el vicio y la maldad doblan las frentes,
hay jueces sordos y tiranos mudos;
qué tal fué tu mision entre las gentes;
ir por la tierra con los piés desnudos
aplastando cabezas de serpientes.

MANUEL DE LA REVILLA.

EL RESORTE DEL JUGUETE.

— Padre, aquel gran caballo de madera,
que por la habitacion solo corria,
en pedazos hé roto el otro día
por saber qué resorte le moviera.

— ¿Y has hallado el resorte?

— Nada hallo.

— ¿Y despues de trabajo tan penoso,
qué ha conseguido al fin tu afan curioso?
Quedar con tu ignorancia y sin caballo.

Ha procedido al cabo tu inocencia
como los hombres que en su afan profundo
el secreto motor que anima al mundo
quieran hallar por medio de la ciencia.

Para ver el resorte del juguete
en cien pedazos lo rompió tu mano;
así tambien el pensamiento humano
quiebra lo que á su imperio se somete.

Descomponiendo vá pieza por pieza
el mecanismo oculto de la vida,
y sin hallar la máquina escondida
rompe la forma, mata la belleza;

y cuando el hombre, de su afán vasallo,
cumplido juzga su deseo ardiente,
se queda como tú ¡pobre inocente!
con su antigua ignorancia y sin caballo.

EL TREN ETERNO.

— ¡Alto el tren!

Parar no puede.

— ¿Ese tren ¿á dónde vá?

— Por el mundo caminando
en busca del ideal.

— ¿Cómo se llama?

— Progreso.

— ¿Quién vá en él?

— La humanidad.

— ¿Quién le dirige?

— Dios mismo.

— ¿Cuándo parará?

— Jamás!

MANUEL VALCARCEL.

MI PATRIA Y SU FÉ.

Léjos del mundo, de los hombres léjos,

roto el laúd cuyas sonoras cuerdas
arrullaron los sueños virginales
de mi primera edad; mustia la frente
que envolvió despiadado en sus cendales
el frío espectro del dolor, ¿qué buscas,
musa insaciable, en mí? ¿Quieres que aliente
mi corazón con el sublime anhelo
que en el tesoro de su fé se encierra?
¿Quieres que con tus alas alce el vuelo,
y surque audaz los ámbitos del cielo
para tornar al lodo de la tierra!

Y ¿por qué no ha de ser? Surge atrevida,
surge en mi mente inspiración fecunda,
y presta formas, y color, y vida
á esa inmutable fé jamás vencida
que de entusiasmo el corazón inunda.
Brilla radiante sobre el alta cumbre,
y afrenta al mal en portentosa hazaña,
como del sol la esplendorosa lumbre
borda de luz la nube que le empaña.

Mas ¡ay! ¿Por qué cuando en febril impulso
siento latir el corazón, mis labios
un nombre sólo á pronunciar aciertan!
¡Oh España! ¡oh patria mía!
¿por qué tu dulce nombre á los agravios
con que el dolor entrena mi alegría
unido he de encontrar? Cuando contemplo,
de tu pasado en la infinita sombra,
los heroicos fantasmas que en su giro
tornan el rostro que el pesar enluta;
cuando escucho el tristísimo suspiro

con que lamentas tu perdida gloria,
al mar de llanto que á mis ojos sube
temo no hallar ni limites, ni orilla!

En las páginas de oro de la Historia
yo vi esculpido el nombre de Castilla

con el agudo y triunfador acero
que al árabe humilló; sobre su frente
el altivo laurel de la victoria.

no perdió nunca su verdor primero;
era su inmenso pedestal la tierra,
gemía el mar bajo su ruda planta,
dábala el sol diadema esplendorosa,
y en su diestra elevaba poderoso
del Salvador la imagen sacrosanta!

Y hoy, ¡escarnió del mundo! ¡ruin juguete
de audaces ambiciosos.

miro bajo sus piés hecho pedazos
el cetro de dos mundos! Desvalida
vega su fe en la noche,

y al alumbrar su inextinguible antorcha
de los templos la ruina desgajada,

esa incrédula turba que la oprime
lanza á su faz horrible cargajada!

¡Oh! ¡Espanto sin igual! Hunde en el
polvo,

hunde la adusta frente,

servil generacion que renegaste

de tu antigua virtud! ¡Tú la insensata

eres que al golpe de la vil piqueta
de Dios pretendes sepultar el nombre!

¡Tú que encerrar en el recinto angosto

de la razon del hombre

quieres la inmensidad del infinito!

¡Tú que de Cristo el cuerpo sacrosanto
pulverizar intentas sobre el ara!

¡Tú que á la negacion tornaste en ciencia,
y al crimen precio le pusiste, avana,
subastando el honor y la conciencia!

Y bien ¡qué importa? Cuando ya no queda
en la nefanda copa del escándalo

solo una gota del hirviendo vino

de la prostitucion; cuando repose

en su embriaguez el mundo,

postrado á modo de cadáver yerto,

y rueda hasta las polos infecundo

el arenal movable del desierto;

cundo el espectro vil del ateísmo

extienda su sudario

sobre la hollada faz de las naciones,

no la corona ceñirás del triunfo;

Pechos habrá donde la fé inmutable

de Cristo aliente la divina idea;

huirá la noche, brillará la aurora,

y el hondo abismo en que Luzbel bravea

gemirá ante su enseña vencedora!

¡No visteis al leon que maniatado

con duros hierros en la jaula estrecha,

quizá un descuido de su dueño acecha

y sordo gime en tierra agazapado?

Llega un dia en que al impetu violento

de su furor destroza

la atroz cadena y las robustas barras;

salta entónces de rabia estremecido ;
abre los ojos ávidos, sus garras
convulso extiende, eriza la melena,
y lucha, y vencedor lanza un rugido
pue el monté, el valle y la ciudad atruena,
por los salvajes ecos repetido !

¡Temblad, temblad ! La aurora de ese dia
en que triunfa el leon está marcada ;
¡temblad ! ya brama tempestad bravía
que va á arrojar vuestra insolencia impía
en el lúgubre abismo de la nada !
Pero ¡qué he dicho ? No ! Si vuestras leyes
rompen sangrientas fraternales lazos,
no temais tal de las cristianas greyes...
¡En la corona de sus nobles reyes
abre la Cruz sus amorosos brazos !

MARCOS ZAPATA.

TIERRA FIRME.

SONETO.

Como busca el piloto diestramente,
defendiendo su nave carcomida,
un abrigo en la costa apetecida
donde fijar del ancla el corvo diente ;
Así tambien del mundo en la corriente,

cansado de los mares de la vida,
busca en la paz de la mujer querida
puerto feliz el corazon ardiente.

¡ Dichoso aquel que por bondad del cielo
encuentra en el regazo de una esposa
el arribo feliz de su ventura.

Playa de amor y de eternal consuelo :
para el bien de la vida, cuán hermosa !
para el goce del alma ; cuán segura !

MARQUÉS DE MOLINS.

FRANCISCO I^o EN VALENCIA.

Arde en fiestas y alborozo
la ciudad reina del Turia,
y sólo gime entre tanto
aquel á quien se tributan.

Por entre blancos azahares,
que el fresco ambiente perfuman,
mil egregios caballeros
corren parejas y juntas.

Y tales brutos cabalgan
cubiertos de oro y espuma,
que pone celos Valencia
á las playas andaluzas.

Sobre un tordillo rodado
el comendador de Cúllar,

ostenta un mote que dice :

• Mi Dios, mis fueros, mi cuna. •

¡Qué bien su genio celoso
en la céleste montura
muestra y en el torvo ceño
el señor de Benejúzar !

Su fiero potro morcillo,
porque su blason reluzca
como en las noches de Enero,
sujeta el conde de Luna.

Y con los treques de plata,
y de esmeralda las frutas,
un bravo alazan aguja
Don Guillermo de Pertusa.

Mas á los viejos guerreros
fué contraria la fortuna;
que como es mujer, al cabo
á un nuevo galan adula.

Vicen Mercader se llama;
apenas el bozo le apunta;
que para estrenar el casco
cortó la guedeja rubia,

Lleva en su adarga de güles
tres pesas de oro muy juntas,
y *Ni res li fall* por mote
explica nombre y alcurnia.

Y á fe que miente la letra,
que en que le falta no hay duda
el corazon, pues lo ha dado
á la heredera de Alcudia,

De tamaña gentileza,

que se moviera disputa,
si no tuviera una hermana,
que Dios no hiciera otra alguna.

Hijas son las dos doncellas
del comendador de Cúllar,
hermosas como diamantes
y como diamantes duras.

Al verlas los campeones,
á fuer de imparciales dudaron
é quien elegir de entrambas
por reina de aquella lucha.

Y en la plaza de Palacio
entapizada tribuna
levantan, y en ella un trono
que cubre dos sillas juntas.

Dividen el reino entónces
que la belleza sojuzga,
y subdividióse luego
su potestad absoluta;

Tanto, que ya sus vasallos
do quiera encuentran coyunda,
hallando en sola Valencia
mil reinas de la hermosura.

At pasar el vencedor
tiende sus mantas la chusma,
y de la naya vecina
mil deidades le saludan.

Hasta el corcel orgulloso
sacude el airon de plumas,
y vuelve al sol porque brillen
sus doradas horraduras,

Y el polvo, que deja en zaga
como blanca niebla, oculta
del escuadron envidioso
las miradas taciturnas.

De hinojos está el mancebo
donde su amante le juzga,
y estas sentidas palabras
de trémula voz escucha :

• Vencisteis, el caballera;
Dios os conceda su ayuda,
y como este lauro agora,
os dé mayores venturas.

Vuestra es la prez y la gala... •

La voz se apagay se anuda;
mascon los ojos le dice

• el alma tambien es tuya. •

Mil dulzainas y atabales
do quiera entónces retumban,
y los heraldos su nombre
pregonan con voces rudas.

Francisco primero en tanto,
cautivo de la hermosura,
olvida que es cauteverio
aun el mirador que ocupa ;

Y dice, al ver aquel lauro
que ajenas sienes circunda :

• Diera por él mis diademas
de Francia y Navarra juntas. •

Entónces ¡ay! suspirando,

con trémula mano busca
en su frente la corona
y la espada en su cintura.

Un recuerdo de Pavia
todo su semblante anubla,
y al balcon vuelve la espalda
por no descubrir su angustia.

MELCHOR DE PALAU.

TROVAS.

I.

Las primicias le di de mis amores
y ella de hiel dejó mi pecho lleno;
tal de la adelfa las pintadas flores
en los labios que besan sus primores
sientan ingratas su montal veneno.

II.

Cuando el sol radiante asoma
por el cárdeno horizonte,
si la alta nieve del modte
le divisas colorar,
al contacto de su fuego
muy presto en agua trocada

la mirarás desatada
correr en busca del mar;

Eras pura cual la nieve
cuando el sol de los amores
con el color de las flores
pintó tu pálida tez.

Más tarde te vi llorando :
en lágrimas convertida,
también tu virtud perdida
la mar buscaba tal vez.

SEGUIDILLAS.

Hago prenda del alma
con tu recuerdo,
lo que con la hojarasca
el fuerte viento :
siempre conmigo,
ya camine por cielo,
ya por abismos.

Si quieres tus amores
guardar ocultos,
trata que de tal fuego
no salga el humo :
nunca suspires,
que es el humo el suspiro,
que — *fuego* — dice.

Tu corazón y el mío
al árbol copian :
el tuyo, en que cada año
muda sus hojas ;
y el mío ¡ay triste !
en que cada año echa
nuevas raíces.

Yo no sé quién me dijo
que juramento
es porción de palabras
que lleva el viento :
no soples, niña,
cuando juras que me amas,
que das fatiga.

CANTARES

Me dices que no me queje ;
¿ no me tengo de quejar ?
puse en *fi fe y esperanza*,
y no encontré *caridad*.

Gotas parecen mis lágrimas,
gotitas de agua de mar,
en lo amargas en lo muchas
y en que al cabo me ahogarán.

Tú te pusiste delante
del ángel que me guiaba,
y en el mar de mis dolores
naufragó mi pobre barca.

Bien se engaña aquel que dijo ;
• cuatro son los elementos ;
• pues más poder tiene amor
que *aire, tierra, mar y fuego.*

¡Oh madre, no llores,
no llores así!
un hijo perdiste, mas tienes un ángel
que vele por tí.

M. DE LOS SANTOS ALVAREZ.

QUINTILLAS.

Vida, pues ya nos cansamos
De andar uno y otro juntos,
Tiempo es ya de que riñamos;
Y en el trance á que llegamos,
Vamos riñendo por puntos.
En el punto del nacer,
Que es mi mayor sentimiento,
¿No me quisiste ofender
Cuando tú me diste el sér,

Sin pedir yo nacimiento?..

Dejárame tú en buen hora
Allí donde yo estuviera,
Y á buen seguro que ahora
No llorara como llora
Rostro que rostro no fuera.

Ni sintiera el corazon,
Que entónces no lo sería,
Esa angustiosa afliccion,
Que no tiene ton ni son,
Y llaman melancolía.

Y el tono vil con que te hablo,
Es desprecio, que no es chanza;
Que no hace alto en un vocablo
Quien está entregado al diablo,
Y ha perdido la esperanza.

Y acaso bajo este tono,
Sale envuelto más veneno,
Y más rabia y mas encono
Con este amargo abandono
Que en el más pulido y bueno,

A más que ya estoy cansado
De quejarme con mesura,
Y quiero darme al airado
Contento desesperado
de entregarme á mi locura.

Y maldiciéndote ¡oh vida!
Con osada voz y fuerte,
Quiero dejarte ofendida,
ajada y escarnecida.
en los brazos de la muerte.

Si ahora que eres hermosa
y tan jóven, tal me aquejas...
¿Qué será cuando asquerosa,
estés torpe y fastidiosa
como las mujeres viejas?

Antes de seguir contigo
en tan suocio matrimonio,
reniego de tí y maldigo,
y contra tí busco abrigo
en el seno del demonio.

Más quejas tengo que darte
de mi amargo sufrimiento,
pero me ahoga al hablarte
la rabia por una parte
y por otra el desaliento.

¡Ea... vida márchate
con dos mil pares de cuernos!...
Porque si no, te daré
tan furioso puntapié,
que pares en los infiernos.

ENDECHAS.

¡Dulce bien de mi vida,
Me van á ahorcar;
Vente con el verdugo
Sin más tardar!
Quiero entregarte el alma,
Que tuya es,
Y á tí se irá saltand
Desde el cordel.

Y hasta mi pobre cuerpo
Tuyo será,
Si haces lo que te pide
Mi amante afan.

Cuelga de tu recuerdo
Mi cuerpo fiel,
Y déjale mecerse
Colgado en él.

¡Y ama al que con sus besos
Te haga olvidar,
Que en tí mi cuerpo ahorcado
Vá y viene y vá!

SONETO.

¡Adios, dulce ilusion, rica en colores!
¡Adios, sueños hermosos de mi vida!
¡Adios por siempre! ¡Y vayan de partida
con vosotros mi bien y mi amores!
Deja tal vez el céfiro á las flores
un suspiro por tierna despedida,
cuando pasando la estacion florida
lleva al cielo sus últimos olores.
El céfiro suave de esperanza
que dió á mi corazon vida y frescura,
¡ay de mí ya pasó... ¡triste mudanza!
que solo me dejó de su dulzura
este que triste y amoroso lanza
mi corazon suspiró de ternura!

NARCISO SERRA.

A JOAQUINA.

Joaquina, me desatina,
Cuando me miro al espejo,
El encontrarme tan viejo,
;Pero tan viejo, Joaquina!

Llena el corazon de pena
Que ya no moje la lluvia
Mi larga melena rubia,
Que ni es rubia ni melena.

Y escucho á cuantos me ven :
— ;Oh! Narciso Serra, salvo
Que se halla baldado, calvo
Y hecho una plasta, está bien.

Y cada vez que te veo
En mi dolor siento creces :
Tú cada dia embelleces,
Y yo cada dia *enfeo*.

Y comento por mil puntos
Este pensamiento amargo :
— Yo soy viejo, y s n embargo,
Hemos sido niños juntos,

LAS MUJERES.

El nombre no recuerdo á punto fijo
De un apóstol que dijo:
De Dios el hombre es gloria,
Del hombre la mujer es otro tanto,
Yo repasando mi amorosa historia
No puedo estar conforme con el santo,
Porque me acuerdo con pesar eterno
De mujeres ya dulces ó ya esquivas,
Que en vez de ser mi gloria, ;voto á cribas!
Sólo han sido mi infierno.
Una con calculado desdén frío
Dejó en mi corazon yerto un vacío;
Otra, ceder fingiendo á mi deseo,
Me enseñó del amor el lado feo ;
Otra en el alma mia
Haciendo presa en su imprudencia loca,
Envenenó el aliento de su boca
Las ilusiones ; ay! que yo tenía...
Y otra... y otras despues á cual más bellas
Fueron á cual peores todas ellas,
Y con tantos vaivenes,
Hermosos males y mezquinos bienes,
Celos, incertidumbres,
Y mudanza continua de costumbres,
Saqué solo en la liza
El triste corazon hecho ceniza,
Desencantado y pobre el pensamiento ;
Y (lo que yo más siento)

Mi juventud de puro mal pasada,
 Parece una vejez bien conservada.
 ¡Ay! ¿para qué me sirve la existencia?
 Muerta la luz de mi esperanza hermosa,
 ¡Nada tengo!... sí tengo, la experiencia,

Que según dicen es una gran cosa.
 Hor ella vemos que el amor nos daña,
 Que el que se dice amigo nos engaña,
 Y que cuanto en la tierra se sustenta

Es por operación de compra y venta;
 Y acabamos un día,
 Cargados de experiencia,

Por bendecir la dulce pulmonía.
 Qué nos lleva de Dios á la presencia...
 Todos estos placeres

A vosotros debemos; oh mujeres!
 Yo, por más que os esté reconocido.
 A la experiencia que me habeis legado,

Lloro por el perdido
 Hermoso tiempo que viví engañado,
 Que es el único tiempo que he vivido.

Estas razones tengo
 Para... amaros; por eso no convengo
 Con... — no recuerdo el nombre á punto fijo,

*De Dios el hombre es gloria,
 Del hombre la mujer es otro tanto:*
 Yo, repasando mi amorosa historia,

No puedo estar conforme el santo.

NICOMEDES PASTOR DIAZ

LA MARIPOSA NEGRA.

Borraba ya del pensamiento mío
 de la tristeza el importuno ceño;
 dulce era mi vivir, dulce mi sueño,
 dulce mi despertar,

Va en mi pecho era lóbrego y vacío
 el que un tiempo rugió volcán hirviente;
 ya no pasaban negras por mi frente
 nubes que hacen llorar.

Era una noche azul, serena, clara,
 cuando, embebido en plácido desvelo,
 alzé los ojos en tributo al cielo
 de tierna gratitud.

Mas ¡ay! que apenas lánguida se alzara
 este mirar de eterna desventura,
 turbarse vi la lívida blancura
 de la nocturna luz.

Incierta sombra que mi sien circunda
 cruzar siento en zumbido revolante,
 y con nubloso vértigo incesante
 á mi vista girar.

Cubrió la luz incierta, moribunda,
 con álas de vapor, informe objeto:

cubrió mi corazón terror secreto,
que no pude calmar.

No, como un tiempo colosal quimera
mi atónita atención amedrentaba;
mis oídos profundo no aterraba
acento de pavor.

Que fué la aparición vaga y ligera,
leve la sombra aérea y nebulosa
que fué solo una negra mariposa
volando en derredor.

No, cual suele, fijó su giro errante
la antorcha que alumbraba mi desvelo;
de tu siniestro, misterioso vuelo
la luz no era el iman.

¡Ay! que solo el fulgor agonizante
en mis lánguidos ojos abatidos
ser creí de sus giros repetidos
secreto talisman.

Lo creo sí, que á mi agitada suerte
su extraña aparición no será en vano:
desde la noche de ese infausto arcano
¡ay Dios! aún no dormí.

¡Anunciárame próxima la muerte?
¿O es más negro su vuelo repentino?
Ella trae un mensaje del Destino;
Yo... no lo comprendí!

Ya no aparece sola entre las sombras,
doquier me envuelve su funesto giro;
á cada instante sobre mí la miro
mil círculos trazar.

Del campo entre las plácidas alfombras,
del bosque entre el ramaje la contemplo,
y hasta bajo las bóvedas del templo...
y ante el sagrado altar.

• Para calmar mi frenesí secreto
cesa un instante, negra mariposa,
tus leves alas en mi frente posa;

tal vez me aquietarás...
Mas redoblando su girar inquieto
huye, y parece que á mi voz se aleja,
y revuelve, y me sigue, y no me deja...
ni se para jamás.

A veces creo que un sepulcro amado
lanzó, bajo esta larva aterradora,
el espíritu errante que aún adora
mi yerto corazón.

Y una vez ¡ay! estático y helado,
la ví, la ví... creciendo de repente,
mágica desplegar sobre mi frente
nueva transformación.

Vi tenderse sus alas como un velo
sobre un cuerpo fantástico colgadas,
oren zagante túnica trocadas

só un manto funeral.

Y el lúgubre zumbido de su vuelo
trocóse en voz profunda, melodiosa,
y trocóse la negra mariposa
en Génio celestial.

Qual sobre estatua de ébano lucente,
un rostro se alza en ademán sublime
do en pálido marfil su huella imprime
sobrehumano dolor;
y de sus ojos el brillar ardiente,
físforo de vision, fuego del cielo,
hiere en el alma, como hiere el vuelo
del rayo vengador!

Un momento ¡gran Dios! mis brazos vertos
desesperado la tendí gritando:

• Ven de una vez, la dije sollozando,
ven y me matarás? •

Mas ay! que cual las sombras de los muertos,
sus formas vauas á mi voz retira,
y de nuevo circula, y zumba y gira...
y no pára jamás...

¿Qué potencia infernal mi mente altera?
¿de dónde viene esta vision pasmosa?
Ese Génio... esa negra mariposa

¿qué es?... ¿qué quiere de mí?...

En vano llamo á mi ilusion quimera
no hay más verdad que la ilusion del alma,

verdad fué mi quietud, mi paz, mi calma...
verdad que ya perdí!

Por ocultos resortes agitado,
vuelvo al llanto otra vez hondo y doliente:
y mi canto otra vez vuela y mi mente
á esa extraña region,
do sobre el cráter de un abismo helado
las nieves del volcan se derritieron...
al fuego que ligeras encendieron
tus álas de crespon.

PEDRO A. ALARCON.

EL SECRETO.

• Yo no quieron morirme, •
dice la niña,
tendiendo hácia su madre
dos manecitas
calenturientas,
cual dos blancos jazmines
que el viento seca:

Un silencio de muerte
la madre guarda:
¡ay! si hablara vertiera
mares de lágrimas!

Besa á su hija,
y áun la fingen sus lábios
una sonrisa.

Del cuello de la madre
la hija se cuelga,
y pegada á su oído,
pálida y trémula,
con sordo acento
dícela horrorizada :

— « Oye un secreto,

- ¿Sabes por qué á morirme
- le temo tanto?
- Porque luego me llevan
- toda de blanco
- al cementerio...
- y de verme allí sola
- vá á darme miedo! •

- • Hija de mis entrañas,
- grita la madre,
- Dios querrá que me vivas...
- y aunque te mate,
- descuida, hermosa,
- que tú en el cementerio
- no estarás sola! •

AL OCÉANO ATLANTICO.

ODA.

¡ Tú eres el mar sin término ni calma
que en sus delirios concibió la mente!
¡ tú eres el viejo Atlante poderoso,
á cuya voz rugiente
tiemblan los hemisferios!
¡ tu eres el mar incógnito, y profundo
que dilata sus líquidos imperios
de Norte á Sur, de un mundo al otro mundo;

Tú eres el mar de inmensa lontananza,
patria sin fin del pensamiento solo,
guardador de la América fragante
y de los blancos témpano del Polo.
¡ tú, encadenado, intrépido gigante,
sacudes en tu cárcel con fiereza
de la tierra los ejes de diamante,
y ardiendo escupes tu rabiosa baba
en las rocas inmóviles y solas
que la que ayer gimió tu humilde esclava
e pone al tumbo de tus recias olas...
O, rendido del áspero combate,
en la arenosa playa te reclinas,
y con desdén y majestad te duermes
del mundo que asolaste en las ruinas.

Yo contemplé aquel lago de esmeraldas,
aquel mar peregrino y cristalino
que del Veleta las azules faldas
plácido copia en éxtasis continuo :
yo al pie del Apenino
sus olas vi tenderse lisonjeras,
retratando en su espejo diamantino
blancas ciudades, fértiles riberas.
Desde el agua tranquila
do la gentil Parthénope reposa,
de Caribdis y Scila
sentí á lo lejos la sañuda queja ;
y allá donde la aurora
su nueva luz al despertar refleja,
soñé las playas que el cristiano odora.
La clara linfa en que Anfítrite baña
su breve pié de nacarada espuma
cruzó también mi ilusión divina ;
y acaso en re la niebla vespertina
pensé mirar las islas de la Grecia
cual bandada de cisnes adormidos,
ó vi alzarse a Venecia
de en medio las fatídicas lagunas,
y más allá la reina del Oriente,
coronada la sien de medias-lunas...

Mas ¡ay! aquel espejo transparente
de recuerdo de amor y de poesía ;
estaque aprisionado, que el tridente
de Sidon y Cartago prepotente
puerto de sus empresas hizo, un día :

del imperio latino en la porfía
charco de sangre, que bastaba apenas
à soportar las naves
de oro y cautivos y soldados llenas ;
aquel golió palenque de la historia,
estrecho circo de la humana gloria,
cerrado panteon, fosa colmada,
no mitigó del alma arrebatada
la devorante sed : no era el grandioso
mar inconmensurable
que prometia, con lejanos gritos,
al afan del espíritu insaciable,
páramos infinitos!...
Opreso el corazon, yo lo veía ;
y ver más anhelaba ;
y agotarlo temía...
¡Del Africa feroz la costa brava
imaginaba allá mi fantasía,
y ¡ay! en la costa aquella,
si no la vista, la ilusión se estrella!
¡Aquí no! Melancólico y desierto,
al horizonte llega tu oleaje,
que sin recuerdos y sin nombre lanza
su ronco aliento ó su clamor salvaje.
Del Austro al Bóreas tu poder alcanza
y desde Ocaso á Oriente :
¡en tí se mira el sol desde que ardiente
de tu puro zafir trémulo nace,
hasta que mústio, tras el lento día,
vuelve á tus brazos y en tu seno yace!

¡Oh, si: tú eres el mar... ¡tú solament!
Tú eres aquel Titan, pávor del Griego,
que el globo trastornara en una hora
cuando, selvas y cúspides talando,
cruzó los valles con arrojo ciego
de Calpe la corriente mugidora...
Tú eres la inundacion y tú el diluvio;
tú el corazon del Orbe...
Torrentes van á tí de cielo y tierra,
y cielo y tierra tu ambicion absorbe.
Son tus arterias los cansados rios,
tu vida el huracan, tu voz el trueno,
y la luna tu amor... — Tus fieros bríos
calmas con verla, y al dormir sereno
de la alta noche en la quietud tranquila
palpitante por ella el ancho seno,
aún, como tigre que durmiendo acecha,
revuelves en la sombra la pupila...
Mas si ausente la lloras, ó, de nubes
su faz velando, te la roba el cielo...
¡al cielo en busca de tu amada subes,
gritos lanzando de furor y duelo!
Tiembra espantado el suelo;
rebrama el viento y resplandeca el rayo
en la noche sin fin; de tu hondo seno
hinchado de sollozos, se levanta
ébria y sañuda la pujante ola,
asordando el estrépito del trueno,
hasta que al fin... en los espacios, sola,
reaparece la luna,
y vuelves á dormir dulce y sereno

como apacible, diáfana laguna.
¡Ay de la nave en tanto!
¡ay del orgullo y de la altiva ciencia
del misero mortal!... ¡Como eco vano,
se perderá en tu atroz omnipotencia
todo el arrojo y el poder humano!

¡Infinito Océano! ¡Aniquilada
cae mi lira en tu arena, y temblorosa
tu inmensidad magnífica saluda!
¡Cuánto soñó mi alma la hora hermosa
de contemplarte así, con pompa muda,
adormido leon, cansado atleta,
grande cual nunca en tu imperial reposo,
estrechar con tus brazos de coloso
la redondez ingente del planeta!

Hora es la tarde... Soñoliento y triste
recuesta el sol en tu apacible seno
la enrojecida frente fatigada...
¡Cuán amante y sereno
bebes ¡oh mar! su lumbré regalada,
y en tus plácidas olas reverbe es
del Poniente las luces postrimeras!
¡Ay! tu augusto desierto sin medida
infunde al alma mística ternura,
y vuelve al corazon la fé perdida!
¡De Dios... del sumo Dios eres hechura!...
y el espíritu audaz que me da vida,
inmenso como tú, cual tú sin calma,

ve á ese Dios en tu líquida llanura...;
que eres tú, melancólico elemento,
tal vez la imágen colosal del alma!

EL CIGARRO.

Lío tabaco en un papel; agarro
lumbre, y lo enciendo; arde, y á medida
que arde, muere; muere, y enseguida
tiro la punta; bárrenla, y... al carro!

Un alma envuelve Dios en frágil barro,
y la enciende en la lumbre de la vida;
chupa el tiempo, y resulta en la partida
un cadáver. — El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae, es su ventura;
el humo que se eleva, su esperanza;
lo que arderá despues... su loco anhelo.

Cigarro tras cigarro el tiempo apura;
colilla tras colilla al hoyo lanza;
pero el aroma... piérdese en el cielo!

LAS CEREZAS.

DE VÍCTOR HUGO.

Por cerezas garrafales
íbamos juntos al huerto;
con sus brazos de alabastro
escalaba los cerezos,
y montábase en las ramas

que se doblaban al peso.

Yo subía detrás de *ella*
y mis ojos indiscretos
su blanca pierna veían...
y *ella* cantando y riendo
les decía con sus ojos
á mis ojos: — « Estad, quietos! »

Luego hácia mí se inclinaba,
de los dientes ya trayendo
suspendida una cereza,
y entre sus lábios bermejos
trémula me la ofrecía;
y yo mi boca de fuego
sobre su boca posaba;
y *ella* siempre sonriendo
me dejaba su cereza,
y se llevaba mi beso.

RAMON DE CAMPOAMOR.

LA CONDICION.

DOLORA.

Al regresar del otero,
Lleno de gozo y cariño
Les dió á una niña y un niño
Dos pájaros un cabrero.
Dándole un beso primero,

ve á ese Dios en tu líquida llanura...;
que eres tú, melancólico elemento,
tal vez la imágen colosal del alma!

EL CIGARRO.

Lío tabaco en un papel; agarro
lumbre, y lo enciendo; arde, y á medida
que arde, muere; muere, y enseguida
tiro la punta; bárrenla, y... al carro!

Un alma envuelve Dios en frágil barro,
y la enciende en la lumbre de la vida;
chupa el tiempo, y resulta en la partida
un cadáver. — El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae, es su ventura;
el humo que se eleva, su esperanza;
lo que arderá despues... su loco anhelo.

Cigarro tras cigarro el tiempo apura;
colilla tras colilla al hoyo lanza;
pero el aroma... piérdese en el cielo!

LAS CEREZAS.

DE VÍCTOR HUGO.

Por cerezas garrafales
íbamos juntos al huerto;
con sus brazos de alabastro
escalaba los cerezos,
y montábase en las ramas

que se doblaban al peso.

Yo subía detrás de *ella*
y mis ojos indiscretos
su blanca pierna veían...
y *ella* cantando y riendo
les decía con sus ojos
á mis ojos: — « Estad, quietos! »

Luego hácia mí se inclinaba,
de los dientes ya trayendo
suspendida una cereza,
y entre sus lábios bermejos
trémula me la ofrecía;
y yo mi boca de fuego
sobre su boca posaba;
y *ella* siempre sonriendo
me dejaba su cereza,
y se llevaba mi beso.

RAMON DE CAMPOAMOR.

LA CONDICION.

DOLORA.

Al regresar del otero,
Lleno de gozo y cariño
Les dió á una niña y un niño
Dos pájaros un cabrero.
Dándole un beso primero,

La niña el suyo soltó;
 Al pájaro que quedó
 No se le pudo soltar,
 Porque el niño por jugar,
 El cuello le retorció.

LA LEY DEL EMBUDO.

DOLORA.

De su honor en menoscabo
 Faltó un esposo á su esposa :
 Ella perdonó amorosa,
 Y el público dijo : — • ¡Bravo! •
 Faltó la mujer al cabo,
 Harta de tanto desdén,
 Y el falso esposo ; también
 Perdonó á la esposa? — No :
 El esposo la mató,
 Y el público dijo : — • ¡Bien! •

LA NOCHE-BUENA.

Son hija y madre, y las dos
 Con frío, con hambre y pena,
 Piden en la Noche-Buena
 Una limosna por Dios.
 — • Hoy los ángeles querrán,
 La madre á su hija decia,
 • ¡Que comamos, hija mia,

Por ser Noche-Buena? pan. •
 Y al anuncio de tal fiesta
 Abre la madre el regazo,
 Y sobre él á aquel pedazo
 De sus entrañas acuesta.
 Al pie de un farol sentada,
 Pide por amor de Dios...
 Y pasa uno... y pasan dos...
 Mas ninguno le da nada.
 La niña con triste acento
 • Pero ¿y nuestro pan? • decia.
 • Ya llega • le respondia
 La madre, y ¡begaba el viento!
 Mientras de placer gritando
 Pasa ante ellas el gentío,
 La niña llora de frío,
 La madre pide llorando.
 Cuando, otra pobre como ella,
 Una moneda le echó,
 Recordando que perdió
 Una niña como aquella.
 • ¡Ya nuestro pan ha venido! • —
 Grito la madre extasiada...
 Mas la niña quedó echada,
 Como un pájaro en su nido.
 ¡Llama... y llama!... ¡Desvario!
 Nada hay ya que la despierte.
 Duérme, está helando, y la muerte
 Solo es un sueño con frío!
 La toca. Al verla tan yerta,
 Se alza, hácia la luz la atrae,

Se espanta, vacila... y cae
A plomo la niña muerta.
¡Del suelo, de angustia llena,
La madre á su hija levanta!..
Y en tanto un dichoso canta:
• ¡Esta noche es Noche-Buena., •

LO QUE ES EL OLIMPO.

DOLORA.

¿Qué es el Olimpo? — Para el niño un
[juego
de pájaros, de músicas y flores.
— ¿Qué es para el jóven? — Lupanar de amo-
[res,
eterna forma del Eliseo griego.
¿Qué es para el hombre? — Para el hombre
[ciego
es un templo de glorias y de honores,
y el viejo se lo finge en sus dolores
como un rincón de paz y de sosiego.
— Y el viejo ya senil ¿en qué convierte
del Olimpo la espléndida morada?
— En un *no sér*, que es ménos que la muerte
¡Así la infancia y la vejez helada
van cambiando el Olimpo esta suerte
en flores, en amor, en paz, en nada!

DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO.

— Mi esposa Estefanía, que esté en gloria,
fué del séptimo Alfonso hija querida;
desde hoy sabreis, al escuchar mi historia,
que hay desdichas sin fin en esta vida.

—
Yo la maté celoso; y si remiso,
no me maté tambien la noche aquélla,
fué por matar despues, si era preciso,
á todo el que, cual yo, dudase de ella.

—
Cierta conde Don Vela á Estefanía
la profesó un amor que ella ignoraba;
y Fortuna, una dama que tenía,
al don Vela á su vez idolatraba.

—
Por las noches Fortuna, artificiosa,
mientras que su ama se entregaba al sueño,
disfrazada y fingiéndose su esposa,
al conde hacia de sus gracias dueño.

—
En mi parque, una noche, hácia umbría,
llegar ví á una mujer, á un hombre á poco;
luego, el nombre al oír de Estefanía,
¡ay! yo pensé que me volvía loco.

—
Torno á escuchar de Estefanía el nombre,
por vengarme mejor mi rabia aplazo:

mas ví después á la mujer y al hombre
confundirse los dos en un abrazo.

Y «en guardia!» gritó al hombre, él se
[prepara,
le acoso airado, y con valor me acosa,
y mientras mata al Vela cara á cara,
huye la infame que creí mi esposa.

Dejo allí al conde, airevesado el pecho,
y persiguiendo á la mujer que huía,
vi á la luz de una lámpara, en su lecho
dormida dulcemente á Estefanía.

Aquel sueño de paz juzgo fingido,
la despierto, me vé, me echa los brazos,
y con mi daga, entre ellos oprimido,
hice, feroz, su corazón pedazos.

«¿ Me matas? » — dijo, y contesté: — «¿ De
[celos!
«¿ Loco!» gritó; y al ver que me abrazaba,
«¿ Cuál te amaba!» exclamé; y ella á los cielos
miró, y dijo al morir: «¿ Cuánto me amaba!» —

Sentí luego una puerta que se abría,
y al resplandor de la naciente luna,
con el traje salió de Estefanía,
cual siniestra sonámbula, Fortuna.

«¿ Bárbaro! dijo, la mujer que ha huido,
no es tu esposa infeliz, que muere amada;
¡Yo soy quien, disfrazada, ha recogido
el precio de una pasión robada!»

Perdona, Castro, la damencia mía,
te dejo honrado aunque de angustia lleno;
y pues muere entre sangre Estefanía,
es muy justo que yo muera entre el cieno!»

Y así diciendo, del balcón abajo
se echó Fortuna de cabeza al río,
y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo,
baño todo mi cuerpo un sudor frío.

Era de Castro la amargura tanta,
que al furor reemplazando la tristeza,
ronca la voz y seca la garganta,
cayó sobre su pecho la cabeza.

Y concluyó: «¿ No es cierto que debía
matarme yo también la noche aquella?
Mas, si faltase yo, ¿quién mataría
al que dudase de mi honor y el de ella? »

LA CONFESION DE FLORINDA.

Del Tajo en la ribera así la Cava
triste le hablaba á don Julian sombrío,
ocultos en un soto que formaba
entre dos orlas de álamos el río.

Florinda, echada de su padre al cuello,
así su pena a referir comienza :

— • ¡Cómo empezar, Señor! ¡Cómo hablar
[de ello!
¡Quién me esconde de mí? ¡Tengo ver-
[güenza!

— • Aunque perdon por mi desdicha imploro,
por vuestra vida os juro que es la mía,
que en mi infantil candor, del mal que lloro
el cómo fué no sé; yo no quería.

— • Antes de hacer, más que galán, cobarde,
á mi inocencia y á su amor agravios,
siempre al decirme el Rey *el cielo os guarde*,
me cerraba los ojos con los lábios.

— • Yo, agena del amor que le inspiraba,
dejándome querer, pensé, inocente,
que Rodrigo en los ojos me besaba
como besan los padres en la frente.

• Una noche ¡ay de mí! sentí durmiendo
el beso de los ojos en la boca... • —
Calló un instante, y prosiguió diciendo :
• ¡De pensar lo demás me vuelvo loca ! •

—
Tras nueva pausa continuó llorando :
• ¡Cuánta afrenta y dolor, Virgen María,
hallé en mi corazón, la luz mirando,
que brilló como siempre al otro día!

—
• Luego, mi amante, ni siquiera amigo,
si al verme, *el cielo os guarde*, murmuraba,
no volvió á darme el infeliz Rodrigo
aquel beso en los ojos que me daba.

—
• Tanto á los dos nuestro recuerdo hu-
[milla,
que, él pensando en su honor, yo en mi
[pureza,
con cierta palidez casi amarilla,
bajamos, al mirarnos, la cabeza. • —

Y ahogada en llanto, y sin mirar al padre,
una vez y otra vez le repetía :

— • Mas por la sombra, os juro de mi
[madre,
que el cómo fue no sé, yo no quería! • —

RAMON MESONERO ROMANOS.

REQUIEBROS DE LAVAPIÉS.

Asoma, estrella, del barrio,
á esa ventana rasgada,
y oirás como tu manolo
sabe expresarse cuando ama.

Verás con tus negros ojos,
oirás con tus orejizas,
olerás con tus narices
y tentarás con tus palmas,
¿Cómo mi rostro se arruga,
cómo mi lengua se trava,
cómo mi cuerpo padece,
cómo se agita mi alma;

Cuando con aire de tacho
pones los brazos en jarras,
cuando cruzas la mantilla
ó echas un voto de marca!

¡Oh bien baya el que á su lado
te tenga un rato sentada!

¡Quién te cogiere una liga
ó te rescáre la caspa!

¡Por qué, dime, infiel manola,
por qué dime, fiera *Paca*,
te huelgas con mis suspiros
y te ries de mis ansias?

¿Es acaso por el chirlo

que me divide la cara,
por lo poco que cojeo,
ó porque un ojo me falta?

Advierte qué estas señales
pruebas son de mis hazañas,
que ha cantado en estos barrios
la trompeta de la fama.

¿No soy yo aquel temerón,
cuya historia se relata,
desde el *Campo de Manuela*
hasta la costa africana?

¿No soy aquel cuyas glorias
en nobles versos ensalzan
todos los ciegos al son
de destemplada guitarra?

¿No soy aquel que los hombres
supo humillar á sus plantas
dispensando á las mujeres
mi protección soberana?

¿Cuántas me hicieron favor!
¿cuántas me dieron las gracias
y aumentaron mis trofeos
con el brillo de su fama!

Mas... ¿qué digo! tú también,
ora tan fiera y tirana,
hubo un tiempo... ¿no te acuerdas?
en que dijiste me amabas.

Y aquel tiempo ya pasó...
¿mas por qué ha pasado ingrata?
¿qué causa te pude dar
para tan fiera mudanza?

¡Culpa de un garrotte fué ;
mas ¿que son, prenda adorada,
entre dos que bien se quieren
tres palizas por semana ?

Fantasías juveniles,
celos, propios de quien ama,
mi osada mano impelieron
contra tus dulces espaldas.

Ya la razon me templó,
ya no soy celoso, Paca,
ya la mano que pecó
quiere reparar sus faltas.

Seis años de *esposa* dura
la hacen desear la blanda ;
hierros borrarón sus yerros
y amasaron su pujanza.

Héme, que ya arrepentido
torno á humillarme á tus plantas
en demanda de aquel sí
que el amante pecho aguarda.

Tus gracias y mi valor
formen de hoy más alianza,
y naveguemos unidos
del mundo en la frágil barca.

Mis facultades son pocas,
mas ya te dice la fama
que serán las que quisiera
poniéndome donde lo haya.

Lo que mi mano conquiste,
Lo que conquisten tus gracias,
disiparase en meriendas

toros, calesas y zambras ;

Con lo cual, y mi respeto
verás que todos te aclaman
por Reina del *Lavapiés*
y por Diosa de las gracias.

Yo en tanto al pié de tu altar,
sin escuchar sus plegarias,
me haré cargo del tributo
que brinde amor á tus plantas,

Tú, dueña de tu alvedrio
de la noche á la mañana,
modelarás tus acciones
como quieras modelarlas

Yo llevaré la razon
de las salidas y entradas,
y jamás, te lo prometo,
querré terciar con mi baza.

Antes bien tendré por dicha
si tras de aquellas andanzas
te acuerdas que solitario
te espera tu esposo en casa,

Y vuelves á su cariño
después de matar cien almas
desbe la *red de San Luis*
á la *plaza de Santa Ana*.

O si no quieres casarte ;
abre esa puerta, tirana,
y hazme tan sólo un favor
que no quedarás burlada ;

Porque aquí con estos trapos
y debajo de esta capa

todavía queda un duro
para premiar tanta gracia

Esto decía el Zurdillo
á la puertita de la Paca;
pero era hablar á los vientos
porque ella no estaba en casa.

RAMON RODRIGUEZ CORREA.

ODA.

A UNA ADORADA PRENDA.

Vedla... allí está: tendida sobre el lecho,
Sin importuno velo que la oculte,
Radiante de esplendor y de belleza,
Ligera ondulacion indica el pecho,
Y en lánguida pereza
De su enojosa vida
El padecer olvida.
Oculta un brazo el seno,
De aire tan solo y de ilusiones lleno,
Pende el otro del lecho suavemente
Cual mística rama de florón doliente.
¡Pláceme tu color, prenda adorada,
Tan negro como manto funerario,
Cual ardiente mirada
Que Lázaro arrojó desde el sudario!

¡Ven, hija de Levi; deja que amante
Tu esbelto talle con mi mano ciña,
Y luego delirante,
En tu pulido cuello
Ardiente imprima de mi amor el sello!
¡Oh, ven, si fueras mía,
De tu beldad ansioso cuidaría...
Ven, prenda veneranda,
Si nos separa la contraria suerte
Un sagrario tendrás en Peñaranda!
En delirio amoroso sumergido
A tal punto llegué, cuanto de pronto
Un hombre entra en la estancia, y atrevido,
Callado como en misa
Deja la bata. En mangas de camisa,
Comienza á acariciar la tez sedosa
De la negrita hermosa.
Decídese, por fin, y... entre sus brazos
Frenético la estrecha en mil abrazos.
Sobre él me arrojo, tiro de la prenda;
Ansioso sobre mí se precipita
Y... ¡Treinta duros cuestan en la tienda!
Exclama, al arrancarme la... levita.
Disfrútala feliz, oh caro amigo,
Pues te es propicio el caprichoso hado.
De tus triunfos será mudo testigo
¡Cuando cruces radiante por el Prado
Yenciendo la belleza
De las que adoran solo la corteza;
Que en el mar del amor, si tienes ropa,
Navegarás, amigo; viento en popa.

Yo con vergüenza en tanto
Mi ropa lavaré con triste llanto,
Y en los festivos meses
En que natura languidez respira
Espareciendo sus galas por la tierra,
Mi sucia ropa tiraré con ira
Y en brazos me echaré de la INGLATERRA.

TUS OJOS.

Ni tu frente, ni tu cuello,
Ni tus lindos labios rojos,
Ni tu divino cabello
Me esclavizan, ángel bello;
Lo que adoro son ¡tus ojos!

Parece que agradecidos,
Por ver si mi ardor se calma,
Me cuentan adormecidos
Los secretos que escondidos
Lleva su dueño en el alma.

No há mucho que repetian
Tus labios un — • no • — temblando;
Pues bien, tus labios mentían,
Y tus ojos me decían
Que tú me estabas amando!

Sin hacer caso á tu boca,
Adorando me verás
Tus ojos con ansia loca,
Que tu boca se equivoca,
Pero tus ojos... ¡jamás!

EN EL ALBUM DE LA SRA. DE MI DISTINGUIDO
AMIGO DON EUSEBIO BLASCO.

Te ví de niña... ¡Nieve eras y oro!
Te vi ya adulta... ¡Qué gran mujer!
Te vi casada... ¡Qué gran tesoro!
Te he visto madre... ¡No hay más que ver!

EN EL ALBUM DE UNA DESCONOCIDA.

Hay una ciencia, niña,
Llamada Estética
Que enseña á todo el mundo
Cuál cosa es bella;
Vé de qué modo,
Sin que nunca te viera,
Yo te conozco.
Por contrarios preceptos,
La misma ciencia
Enseña á todo el mundo
Cuál cosa es fea.

Vé tú, por dónde,
Sin que nunca me vieras
Ya me conoces.

JOAQUIN PONCE DE LEON.

MENSAJE.

Golondrina que, á florestas
que el invierno no marchite
las oscuras, raudas alas
ya diriges;

si á tu paso por el valle
donde, léjos de mí, vive,
la encontrarás meditando
sola y triste,

vé y, posándote en su hombro,
al oído, tierna, dile:

— No te olvida, ni un momento;
¡no te olvides!

A MEDIA NOCHE.

Lejano, dulce wals que el rudo viento
llegar hasta mí hace;

que hieres en mi alma oculta fibra,
¿dó hube de escucharte?

Paréceme que — no recuerdo cuándo —
en un suntuoso baile,
giraba á tu compás entre fulgores
y gasas ondulantes...

Ceñíase mi brazo al fino dorso
de un breve, esbelto talle;
y oía murmurar junto á mi oído:
Mi bien, ¡tuya ó de nadie!

Ah, ya! Era en casa de... era aquella
que, con acento de ángel,
jurábame lealtad por la sagrada
memoria de su madre...

Confieso que el dominio que en mí ejerce
la música, es muy grande:
allá en el cementerio de mi alma
remueve los cadáveres...

EL CANARIO MUERTO. ®

Yo recogí tu postrimer mirada,
yo te estreché contra el transido pecho,
yo, en tu gentil, dorada cabecilla
dejé, llorando, un beso!

No eras, á mis ojos, sólo el pájaro
de rizas plumas y cantares célicos;
eras un alma inteligente y tierna,
un dulce compañero!

Cuando, al seguir mi fatigosa ruta,
veía malograrse mis esfuerzos,
y nubes de dolor se amontonaban
chocando, en mi cerebro;

O cuando, al meditar en lo distante
que estaba de la meta de mis sueños,
sentía aparecer en mis pupilas
dos lágrimas de fuego,

Tú, revolviéndote en la breve jaula,
ansioso de acudir á mi remedio,
enviábasme, entre píos, mil amantes
palabras de consuelo

Decíasme que, así como el simón
encorva la palmera del desierto,
mas ne puede impedir que luego se alce
retándolo de nuevo,

Así el dolor, simón del espíritu,
doblega al varon fuerte con su peso;
mas no debe lograr que se abandone
después al desaliento...

Decíasme que, así como la nave
que surca proceloso derrotero,
tras firme combatir, alegre avista
el elegido puerto,

Así, el mortal que sigue áspera ruta

con alta frente y corazon sereno,
tras récio batallar, toca triunfante
la meta de sus sueños!

Yo te escuchaba con el suave éxtasis
que inspira melancólico instrumento,
tañido en clara noche de verano
bajo el azul del cielo...

Mas ya no existes : tu desierta cárcel,
la fria soledad de mi aposento,
prueban que el alma inteligente y tierna,
que el dulce amigo ha muerto...

Yo recogí su postrimer mirada,
yo la estreché contra el transido pecho,
yo, en su gentil, dorada cabecilla
dejé, llorando, un beso!

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

EL AGUILA.

Así pudiera la mente
seguir tu rápido vuelo,
y entre ese azul transparente
arreatado del suelo,
alzar erguida la frente ;
Cruzar contigo la esfera,

y ver el alba hechicera
en su carro de diamante
derramar la luz primera
en los mares de levante.

¡Cuán poderoso y ufano
se ostentará en esa altura
sobre tus alas, liviano,
algun genio soberano
aspirando el aura pura!

Verse en los aires perdido,
envuelto en la parda bruma,
un trono ver en tu pluma,
y ese trono suspendido
sobre un abismo de espuma.

Quizá contigo girando
tocara su frente el cielo,
y refrenando tu vuelo
quisiera esconderse en él;
y ambicioso coronarse
con la celeste aureola,
dejando olvidada y sola
la corona de laurel.

Quizá entre nubes de nácar
cercado su puro ambiente,
buscará la llama ardiente
en las entrañas del sol;

y luchára, y le venciera,
y audaz en la empírea lumbre,
y su carro y arrebol.

Mas eres tú tan liviana,
señora y reina del viento,
que pones tu régio asiento
sobre un trono de vapor;
y, entre celajes envuelta,
desdeña tu vista el suelo
que tiene más cerca un cielo
de incomprensible valor.

De nubes el pavimento
en sus variados colores
retrata alfombras de flores
que engalana tu dosel;
y ufana estás en la altura,
envidia dando á la aurora
con el sol que pule y dora
tu magnífico escabel.

No bajes, no, de ese trono,
que es el cielo quien le abona;
por eso te dió corona
de plumas para reinar,
y, al subir al firmamento,

también te dió en el espacio
un zafrino palacio
que debes siempre habitar.

Hubo un tiempo que, cansada
de estar inmediata al cielo,
girando con raudó vuelo
quisistes al mundo ver ;
y viste pueblos guerreros,
y pueblos también dormidos,
los de Babel confundidos
y los de Sodoma arder.

Viste ciudades profanas,
sus ídolos entre aroma,
y la opulencia de Roma
de cúpulas al través ;
y entre sus templos y pórticos
contemplaste el Capitolio
y en él épusiste tu sólio
y el mundo tembló á tus piés.

Al ver tu dosel empero,
alegre cantó el romano,
y allá las puertas de Jano
sintiéronse rechinar.
Y diz murmuró el oráculo,
y al frente de sus legiones

vencistes á las naciones
que quisieron batallar.

Serena sobre los aires,
tendidas las rojas alas,
botiendo tal vez las galas
que el romano te prendió,
no viste nada en el mundo,
que aumento diera á tus gloria
y en palmas de la victoria
las glorias te adorneció.

Cesó el estruendo guerrero,
cesaron ya los clamores
que alzaban los vencedores
ansiosos de combatir ;
y los acentos callaron
de las músicas marciales
y de los carros triunfales
el resonante crugir.

El Tiber rizó sus ondas,
y, por la vega tendido,
de perlas enriquecido
derramaba su cristal ;
ó en su leve movimiento
alzaba blando murmullo
sirviéndote á tí de arrullo
los ecos de su raudal.

Mal haya la dulce calma
que gozastes en tu sueño,
y aquel porvenir risueño
que pensabas entrever;
El mundo te vió dormida,
y, tu sueño aprovechando,
lanzó sobre ti bramando
el yugo de su poder.

¿De qué te sirvieron, reina,
tus conquistados blasones,
tus centurias y legiones
dispuestas á pelear?
¿De qué tus carros de triunfo,
de qué tus ídolos vanos
ni tus dominios romanos
dilatados por la mar?

Aquellas glorias pasaron,
quedando para memoria
grabado en la antigua historia
como púrpúreo borron,
que, al sacudir tu letargo,
del Tiber en las espumas
cayeron tu rojas plumas,
y con ellas tu blason.

RICARDO BLANCO ASENJO.

PROMETEO.

A MI QUERIDO AMIGO EL EMINENTE POETA

LÍRICO D. RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Las gradas estaban llenas;
ruidosa y alborotada,
la muchedumbre apiñada
caba en el circo apenas.
Desierta quedose Atenas
desde el Pireo al Peclio,
que más que al famoso Milo,
el atleta de Crotona,
el pueblo aplaude y pregona
las creaciones de Esquilo.

Hierve la inmensa canalla
con estrépito sonoro;
comienza á cantar el coro
y el ronco murmullo calla.
Cruza el rayo, el trueno estalla;
sobre el Cáucaso elevado,
desnudo y ensangrentado,
gime un hombre sin consuelo;
pero en vano clama al cielo
Prometeo encadenado.

De aquel gigante caído,
que en vano impotente lucha,
con espanto el pueblo escucha
el aterrador gemido:

Bate el pueblo conmovido
las palmas con emoción,
sin saber que la ficción
que en el escenario aprueba,
es la tragedia que lleva
el hombre en su corazón.

Como gigante caído
que se revuelve y se agita,
así el corazón palpita
dentro del pecho escondido
Misterio no comprendido
que le condena a ser reo,
cadenas forja el deseo
que intenta romper en vano:
cada corazón humano
lleva dentro un Prometeo.

No hay razón por que se asombre
el pueblo ante aquella escena,
arriba el cielo que truena,
abajo el dolor del hombre.
De otra tragedia sin nombre
la humanidad es actora:
eterna y aterradora
la gran tragedia se mueve:

arriba el cielo que llueve,
abajo el hombre que llora.

Inquietud gigante, inmensa,
que al espíritu combate
lo que en nuestro pecho late,
lo que nuestra mente piensa.
Esa vaguedad intensa
en que se agita el deseo,
fé inspirada en Galileo,
constancia heroica en Colón,
ensueño, caos, razón,
¡Prometeo! ¡Prometeo!

Destino, error, fatalismo,
virtud, serena conciencia,
de un lado el bien y la ciencia,
del otro el mal y el abismo;
en medio noble heroísmo
que aliento en el corazón;
por el hombre abnegación,
por la patria libertad,
por el progreso verdad,
por el cielo religión.

Firme fé, que contra el yugo
de la ignorancia y del vicio
en heroico sacrificio
su cerviz rinde al verdugo.
Defender al bien le plugo

en titánica disputa,
y ningun temor le inmuta,
ante el bien nada le arredra :
ni Estéban teme la piedra,
ni Sócrates la cicuta.

El cielo airado teñido
de nieblas el horizonte,
sobre la cima de un monte
desnudo un hombre oprimido.
Mal que triunfa, bien vencido,
Verbo de Dios encarnado,
Cristo en la Cruz enclavado,
llanto y dolor : no os asombre,
es la tragedia del hombre,
Prometeo encadenado.

Rodando en la inmensidad
peñasco informo es la tierra,
quebrado monte que encierra
sujeta á la humanidad
Luchando por la verdad
y de la ignorancia esclava,
su dolor el tiempo agrava,
su mal nunca se remedia :
esa es la eterna tragedia,
tragedia que nunca acaba.

¡Ay! Al pueblo que aplaudia
más que al esfuerzo de Milo

al génio sacro de Esquile
que el *Prometeo* escribía,
nadie le dijo aquel día :
— La poética ficcion
que tu aplauso y tu emocion
en el escenario aprueba,
es la tragedia que lleva
el hombre en el corazon.

RICARDO DE LA VEGA.

III DESAHUCIADOS!!!

¿Pero, por qué sois tacaños ?
¿Por qué os habéis de entregar
á esos médicos extraños
á la ciencia de curar ?
¿Por qué os marchais á los baños
del Molar ?

¿Por qué haceis medicamentos
con medicinas caseras ?
¿No veis que con los unguentos
y con la sal de acederas
os saldrán granos á cientos
y boqueras ?

¿Quién no descubre la hilaza
si se mete en una tina
de ceniza y de mostaza,
se dá enjundia de gallina
ó cataplasmas de harina
de linaza ?

en titánica disputa,
y ningun temor le inmuta,
ante el bien nada le arredra :
ni Estéban teme la piedra,
ni Sócrates la cicuta.

El cielo airado teñido
de nieblas el horizonte,
sobre la cima de un monte
desnudo un hombre oprimido.
Mal que triunfa, bien vencido,
Verbo de Dios encarnado,
Cristo en la Cruz enclavado,
llanto y dolor : no os asombre,
es la tragedia del hombre,
Prometeo encadenado.

Rodando en la inmensidad
peñasco informo es la tierra,
quebrado monte que encierra
sujeta á la humanidad
Luchando por la verdad
y de la ignorancia esclava,
su dolor el tiempo agrava,
su mal nunca se remedia :
esa es la eterna tragedia,
tragedia que nunca acaba.

¡Ay! Al pueblo que aplaudia
más que al esfuerzo de Milo

al génio sacro de Esquile
que el *Prometeo* escribía,
nadie le dijo aquel día :
— La poética ficcion
que tu aplauso y tu emocion
en el escenario aprueba,
es la tragedia que lleva
el hombre en el corazon.

RICARDO DE LA VEGA.

III DESAHUCIADOS!!!

¿Pero, por qué sois tacaños ?
¿Por qué os habéis de entregar
á esos médicos extraños
á la ciencia de curar ?
¿Por qué os marchais á los baños
del Molar ?

¿Por qué haceis medicamentos
con medicinas caseras ?
¿No veis que con los unguentos
y con la sal de acederas
os saldrán granos á cientos
y boqueras ?

¿Quién no descubre la hilaza
si se mete en una tina
de ceniza y de mostaza,
se dá enjundia de gallina
ó cataplasmas de harina
de linaza ?

Pues si veis todos los días
que yo me las tengo tiesas
y que doy gratas sorpresas
con las medicinas mías,
decidme : ¿por qué hacéis esas...
porquerías?

La niña bonita ó fea,
larga ó corta, gorda ó flaca,
que dice que se marea
y se pene tacamaca
por no usar mi panacea
¡la bellaca !

La mamá, génio fosfórico,
la del abdómen esférico,
á cuyos golpes de histérico
tiembla el museo pre-histórico
y á mí me llama teórico.....
¡y quimérico!

El galán que en la verbena
pasea con la querida
y cree tiene muy buena
la salud y muy lucida,
y luego pasa la vida....

¡en Archeoná!
¡Desahuciadost ! todos juntos
aunque me llameis mal bicho,
me estais oliendo á difuntos!
¡No lo tomeis á capricho !
¡Últimad vuestros asuntos!

¡Basta! — He dicho.

RAMON DE MARSAL.

PROFESION DE FE

Dicen que de las mujeres
hablo mal, y no es así.
Allá va una prueba de ello;
si una es poco, dare mil.
Ni el sol con sus rayos de oro
al cruzar por el zenit
puede con vuestra hermosura
ni un momento competir.
Envidia tiene la palma
de vuestro talle gentil;
vuestros ojos son volcanes,
vuestros labios son rubís
que como dos centinelas
perfumados de jazmin
guardan preciosas murallas
de perlas y de marfil.
De vuestra tez la blancura
á la nieve hace sufrir.
Sois candorosas y humildes
lo mismo que un serafín;
sois auroras esmaltadas
de oro, púrpura y zafir;
vuestra alma es un paraiso,
por supuesto, sin reptil,
y el corazon es más tierno

que el tallo de un alelí.
 En fin, sois tesoros flores
 de indescriptible matiz,
 y más puras que las auras
 de las mañanas de Abril.
 Creo que estareis contentas.
 Es tarde, voy á dormir.
 Dios mio, perdon te pido
 por lo mucho que menti.

EL DESENGANO

Te ví, te idolatré, quedé sin calma.
 ¡Torpe de mí,
 Que en mi ciego delirio á un sér sin alma
 La mía dí!
 La dicha que soñé trocóse en yugo.
 ¡Loca ilusion!
 Tras un cielo corrí, y halló un verdugo
 Mi corazon.

RAFAEL GARCIA SANTISTEBAN

BULAS PARA DIFUNTOS

Juanito es un zoquete,
 mas por de pronto
 quiere entrar en hacienda
 con sueldo gordo,
 y los de planta
 se plantan invocando

la ley de escala.
 Pero es guapa su madre,
 vá al Ministerio,
 y el chico pega un salto
 de tres trapecios,
 que en este mundo
 ha de haber siempre *bulas*
para difuntos.

El duque de la Sota
 con su carruaje
 atropella una vieja
 por ir á escape;
 paran el coche,
 y á las tres horas llegan
 seis polizontes;
 • al Inspector corriendo,
 • que pague multa; •
 pero él dá su tarjeta
 y ya hasta nunca :
 ¡picaro mundo!
 que ha de haber siempre *bulas*
para difuntos;

¡Por qué doña Milagros
 actriz muy mala
 se ajusta cual si fuera
 primera dama,
 y es la *verduga*
 que todas las comedias
 nos *ejecuta?*
 Dicen que aunque la silban
 en el teatro,

la aplaude luego á solas
el empresario :
ello está turbio
y no hay duda que hay *bulas*
para difuntos.

Perico es periodista,
fiel monaguillo,
que siempre canta gozos
á los Ministros,
y en recompensa,
un beneficio simple
pescó en la Deuda.
Si falta un escribiente
le echan el toro,
pero él cuando no pagan
dice : « aquí sobro ; »
que en este mundo
son ya muchas las *bulas*
para difuntos.

Si contrata la Villa
para alumbrarnos
un gas que luzca mucho,
límpido y claro,
y el contratista
nos le dá tan brillante
que tira á tinta;
por qué no han de alumbrarle
con una multa
por contrarío á las luces
y cena á oscuras?
¿Habrá chancullos?...

¡cuántas *bulas* se venden
para difuntos!

Que unos levantan casas
de veinte pisos,
que otros levantan muertos
en los garitos ;
que hay generales,
que han hecho su carrera
trotando calles ;
que las que van en coche
van sin cartilla
y hay vagos, que respeta
la policía.....
yo no me asusto
y digo ; esas son *bulas*
para difuntos.

RAFAEL GINARD DE LA ROSA.

EN LAS PIRAMIDES.

- ¡El desierto! mansion donde se escucha
- La voz del Creador, cuando la arena
- En espirales en sus yermos lucha;
- Mansion donde el chacal y los leones
- Vagan como fantasmas; do la hiena,
- Con nocturno alarido, turba el sueño
- De errante caravana;
- Donde las blancas tiendas del reposo

- » Arrebata el Simoun tempestuoso.
- El desierto ' el desierto! mi caballo
- De cien generaciones huella el polvo;
 - Tumbas do quiera hallo
- Y viajero sin nombre ni fortuna,
- A qui, á los rayos de manguante luna,
- A mis plantas impunes avasallo
- La arena que abrasó las de Cambises.....
 - Oh! mi corcel, no pises
 - En tu rauda carrera
 - De algun sátrapa asiático
- La seca amarillenta calavera!
 - Reyes Hicsos, Soldanes, Faraones;
 - Ibis en la columna de Pompeyo;
 - El faro centelleando en noche oscura;
 - Los vastos panteones
 - Para un buey fabricados;
 - Idolos de granito, mármol y oro,
 - Que un pórtico guardaban en hilera;
 - Sombrios y magníficos palacios
 - De jardin lujurioso en la ribera
 - Del Nilo azul, que sepultaba en plata
 - El pié de la marmórea escalinata;
 - Bajeles de cien remos que partían
 - De Arsinoe al Gánges Sacro,
 - O que, á los rayos de la luna blonda,
 - Cargados de perfumes y de flores
 - De Cleópatra desnuda
 - La orgia paseaban en la onda;
 - Negros pilonos en que desfilaba
 - Una turba de dioses de granito :

- La esfinge de Memnon que al sol cantaba
- Cual ave del desierto misteriosa;
- Tébas, la gran ciudad que murmuraba
- Cual inmensa colmena junto al Nilo...
- Esa tierra de Egipto prodigiosa
- De las razas primeras régio asilo,
- Esa tierra, de asombro eterno objecto,
- Es ya tan solo lúgubre esqueleto
- » Sobre el cual toma el sol el cocodrilo! »
 - Así decia pensativo y triste
 - Lanzando mi corcel sobre la arena
 - Con que el rojo desierto al Cairo viste;
 - Y con el alma, de amargura llena,
 - Al paso dirigia una mirada
 - A la antigua llanada
 - Donde Memnon cantaba al sol naciente.
 - Era la hora del alba : débilmente
 - A mi espalda su lumbre sonrosada
 - Teñia los países del Oriente;
 - La bóveda celeste abrillanda
 - Por un millon de estrellas,
 - En un pliegue sombrío sostenia
 - De la luna menguante el arco de oro,
 - Que, con sesgo reflejo, iluminaba
 - El tropel de mis guias beduinos,
 - Que en pos de mí en silencio galopaba,
 - Mientras que en el ocaso dirigia
 - Su doble punta al horizonte umbroso,
 - Y en mi escape, creciendo, parecia
 - La ceja de algun ojo misterioso.
 - Mas de pronto la voz de un beduino

De mi abstracción á arrebatarme vino.
Las Pirámides! dijo, y señalaba
Los sepulcros enormes,
Tras uno de los cuales se ocultaba
La luna soñolienta,
Que sus masas deformes
Sobre un cielo de estrellas dibujaba.
Deluve mi corcel y eché pié á tierra,
Y dos horas más tarde contemplaba
Desde el vértice audaz de la Pirámide,
A lo lejos el Nilo que humeaba,
A mis piés el desierto silencioso
Por los rayos teñidos de la aurora,
En el Cairo entre airosos minaretes
De la Mezquita la techumbre mora,
Y al pié de las gigantes escaleras,
Que dan ascenso al bárbaro sepulcro,
Como juncos, un grupo de palmeras.

II.

Ahí estais, ahí estais, tumbas gigantes,
Sobre la alfombra inmensa del desierto,
Elevando las frentes arrogantes
En la atmósfera absorta.
Las cenizas guardáis de un pueblo muerto:
Vuestro perfil siniestro que recorta
Con silueta funeral la roja arena,
Os hacen del viajero ante los ojos
Sombrios centinelas de la muerte,

Que guardan de cien razas los despojos
De los desiertos al dintel inerte.
Mi pecho al contemplaros
Al soplo de los siglos se estremece.
Sois eminentes faros,
Que los pasados hombres encendieron
En el mar tempestuoso de los siglos;
Y en vano con sus garras de vestigios
Commueven los graníticos cimientos
De la Grande Pirámide,
De todas la más bella;
Del desierto las águilas en vano,
Como en torno de un nido, en torno de ella,
Baten las negras alas:
En vano el huracan sobre su cima
Vuelva el desierto en arenales rojos;
Ahí estás impasible ante mis ojos;
Tu flanco colosal, que se sublima
Sobre la tempestad hasta los cielos,
La admiración provoca de los hombres
Y de la honda Eternidad los celos!
Cuál te amo, Pirámide gigante!
Niño aún vacilante,
Soñaba en tu grandeza
Anhelando trepar sobre tu cumbre.
Y ahora te tengo, ahí, bajo mi planta!
Tu techo sepulcral sordo retumba,
Los ecos de la tumba,
Y el beduino, que en tus senos guía
Mi tembloroso paso, no comprende,
El porqué se levanta

Un suspiro en mi pecho
Y una lágrima asciende
Del corazón en alegría santa.
Oh! qué placer solemne! hollar la cima
De los cuarenta siglos, que evocaba
Napoleon, al par que los borraba
Con hazañas sin nombre!
¡Hollar tantas grandezas y ser hombre!
¡Ser un gusano altivo

Que de una momia real roe la frente
Con el solo derecho de estar vivo!
Mi ser grande y pequeño al par se siente
Pues la enorme Pirámide, á mi paso,
No se eriza, indignada, de vestiglos,
Ni se alza contra mi cuarenta siglos!
Y ahí están, mudos, tristes, polvorosos,
Inclinando los ojos tempestuosos,
Cargados con el peso

De la visión de tanto gran suceso.
Y trémulos en vano su pasada
Y ahí están desarmados,
Como reyes vencidos,

Del Tiempo al carro de victoria uncidos;
Grandeza muerta alegan;

Uno muestra su cetro, otro su espada;
Uno maldice á un pueblo, al pueblo hebreo;
Aquél sirvió á Sesostris; éste á César;
Otro amasó una esfinge de cien codos;
Este vió de Alejandro la victoria;
Aquél vió abrir un lago al grande Miris,
Y éste, en fin, encorvado más que todos

Y ya casi perdida la memoria,
Apenas puede balbucear el nombre
Del fundador de Tébas, de Busiris!...
Pero el tiempo implacable,
Sin escuchar su triste vocerío,
Como señor de todos en la tierra,
Su trahilla de siglos miserable,
Despreciando su queja, en el sombrío

Enorme calabozo
De las sordas Pirámides encierra.
Mas ellas pasarán, que ante el olvido
Hasta la inmensa eternidad es vana.

Por ese sol herido
En la mar de la historia bramadora
Todo desaparece y se evapora.
El Aquilon del tiempo inexorable
Abate ronco la grandeza humana
Que centellea en vano

En la materia vil y deleznable
Que se agrupa á formar un monumento.
Babel, Ménsis, Cartago y Ecbatana,
Polvo arrojado son al leve viento,
Que del pasado en los desiertos rueda,
Su nombre en la memoria solo queda...
Su nombre! Una palabra, un leve acento,
Vive más que los siglos y las moles!
Si, Pirámide audaz, tu altiva cima,
Hará desaparecer, roca sublimada,
Ese polvo, que huellas con tu planta,
A ti, trepando inexorable y lento,
Marea que invisible astro levanta;

Mas quedará tu nombre
Cuando se busque en vano el monumento..
¡Troya desapareció y Homero aún canta!
¡Aquí solo es eterno el pensamiento!

EL RAWI DEL DESIERTO

Oye, Sirena,
Al pie de tus balcones
Mi cantilena;
Que hácia ti mis canciones,
Tendiendo el ala,
En el desierto dejan su pobre nido
Por beber el aroma que en tí se exhala.
Bien brillan las estrellas
Del alto cielo,
Bien perfuman las flores,
Bello es el vuelo
De la paloma
Y el canto de las aves
Sobre la loma...
Estrellas, aves flores,
De su boca y sus ojos
Tened rubores!
¿Qué sér, dime, es el tuyo
Entre los séres?
Si eres mujer ¿qué tienes
De las mujeres?
Algo en tí brilla
Que el corazon me rinde

Y la rodilla.
Hadas, hurís del cielo,
¡Teneis tal vez vosotras
El mismo vuelo?
Yo vengo del desierto...
Rudo y sencillo...
Donde encuentro belleza
Allí me humillo;
Rawi pagano,
No he aprendido la lengua
Del cortesano.
No sé si en tus salones,
Como en mi patria, laten
Los corazones.
¿Ves de mi guzla mora
La cuerda en calma?
De cien tribus errantes
Agita el alma...
Yo soy su bardo
Y en esta guzla tosca
Su historia guardo.
¡Aláh es grandet! El poeta
Es su sombra y su acento
Sobre el planetat
Quiéres ser reina, hermosa?
¡Vente conmigo!
En el desierto tengo
Seguro abrigo
Y cien naciones
Nómadas como el aire,
Bravas cual leones.

Ellas allí á tus plantas
Te traerán del oasis,
Las flores santas,
Y una tienda, una lanza,
Yegua ligera,
El amor á la sombra
De la palmera,
Amor divino
Del ama tempestuosa
Del beduino...
Esto puede ofrecerte
Y un corazón esclavo
Hasta la muerte!
Sí, ven á mis hogares,
Que yo confío
Que tú serás en ellos
Blando rocío;
Oasis santo
A cuya sombra mágica
Alzaré el canto...
Te mostraré á mi gente
Como la flor más bella
Del Occidente
Mas ¡ay! como en tus manos
Mi amor peligré!...
Encierra el alma mía
Celos de tigre!
Que en el que adora
La boca que nos besa
También devora!
Gacela ¡No me escuchas!

¡Entre el miedo y la risa
Creo que luchas!
¡De mi pasión te asombra
El infinito?
Un alma cual la mía
Yo necesito.
Un alma inmensa
Que en sólo el ser amado
Muriendo piensa.
¡Tú ries!... No, no es la tuya
Así... deja, sultana,
Que de tí huya.
¡Oh! ¡Cuán frías las hijas
Sois de esta tierra!
La mujer en mi patria
Cuando ama, aterra,
Su alma se encona
Y adora con la rabia
De la leona...
¡Adios, adios! Sultana,
Que temo que me hiele
En tu ventana.
¡Adios Sirena!
Huye de tus balcones
Mi cantilena;
Y tristes mis canciones
Con veloz ala
Al desierto se vuelven, do en pobre nido,
¡Recuerdan el aroma que en tí se exhala!

ENRIQUE BEDMAR

LA GUERRA.

¡Yo soy la guerra!.. Mi sangrienta historia
manchada está con páginas de horror;
¡pero á mi nombre apareció la gloria
como los mundos á la voz de Dios!

El orgullo en mi frente se condensa,
vaga á mis piés la errante humanidad,
y de los siglos la cadena inmensa
circuye mi soberbio pedestal.

Yo trastorno los ritos y las leyes.
¿Quién á mi fuerza se podrá oponer?..
Los cetros y coronas de los reyes
cuál pobre escoria dacharán mis piés.

Yo de los pueblos los destinos rijo,
van la vida y la muerte de mí en pós,
¡los imperios sus linderos fijs,
la esclavitud, la libertad soy yo!..

—
Mi fuerte mano los poderes area,
no hay potestad, ni fuerza sobre mí,
la hidrofóbica sed de la pelea
del mundo llevo al último confin.

Furia soy del Averno desatada,
espíritu indomable de Luzbel,
proscrito al fin de la eternal morada
por marca horrenda á su rebelde sér.

—
Mi altiva frente á su furor destella,
mi palabra es el trueno... ¿quién cuál yo?
En donde poso mi sangrienta huella
la multitud me aclama como á un Dios...

—
Oh! viva el mundo para siempre en guerra,
no depondré la lanza ni el carcaj;
los soberbios magnates de la tierra
al caro uncidos de mis triunfos van...

—
Yo arrancaré de mi corona altiva
flores que puedan adornar la sien
del héroe audaz, con bella siempreviva...
¡yo le daré corona de laurel!

—
¡Yo soy la guerra!.. Mi sangrienta historia
manchada está con páginas de horror!
¡pero á mi nombre apareció la gloria
como los mundos á la voz de Dios!

VENTURA DE LA VEGA.

IMITACION

DEL CANTAR DE LOS CANTARES.

Ven á tu huerto, amado,
que el árbol con su fruto te convida;
el céfiro callado
espera tu venida;
tú al céfiro y al huerto das la vida.

Del alba nacarada
la lumbre esquiya la purpúrea rosa
á la tierra inclinada;
la abeja silenciosa
ni en torno zumba, ni en la flor se posa.

Ni á su consorte alhaga,
el ruiseñor, sin tí, cantando amores;
ni mariposa vaga
inquieta entre las flores,
tendiendo al sol sus alas de colores.

Ven, esposo, á tu huerto,
á dar vida á los céfiro y flores;
ven, que mi pecho abierto
á tas dulces amores,
sin tí, mi bien, es huerto sin olores.

Ven, y á la fresca sombra
de las cruzadas hojas del manzano,
sobre la verde alfombra,
beberás, dulce hermano,
richa leche, ordeñada por mi mano.

Y á los gratos olores
de la mirra, del nardo y de la rosa,
gustarás los sabores
de rubia miel sabrosa,
y el zumo de la uva deliciosa.

Ven, que por ese prado
el sol ardiente tu mejillas tuesta:
aquí el roble copado
blanda sombra nos presta,
y en mi regazo pasarás la siesta.

Yo duermo descuidada;
mal del esposo, el corazón velando,
espera la Vega la;
ya oí su acento blando;
el esposo á mi puerta está llamando

— Abre, esposa querida;
no te detengas, no, consuelo mio,
ábreme, por tu vida!
temblando estoy de frío,
mis cabellos cubiertos de rocío.

—¡Ay! que el desnudo pecho
tiembla al aire sacar, esposo amado,
de mi caliente lecho!
ay! que el pié delicado
tiembla tocar el pavimento helado.

Sus dedos el esposo
entró por las rendijas de la puerta;
á su tacto amoroso
el corazón despierta.
y toda tiembla y me estremezco incierta.

Alceme presurosa
para abrir al amado que esperaba,
y mirra muy preciosa
mi mano destilaba
que corrió por los gonces de la aldaba.

Abri; mas ya cansado
no me esperaba, ay triste; y era ido!
Mi corazón llagado,
de cruda ausencia herido,
¡maldito y no responde á mi gemido.

Los guardas me encontraron
que la ciudad custodian, y me hirieron,
y el manto me quitaron;
como sola me vieron,
y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judea,
si hallárades por dicha en plaza ó calle
al que el alma desca,
que torne suplicalle
y no vuelva á perderse por el valle.

Gallarda es su figura
como el cedro del Libano eminente;
su blanca dentadura
son perlas del oriente,
y brufido marfil su tersa frente.

Conocereis quien sea
si vuestro pecho palpité al miralle,
Doncellas de Judea,
que torne suplicalle
y no vuelva á perderse por el valle.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

No se publica de tan distinguido vate por formar
con sus poesías á un tomo á parte en esta BIBLIOTECA.

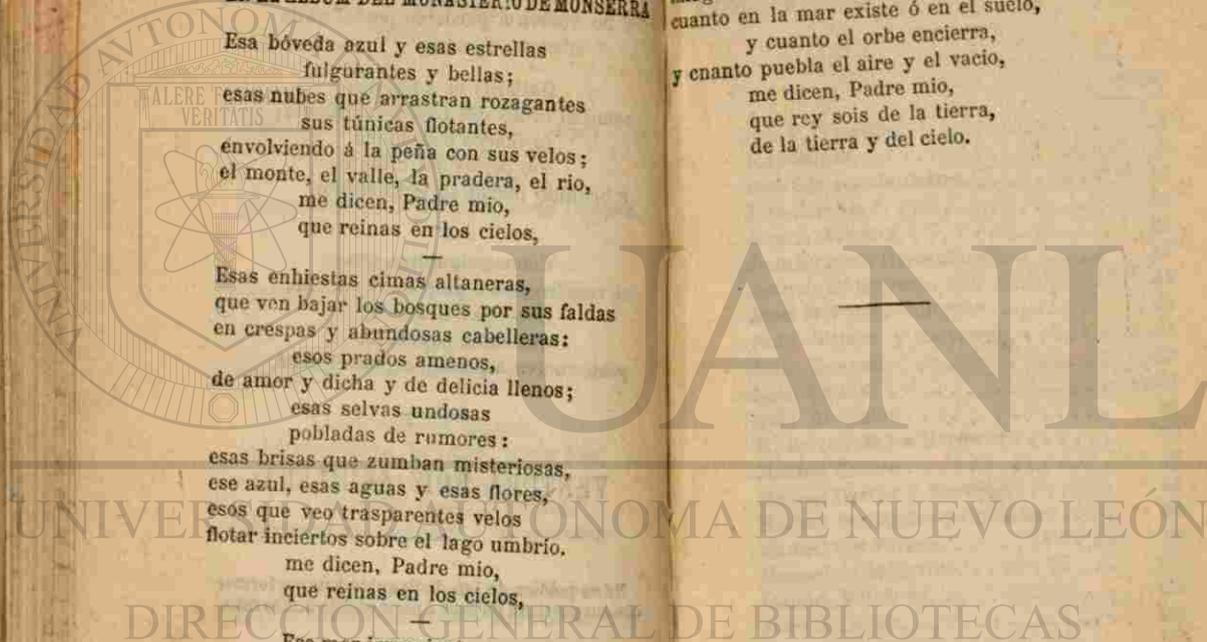
VICTOR BALAGUER.

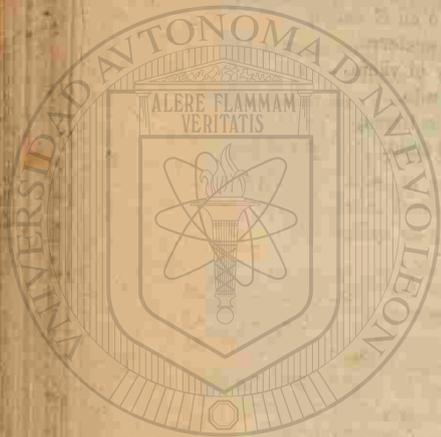
EN EL ALBUM DEL MONASTERIO DE MONSERRA

Esa bóveda azul y esas estrellas
fulgurantes y bellas;
esas nubes que arrastran rozagantes
sus túnicas flotantes,
envolviendo á la peña con sus velos;
el monte, el valle, la pradera, el rio,
me dicen, Padre mio,
que reinas en los cielos,

Esas enhiestas cimas altaneras,
que ven bajar los bosques por sus faldas
en crespas y abundosas cabelleras;
esos prados amenos,
de amor y dicha y de delicia llenos;
esas selvas undosas
pobladas de rumores:
esas brisas que zumban misteriosas,
ese azul, esas aguas y esas flores,
esos que veo transparentes velos
flotar inciertos sobre el lago umbrío,
me dicen, Padre mio,
que reinas en los cielos,
Ese mar impaciente,
mónstruo feroz que agita sus escamas
del temporal al látigo crugiente;

ese trueno que ruga;
ese rayo fugaz que serpentea;
ese huracan que avanza en remolino,
imágen verdadera del destino,
cuanto en la mar existe ó en el suelo,
y cuanto el orbe encierra,
y enanto puebla el aire y el vacío,
me dicen, Padre mio,
que rey sois de la tierra,
de la tierra y del cielo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Págs
José P. Velarde.	3
José Selgas.	9
José Soriano de Castro.	15
José Zorrilla.	18
Juan A. Viedma.	26
Juan Eugenio Harcenbusch.	36
Juan José Herranz.	44
Juan Martínez Villergas.	47
Juan Tomás y Salvany.	54
Julio Monreal.	58
Luis Eguilaz.	64
Luis Rivera.	66
M. Breton de los Herreros.	72
Manuel Cañete.	76
Manuel Curros y Enriquez.	81
Manuel Fernández y González.	88
Manuel del Palacio.	95
Manuel de la Revilla.	101
Manuel Valcárcel.	102
Marcos Zapata.	106
Marqués de Molins.	107
Melchor de Palau.	111

M. de los Santos Alvarez	114
Narciso Serra	118
Nicomedes Pastor Diaz	121
Pedro A. Alarcon	125
Ramon de Campoamor	133
Ramon Mesonero Romanos	142
Ramon Rodriguez Correa	146
Joaquin Ponce de Leon	150
Tomás Rodriguez Rubi	153
Ricardo Blanco Asenjo	159
Ricardo de la Vega	163
Ramon de Marsal	165
Rafael Garcia Santisteban	166
Rafael Ginard de la Rosa	169
Enrique Bedmar	180
Ventura de la Vega	182
Ventura Ruiz Aguilera	185
Victor Balaguer	186

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



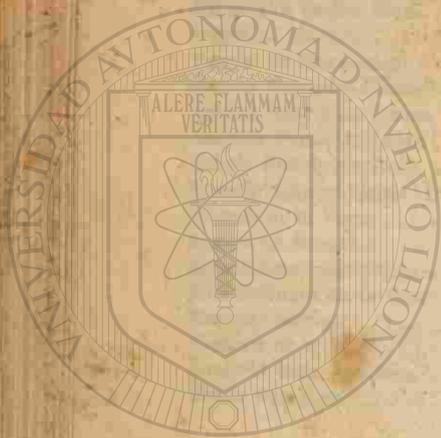
BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

EL UNIVERSO
EN LA CIENCIA ANTIGUA

POR

D. FELIPE PICATOSTE

*Quid enim est in rerum natura
quod irrationabiliter fecerit Deus?*
SAN AGUSTIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

VERACRUZ — PUEBLA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
LIBRERÍA "LA ILUSTRACION"

1882



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO

El objeto principal de este libro es presentar un cuadro analítico de las opiniones de los más célebres filósofos antiguos acerca del conjunto del universo y de sus leyes generales; examinando de paso algunas cuestiones importantes sobre las cuales están aún indecisas la ciencia y la filosofía.

El estudio del universo, en su más lata acepción, desde el momento en que se pasa del examen de los hechos al conocimiento de las causas y á su explicación y correlación, necesita el auxilio de toda la filosofía, y especialmente de la parte profundísima que se refiere al origen del mundo, á la misión del hombre sobre la tierra, á su existencia despues de la muerte, y á la función que desempeñan en la vida universal los

millones de astros que giran por el espacio. Por esta razón, el libro que publicamos tiene necesariamente el triple carácter de científico, filosófico y religioso.

Esta consideración, de la cual se deducen la magnitud y la dificultad de la materia que tratamos, bastará al lector para conocer que nuestro trabajo es meramente un ensayo, sin pretensiones de ningún género. La afición á esta clase de estudios nos ha puesto la pluma en la mano, y hemos ido escribiendo este libro en los ratos de ocio y entre ocupaciones de muy distinto género.

La exposición es casi exclusivamente histórica. Vamos siguiendo el desarrollo de la filosofía desde los tiempos primitivos y dando á conocer los sistemas de los filósofos, con más ó menos extensión, según la importancia que tuvieron en su época y que tienen hoy, respecto del estado actual de las ciencias; porque sería ajeno á nuestro propósito el detenido examen de las opiniones personales de algún filósofo, cuando la ciencia haya demostrado que son erróneas, cuando de nada hayan servido al progreso

científico, y no hayan ejercido influencia alguna ó no hayan tenido una significación importante respecto del estado intelectual ó social en el momento en que aparecieron.

Al juzgar estos sistemas exponemos nuestras opiniones, y discutimos ligeramente sobre los grandes problemas científico-filosóficos que hoy se agitan; pudiendo mirarse esta parte como el resumen, y en algunos casos la reproducción de lo que hemos escrito aisladamente en periódicos ó en otros libros sobre estas cuestiones. Sin embargo, cuando reproduzcamos algún párrafo que hayamos publicado, y sobre todo los que alguna vez tomamos de un libro titulado *Las frases célebres*, que dimos á luz el año pasado, lo haremos constar. La unidad de creencias no encuentra á veces más que una sola fórmula en su expresión.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

EL UNIVERSO
EN LA CIENCIA ANTIGUA

CAPÍTULO PRIMERO.

ASIA Y ÁFRICA.

El sentimiento de la naturaleza en los pueblos antiguos y modernos. — Panteísmo oriental. — La religión y la ciencia. — Su necesaria armonía.

Buscar la verdad es buscar á Dios, ha dicho un célebre filósofo. Pero en nada resplandece la exactitud de esta frase como en el estudio de la naturaleza y de sus asombrosas leyes. La contemplación del universo es esencialmente religiosa; de su estudio brota la necesidad de un sistema de creencias, que es lo que constituye la religión.

Pero haciendo el análisis de este sentimiento, común á todos los pueblos y á todas las épocas, puede establecerse una distinción, que vemos comprobada en la historia

de la filosofía, y que está en conformidad con el desarrollo progresivo de la inteligencia humana.

Los primeros pueblos, más dados que nosotros por su género de vida errante, guerrera ó pastoril, á la observacion del cielo; más dominados por una imaginacion irreflexiva, que sin profundizar con la severidad de la ciencia se impresionaba fácilmente; imposibilitados de elevarse al conocimiento de las leyes naturales, por cuanto desconocían las ciencias auxiliares, no vieron en la creacion más que su belleza y magnificencia; sintieron, por decirlo así, el asombro de los fenómenos sin buscar la causa; confundieron la obra con el artifice, la manifestacion con el principio activo, y dedujeron de esta primera y natural admiracion una cosmología teológica.

Nosotros, poseedores en alto grado de la penetrante arma del análisis; más insensibles á la admiracion de los sentidos que á la magnificencia que se desprende de la concepcion intelectual, y auxiliados de exactos y poderosos instrumentos, hemos podido penetrar en el secreto de los fenómenos naturales, hemos medido los espacios celestes y los cuerpos que en ellos giran, hemos observado la vida microscópica; y con estos elementos hemos construido una teoría satisfactoria, pues que está confirmada por los

hechos; hemos descubierto leyes generales cuya sencillez y grandeza nos dan á conocer la infinita sabiduria de su Autor.

Así, pues, la magnificencia del universo hablaba á los pueblos antiguos por medio de los sentidos, y á los pueblos modernos por medio de la inteligencia: para aquéllos el universo era la belleza, la armonía, la sabiduria que constituían el mismo Dios; para nosotros es la belleza, la armonía, la sabiduria solamente de una obra de Dios: aquéllos, admirados, no buscaban nada más allá; el mundo material llenaba su imaginacion; nosotros vemos detras de tanta belleza, de tan admirable orden, de tan inconcebible inmensidad, un sér infinitamente superior, de cuya mano brotan los mundos, tan perfecto en sí mismo, que esta creacion no aumenta en nada ninguno de sus atributos: y comparando el universo con Dios, vemos, como dice el Evangelio, en el cielo su trono, y en la tierra la peana de sus piés.

Creemos que esta diferencia, dependiente del estado de cultura religiosa é intelectual del hombre en las diversas épocas de la historia, establece como consecuencia necesaria la diferencia entre las creencias de los pueblos primitivos y las que nosotros tenemos acerca del universo. Los primeros pueblos creían en el universo Dios; por eso el panteísmo es el carácter general de toda la

filosofía en Oriente : nosotros creemos en el Dios superior al universo; por eso somos monoteístas.

De lo dicho se sigue también que, dominando en los pueblos antiguos el sentimiento religioso cósmológico sobre todo, la ciencia era una parte muy pequeña, y aun ménos, un elemento imperceptible, que desaparecía en la inmensidad de un misticismo que lo abarcaba todo, desde el átomo hasta el universo, desde el animal microscópico hasta Dios.

Hay en todo el Oriente algo de la meditación profunda y vaga que produce el contacto de la naturaleza; algo del asombro extático que causa la contemplación de la riqueza exuberante de los climas orientales; algo que está representado fielmente en esos monumentos descomunales, en esos ídolos inmensos, inmóviles é inmutables; mientras nosotros, arrastrados por una curiosidad activa, nunca satisfecha, en vez de contemplar, analizamos, en vez de meditar discurremos.

Así, en vano buscarémos en la filosofía de los pueblos antiguos del Oriente, anteriores al cristianismo, una doctrina científica que tenga vida propia, una serie de conocimientos unidos entre sí por el vínculo de la lógica, independientemente de aquella idea religiosa absorbente; en vano buscarémos una descripción, una ley, un sistema de la

naturaleza que no sea un mito, un jeroglífico de un dogma, tal vez desconocido para nosotros, ó una consecuencia fatal de una síntesis universal establecida con todo el rigor de lo absoluto, lo que produce un exagerado misticismo, bajo el cual decae sensiblemente la inteligencia humana, que pierde su personalidad.

La religión y la ciencia tienen ciertamente entre sí vínculos muy estrechos; pero la emancipación de ésta y la distinción entre la verdad teológica y la verdad científica es un hecho que debemos exclusivamente al cristianismo; hecho que reconoce dos causas : la superioridad de su doctrina sobre todas las demás, y el ningún temor de que esta doctrina pueda ser perjudicada por la verdad de la ciencia. La religión y la ciencia son dos líneas paralelas que unen al hombre con el infinito, con la diferencia de que la primera sale de Dios para terminar en el hombre, y la segunda sale del hombre para terminar en Dios.

Bajo este punto de vista es difícil decidir si la religión tiene más de ciencia que la ciencia de religión. Ambas tienen un objeto común : la verdad universal; ambas abrazan la inmensidad de la creación; ambas ponen al hombre en contacto con lo infinito, ambas elevan su corazón y ensanchan su inteligencia; ambas, en fin, le comunican por distin-

ta senda muchas verdades iguales. La primera palabra de la religion es una verdad científica; el primer fundamento de toda ciencia es que hay un Dios.

Una y otra tuviéron la misma historia en los primeros tiempos: templos, sacerdotes, misterios é iniciaciones comunes: ambas fueron una tiranía. El hombre, que poseía los secretos de Dios, poseía tambien los de la ciencia. Esta participó del carácter religioso; habló por medio de los oráculos; conspiró á una unidad tenebrosa: se impuso como un dogma: fué el auxiliar del despotismo y del monopolio y ahogó el gérmen del progreso, sometiendo á la inmutabilidad y al quietismo del pantaismo oriental.

Despues, cuando esta confusion desapareció, cuando á consecuencia de grandes hechos históricos que conmovieron el mundo antiguo, la civilizacion vario de asiento y triunfó sobre el infinito, simbolo del Oriente, el finito, simbolo del Occidente, la religion y la ciencia se separaron; cada una tuvo sus sacerdotes, sus mártires y sus persecuciones, su historia propia en una palabra. Hubo, entre ambas, luchas sangrientas y estériles, degenerando una en el fanatismo y otra en el descrecimiento; encendiendo las hogueras y levantando el cadalso. Un gran progreso debe hermanarlas sin confundirlas, dejando perfectamente libre á la inteligencia todo el

ancho campo de su jurisdiccion; no poniendo limite alguno á la observacion, fuente del conocimiento científico; á la experiencia, madre de la conviccion: al análisis, penetracion del espíritu en lo desconocido, y á la síntesis, fundamento de las concepciones majestuosas y universales.

No teman los ánimos asustadizos, que todavía vegetan como plantas parásitas en nuestro tiempo: la libertad de la ciencia es la base más sólida del convencimiento religioso. No nos citen el ejemplo de escuelas absurdas que, negando la conexion de lo finito y lo infinito ó uno de estos términos, se han visto precisadas necesariamente á concluir por negar ambos, por no poder concebirse el uno sin el otro.

Si hay leyes generales á que obedece la materia y que constituyen el orden del mundo, álguien, dueño absoluto de la materia, las ha dictado, de alguna inteligencia suprema han salido: si existen, el hombre puede y debe conocerlas. Si non, como la experiencia demuestra, constantes, invariables, sábias; si estan sujetas á una armonia universal; si el mundo no es un caos, la ciencia es posible. Nuestra conciencia y nuestra razon nos dicen que, pues esas leyes existen, hay un Dios y hay una ciencia: hay un principio inteligente, cuya existencia y cuyo conocimiento, que constituye la reli-

gion, no puede separarse del mundo que él ordenó, y hay tambien una relacion fatal de causas y efectos, una serie de hechos no sujetos solamente al capricho ó á la casualidad, y cuyo conocimiento lógico es lo que llamamos ciencia; ciencia independiente por completo; hija, en cuanto á su descubrimiento y progreso, de la inteligencia humana.

Estas concideraciones, que desarrolladas convenientemente forman un sistema, nos van á servir de base en este trabajo, en el cual nos proponemos examinar las hipótesis que desde los tiempos más remotos se han ideado para explicar el sistema del universo; pero, considerando esta cuestion como filosófica en su conjunto y como científica en sus detalles, pasaremos de largo muchas fábulas y ridículas suposiciones de una mitología muy ajena á la ciencia, que sólo pudo satisfacer la necesidad de creencias de pueblos poco ilustrados, que habian perdido las primeras nociones religiosas, y no pudieron adquirir las primeras nociones científicas.

II.

INDIA.

Doctrina de Brahma. — Emanaciones. — Metempsicosis. — Su carácter moral. — Astronomía india. — Génesis segun de los Vedas. — Budismo.

Comencemos por la filosofía india, sin que esto prejuzgue en manera alguna nues-

tras ideas acerca de la antigüedad de la civilización en los pueblos orientales, sobre lo cual hablaremos más adelante. Empezamos por la India, porque así conviene á nuestro propósito, y porque este pueblo goza generalmente el privilegio de ocupar el primer lugar en este género de investigaciones, ya porque se respetó en algun modo la prioridad que á sí mismo se da, ya porque su panteísmo absoluto resume el Oriente, ya porque haya en su doctrina tanto desconocido que nos parezca el pueblo primitivo.

La filosofía india, partiendo de que Brahma es el principio único, el autor y el espíritu de todas las cosas, residente en todas ellas, venía á confundir necesariamente el sér absoluto con sus manifestaciones. Brahma es el alma universal la sustancia infinita, indeterminada, la unidad total indivisible, que se manifiesta y existe al mismo tiempo en la inteligencia y en la materia. De aquí se sigue la identidad absoluta entre el espíritu y el cuerpo, entre Brahma y el universo.

El universo es, pues, Dios. Los seres individuales, los objetos, casi desaparecen en este panteísmo dogmático; porque el individuo es una manifestación del alma universal; manifestación transitoria, de innecesaria y precaria existencia, que desaparece como todas las manifestaciones en el seno

mismo de la creacion. No siendo por lo tanto inmutables la materia, ni el individuo, los indios tenían que admitir la variacion constante de los séres en la inmutabilidad del sér, y establecieron los dogmas de la emanacion sucesiva y de la metempsicosis, que permiten sostener la unidad de la vida total y la comunidad de los séres.

La metempsicosis explica la jerarquía de los séres, sin que por esto les conceda individualidad, por lo ménos con el carácter de permanencia que admiten las doctrinas modernas; porque si su espíritu merece recompensa, entra en el seno mismo de Brahma y pierde individualidad; y si merece castigo, pasa á otro cuerpo y la pierde también.

Todos los séres de la creacion, todos los objetos tienen su mision especial, que consiste siempre en una expiacion misteriosa; dogma que producía dos efectos enteramente contrarios: el respeto supersticioso á la vida de los séres extraños al hombre, y el desprecio de la propia vida, el aniquilamiento del yo, de la persona, que impulso al indio al suicidio, á dejarse morir en la inactividad de un terror contemplativo del mundo ó en las fiestas sagradas. La inmortalidad, no diríamos del alma, pero sí del espíritu que nos anima, tuvo en la India una influencia práctica, una eficacia desconocida en los demas pueblos.

Estos dogmas de la metempsicosis y de la expiacion, tal vez los más difundidos y los más influyentes en el mundo antiguo, permiten una serie de premios ó castigos que tienen por objeto purificar el alma, y que pudieron ser el fundamento de una moral en que algunos han buscado el origen de las máximas cristianas. En aquella serie indefinida de encarnaciones en que se difundía siempre el mismo espíritu invisible, inefable, inmutable é indestructible, cábian encarnaciones con una mision especial, y así admitían que ya siete veces se había encarnado el espíritu de Brahma para corregir á los hombres.

Idea confusa de las relaciones entre Dios y el género humano, de la trinidad, de la degradacion producida por una primera falta, de lo que nosotros llamamos pecado original, y de otros dogmas primitivos que se presentan aquí como una continua elaboracion y metamorfosis del espíritu universal, por medio de ridiculas fábulas, de generaciones que proceden de la cabeza, de los brazos y de las piernas de Brahma, y de dioses subalternos, en cuyos atributos y figura se admira la poderosa imaginacion de aquel pueblo.

Como es fácil presumir, la aplicacion de esta doctrina era absolutamente ineficaz para descubrir ninguna de las leyes naturales;

los arcanos de la naturaleza física permanecieron ocultos bajo el inmenso respeto que inspiraba el universo dios; y la continuidad del espíritu explicaba, si bien de una manera incompleta, las diversas relaciones de los seres y de los objetos, no como cuerpos, no como astros, sino como elementos de Dios.

Establecida por una misteriosa revelación primitiva la función que en el universo desempeñaban todos los astros, manifestaciones secundarias, emblemas ó enigmas de otros tantos mitos, no podía en realidad existir la astronomía. Y no existió en efecto; porque no debemos llamar astronomía la parte de teología mística que al hablar del mundo, confundiendo el todo con el individuo, destruía precisamente el conocimiento y el estudio de los cuerpos celestes; ni merece tampoco este nombre el sencillo y necesario conocimiento de algunos movimientos de los astros, adquirido por la más grosera observación, y que despues encontró en la fábula ridiculas explicaciones. Por esta causa el conocimiento del universo en su conjunto no adelantó nada en la India.

Algunos escritores han querido formar, con nociones incompletas, un sistema astronómico indio; mas no han podido conseguirlo, y han tenido que limitarse á investigar si tal ó cual observación fué conocida

de aquel pueblo. Otros se han propuesto interpretar el enigma que envolvía la aplicación del misticismo al conocimiento del mundo, y no han sido más felices, porque los mitos que conocemos no admiten una interpretación positiva y racional bajo el punto de vista científico. ¿Qué interpretación científica puede darse, por ejemplo, al mito que representa la tierra como una flor de loto, cuyo tronco era el monte Merú, cuyos pétalos y filamentos formaban las demas montañas, y cuyas hojas marcaban los cuatro puntos cardinales? La sutileza de algunos admiradores de la India se ha estrellado en estas interpretaciones, y sólo ha dado de sí una nueva y fecunda ciencia tan enigmática como la que se proponían explicar. Por lo demas, si penetrásemos en el terreno de las interpretaciones, y tratásemos de reemplazar la falta de hechos positivos y de observaciones conocidas con un trabajo puramente de imaginación, nos alejaríamos de nuestro propósito.

El panteísmo indio, que es el más absoluto de todos, no tuvo ni una verdad científica en el terreno de la observación y del análisis; Brahma, absorbiendo el mundo, le privó de sus caracteres físicos y absorbiendo la inteligencia, la esterilizó.

Seguros, pues, de no encontrar en la astronomía india una teoría científica del ór-

den y estructura del universo, veamos cómo explicaban la creación y los fenómenos visibles. Los Vedas, libros sagrados que se suponen revelados por el mismo Brahma, nos dan una descripción de la época anterior á la creación, que dice así : • No había nada ni visible, ni invisible, ni región superior, ni aire, ni cielo. No existía la muerte, ni la inmortalidad. Nada distinguía el día de la noche. Él sólo respiraba, sin tener aliento, encerrado en sí mismo. No existía nada más que él. — Las tinieblas estaban cubiertas por las tinieblas; el agua no tenía movimiento. Todo era confuso. El Sér moraba en el seno del cáos, y este gran todo nació por la fuerza de la piedad. •

Pero si después de esta descripción, puramente poética ó mitológica, buscamos una organización, un sistema del universo, no descubrimos nada científico : • El mundo estaba sumergido en la oscuridad, el Señor existía por sí mismo. Aquel cuyo espíritu es el único que puede percibir, que no hace impresión en los órganos de los sentidos, que no tiene partes visibles, el Eterno, el alma de todos los seres, á quien nadie puede comprender, desplegó su propio esplendor. Habiendo resuelto en su pensamiento hacer emanar de su propia sustancia las criaturas, produjo primero las aguas, en las cuales depositó un gérmen. Este gérmen se

convirtió en un huevo brillante como el oro, tan reluciente como el astro de los mil rayos, en el cual nació el mismo sér supremo, bajo la forma de Brahma, el padre de todos los seres. Después de haber permanecido en el huevo un año de Brahma, el Señor mentalmente le dividió en dos, y de estas dos partes formó el cielo y la tierra, con la atmósfera en medio, las ocho regiones celestes y el receptáculo permanente de las aguas. •

El cielo, según el mismo testimonio, está dividido en siete regiones: primero se encuentra la esfera de las nubes, que llega hasta el sol; la segunda región llega desde el sol hasta la estrella polar, y comprende la luna y los planetas; en la cumbre de este cielo está sentado Dhruva, que tiene las bridas de los carros del sol, de la luna y de los planetas. Más allá de esta región hay otra habitada por los justos, y la última es la cáscara del huevo. Además, entre la tierra y las aguas hay veinte y ocho infiernos, en que son atormentados los pecadores. •

Aunque la historia cronológica y crítica de la filosofía india es poco conocida, debe admitirse como indubable que hubo muy diversos sistemas dentro del panteísmo y grandes protestas contra la absorción absoluta y la tiranía inmensa del brahmismo. Una de estas protestas fué el buddismo, doctri-

na completa, que admitía también la trans migración y las reencarnaciones, hasta el punto de suponer que Budda había muerto y revivido más veces que plantas hay en el mundo; pero que predicó una moral más humana y penetró, ó por mejor decir quiso penetrar, en el conocimiento numérico del universo.

El mundo, cuyo centro es el monte Merú, está rodeado, según Budda, de siete montes de oro y de siete turbulentos mares; el movimiento de rotación proviene de la combinación de cinco torbellinos de viento que le impelen en distintas direcciones. Pero este mundo no tiene límites, ni existencia material aislada: no puede concebirse sino como mundo del hombre, llamado también de la paciencia ó de la expiación: sobre él y desde él mismo se elevan dos jerarquías de siete cielos compuestos de diversas llanuras sucesivas donde se purifican los deseos y los placeres, viniendo á ser nuestro globo un punto en el número infinito de mundos.

La creación puede expresarse por medio de números, cuya unidad es cien cuatrillones ó sea 100.000.000.000.000.000.000.000, y la ley de generación el cuadrado, dividiéndose estos números en diez categorías, de las cuales cada una es el cuadrado de la anterior, de modo que la décima, llamada con razón número indecible, se compone de la

unidad seguida de veinte y seis mil seiscientos veinte y cuatro ceros!

La totalidad de lo creado se compone de mundos, universos, llanuras y grupos de mundos. Un universo tiene mil millones de mundos; una llanura cien millones de cuatrillones de universos, y un grupo de mundos veinte llanuras; llegando de este modo á cantidades compuestas de la unidad seguida de cinco millones de ceros! ¿Qué pueblo ha pretendido formarse con tanto empeño una idea numérica del universo, y ha concebido la purificación del hombre por un número tan inconcebible de grados y de aspiraciones?

La filosofía india transmitió sus principales dogmas á casi todas las naciones de la antigüedad: sus mitos, sus fábulas y sus supersticiones, mudando de forma y aún de objeto en cada época y en cada nación, han alcanzado á nuestro siglo. Sin embargo, no llegamos como algunos historiadores á buscar en la India el germen de todas nuestras ciencias y de todos los sistemas filosóficos, ni mucho menos la hipótesis del éter en física, el verdadero sistema del mundo y el conocimiento perfecto del sistema decimal. Más adelante volveremos á esta cuestión, haciendo ver la imposibilidad de una ciencia en un país cuyas doctrinas filosófico-religiosas eran un invencible obstáculo al progreso.

III.

CHINA.

Filosofía — Caracter de la ciencia. — Su ineficacia en el progreso.

La filosofía científica china, fundada en la armonía y en el número, es más precisa respecto del universo. La armonía y el número no son ideas primitivas y reveladas, ni creencias absorbentes y estériles, bajo el punto de vista físico, sino el resultado de la observación y del análisis; elementos preciosos de ciencia que no tuvo la India.

Los chinos empiezan su doctrina por una distinción. Dios creó dos cosas diferentes; una perfecta y otra imperfecta; el cielo y la tierra. Estas dos materias, que reciben la vida de la ley universal ó razón primitiva, que es Dios, están subordinadas en todo al número, á la armonía y á la simetría. El universo, pues, tiene aquí ya realidad, distinción, elementos, orden numérico, caracteres exteriores y sensibles, que pueden constituir un sistema físico: los movimientos de los seres tienen también estas propiedades. En el universo hay, por lo tanto, un organismo fatal, pero metódico; hay una vasta jerarquía de seres sabiamente arreglada, en que todas las cosas están ordenadas por combinaciones numéricas; hay, en fin, una re-

lación armónica entre todos los fenómenos naturales.

Los chinos, sin dejar de ser panteístas, dieron un carácter práctico y de observación á su doctrina, que produjo los brillantes descubrimientos que admiramos en aquel pueblo, desde los tiempos más antiguos y que existían, casi como hoy, cuando Europa yacía aún en la barbarie. El secreto de esa perfección está sólo en la proporción numérica, que no existiendo muchas veces bajo una forma fácil de conocer, exige un gran espíritu analítico, una observación delicadísima, y una paciencia extraordinaria. Sólo un chino hubiero podido descubrir una exacta relación numérica entre los tonos de la música y el sistema de pesas y medidas; entre las enfermedades y las horas; entre los cuerpos celestes y las acciones del hombre. Por esta razón, la ciencia china es un conjunto incomprensible de delicadas y profundas relaciones, de grandes conocimientos prácticos y de pueriles razones.

Consecuencia necesaria también de esta filosofía de la exactitud y del cálculo es el respeto tributado desde tiempos antiquísimos al mérito científico y literario, á los estudios continuados y profundos, y por tanto la elevada jerarquía de los sabios que conservan la doctrina de los antepasados.

En China, dada la ley numérica, todo se

subordina á ella; la inmutabilidad matemática, como corolario preciso, mata el progreso; las proporciones armónicas forman una red que envuelve la razon y la impide elevarse á fuentes más puras y hacer aplicacion de la doctrina. Sólo así se concibe que el pueblo chino, á pesar del profundo conocimiento que tenia de muchas propiedades naturales; poseyendo desde época muy remota la brújula y la pólvora, el micrómetro y la imprenta, la prensa hidráulica y el fósforo, es decir, todos los descubrimientos que han cambiado de un modo maravilloso la faz del mundo civilizado en Occidente, permanezca estacionario, sin comprender siquiera las ideas de humanidad y de progreso. Sólo así se comprende que, conociendo desde los tiempos más antiguos la semana, formada por los siete planetas pitagóricos, y otra porcion de ciclos ó periodos y de nociones que sería largo enumerar aquí; calculando por métodos enojosos, ridiculos y complicados, pero exactos, los eclipses, no perfeccionase la ciencia astronómica, ni diese en muchos siglos un paso en el inmenso camino que tenia abierto para la aplicacion de tan grandes descubrimientos; hasta del punto de que los misioneros que penetraron en el Celeste Imperio hace dos siglos, al mismo tiempo que referian sus asombrosos cálculos, aseguraban que no te-

nian idea alguna de las matemáticas y de los números como ciencia. Los chinos tuvieron, y, lo que es más raro, tienen todavía, la profundidad del empirismo; la minuciosidad de la observacion: su ciencia, si así puede llamarse, está retratada en ese juego llamado *rompe-cabezas*, que consiste en hacer diversas figuras, uniendo caprichosamente otras menores.

A esto sin duda debe atribuirse el que la China no tenga, como la India, una porcion de tradiciones y leyendas sobre la creacion del mundo: en China la cosmología se confunde con la historia. Sin embargo, los chinos creían en un caos primitivo, y en la razon que, como hemos dicho ántes, separó la parte perfecta de la imperfecta. Los elementos del mundo son cinco: madera, fuego, tierra, metal y agua, y cada elemento se compone de dos principios, el masculino ó seco, y el femenino ó húmedo. La armonía de estos dos principios es causa de la belleza cósmica y de todos los fenómenos naturales: á esta armonía siempre numérica se deben los movimientos celestes, á que los chinos aplicaron una minuciosa observacion.

Resulta, pues, que la astronomía china es una ciencia de aplicacion, de práctica, de pormenores, que no pudo elevarse á concebir el sistema del universo en su grandeza y

sencillez; ciencia sin movimiento, sin progreso, que ha vivido, como el pueblo del Celeste Imperio, aislada y fuera del trato, y que no ha ejercido por tanto influencia alguna en el resto del mundo.

IV.

PERSIA Y CALDEA.

Creencias persas. — Zoroastro. — Astronomía caldea. — Astrología.

Persia y Caldea, como otros pueblos de Asia de ménos fama histórica, no adelantaron mucho más en la idea física del universo, y acudieron para explicar los fenómenos celestes á una mitología más ó ménos complicada, segun la filosofía de cada uno y el confuso y divinizado recuerdo de tradiciones históricas.

La historia de Persia es muy poco conocida hasta los tiempos de Zoroastro, cuya aparicion no está tampoco exactamente determinada. Los Naskas, libros antiquísimos, tienen gran analogía con los libros sagrados de la India, y anuncian una clase especial, llamada de los Magos, que conservaba la tradicion y las doctrinas religiosas y astronómicas. Zoroastro, reformador religioso, se presenta como un sér extraordinario que ha recibido directamente la revelacion. El primer principio de todas las cosas, segun

su doctrina, es un sér infinito é indeterminado, de donde salieron primitivamente Ormuz, principio del bien, y Ariman, principio del mal. Todo lo que es bueno proviene de Ormuz por dos series de emanaciones, unas ideales y otras reales; contándose entre estas últimas la especie humana y el mundo físico. Ariman emana de sí mismo otras dos series, que hacen la guerra á las primeras. Cuando se verifique el juicio último, los buenos morarán en un cielo superior, y los malos purgarán sus faltas en un infierno en tres dias y tres noches.

La existencia del mundo se divide en cuatro periodos, que son: el reinado de Ormuz; la rebelion de Ariman; la lucha (período actual) entre estos dos principios, y el triunfo del bien. La creacion, bella é inocente en su principio, fué obra de Ormuz, que dió existencia á la bóveda de los cielos y á la tierra como base suya, elevando una gran montaña para su morada. Despues creó las esferas celestes y el ejército de estrellas, colocando el sobre su trono y guardando el cielo con las constelaciones y unos guerreros que velan en sus cuatro extremos. En aquel mundo primitivo no habia mal. ni tinieblas, ni muerte: calamidades que produjo la rebelion de Ariman, cuya historia es un conjunto de fábulas absurdas, de sucesos monstruosos y de seres extraordina-

rios que con forma animal tomaron parte en la lucha incesante del bien y del mal.

Fuera de esto, los persas creían en la existencia de tantos ángeles especiales como objetos e ideas hay en el mundo, y veían en cada astro un ser digno de adoración por las propiedades con que le había dotado su ángel guardian. Adoraban principalmente el fuego, y suponían en él una esencia, tal vez la del sol, que influía directamente en el universo.

Sabemos muy poco de la astronomía persa, y es verosímil que como ciencia no dejase nada detras de sí. La lucha entre los dos principios, el del bien y el del mal, no llegó á ser una distinción perfecta, como algunos han querido sostener, entre Dios y el mundo, entre el espíritu y la materia, sino un perpetuo estado de oposición y de combate que, aplicado á los fenómenos naturales, explicaba solamente el distinto origen de cada uno.

Caldea fué tal vez el país del Asia anterior en que más adelantó la astronomía como ciencia práctica. Los caldeos aplicaron una minuciosa observación á los fenómenos celestes, conocieron la causa de muchos de ellos, los calcularon, y aun combatieron alguna vez las preocupaciones que engendraban en el vulgo. La astronomía moderna conserva los nombres de una por-

ción de ciclos y períodos caldeos, determinados con bastante exactitud; y si bien no llegamos hasta el punto de creer, como un escritor inglés, que en Caldea se descubrió el verdadero sistema solar, no negamos que los caldeos trataran de investigar la magnitud de la tierra y su figura, ni que explicaran el movimiento de rotación de la luna, ni que tal vez sospechasen la verdadera causa de los eclipses, pues los predijeron con gran exactitud y por medio de reglas uniformes.

Al reconocer estos descubrimientos en la astronomía caldea, el historiador se pregunta: ¿cómo poseyendo elementos tan poderosos no llegó aquel pueblo á constituir una verdadera ciencia? ¿como del exacto conocimiento de los hechos no se elevó á construir los cielos y á imaginar un órden del universo? Esta duda lógica queda explicada con decir que en Caldea llegó á tener poderoso influjo esa aplicación misteriosa de la astronomía á los hechos humanos, que se llama astrología, y esa otra aplicación, no ménos misteriosa y no ménos ridícula, de las ciencias ocultas á la vida humana, que se llama magia.

En Caldea llegó á su colmo esa supremacía, esa intervencion funesta de los sacerdotes, que formaban una clase distinta y superior al pueblo; clase privilegiada que se apoderó de la religión y la ciencia para do-

minar con tan poderosos medios. Allí principió la verdad á ser el patrimonio de una clase, y á disfrazarse y á ocultarse á los ojos del vulgo; allí fué donde primero se refutaron las mitológicas ideas que mezclaban otros pueblos con la astronomía, para someter despues esta ciencia, por una especie de fatalidad, al augurio, al horóscopo y á todas las farsas de la adivinacion.

La astronomía, pues, ya sujeta por estos lazos que la impedían tomar libre vuelo, ya oculta en el sagrado y secreto círculo del sacerdocio, permaneció estacionaria y conservó solamente prácticas aisladas, observaciones sueltas y hechos sin enlace que servían de fundamento á las supersticiones.

El culto tenía por objetos principales divinidades cosmogónicas, los astros ó los dioses que estaban en ellos personificados. El mundo había sido sacado del caos de las tinieblas, en las cuales había cierto germen ó materia húmeda que producía constantemente animales monstruosos. Belo excitó en este caos una profunda revolucion: la naturaleza, representada por una mujer fecunda, se dividió convirtiéndose en cielo y tierra; y naciendo entónces el orden del mundo, con su sangre se formaron todos los seres vivientes, y con su cuerpo los astros. La organizacion y conservacion del universo quedó encomendada á Belo ó Babel, dios del

sol, principio inteligente y fecundador, pero no creador, y á Milita, diosa de la luna. Créese también que los caldeos admitían en cierto modo la metempsicosis, suponiendo que las almas purgaban en este mundo las faltas de una existencia anterior, y que el mundo se renovaba por completo en periodos de treinta y seis mil años. Por lo demas, los astros eran poderes vivos que influían directamente en la vida humana y en los grandes hechos históricos. Los signos del Zodiaco estaban presididos por doce genios; veinticuatro constelaciones representaban otros tantos dioses, considerados como jueces universales de las cosas humanas.

Sin embargo, entre los pocos documentos que nos quedan para apreciar el estado científico de los caldeos, podriamos citar algunos que indican una extension de los conocimientos astronómicos en el pueblo, suficiente para rechazar los errores astrológicos. Dícese que en la torre de Babilonia había constantemente un astrólogo que examinaba la situacion y carácter de los astros en todos los nacimientos, pero que el pueblo repugnaba consultarle; y Estrabon añade: «Entre los caldeos hay muchos que se dedican á predecir á los hombres su destino por las circunstancias de su nacimiento; pero los demas no aprueban esta profesion.»

Para explicar en pocas palabras la astro-

nomia caldea, podemos decir que perdió el oscuro velo con que se cubría en India y China; que descendió del cielo y bajó á la tierra á cubrirse con el manto de la hipocresía y el engaño. De ciencia divina se hizo humana; de oscura, pero grande, tenebrosa.

V.

EGIPTO.

Carácter de este pueblo. — Sus creencias.

El Egipto se nos presenta, ha dicho un escritor, como un gran jeroglífico. Así es en verdad: los demas pueblos antiguos han dejado obras escritas que, si no son todas conocidas, nos permiten abrigar la esperanza de que su literatura, su ciencia y sus costumbres llegarán á ser objeto de extensos y profundos estudios. El Egipto aparece envuelto en un manto impenetrable para cierto género de investigaciones: ignórase de dónde recibió sus primeras nociones y hasta cuales fueron éstas; su mitología, su religion y su culto son nada más que puntos de discusion entre jeroglíficos difíciles de interpretar, estatuas mudas y tenebrosos monumentos propios de un país en que la idea de la muerte se sobreponía á todas las demas.

Lo que en Caldea no fue más que un in-

tento, una imposicion, que tal vez rechazaba el pueblo, llegó á ser en Egipto precisamente la constitucion de todas las jerarquias, la constitucion del Estado. El despotismo, la religion y la ciencia constituyen en aquel país clásico de la aristocracia sacerdotal y militar, una trinidad severa, inaccesible al vulgo, que envuelve en profundos misterios y en indescifrables jeroglíficos las primeras verdades de la astronomía.

Impónese al pueblo la creencia inmutable, la inexorabilidad de un dogma cuyas aplicaciones llegan hasta los actos más indiferentes de la vida, y se extiende sobre la inteligencia ese duro yugo que hace bajar la cabeza á las clases y á los individuos; conviértese la vida en una especie de automatismo sepulcral, y se reflejan en los pensamientos las severas formas, la rigidez lineal, la estabilidad inmutable de esos monumentos que nos ha legado el Egipto.

Increíble parece á primera vista que pudiera hacer grandes progresos, en una ciencia que exige tanto la minuciosa observacion como la grandeza de ánimo, un pueblo que tiene por emblema las pirámides, las esfinges y los jeroglíficos; un pueblo en que ni el arte tenía libertad para variar las formas, las actitudes y los colores, por más opuestos que fuesen á la verdad de la naturaleza; un pueblo, en fin, que debía conser-

var en los hijos la casta, la vida y la profesión de los padres, heriendo así de muerte el progreso y el movimiento bajo el peso de la tradición.

Pero como los sacerdotes ocultaban su ciencia al pueblo, dividiendo toda doctrina en dos clases, pública y privada, esotérica y exotérica, había una diferencia inmensa entre la ciencia pública y la ciencia sacerdotal. Toda una clase de sacerdotes, la segunda en categoría, ó de los hierogramatistas, especie de tribunal supremo de la ciencia, se ocupaba exclusivamente de las investigaciones científicas. Así la astronomía pudo progresar mucho en el secreto de la doctrina privada, hasta el punto de preparar una teoría ó sistema del universo, que reinó en Europa cerca de mil años.

Los esfuerzos de los egipcios para penetrar en el conocimiento del mundo son admirables, por más que tardasen muchos años en descubrir verdades, que hoy se nos presentan con la claridad de la evidencia material.

La antiquísima fábula de Atlas cargado con el mundo, es para muchos historiadores una tradición del descubrimiento de la esfera y de sus círculos; tradición que, desfigurada por el tiempo, hizo del astrónomo que enseñaba su invento un gran mito en que la magnitud del descubrimiento está

representada por el enorme peso de la tierra, que Atlas llevaba sobre sus hombros.

Mas sin remontarnos á tan lejanos tiempos, hay pruebas respetables de que los egipcios conocían la redondez de la tierra, su tamaño, casi exactamente, los movimientos del sol, la luna y los siete planetas, la causa de los eclipses y la desigualdad del movimiento solar, así como los signos del Zodíaco, que designaron con nombres y figuras que casi conservamos nosotros. Midieron también, aunque inexactamente, la distancia del sol á los planetas, y construyeron tablas de sus posiciones respectivas.

Todos estos descubrimientos, muy anteriores á Tolomeo, fueron modificando poco á poco la idea del universo, que los egipcios llegaron á concebir, en cuanto á nuestro sistema planetario, del mismo modo que está explicado en el *Almagesto*.

A pesar de lo que hemos dicho, nos es imposible determinar exactamente los límites á que llegó la astronomía egipcia; porque los cálculos y observaciones, los datos necesarios para predecir los fenómenos celestes y otras noticias importantes, que podrían dar mucha luz sobre el verdadero estado de la ciencia en aquel pueblo, han desaparecido ó permanecen ocultos bajo jeroglíficos y simbólicas inscripciones. Pero, á juzgar por algunas creencias de filósofos griegos, que

llevaron á su país la ciencia de Egipto, podemos suponer que llegó á una gran altura la astronomía en la patria de Tolomeo y Manethon.

Es cosa admitida que los egipcios, hácia el tiempo del cautiverio del pueblo hebreo, tenían una noción, aunque imperfecta, de una providencia divina y de una ley moral; pero esta noción estaba como sofocada por el politeísmo que empezaba adorando el sol, segun demuestra el nombre de Heliópolis y Diópolis dado á muchas de sus ciudades, y concluía por tributar un culto supersticioso á las fuerzas de la naturaleza, divinizadas y personificadas en animales esculpidos, pintados ó vivos, adoracion en que se distinguió Egipto más que ningun otro país; que ha sido explicada como efecto de la tendencia á la realidad de todos los pueblos, y que provino de convertin en séres divinos á los animales dedicados primitivamente á un dios por su cualidad dominante. El *Ritual funerario* supone que las almas justas recibían en la morada de Osiris (tal vez el sol) un nuevo cuerpo y una nueva vida bienaventurada: el *Libro de las emigraciones* admite la existencia de una tierra deliciosa, emigraciones por los espacios celestes y transformaciones voluntarias en várias clases de pájaros divinos, y tambien que las almas culpables vuelven á la tierra á habi-

tar un nuevo cuerpo. Pero despues se fué perdiendo la noción primitiva de la providencia, y se divulgó la absurda creencia de que las almas pasaban sin distincion á animar toda clase de animales y vegetales.

No era éste el medio más á propósito para formarse idea exacta del universo; por tanto, los egipcios, á lo que podemos juzgar, no tuvieron esta idea. Mas no falta quien crea que admitieron la pluralidad de los mundos, citando como prueba la opinion que tenían sobre la luna, á la cual aplicaban con frecuencia los nombres de mundo, tierra etérea y país desconocido.

Nosotros ponemos este aserto muy en duda, mientras no exista un indicio racional, algo más fuerte que un nombre, en un pueblo cuya doctrina estaba siempre disfrazada en palabras y figuras simbólicas.

El Egipto, fuerta de sus asombrosos y colosales monumentos, no nos es conocido por sí mismo; calculamos su ciencia como podríamos calcular la luz del sol por la que nos refleja cualquier astro. Los conocimientos trasplantados á Grecia por muchos sabios que acudieron á estudiar en los templos egipcios, la fama del esplendor de este pueblo en toda clase de ciencias naturales, la vaga noticia de las perdidas obras de Hermetes, entre las cuales había cuatro libros de astronomía, y otros muchos indicios, más bien

que datos positivos, nos hacen creer que el Egipto, ó por lo ménos sus sacerdotes, poseyeron un gran caudal de conocimientos astronómicos.

Sin embargo, vamos á hacer una observacion aplicable á todos los pueblos de la antigüedad. Esa prediccion de los eclipses y de otros fenómenos más ó ménos regulares en su aparicion; esa medicion de cielos, períodos, años y distancias, que suelen llamar la atencion de los historiadores, para fundar en estos hechos todo un sistema científico, estaba muy léjos de ser lo que es hoy y de indicar una verdadera ciencia. En los eclipses anunciados en China, Caldea y Egipto, en las predicciones de Thales y de otros astrónomos, por más que fueran sorprendentes para un pueblo ignorante, no hay nada de la exactitud moderna, que anuncia estos fenómenos con horas, minutos y segundos. Un conocimiento vulgar y grosero de los movimientos aparentes de los astros y una experiencia rutinaria eran suficientes elementos para una prediccion, bien poco meritoria bajo el punto de visto científico. La ocultacion de un astro calculada de antemano con rigurosa exactitud supone una suma de conocimientos que no tuvo ningun pueblo antiguo. Los Newton y los Keplers, que nos permiten hacerlo á nosotros, hubieran sido en aquel tiempo una contradiccion,

un anacronismo: su nombre habria pasado á las edades modernas como el de un dios, rodeado de la admiracion, de la fabula y del milagro.

CAPÍTULO II.

UNIDAD DE LA CIENCIA ASIÁTICA.

Comunidad de la tradicion científica en Asia. — Indicios de uno mismo origen. — Ciencia primitiva.

La ciencia asiática se movió dentro de un círculo limitado. Así lo atestiguan los recuerdos que nos han quedado, entre los cuales son seguramente dignos de estudio los libros hebreos.

El sabio Baylli, historiador de la ciencia de los astros, ha demostrado plenamente, con una paciencia y un análisis admirables, que las ideas astronómicas de los pueblos que blasonan de más antigüedad en el Asia son tradiciones confusas, alteradas por el tiempo, modificadas por el carácter ó historia particular de cada pueblo; restos esparcidos de una sola erencia mal conservada ó mal transmitida; ramas sueltas de una ciencia que debió ser más completa y más exacta en sus primeros tiempos. Baylli, para deducir esta verdad, ha interrogado los monumentos más antiguos de todo género; ha

que datos positivos, nos hacen creer que el Egipto, ó por lo ménos sus sacerdotes, poseyeron un gran caudal de conocimientos astronómicos.

Sin embargo, vamos á hacer una observacion aplicable á todos los pueblos de la antigüedad. Esa prediccion de los eclipses y de otros fenómenos más ó ménos regulares en su aparicion; esa medicion de cielos, períodos, años y distancias, que suelen llamar la atencion de los historiadores, para fundar en estos hechos todo un sistema científico, estaba muy léjos de ser lo que es hoy y de indicar una verdadera ciencia. En los eclipses anunciados en China, Caldea y Egipto, en las predicciones de Thales y de otros astrónomos, por más que fueran sorprendentes para un pueblo ignorante, no hay nada de la exactitud moderna, que anuncia estos fenómenos con horas, minutos y segundos. Un conocimiento vulgar y grosero de los movimientos aparentes de los astros y una experiencia rutinaria eran suficientes elementos para una prediccion, bien poco meritoria bajo el punto de visto científico. La ocultacion de un astro calculada de antemano con rigurosa exactitud supone una suma de conocimientos que no tuvo ningun pueblo antiguo. Los Newton y los Keplers, que nos permiten hacerlo á nosotros, hubieran sido en aquel tiempo una contradiccion,

un anacronismo: su nombre habria pasado á las edades modernas como el de un dios, rodeado de la admiracion, de la fabula y del milagro.

CAPÍTULO II.

UNIDAD DE LA CIENCIA ASIÁTICA.

Comunidad de la tradicion científica en Asia. — Indicios de uno mismo origen. — Ciencia primitiva.

La ciencia asiática se movió dentro de un círculo limitado. Así lo atestiguan los recuerdos que nos han quedado, entre los cuales son seguramente dignos de estudio los libros hebreos.

El sabio Baylli, historiador de la ciencia de los astros, ha demostrado plenamente, con una paciencia y un análisis admirables, que las ideas astronómicas de los pueblos que blasonan de más antigüedad en el Asia son tradiciones confusas, alteradas por el tiempo, modificadas por el carácter ó historia particular de cada pueblo; restos esparcidos de una sola erencia mal conservada ó mal transmitida; ramas sueltas de una ciencia que debió ser más completa y más exacta en sus primeros tiempos. Baylli, para deducir esta verdad, ha interrogado los monumentos más antiguos de todo género; ha

penetrado en la interpretacion de algunos mitos y fábulas, y así ha descubierto que la tradicion en general, y especialmente la tradicion científica, es tanto más comun á los pueblos del Asia, cuanto más antiguo es el hecho á que se refiere; y esta tradicion parece como superpuesta violentamente algunas veces para explicar fenómenos visibles: aplicacion de creencias antiguas á hechos nuevos ó mejor observados, que es comun á todos los pueblos poco sensibles á las ideas de progreso. La creacion material del mundo, el caos primitivo, un sér ordenador de la materia informe, y la nocion de los grandes trastornos geológicos por que pasó la tierra, tienen en la tradicion de los pueblos asiáticos una comunidad que sorprende, si por un momento se prescinde de las fábulas con que aparece envuelta la narracion.

Bajo el punto de vista puramente científico, sin entrar en consideraciones filosóficas y teológicas; buscando la tradicion más racional, más conforme con las verdades de la ciencia, tenemos que admitir como única buena la explicacion, ó por mejor decir, la idea de la creacion que nos da el Génesis. En esos sistemas filosóficos, que pretenden ser coetáneos de la creacion, no encontramos nada que pueda compararse con la nocion bíblica expresada con todo el rigor de lo absoluto, con toda la sencillez de la verdad.

¿Será el Génesis, será la astronomia del pueblo escogido, la base en que se funda esa antigua ciencia que desapareció de la faz de la tierra y dejó en los pueblos de Asia sólo recuerdos incompletos? Vamos á hacer algunas reflexiones puramente científicas sobre este punto.

La asombrosa antigüedad que á sí mismos se dan algunos pueblos del Asia, lo mismo que el Egipto, no es más que un error de cálculo ó una ilusion orgullosa, y tal vez, segun ha dicho un historiador, prueba inequívoca de su juventud, cuando todavia es tan en la edad en que se entretienen con la fábula.

La ciencia, consultada acerca de este punto, demuestra sin género alguno de duda que esas tradiciones esos hechos históricos, esas maravillas que componen la cronología de tales pueblos, no se remontan á más de tres mil años antes de Jesucristo; siendo de notar, como hemos indicado, que esta época á que llega la tradicion histórica y científica es comun con corta diferencia para todos estos pueblos, así para los egipcios como para los chinos, así para los indios como para los persas y caldeos.

En esta época, difícil de determinar con la medida numérica del tiempo, pero fácil de conocer por el estado y condiciones de la vida del pueblo, aparece en cada nacion un

gran astrónomo, un hombre sobre cuya frente brilla alguna vez la llama de la inspiración ó el soplo de la divinidad, y comunica á los mortales el secreto de la ciencia. Así aparece Fohi en China, Urano y Atlas, Tot ó Mercurio en Egipto, Zoroastro en Persia, y Belo en Babilonia.

Estos son los primeros astrónomos; los primeros sabios de esos pueblos; éstos son los que admira y respeta la tradición, los que diviniza la fábula; pero no podemos creer que lo fueran hasta el punto de haber descubierto todos los principios que enseñaron, por existir una imposibilidad absoluta de que los descubrieran. En efecto, según hemos visto al recorrer, aunque rápidamente, la historia de la astronomía en India, China y Caldea, no existió nunca en estos pueblos una ciencia fundada en la observación como base, y en la lógica como elemento constitutivo. Y sin embargo, careciendo de estos necesarios elementos, encontramos desde los tiempos mas antiguos métodos complicados, pero casi exactos, para calcular los períodos de ciertos astros ó fenómenos; encontramos una porción de prácticas rutinarias, de operaciones ciegas sin el conocimiento de las relaciones entre el fenómeno y la causa.

La adquisición de estos métodos es inconcebible con las superficiales ó ridículas ideas

que los pueblos antiguos tenían acerca del sistema celeste. Los chinos, los indios, los persas creían ver en los eclipses y en otros fenómenos gigantescas luchas de animales mítológicos ó hechos más relacionados con los personajes de sus fábulas que con los acordes movimientos de la máquina del mundo; y á pesar de estas creencias calculaban tales fenómenos desde los tiempos más remotos, sin que baste en muchos casos para explicar esta contradicción la diferencia, entre la doctrina pública y privada, entre la ciencia sacerdotal y la creencia vulgar.

Debemos, pues, admitir que los primeros astrónomos de estos pueblos no pudieron elevarse por sí solos, por los medios que suministra una ciencia adquirida personalmente, al descubrimiento de esos métodos. Y no es posible explicar su existencia sino considerándolos como restos ó recuerdos confusos de una ciencia perdida, como una tradición incompleta que conservó lo más fácil de conservar á las inteligencias no científicas: la práctica rutinaria, la operación material, lo que dejan en el pueblo siempre las tradiciones.

En este supuesto Fohi, lo mismo que Belo, no fueron más que hombres estudiosos que recogieron la tradición, formaron con ella, si no un cuerpo de doctrina, un cuerpo de reglas, y la escribieron ó dieron

á conocer por el escrito ó el jeroglífico, ó tal vez sólo por la enseñanza.

Sentada esta teoría por una inducción racional, como acabamos de hacerlo; fundán donos en la imposibilidad de que un hombre crease la astronomía sin elementos para ello, encontramos despues una porción de razones que confirman esta hipótesis.

¿Cómo se concibe de otro modo que en el transcurso de tantos siglos apénas diera un paso la astronomía en estos pueblos? Si Atlas descubrió la esfera, si imagino sus principales círculos; cómo puede suponerse que se perdiera despues este conocimiento teórico y científico, y que la esfera no tuviese uso alguno hasta que muchos siglos despues una regeneración científica vino á explicar por medio de ella el curso de los astros y á resolver sistemáticamente los problemas fundamentales de la astronomía?

El conocimiento de la esfera supone una serie de meditaciones y descubrimientos que representa muchos años de observación: la combinación de sus círculos no es obra de un momento, ni producto espontáneo de una rica imaginación; ¿cómo es posible suponer que se perdieran completamente estas observaciones, esta ciencia ya de hechos, en pueblos que conservaban cuidadosamente la tradición en sus monumentos, y que sin duda consideraron la astronomía

como objeto preferente de sus estudios y como necesidad en su género de vida? Lo mismo decimos de otras muchas nociones aisladas que suponen conocimientos que nunca tuvieron estos pueblos, y que no pueden atribuirse á un solo hombre, por rara que fuese su inteligencia, á ménos de no suponer en ella una superioridad más que humana.

Hay, además, otras muchas razones que inducen á creer lo que vamos sosteniendo. En los pueblos de Asia y Africa se descubre una gran analogía, y en muchos casos una perfecta igualdad de creencias y de prácticas, que no podemos explicar sino admitiendo que provienen de una ciencia única, de un estado floreciente en la astronomía y anterior á la época en que empezaron á cultivarla estos pueblos.

¿De dónde dedujeron, por ejemplo, los pueblos antiguos el conocimiento de los siete planetas y el orden en que los colocaron para que presidiesen á los dias de la semana? Los indios, los egipcios, los chinos y los caldeos contaban los dias de la semana en el mismo orden que nosotros: domingo ó dia del Sol; lunes ó dia de la Luna; martes ó dia de Marte; miércoles ó dia de Mercurio; jueves ó dia de Júpiter, viernes ó dia de Venus, y sábado ó dia de Saturno.

Este orden no es de la distancia á la tierra ni al sol, ni el de la magnitud aparente ó

verdadera, ni el del brillo, ni el del color, ni el de la duración de la revolución; es un órden completamente arbitrario, á los ménos para nosotros; y sin embargo, le encontramos igualmente establecido en pueblos que parece no tuvieron entre sí comunicaciones tales que pudieran trasplantar su ciencia. Además de que si esta comunicacion, si esta adquisicion de ciencia extranjera, tan grande que bastó para dar á un pueblo el modo de contar el tiempo, hubiera existido, se encontraría en la tradicion y en la historia huella de tan memorable hecho.

Otro tanto decimos de los signos del Zodiaco, en que el número doce es tambien arbitrario; de muchas fiestas y misterios en que entraba alguna nocion astronómica, y de algunos temores de cataclismos en determinada posicion de los astros, que fueron principio de la supersticion y que han llegado hasta nuestros días.

Es imposible que en estos puntos, sujetos al capricho muchas veces, independientes otras de la idea religiosa, de la misma astronomia y de la observacion, coincidiesen de tal modo pueblos tan distintos, si no los hubiesen tomado de una ciencia antigua, de una creencia primitiva y comun.

Por otra parte, es muy notable que todos los pueblos que se precian de más antiguos y de primitivos terminasen sus conocimien-

tos astronómicos en un círculo de la misma extension; porque no existe en ninguno de estos pueblos una verdad completa desconocida á los demas: existe en algunos casos la diferencia en cuanto al modo de apreciarla, en cuanto á la claridad con que la percibian, en cuanto á la explicacion más ó ménos racional que de ella se daban; pero en esencia la suma de conocimientos fundamentales fué la misma, casi exactamente, en Asia y en el Egipto.

No parece, pues, lógico admitir la existencia de una ciencia anterior á los pueblos de que hemos hablado, ciencia de cuya perfeccion no podemos juzgar en absoluto, pero que indudablemente penetró en el conocimiento de la naturaleza con más acierto que los pueblos que recogieron sus restos y que hicieron de ella la base de su tradicion. Y nos parece tanto más lógico admitirlo así, cuanto que los chinos, los indios y los egipcios se inclinaban siempre á creer que la verdad, no sólo moral, sino científica, habia existido en una época anterior y se habia oscurecido. En la doctrina de Crisna, antiquísima en la India, se encuentra esta creencia expresada con toda claridad. Es probable que la verdad existiese originariamente entre los hombres; mas poco á poco se adormeció y fué relegada al olvido. El conocimiento reaparece como un recuerdo.

II.

EL PUEBLO HEBREO.

La creacion de Moises. — Su carácter posible. — Superioridad de la tradicion hebrea. — Ciencia de la Biblia.

¿Dónde existió esta ciencia tan antigua? ¿Que pueblo pudo adquirir estos conocimientos astronómicos que encontramos despues esparcidos, rotos como los eslabones de una cadena? La historia nos dice muy poco acerca de este punto; pero la critica científica puede darnos alguna luz en tan difícil cuestion.

Examinando los documentos más antiguos de todos los pueblos, buscando en ellos la teoría más científica del universo, es decir, la más racional, la ménos envuelta en ridiculas fábulas ó en monstruosos absurdos, debemos decidirnos por la explicacion de la creacion que nos da el Génesis. La más profunda filosofía de los pueblos antiguos, unida á los conocimientos astronómicos, que alcanzaron despues de muchos siglos, no tiene la sencillez, la claridad, la posibilidad científica de los primeros versículos del Génesis, en que se expone la creacion con todo el rigor de lo absoluto.

• En el principio crió Dios el cielo y la tierra; la tierra era un desierto: estaba informe

y sin adorno, esto es, sin plantas ni habitantes: las tinieblas se extendían sobre la faz de esta cosa confusa. Dijo Dios: Sea la luz, y apareció la luz; sea el firmamento ó la extension de los cielos; sean las lumbreras en la extension del cielo; y separen el dia de la noche, y sirvan para señales de tiempos, y dias y años; para que den luz en el firmamento y alumbren la tierra. El hizo dos grandes lumbreras; la mayor para que presidiese al dia, y la menor para que presidiese á la noche. E hizo las estrellas.

Este magnífica descripción, cuya grandiosidad habla más al sentimiento que á la inteligencia, es tambien mucho más científica que las fábulas con que los demas pueblos de Asia trataron de explicar la creacion

Nótese en primer lugar que nada hay en ello imposible, ni ridículo, ni irracionalmente maravilloso; que la sucesion de las épocas de la creacion en cuanto á la tierra es discutible dentro de la ciencia moderna, y que todas las suposiciones verdaderamente científicas, que hasta ahora se han hecho, para explicar el primitivo estado de nuestro globo caben perfectamente en este grandioso bosquejo.

Dada la necesidad, ó cuando ménos la posibilidad, de una creacion, ya se entienda por esta palabra en el sentido vulgar de haber sacado la materia de la nada, ó en el de or-

denacion del primitivo caos, no cabe siquiera comparar ninguno de los génesis asiáticos con el del pueblo hebreo. Todos los sistemas, que hemos dado á conocer rápidamente, son, respecto de la creacion del universo y del hombre, una serie de fábulas ridiculas ó monstruosas. Ya, como en la India, hay un dios que engendra diversas castas de la boca, del brazo, del muslo y del pié; un cielo que se forma de un huevo y que está sostenido por cuatro elefantes y una tortuga; trinidades monstruosas y obscenas y encarnaciones en animales inverosímiles; ya, como en China, dragones misteriosos, é hijas del Señor que se fecundan con las algas de un río y despues de un embarazo de doce años dan á luz monstruos; ya, como en Persia, toros que engendran al hombre de sus ojos y un fuego, padre de las cosas materiales; ya, como en Egipto, terteras fecundadas por rayos celestiales y escarabajos y culebras de singular influencia sobre los hombres.

Adónde iríamos á parar si fuéramos á repelir aquí las extravagancias á que dió origen el desconocimiento de la transformación del caos primitivo, en que creían todos estos pueblos, para convertirse en un mundo organizado sábiamente? La fantástica é inagotable imaginación de los indios, la tradición de la China, y las graves meditacio-

nes de los egipcios no consiguieron dar á sus creencias el carácter real, posible y humano de la doctrina de Moises. Y nos fijamos en esta observacion, porque no buscamos en el pueblo hebreo al pueblo sabio, al pueblo astrónomo, al pueblo matemático, sino al pueblo cuyas creencias religiosas, morales é históricas le permitiesen formarse del universo una idea más exacta, sin dar entrada á la fábulas, á las monstruosidades y á las inverosimilitudes que abundan en las demas naciones del Asia.

Además, está es lo única explicacion que nos dejó el mundo antiguo de que pueda sacar algun beneficio la ciencia; la única en que encontramos desde las primeras palabras una distincion y una relacion admisible entre el cielo y la tierra, la medida astronómica del tiempo, y el uso primero de las observaciones del curso de los astros claramente indicado en el Génesis.

No creamos nosotros, como parece desprenderse del sentido material del Génesis, que la luna, el sol y las estrellas sirvan solamente para medida del tiempo y para adorno del cielo. En este punto la Biblia es incompleta: pero sus palabras no se oponen á lo que la ciencia moderna ha descubierto en los astros, deduciendo de la observacion la posibilidad de que sean moradas de seres, que tienen, como nosotros, una mision.

Moises no se propuso al escribir este libro un objeto científico; muy léjos de eso, se expresó en términos tales que pudiera comprenderle todo el pueblo; tampoco se propuso profundizar filosóficamente acerca de la creación; es un mero narrador; pero su narracion es muy superior á toda la filosofía india y china. Ahora bien; ya admitamos que Moises enseñó estos conocimientos personales á su pueblo; ya que no hizo más que reunir la tradicion y las creencias populares, como hace todo buen historiador, lo cierto es que en tiempo de Moises el pueblo hebreo tenia nociones acerca de la creación, y por tanto acerca del sistema del universo, sencillas, claras, posibles y muy superiores á las de los demas pueblos. Estas nociones no serian grandes, ni aun exactas respecto de todo el universo en su conocimiento detallado, pero eran completas y exactas respecto de la tierra.

Mas esta ciencia de Moises ¿pudo ser adquirida de otro pueblo, ó era la recopilacion de lo que siempre creyó el pueblo hebreo?

Los hebreos tuvieron constantes é íntimas comunicaciones con los caldeos, los persas y los egipcios; pero siempre fueron como extraños entre estos pueblos, conservando su carácter especial, sus costumbres, y sobre todo su doctrina, aun en medio de las más

terribles cautividades. El Génesis fué escrito despues de la salida de los hebreos de Egipto, precisamente cuando habria sido mas fácil que el pueblo hubiese tomado algo de las creencias egipcias en su larga esclavitud. Y sin embargo, el Génesis es una protesta continua contra el politeísmo, contra la adoracion de los astros y de las fuerzas naturales, y contra la filosofía egipcia. Sin que pueda suponerse que Moises hiciese esta protesta predicando una doctrina nueva, porque ni se presenta nunca como innovador, ni es presumible que le hubiera seguido y creído todo el pueblo israelita, siendo un destructor de sus creencias nacionales.

Igual protesta hallamos en todo el *Pentateuco* contra las doctrinas indias, persas y caldeas, á las cuales da tan poca importancia su autor, que ni aun emplea una linea en refutarlas. La doctrina más comun á estos pueblos era la metempsicosis, la transmigracion en diversos cuerpos y por diversos astros; y Moises ni aun la cita en todos sus libros.

Por otra parte, Moises, con una prudencia que hoy se llamaría habilidad, distingue siempre perfectamente en su obra cuando habla en nombre de Dios, en cuyo caso, empleando el lenguaje imperativo, manda, ordena; cuando habla de la ley civil, en cuyo caso desea la aceptacion de sus ciudadanos;

y cuando se refiere á los hechos y á la tradicion, y entónces se expresa con simples afirmaciones, que llevan, como en todo el narrador, el rigor de la evidencia. De este último modo habla de la creacion y de las creencias físicas del pueblo hebreo.

Es, pues, lo más lógico suponer que Moisés hablaba á un pueblo que tenía las mismas creencias que él; que no introducía novedad alguna; que expresaba en sus escritos la tradicion constante.

Los hebreos no nos dejaron esos monumentos estables que áun admiramos en otros pueblos. Errantes casi siempre, perseguidos unas veces y esclavizados otras; entregados á un severo culto religioso en los buenos tiempos, y á la adoracion de ídolos que eran pronto destruidos en sus prevaricaciones, no pudieron dejar esas construcciones que suelen ser un rayo de luz en la interpretacion del estado y creencias de un pueblo. No nos han transmitido más que el *Antiguo Testamento*, que es muy suficiente, por más que no sea obra científica, para deducir de su contenido importantes consecuencias.

Los conocimientos rigurosamente científicos del pueblo hebreo no debieron ser muchos, á lo que podemos juzgar, però fueron muy exactos; de tal modo, que apenas han tenido que modificarlos un constante pro-

greso de diez y nueve siglos. ¿Qué otra doctrina anterior al cristianismo puede gloriarse de tan singular privilegio en los pueblos más civilizados?

El universo en su conjunto, perfectamente distinto de Dios y de todo espíritu inferior, es la obra del Señor. No salió de su misma sustancia, ni fué una emanacion, sino que fué sacado de la nada ó de un caos informe, creado, formado y ordenado en varios dias ó épocas. El hombre es tambien distinto de Dios y del universo; como cuerpo, es materia independiente de todo espíritu, hijo de la tierra y sujeto como esta á las leyes físicas; como hombre, tiene un alma (soplo) infundida por Dios. De manera que los hebreos concebían y admitían la superioridad de Dios sobre el universo, la personalidad humana y la pasividad de toda la materia, que constituía lo creado: el mundo es la inercia física animada por el espíritu.

El hombre, perfectamente libre en sus actos, nos estaba sujeto á la fatalidad; siendo esencialmente distinto de los demás animales, de las plantas y de los astros, no podía haber sido ántes, ni ser despues, uno de estos seres; por lo tanto, eran imposibles la ridícula metempsicosis y la inexplicable transmigracion: cumplía su mision en la tierra, y al morir, el alma, juzgada por sus actos, recibía premio ó castigo, y el cuerpo

volvía á ser polvo, porque polvo era ántes.

Los astros y los cielos no eran más que una obra de Dios, admirable siempre, pero indigna de ser adorada; su influencia sobre la tierra y sobre el hombre era puramente física. Como criados por un sér bondadoso, todos los astros son útiles á nuestro globo :

• El Señor ha creado la luna para medir el tiempo... • El sol fructifica el grano y vivifica la tierra por orden del Señor. •

El universo tiene leyes fijas é inmutables, que sólo puede cambiar ó detener su Autor como soberano dueño de lo creado.

• El sol conoce el circuito de su carrera... •

• El sol y la luna siguen el camino que el Señor los trazó en el cielo... • • ¿Quién contará el orden de los cielos? ¿Quién será capaz de enmudecer su armonía? •

Los salmos están llenos de pinturas que suponen un conocimiento del universo exento de errores, y el antiquísimo libro de Job, del cual hemos tomado el último versículo citado, contiene también una exposición de lo que creían los hebreos acerca de los fenómenos naturales, que en su opinión eran regidos inmediatamente por la voluntad divina : • Él trasladó los montes : Él conmueve la tierra de su lugar : Él manda al sol y no sale ó no se le ve, y cubre las estrellas : Él sólo extendió los cielos : Él hizo el Areturo y el Orión y las Hyadas ó Pléya-

das, y lo más interior del Mediodía, ó sea las estrellas del hemisferio Sur, que no se veían en Idumea... Si detuviese las aguas, todo se secaría; y si las soltase, trastornarían la tierra... Dios extiende el Aquilon ó Polo Norte sobre el vacío, y tiene suspendida la tierra sobre la nada... sujeta las aguas en las nubes para que no se precipiten todas á un tiempo... creció con término las aguas hasta que se acabe la luz y las tinieblas ó la sucesión de los días y noches. Él levanta las gotas de la lluvia y las derrama en aguaceros desde el cielo á manera de torrentes que caen de las nubes. En sus manos esconde la luz y la manda que venga de nuevo... •

En cuanto al límite de los conocimientos físicos de los hebreos, pueden decir algo los siguientes versículos : • ¿ Por ventura conoces los pesos de las nubes suspendidas en el aire y otros conocimientos grandes y perfectos? • Y por qué calienta tus vestidos el viento que sopla del Austro? • ¿ Por ventura has medido la anchura de la tierra y su extensión?... • ¿ Acaso sabes tú el orden establecido en los cielos?... •

Resulta, pues, de todo lo dicho que el pueblo hebreo tuvo ideas más exactas que ningún otro acerca del mundo y de los astros; que admiró sus leyes como expresión de una sabiduría infinita; que comprendió

las épocas primitivas sin absurdos errores, y que admitió en cada astro una misión especial sujeta á leyes inmutables. En cuanto al conjunto del Universo, citaremos aquí una profunda observación de Humboldt acerca del sentimiento que en aquel pueblo despertaba la Naturaleza. « Uno de los caracteres distintivos de este sentimiento es que, como un reflejo del monoteísmo, abarca siempre el mundo en una imponente unidad, comprendiendo á un mismo tiempo el globo terrestre y los luminosos espacios del cielo. Así es que rara vez se detiene ante los fenómenos aislados, complaciéndose en contemplar los conjuntos... mira siempre la Naturaleza como una obra ordenada... »

Con estos antecedentes, ¿no será lícito suponer que el pueblo hebreo comunicó á los demas esas nociones imperfectas que, oscurecidas por la tradición, se presentan despues como hechos aislados? ¿ó que recogió la tradición más pura y supo purgarla de errores?

Las demas doctrinas cosmogónicas de los pueblos antiguos de Asia han desaparecido sin poder arraigarse en Occidente, ante el movimiento incesante, desgastador y siempre luminoso del progreso. De ellas no ha quedado nada en nuestra sociedad; nuestra ciencia se rie de sus fábulas y de sus mitos; y sería tenido por loco el que pretendiera

hacer compatible la ciencia de Newton con los génesis de estos pueblos. Las leyes físicas del mundo, que ha descubierto un estudio de muchos siglos y todas las que se descubran en lo futuro, pueden haber salido de un Dios como el nuestro, sabio, soberano y omnipotente; pero no podrán nunca considerarse como producto de creaciones monstruosas de séros abominables y de animales maravillosos. Aquí está el germen de la posibilidad del progreso dentro de nuestra idea religiosa, y la causa del privilegio inestimable y exclusivo que goza el pueblo hebreo, cuya doctrina vive al través de los siglos, habiendo visto perecer á todas las demas y caer para siempre en el mar del olvido.

CAPÍTULO III.

GRECIA.

Carácter de la religion y de la ciencia en Grecia. — Mitos y sus interpretaciones. — Creencias acerca de la Divinidad.

Arribamos á Grecia; á esa nación privilegiada que se considera como cuna del arte y de la ciencia; á esa nación en que suelen terminar las investigaciones científicas; por que apenas se encontrará una idea, verdade-

las épocas primitivas sin absurdos errores, y que admitió en cada astro una misión especial sujeta á leyes inmutables. En cuanto al conjunto del Universo, citaremos aquí una profunda observación de Humboldt acerca del sentimiento que en aquel pueblo despertaba la Naturaleza. « Uno de los caracteres distintivos de este sentimiento es que, como un reflejo del monoteísmo, abarca siempre el mundo en una imponente unidad, comprendiendo á un mismo tiempo el globo terrestre y los luminosos espacios del cielo. Así es que rara vez se detiene ante los fenómenos aislados, complaciéndose en contemplar los conjuntos... mira siempre la Naturaleza como una obra ordenada... »

Con estos antecedentes, ¿no será lícito suponer que el pueblo hebreo comunicó á los demas esas nociones imperfectas que, oscurecidas por la tradición, se presentan despues como hechos aislados? ¿ó que recogió la tradición más pura y supo purgarla de errores?

Las demas doctrinas cosmogónicas de los pueblos antiguos de Asia han desaparecido sin poder arraigarse en Occidente, ante el movimiento incesante, desgastador y siempre luminoso del progreso. De ellas no ha quedado nada en nuestra sociedad; nuestra ciencia se rie de sus fábulas y de sus mitos; y sería tenido por loco el que pretendiera

hacer compatible la ciencia de Newton con los génesis de estos pueblos. Las leyes físicas del mundo, que ha descubierto un estudio de muchos siglos y todas las que se descubran en lo futuro, pueden haber salido de un Dios como el nuestro, sabio, soberano y omnipotente; pero no podrán nunca considerarse como producto de creaciones monstruosas de séros abominables y de animales maravillosos. Aquí está el germen de la posibilidad del progreso dentro de nuestra idea religiosa, y la causa del privilegio inestimable y exclusivo que goza el pueblo hebreo, cuya doctrina vive al través de los siglos, habiendo visto perecer á todas las demas y caer para siempre en el mar del olvido.

CAPÍTULO III.

GRECIA.

Carácter de la religion y de la ciencia en Grecia. — Mitos y sus interpretaciones. — Creencias acerca de la Divinidad.

Arribamos á Grecia; á esa nación privilegiada que se considera como cuna del arte y de la ciencia; á esa nación en que suelen terminar las investigaciones científicas; por que apenas se encontrará una idea, verdade-

ra ó absurda, grave ó ridícula, que no se bosquejase en la infinidad de sistemas que predicaron sus filósofos.

La ardiente y poética imaginación de los griegos encubrió la verdad con el ropaje de la fábula, é hizo de cada observación y de cada hecho un mito. Perdida ya completamente la grandiosa creencia monoteísta, resto de una antiquísima tradición; olvidadas las primeras verdades religiosas que se conservaban confusamente en las naciones de Asia, los griegos, pueblo nuevo, que lle-
ya en toda su pureza el sello meridional, se dieron á buscar dioses, y en vez de divinizar el universo y caer en el panteísmo, divinizaron los séres, los objetos, las acciones y los fenómenos, y cayeron en el más exagerado politeísmo.

La naturaleza deja de ser en Grecia el gran todo que formaba parte del mismo Dios, y se convierte en fecunda y alegre mansión de divinidades y de héroes, que presiden hasta los actos más insignificantes de la vida: el cielo deja de ser la magnífica obra de un Dios que se presenta en sus obras á los mortales, y se convierte en un conjunto de creaciones fabulosas que tienen su origen y su espejo en las miserias de la vida humana. Los héroes suben al cielo y los dioses bajan á la tierra.

Desaparece aquella unidad tenebrosa que

formaba la base de la filosofía india, y aparece la individualidad en toda la anarquía de que es susceptible; bórrase del universo el Dios creador y conservador, y aparecen los dioses en número infinito.

El cielo y la tierra, lo conocido y lo desconocido, no son más que un producto de fábulas mitológicas. Cada astro tiene su historia terrena; cada dios sus aventuras humanas; cada constelación su origen mundano: la vía láctea es una gota de leche de los pechos de Juno; los signos del Zodiaco son divinidades que por sus culpas han sido convertidas en constelaciones; las horas son rápidas y fugitivas diosas que dirigen el carro del Sol; el viento y la lluvia, el trueno y el rayo, el eco de los bosques y el silencio de la noche, los ríos y los volcanes, son otras tantas divinidades cuya embrollada historia forma esa mitología interminable con que los griegos reemplazaron la falta de religión y el conocimiento de Dios.

Ahora bien, estas fábulas geran el extravío de la razón que buscaba un origen humano á las maravillas de la creación; eran la ignorancia ó la ceguedad que, desconociendo una idea primitiva religiosa, no podía elevarse en la contemplación del mundo más allá de la miseria terrena; ó eran, por el contrario, tradiciones confusas divinizadas por una generación que no las comprendía?

Los que creen lo primero no buscan en la mitología griega principio alguno de verdad; mas los que se inclinan á lo segundo encuentran bajo la fábula, á fuerza de torturar su entendimiento, una interpretación que nos parece muchas veces arbitraria.

Segun éstos, Alceo, llamado despues Hércules, llevó á Grecia el conocimiento de la esfera, por lo cual se le representa cargado con el mundo; los doce trabajos de Hércules son los doce signos del Zodiaco, que el sol recorre en un año; Orfeo fué un gran astrónomo que descubrió el órden del universo, representado en los animales que bailaban en su derredor al són de la lira; Prometeo, otro astrónomo que observaba desde un monte el curso de los astros, devorado por el deseo insaciable de saber, que la fábula representa por el buitre que devora sus entrañas; Endimion es el descubridor de los irregularidades de la luna, inconstantes, cuando todavía no se conoció su ley, como las veleidades de una jóven enamorada: el hilo de Ariadna es la luz de la astronomía con que puede recorrerse el laberinto de los cielos.

Nos cansaríamos en balde si hubiéramos de referir todas las interpretaciones que ha recibido la mitología griega. Nosotros no las admitimos: vemos á lo más en esas fábulas una explicacion vulgar de los fenómenos vi-

sibles, y no creemos que de tal modo se perdiera todo conocimiento astronómico y hubiera tal empeño, digámoslo así, en ocultarle, que hoy sea preciso inventar una nueva mitología para comprender la primitiva astronomía griega. Los historiadores por su parte hacen otra interpretación distinta para descubrir bajo los héroes de la fábula personajes históricos, y los que se han dedicado al estudio de las religiones antiguas buscan tambien en aquel sin número de dioses recuerdos oscuros y huellas confusas de tradiciones antiquísimas.

En nuestro concepto, en Grecia no existió una astronomía propia y primitiva; no tuvo en sus primeros tiempos, como China y Egipto, un hombre estudioso ó una elase que recogiese la tradicion y la convirtiese en doctrina: no tuvo en sus primitivos tiempos ciencia propia; adquirió de otros pueblos las nociones astronómicas, que modificó despues segun su carácter, y no se dedicó, como los filósofos chinos y persas, como los sacerdotes caldeos y egipcios, al estudio, al exámen y á la observacion exclusivamente científica. Este estudio analítico era impropio del genio griego; no estaba en armonía con sus costumbres. Si en tiempos más adelantados progresaron las ciencias teóricas en Grecia, debióse sólo á las ideas que trajeron á este pais de Egipto algunos viajeros

ó proscritos, y al inmenso desarrollo de una filosofía que, caminando en infinitas direcciones y con gran libertad, debía necesariamente penetrar en el conocimiento del universo.

Por esta razón, á pesar de que los griegos no fueron nunca hombres exclusivamente observadores y científicos, como habían sido ántes los egipcios y fueron despues en parte los árabes, las ciencias tuvieron su verdadero origen en Grecia, y allí encontraron por primera vez hipótesis generales y explicaciones de sus fenómenos; allí principiaron á dividirse y á tener cada una existencia propia.

Rotos los lazos que encadenaban la ciencia en los pueblos de Asia y de Egipto, los griegos, entregados sólo á su razón, buscaron con ella la verdad; y si no la encontraron, preciso es confesar que hicieron para conseguirlo más esfuerzos que ningun otro pueblo. Esta libertad absoluta del pensamiento, madre de tanto sistema filosófico, creó, por decir lo así, la ciencia sin encontrar auxilio en una remota tradición. Por esta causa, en las naciones de que hemos hablado anteriormente, hemos encontrado observaciones y cálculos antiquísimos, operaciones rutinarias y una ciencia de hechos, y en Grecia no hallamos nada de esto; por la misma causa, al buscar en Grecia la his-

toria de la ciencia, nos encontramos ante todo con la filosofía, con las escuelas, con las sectas, con las cátedras, que explicaban á su manera la constitución del mundo en armonía con todo un sistema especial de creencias.

Grecia poseyó más que ningun otro pueblo la propiedad de asimilarse todo lo extraño; dioses y misterios, leyes y doctrinas, costumbres y fiestas, todo tomaba carta de naturaleza en aquel bello país, abierto física y moralmente á las especulaciones y á las prácticas extranjeras. Pero el individualismo que formó el carácter permanente de los griegos, desde los mismos cantos de Homero, la libertad, la vida, la actividad, modificaban todas las creencias y todos los tipos hasta el punto de presentarlos como nuevos y originales. Por esta causa, á pesar de que en el fondo encontramos en Grecia la reproducción de las mitologías india, china y egipcia, hechas allí por los viajeros, y á pesar de los profundos trabajos de algunos críticos que han buscado la genealogía asiática de cada mito, podemos prescindir de su origen y considerar al pueblo griego para nuestro objeto como nuevo en la historia de la filosofía. Los que con un objeto especial busquen las vicisitudes de una creencia al través de las evoluciones de la humanidad, discutirán si en Grecia hubo

algo cuyo gérmen no se encontrase en Asia ó Egipto, y la historia de las costumbres de una nacion que recibió su vida intelectual de tan diversos orígenes; nosotros vamos solamente presentando el cuadro de la doctrina, como hecho positivo, sin detenernos en estas investigaciones.

En Grecia, á pesar de los extravíos de la filosofía, es donde primero encontramos una noción clara de la divinidad, deducida sólo de la razon. No fueron muchos los filósofos que tuvieron esta idea, pero nos basta que haya algunos para suponer que los griegos se formaron del universo, en sus relaciones con la divinidad, ideas más exactas que los pueblos del Asia. Sócrates penetra con su razon en el conocimiento del universo; cree que la tierra es un punto imperceptible entre innumerables astros; niega que éstos sean dioses, y descubre en la armonía del mundo la obra de la divinidad describiendo el benéfico influjo del curso de los astros. Disputando con Eutidemo, le dice: • ¿No te se ha ocurrido nunca pensar cuánto cuidado han tenido los dioses en dar á los hombres lo que necesitan? Mira cuán necesaria nos es la luz, y cuán precioso nos debe parecer el que los dioses nos la hayan regalado; y como tenemos necesidad de descanso, nos dieron la noche para descansar.

• Quisieron que el sol, este astro tan bri-

llante y luminoso, presidiese el dia para señalar sus partes, y que les sirviese, no sólo para descubrir las maravillas de la naturaleza, sino para llevar á todas partes la vida y el calor; y mandaron á la luna y las estrellas que aclarasen la noche, que de suyo es oscura y tenebrosa. ¿Hay cosa más admirable que la sucesion del dia y de la noche, de la luz y las tinieblas, del trabajo y el descanso, todo para bien del hombre? ¿Qué dices de que, pasado el invierno, vuelve el sol hácia nosotros, y despues que ha madurado los frutos se retira para no incomodarnos ya con su calor? Y porque no podríamos aguantar el frío y el calor si pasásemos en un instante del uno al otro, ¿no admiras que este astro se acerque y aleje de nosotros con tanta lentitud que llegamos á los dos extremos por grados insensibles? ¿Sería posible no reconocer en este orden de las estaciones una providencia que cuida hasta de nuestro placer? •

Y contestando á los que negaban los dioses, ó querian que fuesen astros, por no comprender que fuesen invisibles, decía: • ¿Acaso vemos el rayo, que rompe todo lo que encuentra? ¿Vemos los vientos, que hacen tantos estragos? ¿Vemos el alma, que nos anima? Éste gran Dios, el mismo que hizo el universo y conserva esta grande obra de partes perfectas en bondad y belleza; el que hace que no envejezcan con el tiempo,

que se conserven en vigor, que le obedezcan con una puntualidad, que no falta nunca, con una rapidez que nuestra imaginacion no puede seguir; este Dios, visible sólo en las maravillas que creó, es invisible.

Estas frases, que parecen escritas por un filósofo moderno, son una prueba de la idea exacta que Sócrates tenía acerca del conjunto general del universo y del orden inteligente de los movimientos celestes.

Mas ya hemos dicho que no fué sólo Sócrates el que concibió esta alta idea de la divinidad y esta exacta nocion del universo. Anaxagoras decía: «Contemplo en el sistema y disposicion del universo el poder y la sabiduria de un espíritu infinito, causa eficiente del movimiento y distinta de la materia.» Platon indica tambien muchas veces la existencia de un ser único superior al mundo; y Jenofines separa de la materia del universo la sabiduria eterna.

A pesar de estas citas, necesario es admitir que la mayoría de los filósofos, y el pueblo con ellos, no supieron distinguir claramente la materia del espíritu y el mundo de su Autor, de tal modo que, aun los mismos que creían en el Dios ordenador del universo rara vez le concedían el atributo de creador de las leyes naturales, que excedía los límites de la inteligencia. Estas citas son nobles excepciones en aquella filosofía

racionalista del individualismo, que venía á ser la protesta contra la nulidad tenebrosa de India y China, contra el panteísmo absorbente del mundo y del hombre.

Lactancio nos ha dejado un párrafo notable en que resume la doctrina de los filósofos más adelantados acerca de la creacion del mundo. «No es creible que la sustancia en que toman su origen todas las cosas fuese parte de la misma providencia, sino que esta sustancia tiene en sí misma y tuvo siempre una virtud intrínseca y natural, por medio de la cual le son posibles todas sus modificaciones. Lo mismo que el artifice cuando trabaja en un edificio no crea las materias, sino que emplea las que encuentra ya hechas; lo mismo que el estatuario que hace una figura de cera encuentra la cera ya creada, así tambien debe decirse que la providencia divina se encontró con la materia, no que la creó, sino que la encontró hecha como dispuesta para sus designios. De modo que, si Dios no produjo la primera materia, tampoco puede decirse que produjese la tierra, ni el aire, ni el agua, ni el fuego.»

Con estas palabras queda explicado brevemente lo que creían los griegos acerca de la creacion; pues si bien cada filósofo explicaba á su manera, como veremos después; la producción ó modificación de esta

materia, sus doctrinas estaban dentro de esta idea general, y se diferenciaban sólo en cuanto al modo especial de obrar del espíritu y de la materia.

Vemos, pues, que Grecia, partiendo, no de una tradición oscura y mal conservada, sino de conocimientos científicos adquiridos principalmente en las escuelas de Egipto; fundándose, no en una idea religiosa que lo absorbía todo, sino en los esfuerzos de la razón entregada á sí propia, llegó á adquirir en los siglos próximos á la nueva era un conocimiento del universo material más perfecto que los demás pueblos.

II.

ESCUELA JÓNICA.

Tiempos primitivos. — Escuela jónica. — Tales. Anaximandro. — Anaximénes. — Anaxagoras.

Después de haber examinado en general lo que los griegos creyeron acerca del universo, vamos á detenernos en los sistemas filosóficos que trataron de explicar su creación y estructura, para cuyo estudio dividiremos la filosofía griega en las escuelas jónica, itálica, intermedia, eleática, sofística, crítica y escéptica.

Los primeros tiempos de Grecia son, como siempre, fabulosos. Orfeo, Museo, Homero y Hesiodo participan de dioses y héroes: sus

doctrinas son la base de las primeras tradiciones: y la crítica ha discutido, no sólo sus obras y su misión social, sino hasta su existencia. Es lo más probable que estos primeros poetas, sacerdotes y sabios, trajesen de Egipto la doctrina encerrada allí en el templo, y la divulgasen, dándole un nuevo carácter.

De todos modos, en tiempo de Homero la geografía y la astronomía de los griegos estaban en mantillas. El gran poeta creía que el mundo era un disco rodeado por todas partes del río Océano: sobre este disco se apoyaba la bóveda de los cielos, por cuya sólida superficie corría el sol, llevado de poniente á oriente durante la noche en un barco de oro: debajo de la tierra estaba el Tártaro, á una distancia que, según Hesiodo, se mide por el espacio que recorrería al caer un yunque en nueve días. Los planetas eran muy poco conocidos, y en cuanto á las estrellas, parece que sólo sabían distinguir las Hyadas, las dos Osas, Sirio, Tauro y Orion.

Pero estos conocimientos primeros, confusos, participando de la teología y de la fábula, no constituyeron una ciencia. Grecia no tuvo verdadera filosofía hasta que apareció Tales, fundador de la escuela jónica.

Los jonios eran la parte más voluble y más inconstante del pueblo griego; su filosofía tiene este mismo especial carácter. To-

dos los conocimientos de esta escuela fueron más bien inductivos que deductivos; sus filósofos, apenas observaban un fenómeno, le daban una causa, descuidando muchas veces la experiencia y formando de este modo principios únicos y absolutos. Por esto la escuela jónica establece desde luego la ley universal, el principio genérico del mundo, la unidad viva que se manifiesta en diversos grados y da vida á todos los seres; esta unidad reside por sí misma, como innata y necesaria en la misma naturaleza, cuyos fenómenos son el resultado de esta actividad natural, ó lo que es igual, si hemos de emplear las palabras que emplean algunos filósofos y que nos parecen poco claras, la filosofía jónica estaba fundada en el dinamismo, no en el mecanismo.

El fundador de esta escuela fué, como hemos dicho, Tales de Mileto (639 a. J. C.), que estudió las ciencias en los templos de Egipto y pasa por el primer astrónomo griego. Tales creía en un Dios infinito; de modo que, habiéndole preguntado una vez: «¿Quién es Dios?» respondió: Una cosa que no tiene principio ni fin. Pero separaba este Dios de la naturaleza de un modo incomprendible.

El agua era para Tales el principio de todas las cosas, es decir, el principio material, el *substratum*, cuyo universal germen

húmedo, fermentado ó influido por un principio activo, que era la razón ó alma del mundo, había producido y seguía produciendo todo lo existente por una especie de continua nutrición: el efecto de esta nutrición era, como en los seres animados, la vida. Por lo demás, el universo estaba lleno de dioses, es decir, de astros, y las estrellas eran de la misma sustancia de la tierra.

En la doctrina de Tales no hay verdadera distinción entre el mundo y la inteligencia; el principio que le hace llamar seres animados y dioses á los astros no es esencialmente distinto de la materia, en cuanto que es una virtud que reside necesariamente en ella. La inteligencia universal, unida de cierto modo indisoluble al mundo, dirige las operaciones de este y entra en ellas como elemento necesario de la vida.

Anaximandro (610-547), que sucedió á Tales, vió en el universo el efecto continuo, no de un desarrollo ó de una producción indefinida, sino de dos constantes operaciones, que llamaba elementos del caos ó de lo indefinido: la descomposición, *diactisis*, y la recomposición, *syncretisis*. Anaximandro aplicó esta doctrina, admisible en cuanto á la materia, á todo, desde la creación de los mundos hasta el más pequeño fenómeno. A esta doctrina llaman mecánica algunos filósofos porque, según ella, en el universo está sa-

joto todo á una ley pasiva de union y separacion de elementos, que produce alternativamente la vida y la muerte de los séres. De aqui dedujo Anaximandro esa variacion continua del universo, siempre idéntico á sí mismo en la materia, de tal modo que, aplicando como causa á esas composiciones y descomposiciones la fuerza de atraccion, se hubiera colocado á la altura de la filosofia de nuestro siglo.

Esta ley general, aplicada por Anaximandro á todos los séres de la creacion, le hizo admitir la igualdad de los astros, y por tanto la pluralidad de mundos habitados, en que se dice creian sus discipulos, y áun algunos otros filósofos de sectas distintas.

Anaximénes (550-50), discípulo de Anaximandro, buscó un nuevo elemento de que hacer depender la creacion material, y se fijó en el aire, que segun él es Dios, es inmenso é infinito, y está siempre en movimiento. No pudiendo encontrar en el aire, ni la produccion por el germen, á que se opone su ligereza, ni la descomposicion y recomposicion, á que se oponia su simplicidad como elemento, Anaximénes imaginó dos nuevas causas de produccion, la condensacion y la expansion: el aire condensado se convierte en sólido, en tierra, en agua, en astros; el aire extendido, dilatado, se convierte en fuego y en luz. Hay, pues, en el

mundo una sustancia única, no distinta en sus manifestaciones sino por el diferente grado de condensacion. ¿Mas cómo se efectúa esta condensacion?

No puede explicarlo Anaximénes; pero da un paso más que sus maestros, estableciendo una diferencia marcada entre el sér primitivo y los demas séres que, formados del aire, le deben la existencia.

Su discípulo Anaxágoras de Clazoménes (500), á quien muchos colocan en la escuela intermedia, fué el primero que defendió, no sólo la distincion, sino la oposicion entre lo espiritual y lo material. Anaxágoras fué tambien el primero que, dándolo todo al estudio, dejó un ejemplo á los demas filósofos que trataron de poner su conducta personal en armonia con su doctrina, carácter distintivo de los filósofos antiguos, en que ciertamente no les han imitado los modernos.

Anaxágoras era rico y abandonó sus riquezas diciendo: « Es preciso que perezcan para que yo no perezca; » llegando á tal extremo su pobreza, que dejándose morir de hambre tuvo que ir Pericles á socorrerle y decirle: « Come; porque cuando se quiere que alumbre una lámpara, es preciso echarla aceite que la entretenga. »

Su vida era una continua contemplacion de la naturaleza. « ¿Para qué vives? le pre-

guntaban. — Para contemplar el sol, la luna y el cielo; nada mejor puedo hacer, respondía. — ¿No te acuerdas de tu patria? le decían. — Sí, contestaba mirando al cielo, me acuerdo mucho de mi patria. • Condenado á muerte por sostener que el sol era una masa de fuego y que sólo hay un Dios, respondió á los jueces: • La naturaleza tiene pronunciada esa sentencia contra mí y contra vosotros hace mucho tiempo. •

Estos recuerdos de su vida son muy suficientes para comprender que Anaxágoras se formó acerca del mundo y de la divinidad ideas mucho más perfectas, más sublimes que sus antecesores. Así es, en efecto; este filósofo admite dos principios, el espíritu y la materia, Dios y el mundo, la razón y las *homoiomorfías*; principios primitivos ambos, pero de desigual categoría, porque el primero es siempre superior al segundo. La razón es el principio espiritual y causa eficiente del orden universal; es inteligente y conoce así lo pasado como lo futuro; es activa como fuerza motriz del mundo; es, en fin, inmutable, eterna, infinita, idéntica y no impresionable. El principio físico tiene, como el espiritual, la propiedad de ser eterno, porque en los fenómenos de la naturaleza nada muere, sino que se descompone en elementos que vuelven después á rennirse formando nuevos seres; pero en estas

modificaciones, lo mismo que en sus periódicos ó irregulares movimientos, que constituyen el orden, está sujeto al principio inteligente y activo.

De este modo Anaxágoras venía á parar por dos caminos distintos, *á priori* y *á posteriori*, por la observacion metafísica y por la experiencia material, á este primer principio de su doctrina. El orden y distribución del universo se deben atribuir al poder y sabiduría de un espíritu infinito; proposición que echaba por tierra el politeísmo, admitiendo un Dios único, y que, unida á la creencia de que los astros eran pura materia, fué causa de que le condenaran por ateo. Admitir el Dios único era negar los dioses.

A pesar de esto, Anaxágoras no comprendió en toda su extension la idea de la divinidad, puesto que le negó el atributo de creadora, lo cual debe considerarse como una reminiscencia de la doctrina de sus maestros, cuyas creencias conservaba en punto al primitivo estado del caos de la materia.

Anaxágoras creyó tambien en la pluralidad de mundos habitados y animados físicamente por el sol, manantial constante de calor, por ser una masa de materia inflamada; y respecto de la luna, aseguraba que tenía montes, valles, mares y habitaciones semejantes á los de la tierra.

Creía que ésta era esférica y que en su centro estaban los infiernos, como demostró cuando, ya moribundo, le preguntaron sus discípulos si quería ser llevado á su pueblo y contestó: « No; el infierno no está más lejos de un sitio que de otro. »

Diógenes de Apolonia terminó esta escuela, admitiendo, como sus maestros, que el aire era el elemento universal, pero sosteniendo que todas las cosas debían tener un principio único y comun, porque de otro modo sería imposible comprender cómo obran unas sobre otras.

III.

ESCUELA ITÁLICA.

Pitágoras. — Su doctrina y su vida. — Creencias acerca del universo. — Dudas sobre este punto. — Empedócles. — Su doctrina y milagros. — Filolao y otros.

La filosofía griega había sido hasta aquí puramente inductiva. La escuela itálica, como protesta contra la ineficacia de las teorías jónicas, fué esencialmente deductiva.

Pitágoras (505), natural de Sámos é hijo de un escultor, pasó muchos años estudiando en Egipto, y despues visitó la Caldea con objeto de consultar á sus célebres magos. Al volver á su patria, indignado del despotismo que allí reinada, se trasladó á Crotona, en Italia, donde abrió su escuela, dando así nombre á su secta.

Pitágoras, segun muchos escritores, llevó á sus doctrinas toda la extravagancia de su genio y de sus costumbres, que le hacían parecer como un sabio profundo ó como un ignorante ridiculo; de tal modo, que Jamblico casi le iguala á un dios, y Lactancio le llama viejo chocho é informal.

La doctrina de Pitágoras puede calificarse usando términos modernos, de racionalismo matemático ó idealismo formal, porque, léjos de buscar la unidad concreta que había buscado los jónicos, fundó su sistema en la unidad abstracta, en el número, que participa de lo sensible y de lo ideal. Como es imposible que el número sea una abstracción del sér, Pitágoras se valía del número para expresarle bajo la forma de proporción numérica, tratando así de hallar su forma y sus relaciones exteriores ó matemáticas con aplicacion al mundo físico.

El sistema de Pitágoras era universal y se aplicaba á todo lo existente, partiendo de la unidad absoluta ó monada universal que se manifiesta de diversa manera en otras mónadas particulares, cuyas relaciones y existencia constituyen el cósmos; de manera que la monada primitiva, inteligente, activa y potente, es la razon de todas las demas.

Nos hasta este principio fundamental de la filosofía pitagórica para explicar, así lo que el mismo Pitágoras creía acerca del

universo, como las consecuencias de su doctrina. El universo es el alma de Dios extendida por todas partes, de modo que no hay distinción esencial entre la sustancia de todos los seres, pues que éstos sólo se diferencian en las manifestaciones. Consecuencia necesaria de este principio era la transmigración, que Pitágoras llevó hasta el extremo, condenando la muerte de los animales que, en su sentir, era un ataque á la divinidad, porque eran una parte de ella; á lo cual puede contestarse con un ilustrado literato de nuestros días, que la muerte, de un animal no es censurable porque, segun la misma doctrina, no es muerte, sino variación de forma.

La armonía numérica, que Pitágoras estableció como ley del universo, debía producir un gran progreso en las ciencias exactas, que tienen por objeto precisamente el conocimiento de las relaciones numéricas. Así es que el mismo Pitágoras, aplicando su doctrina, dió el primer lugar entre las ciencias á la geometría, y llegó á prohibir la entrada en su escuela á todo el que no la hubiera estudiado.

La filosofía pitagórica no tenía en realidad original más que las consecuencias prácticas que deducía su autor; era una reminiscencia, si no una copia, de la filosofía asiática, que Pitágoras debió conocer y profun-

dizar en Egipto y en Caldea, donde pasó muchos años. En efecto, la transmigración y Dios, manifestándose esencialmente en todos los seres, son ideas antiquísimas en el Oriente; y la armonía y proporción numéricas son, como hemos dicho, la base de la filosofía china. Por esta razón Pitágoras, lo mismo que los chinos, dió un gran impulso á las ciencias exactas, llegando á indicar el verdadero método matemático, y descubriendo y demostrando una porción de teoremas. No tenemos, pues, equivocarnos el asegurar que la filosofía pitagórica era una reminiscencia de las doctrinas asiáticas, modificada solamente por el carácter griego y por la libertad que gozaba Grecia y de que careció China.

La doctrina de Pitágoras nos es conocida principalmente por referencia, siendo, portanto, bastante difícil distinguir lo que aquel filósofo dijo de lo que sus admiradores ó enemigos le hicieron decir. Por otra parte, Pitágoras estuvo más de veinte años en Egipto, pasó por las dolorosas y tremendas pruebas que los sacerdotes exigían á los que querían penetrar en el sagrado de su ciencia y llevó á Grecia esa división de la doctrina en pública y en privada que, segun muchos historiadores, no se conocía antes de su escuela. Con el tiempo hizo público lo que Pitágoras explicaba en secreto á sus

discípulos más queridos, de lo que resultó un conjunto de principios contradictorios atribuidos al mismo filósofo.

Sin embargo, parece fuera de duda que Pitágoras conoció exactamente la oblicuidad de la eclíptica, y que combatió el error de que Hesper y Lucifer fueran dos estrellas distintas, afirmando que eran diversas apariciones del mismo planeta Venus. Suponía que existían doce esferas: el firmamento ó esfera de las estrellas, las de Saturno, Júpiter, Marte, Mercurio, Venus, el sol y la luna, despues las esferas del fuego, del aire y del agua, y por último la de la tierra. Estos ciclos ó esferas transparentes y sólidos giraban en tiempos desiguales alrededor de la tierra.

Créese que Pitágoras, á pesar de enseñar públicamente que la tierra estaba en el centro del universo, sostenía en sus lecciones privadas la inmovilidad del sol y la revolución terrestre, así como la hipótesis de que los planetas estuviesen habitados por seres de distinta naturaleza física que nosotros. Plutarco asegura que los pitagóricos creían que los animales que viven en la luna son cuatro veces más fuertes que los de la tierra, y que los días y noches de nuestro satélite son iguales con los nuestros.

En cuanto á las distancias de los astros á la tierra, Pitágoras expresaba la de la

luna á nuestro globo por un tono; de la luna á Mercurio por un semi-tono, lo mismo que de Mercurio á Venus; de Venus al lo tono y medio; del sol á Marte un tono; de Marte á Júpiter un semi-tono, lo mismo que de Júpiter á Saturno; de Saturno á la esfera de las estrellas tono y medio; formando así el diapason con estas distancias.

Nada podemos decir en cuanto á la exactitud de estas medidas; las interpretaciones que algunos han hecho de ellas dan distancias muy inexactas, de tal modo que nos parece lo más probable suponer que Pitágoras no hizo observacion ni cálculo para determinarlas, sino que aplicó su teoría universal de la música á la medicion de estas distancias.

El mundo empezó, segun Pitágoras, por el fuego, accion vivificante del universo, que separaba y daba forma á los demas elementos. Algunos escritores afirman, sin que podamos asegurar con qué grado de exactitud, que aplicaba á los cuatro elementos y al universo la figura de los cinco poliedros regulares. El cubo formó la tierra, la pirámide el fuego (1), el octaedro el aire, el icosaedro el agua, y el dodecaedro el cielo su-

(1) Pirámide es una voz griega que viene de *pyros*, fuego; fué llamado así este cuerpo por su semejanza con la llama de las piras,

perior ó exterior del universo. Faverti, tratando de explicarse estas comparaciones, dice que el cubo, por ser poliedro más estable, representa la inmovilidad de la tierra: la pirámide, por su figura, la llama; el octaedro, por sus agudas puntas ó vértices, el aire que penetra en todas partes; el icosaedro, las moléculas líquidas, cuya excesiva movilidad queda así explicada; y el dodecaedro, el cielo, cuyos doce elementos eran las doce esferas de los astros.

Este empeño constante de dar á toda su doctrina un fundamento y un carácter matemáticos hizo á Pitágoras caer muchas veces en el ridículo, así como sus ideas acerca de la transmigración y de la metempsicosis le hicieron cometer multitud de acciones impropias de un filósofo.

Laclancio, que comprendía muy bien aquellos tiempos por tenerlos presentes, se admira de la credulidad del vulgo de Crotona, que daba asenso á cuanto refería Pitágoras de sí mismo. Atribuíasele la creencia de que primero había sido Etalido, hijo adoptivo de Mercurio, que le concedió el acordarse de todas las cosas que el pasaran después de la muerte: luego fué Euforvo y murió en el sitio de Troya; despues pasó su espíritu á Hermotimo, y cuando murió se convirtió en un pescador llamado Pirro. ; Humana ceguedad de los que no podían

saber qué se hacia el alma despues de la muerte!

Sin embargo de lo que acabamos de escribir, opinando como la mayoría de los historiadores de la filosofía griega, debemos añadir que es tal la confusión que reina en la interpretación de las palabras de los antiguos filósofos, que puede ponerse en duda la verdad de las opiniones que hoy se les atribuyen. Los escritores modernos, sobre todo desde que se ha introducido la costumbre de buscar la tradición de las creencias nuevas, encuentran con facilidad sus mismas opiniones en la historia de la filosofía griega. La pluralidad de los mundos habitados, la pluralidad de las existencias humanas, la frenología, el magnetismo, el espiritismo y otras muchas doctrinas, cuyos defensores quieren darles la antigüedad del hombre, se encuentran, según estos intérpretes, expresadas en todos los filósofos griegos con evidente claridad. Esto mismo sucede con la creencia en el Dios único, en el sol como centro del universo y en el movimiento de la tierra. A esta divergencia de opiniones se presta grandemente esa división y oposición entre la doctrina pública y privada, que en nuestro concepto no fué apenas practicada en Grecia, costumbre propia del teocrático Egipto y poco acomodada al libre y abierto carácter griego.

Muchos escritores, entre ellos Bailly, se resisten á admitir que Pitágoras y los demas filósofos griegos creyesen que la tierra giraba alrededor del sol, fundándose en que es imposible llegar á adquirir un convencimiento tan opuesto al testimonio de los sentidos, sin haber podido hacer observaciones que produjeran siquiera la duda. Era preciso, en efecto, que Pitágoras fuese una especie de adivino, respecto de una doctrina que veinte sigle despues no encontraba apénas más sectarios que Copérnico y Galileo, expuestos á la persecucion por lo extraño de sus opiniones.

○ Hay cierta probabilidad de que trascendiesen al público falsamente interpretados los secretos, las ceremonias y las doctrinas reservadas de los misterios. Pitágoras fué tal vez el filósofo griego que ménos inventó, el ménos original. Sus largos viajes, sus profundos estudios, su iniciacion en los misterios y la transmision solamente oral de sus vastos conocimientos, hacen muy difícil conocer á fondo sus verdaderas creencias.

En Ménfis, en Ecbatana, en Babilonia, en todas aquellas célebres ciudades elegidas por los sacerdotes y los magos como centros, como capitales de la religion y de la ciencia, había templos cuyos oscuros misterios no han sido del todo conocidos; ceremonias en que la astronomia y los dioses jugaban un

papel importantísimo, y aparatos, máquinas, jeroglíficos, pinturas y alegorias en que casi siempre los astros más conocidos y notables forman el coro y la corte girando alrededor de un principio, sér ó astro superior. Los términos confusos en que algunos filósofos hablan del cielo, de los ángeles ó astros que le presiden, de su direccion por el Verbo, y de la corte sideral, autorizan á suponer que los movimientos de algunos cuerpos celestes no fueron comprendidos sino como una creencia religiosa, y en todo caso como una vulgarizacion de la significacion profunda que se les daba en los misterios.

Hasta qué punto en los filósofos que no han dejado nada escrito pudieron modificarse por el vulgo ó por los discípulos sus creencias; hasta qué punto la opinion general tomó por hechos reales lo que eran sólo símbolos ó alegorias; hasta qué punto pudo llegarse á una conviccion opuesta al testimonio de los sentidos, sin ciencias físicas que lo demostraran, no nos atrevemos á decidirlo nosotros.

La doctrina de Pitágoras preparó la que había de sostener su discípulo Empedócles (480), incluido por algunos en la escuela intermedia. Este filósofo se elevó á considerar el amor como una de las leyes supremas del universo : de aquí provino el carácter eminentemente moral de su doctrina, sus

tendencias místicas, religiosas y reformadoras, sus predicciones, sus profecías y sus milagros. Empedócles pasó por consumado en la magia y, según sus contemporáneos, purificó las aguas nocivas de un río en Selinonte, evitó las propiedades malsanas de ciertos vientos perjudiciales en sumo grado á la agricultura, y por último resucitó á Pantia; hechos que él mismo presentaba como milagrosos y que tienen fácil explicación. Dedicóse con un ardor extremado á corregir las costumbres de Agrigento; condenaba el excesivo lujo y la molicie, consiguiendo que gran número de sus habitantes llegase á vivir con una sencillez espartana. « Vuestra cama se ha de componer decía á los hombres, de una piel de camello, una tienda de campaña, una manta de lana y dos almohadas. » Empleaba sus bienes en dotar á doncellas pobres y proporcionarles esposos honrados, y no quiso tomar nunca el mando supremo de la ciudad que le ofrecieron repetidas veces. No se sabe cómo murió: unos dicen que se precipitó en las cavernas del monte Etna, para hacer creer al pueblo que había desaparecido de un modo sobrenatural y mágico; otros que murió asfixiado en un subterráneo haciendo observaciones sobre sus pútridas emanaciones; y otros, en fin, que se retiró de muy avanzada edad al Peloponeso, donde murió de viejo.

Empedócles creía que el universo es uno y divino. Dios le penetra de su esencia y le dirige con su amor. Este Dios es el principio de todas las cosas y se manifiesta de dos modos distintos: en el mundo sensible y físico como una esfera, en el mundo espiritual y moral como amor.

El universo, que es eterno é imperecedero, se compone de cuatro elementos, aire, tierra, agua y fuego. En cuanto á la formación del mundo, Empedócles supone que estos cuatro elementos estaban primitivamente confundidos en el caos, pero animados de una fuerza repulsiva, de una especie de odio molecular; con el tiempo se fueron separando y haciéndose distintos; separados ya, el amor, que es la fuerza de atracción, los reunió armónicamente produciendo las formas regulares y simétricas y el organismo de los seres,

De modo que, según Empedócles, la vida del universo es el resultado de dos fuerzas contrarias, de las dos causas amor y odio, que dan lugar á todos los fenómenos cósmicos, y que por su continua oposición no permiten que se verifiquen ni la felicidad y regularidad completas, ni la separación ó disolución de los elementos. La existencia en este mundo es, pues, desgraciada; pero después de la muerte, el alma, en cuya inmortalidad creía este filósofo, obedece sólo á la

ley de amor ó de atraccion y se une intimamente á Dios.

Todavía no se encuentra en está doctrina una distincion perfecta entre Dios y el mundo; todavía no se concibe en ella al Dios creador, cuya omnipotente voluntad sujeta á los mundos á sábias leyes. En realidad, Dios está en su doctrina sometido á la ley de amor que obra fatalmente. Sin embargo, la idea de Dios, que nos presenta Empedócles, es más perfecta que la de sus maestros. • Dios, decía, no está formado de miembros con cabeza de hombre, no tiene dos brazos que le cuelguen de los hombros, ni tiene piés, ni muslos, ni partes genitales; sino que es un espíritu santo, inefable, un sér de naturaleza necesaria. • De este modo Empedócles venía á concluir dando la misma definicion de Dios que han dado nuestros metafísicos por mucho tiempo, y que hoy dan nuestros moralistas: Dios es un sér necesario.

Este filósofo establecía una especie de jerarquía entre los elementos, poniendo en primer lugar el fuego, como elemento de actividad, y representando tal vez por él la ley de amor que anima toda la naturaleza. Este fuego sagrado, que ocupaba el centro del mundo, iluminaba el otro hemisferio invisible para nosotros: el sol no era más que una pálida imágen, un reflejo de este fuego. Los

movimientos de los astros iban siendo en su opinion cada vez más rápidos: al principio el sol se movía con tanta lentitud, que el día equivalía á diez meses; decreció despues hasta siete meses, y últimamente á veinticuatro horas.

Esta ridícula preocupacion, como otras muchas que se refieren de Empedócles, como su magia y sus milagros, como sus transmigraciones, que le habían ido perfeccionando hasta convertirle de arbolillo y rana en hombre, son para la mayor parte de los escritores que han analizado su doctrina errores introducidos en ella por la ignorancia del vulgo, ó tal vez ideas sueltas de la doctrina pública en que solía seguir las opiniones del pueblo, segun le había enseñado su maestro Pitágoras.

Filolao, discípulo tambien de este gran filósofo y partidario de la transmigracion, se dedicó más bien á conocer el sistema astronómico que á presentar ó defender una teoría filosófica. Creía que la luz existía extendida por todo el universo, y que el sol no era más que una masa de vidrio que la reflejaba sobre la tierra y otros astros. Pero el mérito principal de Filolao fué explicar y demostrar públicamente un movimiento de la tierra alrededor del Sol. Segun hemos dicho anteriormente, no puede creerse que Filolao fuese el descubridor de esta gran hipótesis

que, en el caso de existir en Grecia como hecho astronómico, debió aprender de su maestro; pero muchos le han atribuido la invención por haberla dado á luz.

No fué Filolao el único de quien se dice que sostuvo esta verdad: en la misma secta de Pitágoras hubo muchos, más distinguidos como astrónomos que como filósofos, que lo enseñaron así. Seleuco de Eritrea decía que la tierra giraba como la circunferencia de una rueda: Eclanto explicaba el movimiento de rotación sobre el eje, pero negando el movimiento de traslación; y Aniceto de Siracusa indicaba que todos los astros podían estar en reposo y sólo la tierra en movimiento en el universo, produciéndose así los mismos fenómenos que si se moviese el cielo. Por último, Enopides de Chio admitía que el mundo había pasado por grandes transformaciones, y que los astros habían variado de camino. Creía que el sol había recorrido ántes la vía láctea, y suponía que estas transformaciones eran continuas; pero sin explicarlas satisfactoriamente.

A los ojos del erudito y del historiador que se fija sólo en la expresión de una idea, estas creencias y opiniones podrán ser muy importantes en la generación de las ideas modernas; mas para el hombre de ciencia que busca la convicción, el desarrollo lógico del pensamiento, la verdad demostrada ú

observada, apenas tienen significación alguna, y sólo pueden compararse á las aventuradas hipótesis á que hoy se entregan poéticamente en obras de imaginación hombres ajenos á la ciencia, que mañana pueden pasar por profetas.

IV.

ESCUELA ELEÁTICA.

Carácter y división de esta escuela. — Jenófanes. — Parménides. — Meliso. — Demócrito. — Atomismo. — Heráclito.

La filosofía griega había recorrido con las escuelas jónica é itálica el primer periodo de su existencia: había buscado en el número y en la naturaleza, objeto primero de toda observación primitiva, el secreto del orden universal y la razón de las cosas. Pero estos dos principios no podían dar de sí más que lo que dieron en manos de Tales y de Pitágoras. Era necesaria en el orden lógico una nueva escuela, un nuevo punto de parada en aquella circunferencia que los filósofos iban descubriendo alrededor de la verdad sin dar nunca con ella. La naturaleza y el número se prestaban á confundir el espíritu y la materia, la causa y el efecto; un nuevo progreso debía separar estos dos elementos. Así lo hizo la escuela eleática; pero los separó mal: en vez de distinguirlos y dar á cada uno su

que, en el caso de existir en Grecia como hecho astronómico, debió aprender de su maestro; pero muchos le han atribuido la invención por haberla dado á luz.

No fué Filolao el único de quien se dice que sostuvo esta verdad: en la misma secta de Pitágoras hubo muchos, más distinguidos como astrónomos que como filósofos, que lo enseñaron así. Seleuco de Eritrea decía que la tierra giraba como la circunferencia de una rueda: Eclanto explicaba el movimiento de rotación sobre el eje, pero negando el movimiento de traslación; y Aniceto de Siracusa indicaba que todos los astros podían estar en reposo y sólo la tierra en movimiento en el universo, produciéndose así los mismos fenómenos que si se moviese el cielo. Por último, Enopides de Chio admitía que el mundo había pasado por grandes transformaciones, y que los astros habían variado de camino. Creía que el sol había recorrido ántes la vía láctea, y suponía que estas transformaciones eran continuas; pero sin explicarlas satisfactoriamente.

A los ojos del erudito y del historiador que se fija sólo en la expresión de una idea, estas creencias y opiniones podrán ser muy importantes en la generación de las ideas modernas; mas para el hombre de ciencia que busca la convicción, el desarrollo lógico del pensamiento, la verdad demostrada ú

observada, apenas tienen significación alguna, y sólo pueden compararse á las aventuradas hipótesis á que hoy se entregan poéticamente en obras de imaginación hombres ajenos á la ciencia, que mañana pueden pasar por profetas.

IV.

ESCUELA ELEÁTICA.

Carácter y división de esta escuela. — Jenófanes. — Parménides. — Meliso. — Demócrito. — Atomismo. — Heráclito.

La filosofía griega había recorrido con las escuelas jónica é itálica el primer periodo de su existencia: había buscado en el número y en la naturaleza, objeto primero de toda observación primitiva, el secreto del orden universal y la razón de las cosas. Pero estos dos principios no podían dar de sí más que lo que dieron en manos de Tales y de Pitágoras. Era necesaria en el orden lógico una nueva escuela, un nuevo punto de parada en aquella circunferencia que los filósofos iban descubriendo alrededor de la verdad sin dar nunca con ella. La naturaleza y el número se prestaban á confundir el espíritu y la materia, la causa y el efecto; un nuevo progreso debía separar estos dos elementos. Así lo hizo la escuela eleática; pero los separó mal: en vez de distinguirlos y dar á cada uno su

esfera propia y buscar sus mutuas relaciones, los consideró como contradictorios en su existencia, y se dividió en dos sectas: la metafísica, que admitía como principio único el espíritu, y la física, que partía de la materia y no admitía más que la materia.

La escuela metafísica de Elea fundó un racionalismo idealista, necesariamente panteístico. Jenófanes de Colofon (536), su fundador, empezó por sostener que Dios es un todo (el uno y el todo, dicen otros) infinito, una sustancia ó mente eterna y de forma esférica, inmutable en su esencia, no sujeto á ninguna clase de generacion ni de muerte, negando cuanto puede ser contradictorio á esta idea. El mundo, el universo en general, como mudable, inconstante y perecedero, es contradictorio con la idea de Dios; de consiguiente, ó no existe ó debe resolverse en el todo, siendo por tanto el mismo Dios, es decir, una sustancia, un sér divino.

Admitía al mismo tiempo que la materia, si no en su forma, á lo ménos en su esencia, era eterna, tanto por ser Dios, como porque de la nada no puede hacerse nada.

Respecto del conocimiento del universo, Jenófanes tuvo ideas muy vulgares. Si hemos de creer á Plutarco, pensaba que las estrellas apagaban su luz por la mañana para volver á lucir por la noche; que el sol es una gran nube inflamada, que tiene tam-

bien sus períodos en que se extingue el fuego que le hace brillante, verificándose entónces los eclipses; desatinos y vulgaridades que son inconcebibles un siglo despues de Tales, como dice un escritor del siglo pasado.

Parménides (400), su discípulo, explicó algun tanto el panteísmo idealista de su maestro, llevándole, como suelen hacer los discípulos, á la exageracion; de tal modo que el intento de la escuela eleática, mas bien indicado que manifestado, de oponer lo racional á lo sensible, haciendo dominar el elemento especulativo, dió muy pronto un amargo fruto. Parménides deduce de la eternidad del sér único la inmutabilidad, de ésta la negacion de toda sucesion ó desarrollo y de toda variedad, de manera que, sin pretenderlo, cae en el escepticismo, negando hasta la existencia finita, el movimiento y la distincion material. Admitía en ciencias el principio de la razon suficiente, y por ella explicaba que la Tierra estuviese en el centro del mundo sin caer hácia abajo, diciendo que no habia razon alguna para que estuviese más hácia un lado que hácia otro en el espacio ó vacío infinito. Pero como este principio tiene sólo una aplicacion limitada á corto número de casos, venía á establecer en muchos la duda, despreciando como falso el testimonio de los sentidos y

yendo más allá que su maestro, que áun en los casos más dudosos admitía la conjetura y la presuncion.

Terminó esta secta con Meliso de Sámos, que llegó á considerar las cosas como simples fenómenos y las realidades físicas como apariencias, hasta el punto de negar las dimensiones geométricas á los cuerpos.

Como puede conocerse desde luego, no era lo más á propósito para conocer el universo negar su existencia y sus accidentes; de modo que la escuela metafísica de Eleas no dió un paso en esta materia, y causó un grave daño á la filosofía torciendo la direccion de su primer intento y haciendo irreconciliable é incompatible lo que sólo debía ser distinto.

La doctrina de Leucipo (500), fundador de la secta física, nos es poco conocida. Su discípulo Demócrito (484), natural de Abdera, en Tracia, fué el fundador del atomismo que caracterizó principalmente á esta secta. Se dedicó con tal ador al estudio, que sus contemporáneos decían de él que se habia hecho sacar los ojos para no distraerse en sus meditaciones; pero parecia cierto que se encerraba en una cueva para reflexionar. Rivalizó con Pitágoras en viajes y en conocimientos; pero se diferenció de el en que fué original en sus creencias.

Demócrito fundaba su doctrina en tres

principios: el átomo, el movimiento y el vacío. Los átomos son las partes pequeñísimas que constituyen los cuerpos, y se consideraba como unidades eternas, indivisibles é inmutables, infinitas en número, variadas en la forma, pero iguales en la esencia. El vacío es lo que separa los átomos, y el espacio inmenso que rodea el mundo y constituye con éste el universo. El movimiento era, á lo que parece, esencial á los átomos y como inherente á su existencia; pero Demócrito no fijó sus leyes, pudiendo sospechar que admitió la casualidad como única ley del rápido y vertiginoso movimiento de estos corpúsculos,

Demócrito no admitía en el mundo más que los átomos, que eran el principio de toda existencia, y el vacío, que era la no existencia. La formación de los cuerpos y de los mundos se debía solamente al movimiento intrínseco y necesario de los átomos. Los dioses eran en realidad átomos, ó simulacros y fantasmas de átomos, que revoloteaban alrededor de la tierra, obrando sobre nuestros sentidos. El alma era una reunion de átomos esenciales, sutiles y ligeros, como los que constituyen el fuego. Como los átomos son impalpables é invisibles, no obran sobre nosotros; los conocemos únicamente por unas emanaciones ó simulacros de cuerpo que rodean á los cuerpos, y es lo que vemos.

De aquí se sigue que no conocemos los cuerpos; lo que para un materialista, que niega todo lo que no sea cuerpo, equivale á decir no conocemos nada. Por esto decía Demócrito: « Niego que sepamos alguna cosa ó que no la sepamos. Niego también que sepamos si sabemos esto. » Esta doctrina de la incomprendibilidad de todo ó de la catalepsia (1) fué el prólogo del epicureísmo y del escepticismo. Sus discípulos aprendieron sólo de su doctrina la negacion y la duda: Metrodoro negó la posibilidad de saber algo, y Diágoras afirmó que era imposible saber si existían los dioses, por cuya causa fué desterrado.

Por lo demás, en la doctrina de Demócrito, la única causa de la creacion del mundo es la casualidad, los átomos con sus movimientos concurren en ciertos puntos y forman los mundos, que pueden perecer por este mismo movimiento cuando sus átomos se separen.

La teoría atomística ó corpuscular permitió á Demócrito explicar una porcion de fenómenos satisfactoriamente, ó á lo ménos de

(1) Aunque algunos escritores modernos han rechazado esta palabra, nosotros la empleamos por su gráfica significacion. El ánimo de aquellos filósofos estaba, como el cuerpo en los ataques catalepticos, privado de movimiento y de sentimiento, indiferente á todo, sumergido en la duda.

una manera que no se opone á las hipótesis modernas, porque en cierto modo penetra en el estudio íntimo de los cuerpos. Fué el primero que consideró la vía láctea como una reunion inmensa de estrellas infinitamente lejanas, siendo por esta causa imposible distinguirlas individualmente. Creía que el número de planetas era infinito, y que los cometas no eran más que la reunion de dos ó más planetas, cuya luz producía en nosotros la sensacion de un solo astro.

Heráclito, á quien algunos con Empedócles y Anaxágoras colocan en la escuela intermedia, admitió como principio de su doctrina la oposicion, el ser y el no ser, y la trasformacion como consecuencia ó hecho en que se realizan necesariamente estos dos principios; porque para trasformarse un cuerpo es preciso que no sea lo que era, y que sea lo que no era; de modo que el mundo era una trasformacion continua, una perpétua elaboracion. Heráclito y todos los demás filósofos solían partir de un principio verdadero, por más que el sistema que defendieran fuera absurdo en su conjunto. La oposicion entre el ser y el no ser, es decir, entre el estado de un cuerpo antes de trasformarse y despues de trasformando, es evidente. Pero qué deducia Heráclito de esta serie de trasformaciones y de este hecho evidente? Nada útil, ni

práctico, ni que diese á conocer las leyes naturales.

Dios en este sistema es el sér universal y etéreo que se manifiesta como fuego en el mundo material y como razon en los séres inteligentes. El fuego es, pues, el símbolo del universo, porque es la causa de la vida y de sus trasformaciones, ó sea el flujo eterno de los fenómenos. El mundo tal como está constituido no es eterno; su existencia será limitada porque es simplemente una trasformacion pasajera de la sustancia ignea, cuyo fin dará nacimiento á otros mundos.

Heracrito, considerando el universo como una forma pasajera y de precaria existencia, no dió una gran importancia á su estudio.

V.

SOFISTAS.

Protágoras. — Górgias. — Reflexiones sobre los sofistas

Las escuelas sofisticas vinieron á terminar lógicamente este primer período de la filosofia griega. Tras de la negacion del mundo espiritual por unos, y del mundo material por otros, debían venir los que negasen uno y otro, así como habian venido los filósofos intermedios á admitir ambos principios opuestos; realizándose de este

modo una ley inevitable, que obliga á las creencias á recorrer todos los campos y todas las combinaciones ántes de desaparecer.

Protágoras, natural de Abdera, que fué el primer sofista, fundó su doctrina en este principio: el hombre es la medida de todas las cosas; es decir, todo en el mundo no es más que lo que cada uno ve ó cree ver; de modo que en realidad nada existe como verdadero en sí mismo, ó si existe, no lo conocemos; pero bajo el punto de vista personal ó humano todo es para nosotros igualmente verdadero. De modo que, limitándose por esta doctrina todo el conocimiento á una percepcion relativa sólo al hombre, el cual es incapaz de distinguir su falsedad ó su exactitud, se seguía una existencia incomprensible, dudosa y negable del universo y de sus leyes. Este filósofo empezó uno de sus libros diciendo que no sabía si habia dioses, y que si los habia ignoraba lo que eran; duda que encierra ya el gérmen del pirronismo.

Del mismo principio que sirvió de base á Protágoras dedujo Górgias el Leontino lo contrario: todo es igualmente falso. Pero Górgias no se detuvo aquí, sino que, haciendo un sutil análisis de la existencia de las cosas, vino á sostener que nada existía realmente y que, aunque existiera, el hombre carece de medios para conocerlo.

Pródico de Cea admitió ambos sistemas á un tiempo y sostuvo las cosas más opuestas.

En nuestra opinion, algo diferente de la que tienen respetables escritores, los sofistas no se propusieron desde luego, ni negar la verdad, ni trasear con la palabra. Empezaron por buscar sinceramente la verdad en medio de aquel cúmulo de opiniones contradictorias, y limitándose al conocimiento de lo verdadero y lo falso, considerado subjetivamente, no pudieron descubrir el criterio de certidumbre. En cuanto á las percepciones, á que principalmente se refiere la doctrina de los tres que hemos citado, puede explicarse su error con sencillez. Respecto de nosotros mismos, cuanto vemos es verdadero. El sol se nos presenta como un disco plano; los objetos distantes como de pequeño tamaño. ¿Dejará de ser verdadero para nosotros este aspecto cuando así le vemos? Es tates la doctrina de Protágoras. Pero este aspecto es falso respecto del objeto: esta es la doctrina de Górgias. Mas ¿nos engañan siempre los sentidos estableciendo está contradicción entre el sujeto y el objeto? No; muchas veces al aspecto es verdadero. Hé aquí la doctrina de los sofistas que admitían ambos principios.

Pero como los sofistas no presentaban criterio alguno de verdad, cayeron bien pronto en el escepticismo: creyeron posible de-

fender lo afirmativo y lo negativo y dieron el lastimoso espectáculo que daba Górgias comprometiéndose á defender el pro y el contra por una miserable cantidad. Así nos explicamos la existencia de los sofistas, que fueron objeto de tantas y tan duras censuras por parte de los filósofos posteriores.

No hay para qué decir que el conocimiento del universo no adelantó nada con los sofismas, antes por el contrario apartó la mente de los filósofos de este punto, obligándoles á sentar primero los fundamentos del mundo moral. Las leyes físicas, lo mismo que los dogmas religiosos y el juicio de las acciones humanas, eran objeto de juego y de inútiles controversias entre aquellos hombres que, según las palabras de uno de ellos, tenían á gala hacer ver grande lo pequeño y pequeño lo grande; que sacrificaban la verdad y la convicción al interés ó á un chiste cualquiera; que se vanagloriaban de defender ante la multitud lo absurdo y de negar lo evidente, y que ponían en tortura su ingenio para promover cuestiones dudosas en que pudiera argüirse con facilidad en pro y en contra.

El filósofo moderno no puede comprender toda la influencia que en las costumbres, en las creencias y en la ciencia tuvieron los sofistas; porque no le es dado resucitar una sociedad ciega que, careciendo de

verdades fundamentales, se entretenía y se alimentaba con los juegos de palabras y con las sutilezas con que se reemplazó la fe, la observación, la experiencia, las fuentes más sencillas y más seguras del conocimiento. Así es que hoy nos admira el leer en Platon, en Aristóteles, en Sócrates y en otros filósofos de clarísima razón las refutaciones formales de frivolidades y ridiculeces, de sofismas y extrayagancias que excitan la risa, y que se referían á cosas tan evidentes como la propia existencia, el movimiento, las propiedades de los cuerpos, la extensión y la simultaneidad de cualidades y de esencias perfectamente incompatibles. Pero ¿qué había de suceder cuando los sofistas se anunciaban como maestros pretendiendo enseñar á negar que el día fuese día y la noche fuese noche, y los padres de sus discípulos y los discípulos mismos creían cándidamente que esto era un mérito y una gloria y un bien? ¿Qué había de suceder cuando se declaraba que se buscaban armas en la dialéctica, no para descubrir la verdad, sino para presentar como verdadero; lo falso y como falso lo verdadero; demostrando claramente de este modo que el objeto del estudio, del talento y de la oratoria era huir de la certidumbre, armarse contra toda creencia y renegar del objeto para que somos inteligentes?

VI.

SÓCRATES.

Aparece por fin Sócrates (400) á derramar un rayo de luz en aquella confusión, y separa por completo, según hemos dicho ya, el mundo del creador, y enseña que existe una providencia conservadora del mundo material.

Sócrates, en pequeña escala y reducido término y bajo cierto punto de vista, tuvo que hacer una cosa semejante á la que hicieron después los grandes reformadores del mundo: luchar sin descanso contra la metafísica del error, y establecer los fundamentos de lo moral y lo intelectual, socavados y perdidos en el caos de los extravíos de los filósofos. Por eso Sócrates presenta una gran doctrina en punto á las relaciones de Dios y el mundo; de la inteligencia suprema y divina y el mundo material; pero no descendiendo al estudio del universo, tal vez por creer estas cuestiones de pequeña importancia ante la regeneración moral.

Sócrates creía en el Dios único superior y conservador del universo, pero tuvo la debilidad de no confesarlo públicamente. Acusado de ateísmo y de falta de respeto á los dioses, se presentó ante sus jueces como fiel

creyente de la mitología; y condenado á muerte, pasó sus últimos momentos hablando sobre la inmortalidad del alma y los deberes del hombre: sus últimas palabras fueron un sarcasmo contra el paganismo ó una nueva debilidad de aquel momento supremo:

• Criton, debemos á Esculapio el sacrificio de un gallo; cumple por mí esta ofrenda. •

Juzgado Sócrates dentro del paganismo y de la filosofía griega, como el principal elemento de la reaccion que suscitaron los sofistas, es la figura más grandiosa de aquellos siglos, y no peca de exagerada la opinión de que fué el precursor del cristianismo, y uno de esos genios de que la Providencia se vale para manifestar la verdad en determinadas épocas.

Pero á los ojos del pensador que analiza y estudia en sí misma la doctrina de Sócrates y la relaciona, no con su época, sino con la razon y la verdad y con el deber que resulta de su conexión, ¿cuán otro aparece el gran filósofo ateniese!

Sócrates, aficionado desde niño, por sus propias inclinaciones ó por consejo de Criton, su protector, al estudio del universo, es decir, de la astronomía, de la física y de las ciencias naturales, abandona en breve este estudio por creer imposible que el hombre conozca las cosas ocultas ó impenetrables que encierra la naturaleza; debilidad en que se

descubre algo del pirronismo ó de la duda eleática.

Dedicado exclusivamente al estudio de sí mismo y de la moral, examina lo que sabe, y viene á afirmar, cuando le llaman ilustre filósofo, que sólo se diferencia de los demás hombres en que él no sabe nada y lo confiesa, mientras los otros creen que saben lo que no saben.

Ante la fama universal de Sócrates, ante sus virtudes personales y sus preceptos de moral, ante su muerte ejemplar y digna de un mártir, como ante su busto, ¿por qué no hemos de decirlo? que revela en su espaciosa frente la tranquilidad y la serenidad de un justo, nos duele escribir el juicio que tenemos formado de este filósofo; pero no podemos ménos de decir que ni abandonó los juegos de palabras y las sutilezas de sus contemporáneos, ni acertamos en muchos casos á distinguir si sus frases eran sinceras ó encerraban una sátira. Confunde la virtud con la sabiduría, la moral con la ciencia, y la existencia ordenada y científica del mundo con la providencia, y tal vez tiene miedo á manifestar sus opiniones, y hace de su demonio ó familiar el eco de la profecía, que le presenta constantemente obstáculos y le obliga muchas veces á quedarse perplejo. En toda su doctrina, en medio de aquellas máximas purísimas á que no llegó ningun

otro filósofo, hay cierta indecision, cierta vaguedad en el fundamento, que proviene sin duda de que eran solamente personales; defectos que se hacen evidentes cuando, contrastando con ellas, termina sus discursos con alguna frase inesperada. ¿Quién comprende que el mismo hombre que, próximo á morir y con la copa de cicuta en la mano, pronuncia su bellissimo discurso sobre la inmortalidad del alma, termine recordando el sacrificio prometido del gallo, y conteste á los que le preguntaban acerca de su entierro con un chiste, diciéndoles que le confunden con su cadáver?

Sócrates fué indudablemente un hombre de inmensa superioridad respecto de los sofistas; pero ¿cuánto le falta para ser el verdadero filósofo que hace depender la moral de la verdad!

Realmente el juicio de Sócrates no nos corresponde á nosotros hacerlo dentro de nuestro propósito: por esto indicamos solamente cuáles fueron sus creencias respecto de las relaciones entre Dios y el mundo, é indicamos ligeramente su significacion en el progreso de la filosofía griega.

Sócrates no dejó nada escrito, ni formó tampoco, rigurosamente hablando, un sistema filosófico que tuviese por objeto explicar el mundo y el hombre y las relaciones que unen á estas creaciones con Dios; se propu-

so más bien encauzar la filosofía y combatir los muchos errores de sus contemporáneos, protestando contra el materialismo y el escepticismo. A su muerte cada discípulo, siguiendo recta ó equivocadamente el impulso recibido, fundó una escuela ó secta, naciendo así la cirenaica, la cinica, la megarica, la pirrónica, la eliaica, la erétrica y la académica.

VII.

SECTAS CIRENAICA Y CÍNICA.

Aristipo. — Teodoro. — Consecuencias de su doctrina. — Antístenes. — Diógenes. — Sus extravagancias. — Crates.

Aristipo de Cirene (380), discípulo ingrato de Sócrates y fundador de la secta cirenaica, llamada así por su patria, no encontró en el mundo evidente más que la sensación, la cual es incapaz de enseñarnos nada más que una simple modificación interna ó externa. No habiendo en el mundo sino sensaciones, claro es que el fin del hombre es satisfacer las que sean agradables y evitar las que no lo sean: el deíote es, pues, el principio y el objeto de la vida: no hay moral, no hay deberes, no hay nada más que el placer de la sensación como única ley de nuestros actos. La tierra es un lugar que

nos ofrece placeres y dolores: existe para que gocemos los primeros, empleando así nuestra razón.

La investigación del criterio de verdad y el análisis de que Sócrates había huido hábilmente, dejándose llevar de más universal propósito, debían dar en sus mismos discípulos frutos no menos estériles que en los filósofos que le precedieron. La virtud, que para el sabio ateniense era una contemplación del bien y de la providencia, fué en la escuela de Aristipo una satisfacción armónica de las necesidades y deseos materiales del hombre.

Dicho se está que tal doctrina no podía ser nada útil al conocimiento del universo, que debe empezar por un Dios y por una misión sagrada en el mundo, y terminar por un análisis delicado de la naturaleza. Al que sólo busca el placer material, y cree que con esto realiza su destino terreno, y que todo termina aquí abajo, no le hace falta un ser creador, ni otra vida, ni un universo que demuestre la providencia infinita.

Aristipo no desarrolló lo suficiente su sistema para llegar á este resultado: pero su discípulo Teodoro de Cirene, con más lógica que verdad, predicó el escepticismo y el ateísmo, que se deducían evidentemente de los principios sentados por su maestro.

Uno y otro filósofo prepararon el epicu-

reísmo moral, negando á esta parte de la filosofía todo fundamento que no fuera el placer, y enseñando su doctrina con la palabra y el ejemplo. Aristipo fué el primero que exigió una paga á sus discípulos: atraído por los placeres de la corte de Dionisio el Tirano, se trasladó á Siracusa, diciendo que los filósofos debían ir á buscar á los reyes, porque conocían sus necesidades; ya que los reyes no buscaban á los filósofos, porque las desconocían. Allí empleó una adulación tan servil, que dió lugar á que Diógenes le reprendiera públicamente diciendo: «Si Aristipo supiese contentarse con legumbres, no adularía á los reyes;» á lo que él contestó con desenfado: «Si Diógenes supiese hacer la corte á los reyes, no se contentaría con legumbres.»

Teodoro hizo siempre gala de ateísmo y de poco respeto. Enviado por Tolomeo de embajador á Lisimaco, se presentó con tal descaro, que este príncipe le dijo: «Creo, Teodoro, que piensas que no hay reyes, así como que no hay dioses.» Fué condenado á muerte por ateo.

La secta llamada cinica, por el lugar en que explicaron sus filósofos, ó moral por su carácter, pues que no pasó nunca del exámen y razón de las acciones humanas, fué creada por Antistenas, y sostenida después por Diógenes y Crátes.

Antístenes (420) admitía un sólo Dios, pero sin los atributos que exige su naturaleza: le concedía en realidad solamente la libertad. El fin del hombre era asemejarse á Dios; es decir, ser completamente libre; y como las relaciones sociales, las riquezas, los placeres, el lujo no quitan alguna libertad, era preciso romper con todos estos vínculos. Antístenes rompió en efecto; se dejó la barba, cubrió su cuerpo con una mala capa, limitó sus propiedades á un palo y unas alforjas: así predicaba la libertad; así creía asemejarse á Dios. Nos basta este hecho para comprender qué idea se formaría del creador del mundo.

En punto á moral, creía que se debía vivir según la naturaleza y hacía de la virtud la independencia de todo lo que es externo al hombre, conservando la doctrina de Sócrates en la unión de lo bello y de lo bueno, pero refiriéndolo principalmente á los sentidos.

Diógenes (400), siguiendo la ley fatal que obliga al discípulo á exagerar la doctrina de su maestro, prescindió hasta de la casa y se metió en un tonel, donde vivía y hacía sus necesidades. Poco ó nada nos ha quedado de su doctrina física; pero creemos que el verdadero conocimiento del universo no se extendería para él mucho más allá de su tonel.

Diógenes llevó al más alto grado de exageración, no sólo la doctrina de su maestro, sino la ridiculez y grosería de la vida. Nunca solía mezclar la palabra Dios en sus arengas y discursos, y se cree que negó la inmortalidad del alma. Poco ántes de morir mandó que le dejasen en el campo insepulto, y habiéndole respondido sus amigos que le comerían los cuervos, añadió que pusiesen un palo al lado. • ¿Y cómo los espantarás si no tendrás sentido? • le dijeron; y contestó: • ¿Pues qué me importa ser comido de las bestias si no sentiré nada? • Esto prueba, ó que creía en el aniquilamiento humano ó en la vida ulterior del alma completamente libre del cuerpo.

No hay escritor que se haya ocupado algo de la filosofía griega que no se haya detenido en este tipo para dar á conocer el orgullo de la secta cínica. Alejandro quiso conocerle y fué á verle á Corinto: le encontró en su tonel tomando el sol, y le dijo que le pidiese algo: • Que te vayas de ahí porque me quitas el sol. • Juvenal cree que en aquel momento era más feliz Diógenes que el gran Alejandro. Sabido es también que éste dijo al separarse: • Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes. • Poco después el filósofo cínico salió de día con una linterna, diciendo: • Busco un hombre; hasta ahora no he visto más que un niño. •

Crea que su excesiva libertad le elevaba sobre los demás hombres; de tal modo que, habiendo sido cogido por unos piratas que le llevaron al mercado para venderle, se anunciaba él mismo á grandes voces diciendo : « ¿ Quién quiere comprar á su maestro ? » y preguntándole una qué sabia hacer, contestó : « Estar sobre los hombres. » Le compró un corintio, y cuando oyó llamarse esclavo contesto : « Los leones no son esclavos de quien los cuida; ántes bien, sus dueños son criados de los leones. »

Condenaba el pudor y la vergüenza como debilidades; censuraba todós los actos: viéndolo un dia á un ladrón condenado por los jueces, dijo : « Hé aquí grandes ladrones condenando á uno pequeño. » Habiendo oido á Platon decir que el hombre era un bípedo implume, entró en su clase y soltó un gallo desplumado diciendo : « Ahí tenéis al hombre de Platon. » Conservó únicamente una escudilla para beber; pero, viéndolo á una niña que bebía en el río con la mano, la arrojó diciendo : « Todavía tengo cosas superfluas. » Dicese que fué condenado por ateo; no se defendió, limitándose á contestar á los jueces : « La felicidad de Harpalo, que es un ladrón y un bandido, depone contra vuestros dioses. » Todos estos hechos característicos pintan su doctrina mejor que otra explicacion cualquiera.

Su discípulo Crátes de Tébas no fué mé-

nos grosero en sus costumbres, ni más religioso. En union con su mujer, énica también, reprendía públicamente las costumbres.

Los cinicos, como todas las sectas griegas, tuvieron un origen lógico: ante las doctrinas de Aristipo ó Teodoro se presentó como una reaccion en favor de la virtud Antístenes, tal vez virtuoso equivocado ó exagerado, pero enemigo acérrimo de los que buscaban el deber en la satisfaccion de los placeres.

VIII.

OTRAS SECTAS. — PLATON.

Las sectas megárica, elíaca, erítrea y pirrónica no dieron ni siquiera un paso en el conocimiento del universo. Euclides, Fedon, Menedemo y Pirron, sus fundadores, se dedicaron más á la dialéctica y á buscar inútilmente un criterio de verdad, que á conocer el mundo así espiritual como material. En mano, ó por mejor decir en boca de estos filósofos, se convirtió la lógica en un juego de palabras y de ideas, que vino á terminar en el lema de Pirron: « Es imposible saber nada. »

Los hombres que todo lo ponían en duda ó lo negaban; los que querían destruir la naturaleza humana y dar al hombre otra

naturaleza artificial; los que así desconocían su propia esencia, no podían penetrar en el estudio del universo.

En medio de tantos errores fundó su secta el gran Platon (429-348), discípulo de Sócrates en moral y de Teodoro en matemáticas. La doctrina de este filósofo es un racionalismo idealista con tendencias al panteísmo. En efecto, Platon, buscando la unidad absoluta en la razón, que es el principio del ser humano y la manifestación de Dios, hace de esta razón el mundo inteligente y real en que la unidad absorbe la variedad.

Según Platon, las ideas son como nociones innatas que encontramos en el alma el tipo inmutable y real, el principio y la causa de todo lo que existe. Los objetos de la naturaleza, los cuerpos y los seres se modifican continuamente, varían sin cesar y sin ser; pero las ideas son su tipo inmutable. Por tanto, la idea es la misma naturaleza de los seres y de las cosas, el principio de su existencia, y éstas á su vez participan de la naturaleza de la idea y tienen por objeto darle realización sensible: el mundo material es, pues, un reflejo del mundo inteligente, al cual está ligado de modo que por sí mismo no tiene existencia ni destino propio. De aquí se sigue la jerarquía de los seres. Dios creó por sí mismo los seres superiores, es

decir, los dioses y los astros, y encargó á dioses subalternos la creación de los hombres y de los animales; de manera que cada ser está ligado á otro de quien depende. Un astro puesto en movimiento no tiene el movimiento por sí mismo, porque no se puede encontrar en la materia el principio de las cosas; recibe este movimiento de otro cuerpo, y este de otro, hasta llegar así al primer motor, que debe ser necesariamente espiritual.

Dios es creador; hizo el mundo con perfecta conformidad á la idea preexistente en su razón, y después de haberle hecho, considerando su obra y hallándola conforme á su modelo, se alegró, se aplaudió en cierto modo á sí mismo. Pero no se crea que Dios hizo el mundo de la nada: la materia es eterna; existía antes de la creación del mundo; existía, si no físicamente, á lo menos intelectualmente, en la idea eterna de Dios. Dios, por decirlo así, le dió la forma construyendo con ella una copia material de la idea del mundo que tenía en su mente; de modo que Dios ó el espíritu y la materia son dos principios opuestos, pero sí eternos y coexistentes.

La participación y penetración de la idea en todos los seres hace que la doctrina de Platon tienda al panteísmo; porque no está bien marcada la diferencia entre la idea que

existe en la mente de Dios y el mundo, exacta copia de esa idea, sin la cual no podría existir. Así es que el mismo Platon dice: « El mundo, el cielo, los astros, la tierra, las almas y aquellos, á quienes la religión de nuestros padres atribuye la divinidad, todo esto es Dios. »

Esta doctrina es un resumen y combinacion de lo que enseñaron los más notables filósofos anteriores. Tiene en la parte física algo de Heráclito, en la parte metafísica bastante de Pitágoras, y en la moral mucho de Sócrates, pero unido admirablemente en un verdadero sistema filosófico. Buscando Platon en todas partes el reflejo de una idea, aconsejaba á sus discipulos que admirasen el orden asombroso de los cuerpos celestes para aprender á amar el orden en su vida y la tranquilidad del alma. Buscó la causa del movimiento circular, y propuso á sus discipulos este problema, que él no pudo resolver porque sólo comprendía el movimiento en línea recta como efecto de una fuerza primitiva. Creyó que el orden de los astros era el siguiente: la tierra en el centro, la luna, el sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno; pero, según afirma Plutarco, en sus últimos años sostuvo que el centro del mundo debía estar ocupado por una sustancia más noble y digna que la tierra.

La filosofía platónica fué un verdadero

progreso bajo el punto de vista del conocimiento del universo porque estableció, no sólo la causa del movimiento, ó como hoy se dice, de la vida del mundo, en Dios, sino porque intentó explicar la dependencia y relacion que tienen entre sí bajo el aspecto físico los cuerpos celestes, ya por un esfuerzo de su razon, ya porque, como es probable, adquiriese Platon en Egipto conocimientos tomados del libro de Moises. Inducen á creerlo así muchos pasajes de sus obras que parecen sugeridos por la lectura del Génesis, y entre ellos el que hemos citado ántes, referente á la aprobacion que Dios se dió á sí mismo despues de hacer el mundo, expresada en la *Biblia* del modo siguiente: « Y vió Dios que todo esto era bueno. »

La doctrina de Platon, presentada tan admirablemente en sus *Diálogos*, tiene tanto merito por lo que estableció, como por haber huido de los peligros en que habian caído otras sectas. La oposicion entre lo finito y lo infinito, que habia sido el escollo de la escuela eleática y el gran problema de toda la filosofía griega, desapareció algun tanto en Platon, que admitia desde luego ambas cosas como necesarias y como distintas sin embargo, siendo lo finito la imitacion, la realizacion de la idea preexistente de lo infinito.

XI.

DISCÍPULOS DE PLATÓN.

Platón, lo mismo que Sócrates, señala un punto culminante en la filosofía griega; pero los esfuerzos de estos hombres eminentes se estrellaban en la indiferencia de un pueblo incapaz de comprenderlos; sus doctrinas apenas salían del recinto en que las predicaban, y no eran en realidad conocidas más que de algunos discípulos, que empezaban por admirar á su maestro y concluían por envidiar su fama y fundar una nueva secta.

Por otra parte, estas doctrinas abstractas que conducían directamente á un Dios único, creador, ó por lo ménos coeterno con la materia y apenas superior á ella, estaban en completa oposicion con el politeísmo á que era necesario rendir culto público; de tal modo que los mismos que por un esfuerzo de su razon llegaban á concebir la idea de este sér único, la desmentían con sus actos, adorando á los dioses, haciendo sacrificios ó libaciones en su honor y jurando en su nombre, como hemos visto que hizo Sócrates.

De aquí provino tambien la tendencia constante de los discípulos de estos grandes hombres á conciliar sus ideas con el mate-

rialismo pagano, no habiendo uno que continuase la doctrina de su maestro con la dureza que la había recibido; de manera que con cada uno de estos filósofos murió, si así puede decirse, todo su sistema.

Miéntas se discutían estas doctrinas puramente psicológicas, que cada uno representaba á su modo, la teoría física que más dominaba en Grecia era la atomística. Ninguna otra reinó por tanto tiempo ni tuvo tantos defensores. Desde que la escuela intermedia la inició hasta que llegó á todo su desarrollo con los epicúreos, no dejó de ser explicada y aplicada por la mayoría de los filósofos, que encontraban en ella razones satisfactorias para darse explicacion de una porcion de fenómenos, en el estado en que entónces se hallaban las ciencias. Pero, como á esta teoría no podían aplicarse completamente sistemas filosóficos, cada uno de los cuales aspiraba á una gran generalidad absorbente; como no había en realidad un vínculo que uniese y separase, es decir, que descubriese la unidad y la variedad, la causa y el efecto, el mundo espiritual y el mundo moral, la ciencia física vivía aislada antifilosóficamente, amontonando hechos y observaciones sin enlace alguno, ó cuando más explicándolos por medio de ridículas suposiciones y de propiedades poco conocidas, que se suponían residentes eterna ó ac-

cidentalmente en la materia; preparándose así la doctrina aristotélica y las hipótesis que habían de reinar por tantos siglos en Europa acerca de las virtudes secretas de cada cuerpo.

Sólo de esta manera es posible comprender que de en medio de aquella filosofía, siempre panteísta en el fondo, siempre absorbente del espíritu y la materia, siempre ambicionando explicar los hechos físicos y los hechos morales por una misma ley, naciese ese exagerado individualismo en física, que, aunque partía de los átomos, iguales en todo, venía, á hacer con los mismos elementos cuerpos completamente distintos cuyas propiedades diferenciales tenían que buscar en una secreta virtud del agregado de átomos.

Sin embargo, bajo el punto de vista psicológico, la filosofía griega entró en un período de progreso despues de Platon. Los filósofos anteriores representaban sólo esfuerzos aislados para encontrar una verdad que huía del exclusivismo escolástico; pero Sócrates y Platon dejaron sentados algunos principios innegables, y fundaron el método que debía seguirse en las investigaciones.

Espeusipo, sobrino de Platon y sucesor suyo en la escuela, reprodujo su doctrina con pequeñas variaciones, debidas principal-

mente á su genio violento. Tuvo poco tiempo la escuela.

Jenócrates de Calcedonia se distinguió por sus tendencias exclusivamente morales; pero no pudiendo comprender bien el Dios-idea de Platon sin personalidad alguna, ni el Dios-espíritu que anima el mundo como una influencia eficaz é invisible, admitió ocho dioses, que eran los cinco planetas, las estrellas fijas, que forman un solo Dios extendido por la inmensidad del espacio, el sol y la luna.

Jenócrates se dedicó principalmente á la moral y á corregir los vicios de la juventud, descuidando no sólo las ciencias, sino el estudio psicológico, fundamento de la doctrina platónica.

Sus sucesores en el magisterio no estuvieron mucho más adelantados en este punto. Arcesilao (316-241), fundador de la media academia, erigió en sistema absoluto la duda, la incertidumbre entre todas las sectas, asegurando que no se podía afirmar ni negar nada, sino que lo más conveniente era dar á conocer los extremos y suspender el juicio.

La doctrina de Arcesilao equivale, como es fácil conocer, á una ciencia estéril, llena de oposiciones y contradicciones; al sí y al no suspendido sobre todos los problemas; á ese estado que los pintores han descrito con

un hombre dudoso siempre entre las dos puertas *veritas* y *falsitas*, sin entrar por ninguna; en una palabra, á la negacion absoluta; porque no afirmar, ni negar nada entre dos términos, ya sean opuestos ó semejantes; rechazar el testimonio de los sentidos y el de la razon, es no creer. Así, Arcesilao tendía en sus actos al estoicismo como efecto de la indiferencia: hallándose atormentado por grandes dolores reumáticos, se complacía en manifestar insensibilidad, y decía sonriendo y señalando los piés y la cabeza: « Nada pasa de aquí. »; Horrible creencia!

¿Qué era, pues, el universo para Arcesilao con esta doctrina? Un conjunto de átomos cuya existencia, por ser sensible, no puede negarse, pero unidos por fuerzas no sólo desconocidas, sino desconocibles, con propiedades que no podía asegurarse fuesen tales como se observan; una cosa, en fin, que el hombre no podía conocer por no poder afirmar cuál era la razon ó causa de los fenómenos.

Carneádes (215-125), natural de Cirene, fundador de la nueva Academia, empezó siguiendo los pasos de Arcesilao; pero, temiendo ir á parar al escepticismo, que rechazaban los sentidos, ó al estoicismo, que repugnaba su ánimo débil y cobarde, admitió como principio la incertidumbre; mas añá-

diendo que, á pesar de ella, el hombre puede y debe decidirse á obrar por las razones que le parezcan más verosímiles y probables, lo que equivale á no establecer criterio alguno de juicio, y á hacer la verdad una afirmacion subjetiva y personal. El mundo, así físico como moral, era para este filósofo un conjunto incomprendible de verdad y mentira, de luz y de tinieblas, que era imposible separar por medio del criterio humano; admitía solamente el grado de probabilidad y rechazaba todo lo absoluto; hasta el punto de negar la existencia de Dios, los fundamentos del derecho natural, y los axiomas matemáticos.

Con la escuela de Carneádes terminó la Academia, que, si bien dió un gran paso en el conocimiento del mundo psicológico y moral en su origen, apenas hizo progresar la filosofía de las ciencias exactas.

Pirron de Elida (300) llevó hasta los límites del escepticismo esta duda, erigida en sistema por Arcesilao; y como consecuencia de la duda y de la imposibilidad de saber nada ciertamente, vino á parar á la indiferencia intelectual y moral, que bien pronto aplicó á los hechos de la vida. Diógenes Laercio nos ha conservado algunos rasgos característicos de este filósofo, que dan á conocer los efectos de su doctrina.

Pirron, sin ser fatalista concluyó en el

fatalismo, porque la ignorancia del conocimiento de las cosas, le obligaba á no evitar el mal, ni buscar el bien, áun para su misma persona. Solía ir por la calle explicando ó discutiendo con sus amigos, y no variaba de camino aunque viniese un carro ó encontrase un precipicio; de modo que sus amigos y discípulos le libraron muchas veces de la muerte. Yendo con su maestro Anaxarco, cayó éste en un hoyo, y Pirron siguió su camino sin dignarse mirarle. Su maestro elogió este acto, que hoy, bajo el punto de vista humanitario, merecería el nombre de bárbaro.

La naturaleza era para Pirron un misterio, cuyas leyes ignoramos é ignoraremos siempre; y si tratamos de investigarlas, corremos un peligro mayor que la ignorancia, el de engañarnos. Aplicando este criterio en general, convertía la cosmología en una serie de hechos de cuya causa y áun de cuya existencia no estamos seguros. Aplicándole á la moralidad, decía que, careciendo del conocimiento de la bondad intrínseca de las cosas, no había más criterio que la ley humana, siendo todas las acciones indiferentes en sí mismas, no sólo bajo el punto de vista moral, sino también bajo el de la utilidad personal. Vivir y morir le era indiferente; y cuando le preguntaban: «¿Pues por qué no te mueres?» respondía: «Por eso mismo, porque me es indiferente.»

El sistema de Pirron está juzgado por él mismo. Una vez corrió de un perro que le quiso morder: sus amigos se burlaron, y él contestó muy pensativo: «Es difícil despojar al hombre del hombre.» Hé aquí el objeto de aquella filosofía: hacer del hombre una cosa que no fuese hombre.

Esta doctrina del indiferentismo, que es una triste combinación del escepticismo y del fatalismo, y que nunca se verá bastante condenada, mereció una soberbia refutación de Ciceron, que dice, por boca de Lúculo: «¿Es posible que sigas una secta que confunde lo verdadero con lo falso, que nos quita el uso de la razon y del juicio, que nos prohíbe hacer una afirmacion y nos despoja de los sentidos? Esos pueblos cimerienses, de quienes se dice que nunca ven el sol, tienen algunos rayos, algun crepúsculo que los alumbrá; pero estos filósofos, en medio de la oscuridad que nos cerca, no nos dejarán un átomo de luz que pueda iluminarnos. Nos tienen como atados con ligaduras que nos impiden todo movimiento, porque prohibirnos afirmar que una cosa puede ser, nos quitarnos verdaderamente el uso del entendimiento y prohibirnos toda accion.»

X.

ARISTÓTELES.

Todas las sectas que se formaron después de Platon fueron eclipsadas por Aristóteles (384-321), natural de Estagira. Este discípulo de Platon, que abrió su escuela en el Liceo, fué de todos los filósofos griegos el que adquirió mayor celebridad y el único que consiguió sobrevivir por muchos siglos y reinar sin rival en todas las universidades de Europa hasta el siglo pasado.

Aristóteles, siguiendo la doctrina de su maestro, y fundándose en sus mismos principios con frecuencia, hizo de su sistema una protesta contra las tendencias siempre idealistas de Platon. Este no había visto en el mundo más que ideas: Aristóteles, partiendo del exámen de la naturaleza, introduce al lado de la idea la formalidad, la realidad sensible y la experiencia. A la tendencia panteística de Platon opone el individualismo; á la unidad, la distincion entre lo especulativo y lo real. De aquí se sigue que Aristóteles modificó la doctrina de Platon para hacerla aplicable; buscó el justo medio entre la teoría y la práctica; creó, por decirlo así, lo que, considerado aquel estado de filosofía, podemos llamar idealismo experimen-

tal y práctico; y en vez de hacer de la filosofía la ciencia de las ideas, hizo la ciencia de las causas últimas y generales de todo lo que existe, la ciencia de los fines. La filosofía contiene las razones generales, que existen por sí mismas en el mundo como leyes universales y en el entendimiento como ideas innatas: las razones particulares las adquirimos por los sentidos y la experiencia. De aquí proviene la distincion individual. Así, para Platon la realidad es la imagen de la idea preexistente; para Aristóteles la idea es el reflejo de la realidad.

El fundamento de la doctrina de Aristóteles respecto del conocimiento es que nada hay en el entendimiento que no haya estado ántes en los sentidos; frase que, exagerada después en su significacion literal, fué la base del sensualismo. Aristóteles, sin embargo, no era sensualista; huyó de este defecto, considerando el entendimiento como un sentido general y dando á la frase que hemos citado una interpretacion en que se consideraba mas bien el órden en el tiempo de las sensaciones y de las ideas que una verdadera generacion.

Con esta misma máxima, el filósofo estagirita establecía ya algo real; por lo ménos lo que nó enseñan los sentidos, fundando así el conocimiento de la naturaleza en la experiencia, por la cual adquirimos las ideas

de infinito y finito, de espacio y de tiempo, la causa y efecto, pasando siempre del conocimiento inmediato, que nos enseña lo particular, al mediato que, por medio del raciocinio, nos enseña lo universal.

El movimiento, dice este filósofo, es eterno, sin principio ni fin; está producido por una causa eficiente, que debe residir en un sér vivo y eterno; el movimiento, como todo en el mundo, tiene un fin que no puede ser más que el bien. De este modo Aristóteles llega á la teología por la física, y adquiere la concepcion de Dios observando el mundo en su materia, su forma, su movimiento y la causa que lo produce.

El mundo está constituido por la materia; ¿pero qué es la materia? Una sustancia virtual, que existe desde la eternidad, que no tiene por sí misma ninguna cualidad distinta, que necesita un principio *formador* que la diferencie en los séres y en los objetos individuales, y que la imprima un fin.

El movimiento es el principio que une la materia y la forma, principio tambien de distincion; es el poder en accion, y por tanto eterno como la materia. El movimiento exige además un primer motor, que es Dios.

Pero este Dios no es para Aristóteles, en realidad, más que la razon del universo, de inteligencia infinita, cuya accion no descien-

de á las causas particulares y á las relaciones individuales.

Dios es, pues, el principio del movimiento; pero en todo movimiento hay que distinguir tres cosas: lo que se mueve, la fuerza motriz, y el principio ó motor inmóvil, causa del movimiento. Lo que se mueve es el mundo; el principio inmóvil ó causa primera es Dios; y las fuerzas motrices son el *primer cielo*, intermedio entre Dios y el mundo. La causa final de este movimiento es el mismo Dios.

Para comprender bien el Dios de Aristóteles es preciso tener presente que, subordinado todo en el mundo á una serie progresiva de causas, y teniendo por objeto la filosofía el estudio de las primeras y más elevadas, necesariamente habia de admitirse una superior á todas las demas. Esta causa es Dios.

Está es en resúmen toda la parte útil de la doctrina de Aristoteles, respecto del mundo y de las relaciones entre Dios y el universo. De ella se deduce que el filósofo de Estagira, á pesar de participar de algunos errores, comunes á todos los griegos, se formó de estas relaciones entre el Sér supremo y el mundo una idea bastante exacta. Aristóteles no tuvo la grandeza de Sócrates, ni la elevacion de Platon; pero profundizó mucho más el conocimiento filosófico de los cuerpos y de la materia, y dió á su doctrina

el carácter de ciencia, que hasta entonces puede decirse era casi desconocido en los demás sistemas filosóficos.

Estableció un criterio, aunque individual; sentó los fundamentos de la lógica, y dió el mayor paso en el conocimiento de las leyes internas de la razón; distinguió las ciencias teóricas de las experimentales, y pretendió dar á estas últimas principios racionales.

Aristóteles, sin embargo, adolece de grandes errores en el conocimiento del mundo. El individualismo real, que es el fundamento de su doctrina en la parte física y experimental, le hizo olvidar las grandes leyes de relación que unen á los seres entre sí, y buscar para la explicación de los hechos una porción de causas aisladas é individuales, destruyendo la ciencia bajo este punto de vista físico. Admite en los cuerpos cualidades especiales que tienen cierta analogía con los efectos morales de simpatía y odio, y prepara con la continua distinción, y con la referencia de las propiedades aisladas al mismo cuerpo, la filosofía escolástica de que había de hacerse tan gran abuso, y los errores supersticiosos que hablan de detener por mucho tiempo el progreso científico, oponiendo á la sencilla observación y al instructivo experimento las causas ocultas, las virtudes secretas, el húmedo radical y la aplicación

de una metafísica ontológica al estudio de las propiedades naturales.

Respecto del conocimiento material astronómico, Aristóteles creía que la tierra estaba en el centro del mundo: distinguió los planetas; conoció y aun observó sus eclipses; demostró que la sombra producida por la tierra en el espacio debe ser cónica, por ser el sol de mayor tamaño que nuestro globo, y estar limitado por la tangentes á ambos cuerpos. Consideró la vía láctea como un meteoro, igualmente que los cometas, los cuales creyó que eran producidos por una exhalación seca y cálida que se eleva en las regiones superiores, y allí se condensa y se inflama; por último, explicaba las manchas de la luna como el reflejo de la tierra sobre la brillante superficie de nuestro satélite. No dijo claramente que los astros estuviesen animados, pero sí admitía en cada uno una inteligencia inmortal que presidía sus movimientos y su vida.

Sus observaciones sobre algunos puntos en las leyes de la naturaleza tendrán siempre gran importancia para el historiador científico: hizo al fuego imponderable, lo cual es exacto hasta hoy; y consideró el aire como pesado, demostrando y aplicando la presión atmosférica. Concibió la causa del movimiento curvilíneo y la resultante de las

fuerzas concurrentes, base hoy de la explicación del movimiento de los astros; indicó la existencia de una gran fuerza con tendencia al centro de la tierra, idea en germen de la gravitación, y demostró por hechos astronómicos, como la observación de la visibilidad de los eclipses, la redondez y tamaño de la tierra. Observaciones todas importantísimas que nos obligan á creer cuán otra hubiera sido la historia del progreso científico si sus contemporáneos y sucesores, tomando la experiencia y el análisis por bases, hubieran estudiado y tratado de comprobar la doctrina aristotélica.

Aristóteles, genio organizador, práctico y experimental, ha sido el filósofo que por más tiempo y más despóticamente ha dominado en el mundo. Sus libros se han reproducido hasta el infinito, lo mismo que los comentarios, y sus doctrinas casi han llegado hasta nuestros días.

Los cuatro elementos constitutivos del mundo, fuego, agua, aire y tierra, las cuatro cualidades, calor, frío, humedad y sequedad con sus seis combinaciones; la explicación armónica del orden natural de estos elementos para que el agua temple la sequedad de la tierra, el aire la fría cualidad del agua, y el fuego la humedad del aire; la división de los elementos en regiones, en cada una de las cuales se engendran los meteoros á cau-

sa de las exhalaciones secas y cálidas, ó húmedas y frías; los cielos de los planetas; toda la ciencia aristotélica, en una palabra, es la que ha dominado en Europa resistiéndose á todo progreso y á toda innovación, buscando en sí misma razones para admitir lo nuevo cuando era evidente, como comprendido en su doctrina.

XI.

ESTOICISMO.

Creencias de los estoicos. — Su moral. — Zenón.

Las tres lumbreras de la filosofía griega, Sócrates, Platon y Aristóteles, habían recorrido por completo el campo en que debían ventilarse los grandes problemas dentro de aquella civilización. Sócrates había dado el fundamento posible á la moral, llegando en sus máximas adonde no llegó ningún otro filósofo; Platon, en su idealismo, abrazó todo lo más selecto de sus predecesores y dió toda la extensión posible á la idea del bien; Aristóteles fué enciclopédico y formó el código de la filosofía aplicada. No era posible á los griegos ir más allá.

Para progresar era necesario una nueva base de más sólido cimiento: el edificio griego estaba terminado: la ciencia se estrellaba ya en el *non plus ultra* de su progreso: como el mar, había tenido su poderoso oleaje y

venía á morir pobremente donde Dios habla escrito: De ahí no pasarás. Por esto los filósofos subsiguientes á Aristóteles marcan una época de gran decadencia: sus doctrinas son una degradacion; sus sistemas se reducen á tres: el estoicismo, que es el desprecio del mundo y del hombre; el epicureísmo, que es el deificación del egoísmo brutal, y el escepticismo, que es la degradacion y el abandono del entendimiento.

Ya hemos visto que los gérmenes de estas doctrinas se encontraban hacia tiempo en la filosofía griega; pero había ahogado su desarrollo el constante progreso: cuando éste cese, cuando no pudo irse más allá por haber terminado su misión, la ciencia griega, los filósofos, que no siguieron la doctrina de tan grandes maestros, tuvieron que retroceder á una de las tres sectas que hemos citado. La ciencia, como los astros, está siempre en movimiento progresivo ó retrógrado; es imposible comprender su completa paralización ni por un momento.

Algunos consideran la doctrina del Pórtico como una protesta de la más severo virtud contra la corrupcion de costumbres, como primer anuncio de una reforma que había de llevar á cabo el cristianismo. Nosotros no somos de ese parecer. Los estoicos buscaron ciertamente ante todo un criterio moral y tributaron gran respeto á la virtud;

pero ¿qué filósofo no había hecho lo mismo? ¿Ni quién se hubiera atrevido á defender el vicio como vicio y el crimen como crimen? La diferencia estaba solamente en lo que cada secta ó cada filósofo entendía por moral ó por virtud.

Los estoicos, llamados así porque solían reunirse para discutir en el Pórtico ó *Stoa*, fueron en realidad panteístas: Dios, la virtud y la naturaleza eran para ellos una misma cosa. El mundo es Dios y materia: Dios es la materia total, la unidad total de los cuerpos y de los objetos. La realidad existe en la materia, lo mismo que la causa, la esencia y la cualidad; y al reducir lo incorpóreo al vacío, al espacio y al tiempo, hacían corpórea el alma y hasta la virtud y el vicio; de modo que la materia viene á ser la razón de la esencia y de la cualidad en los cuerpos. La materia es pasiva: Dios es su influencia activa, su principio anímico y causal. Así es que demostraban la existencia de Dios diciendo: el vacío no existe: luego todos los cuerpos son uno solo: este cuerpo está animado; su alma es Dios. Es, pues, Dios respecto del mundo la fuerza motriz de la materia, su espíritu racional, el éter ó fuego artífice que le vivifica.

Dios formó el mundo; pero le formó de sí mismo, ordenando y distribuyendo la materia; de modo que la vida del mundo es el

desarrollo de la vida divina: Dios es como la semilla de las cosas; semilla de donde germina el mundo, siguiendo leyes necesarias.

La fuerza productora del mundo es el fuego divino, el cual produce la generacion con arreglo á leyes inmutables; por este fuego empezó todo, y por él terminará. Hay un encadenamiento constante en el mundo: la planta sirve al animal, el animal al hombre; el hombre no tiene más mision que imitar á los dioses, así como éstos deben imitar al Dios único. La tierra será consumida por el fuego y dará entúnces nacimiento á otro mundo.

Los estoicos admitían la evidencia de los sentidos, si bien con ciertas condiciones, y demostraban fácilmente la imposibilidad de la duda eleática, haciendo ver que, á pesar de esta creencia, todos los hombres se decidían siempre por algo. Pero no tenían más criterio de moral que la imitacion de la naturaleza, por cuya causa solían citar como preceptos los actos y la conducta de los niños.

Tal es en resúmen la doctrina de Zenón (264), jefe y fundador de la secta estoica, pensador profundo, dedicado á la filosofía despues de una gran pérdida en sus intereses como comerciante, doctrina que conservaron sus sucesores Cleanto y Crisipo.

Todos ellos admitieron los cuatro elementos sujetos á leyes constantes, cuyo objeto era la generacion continua. Supusieron que el sol, la luna y las estrellas, siendo un principio igneo, eran dioses; que el aire, la tierra y el agua, procediendo del fuego, eran también dioses, y hallaban la razon de los fenómenos físicos en la continua accion de ese fuego, que obraba sobre la materia.

El estoicismo tuvo escasa ó ninguna influencia como doctrina científica, porque volviendo á algunos problemas antiguos, olvidados despues de Sócrates, rechazó el progreso; pero adquirió una gran fama como doctrina moral, siendo practicado por sus adeptos el desprecio de todo lo externo, y principalmente del dolor, con una fe y una constancia admirables. Pero al mismo tiempo que Posidonio declaraba en medio de agudos dolores que jamás confesaría, por más que le atormentasen, que el dolor era un mal, Dionisio de Heráclea, otro estoico, decía: «No puedo aguantar el dolor á pesar de la filosofía; luego el dolor es malo.»

El estoicismo, en medio de sus errores y de aquel desprecio humillante, que era su carácter distintivo, conservó algunas costumbres puras y fué, bajo el punto de vista del dominio del alma sobre el cuerpo, la doctrina más perfecta ántes del cristianismo. Ninguna otra secta se impuso tan rígidos

deberes, ni supo demostrar hasta qué punto puede vencer una voluntad enérgica las contrariedades del mundo: nadie había pensado en negar rotundamente, como hacían los estoicos, la existencia del mal y del dolor.

Esta negación sólo puede comprenderse suponiendo que los estoicos buscaban la razón de la virtud y la causa de la necesidad de obrar bien, porque en la moral griega la voluntad humana no tenía razón suficiente para preferir la virtud al vicio, por lo ménos en cuanto el vicio no se presentase como inmediatamente perjudicial: los estoicos reemplazaron esta causa de la virtud negando el mal y el dolor; es decir, en vez de dar fuerza y autoridad al principio moral que debía impulsar al bien, y vencer los obstáculos que á ello se opusieran, quitaron éstos, negando su existencia.

XII.

EPICUREÍSMO.

Doctrina de Epicuro. — Sensualismo. — Movimiento de los átomos. — El dios de los epicureos.

Contra esta doctrina tan pobre considerada moralmente y que tan admirables ejemplos de fuerza de voluntad dió á los demás filósofos, se levantó la doctrina de

Epicuro (337-270), que era la glorificación del sensualismo.

Ambos sistemas son propios de una época de decadencia rápida de la filosofía; son la consecuencia necesaria de doctrinas que no han podido hallar la verdad; la protesta que la razón hace contra los inútiles esfuerzos de una filosofía ineficaz; el desprecio de esa filosofía. Este desprecio toma tres formas: el orgullo personal, que es el estoicismo; el egoísmo, que es la doctrina de Epicuro; ó el escepticismo, que es el último termino de ambos sistemas.

La filosofía griega había realizado su escasa misión, estaba en la vejez, y por eso, dice un célebre filósofo, el estoicismo y el epicureísmo representan en el desarrollo de la filosofía griega ese período de la vejez en que el hombre cae de nuevo en la infancia y vuelve á la caprichosa voluntariedad y á los placeres materiales, aunque aprovechándose de los consejos de la experiencia. El niño que se hace daño por satisfacer su capricho, niega el daño, contiene las lágrimas como el estoico, y busca el placer como el sensualista sin ver las consecuencias.

Mas este sensualismo toma en la escuela de Epicuro el carácter repugnante de la vejez libertina. Aristipo buscaba el placer con la fogosidad del joven. Epicuro le busca con la meditación y la experiencia, le calcula, l

modera á veces para que la vida, que no tiene otro objeto, se prolongue lo más posible; y convierte el mundo y la Naturaleza en talleres del placer humano; y hace de la física una ciencia que tranquilice al hombre respecto de los temores que pueden inspirarle los fenómenos naturales.

El sensualismo de Epicuro, aplicado á las ciencias, debía dar necesariamente el materialismo; por eso siguió la doctrina del atomismo ideada por Demócrito, pero modificada algun tanto, suponiendo en los átomos un movimiento propio de desviacion de la perpendicular que los atraía mutamente, formándose así los cuerpos. La existencia de estos átomos es hipotética para el mismo Epicuro, porque los átomos no causan en nosotros sensacion alguna; sus leyes se reducen al movimiento que hemos dicho, y por tanto la ley suprema del mundo material es la casualidad; es decir, la ausencia de toda ley, por más que algunos hayan querido explicar esta casualidad como el concurso de las acciones moleculares de los átomos entre sí.

Los átomos son el principio de todas las cosas; su concurso forma el universo, el alma humana y la naturaleza de los dioses. Hay infinitos mundos; y podrá haber más ó menos; eso depende de la casualidad que mueva sus átomos. El alma humana es material,

compuesta de átomos ígneos y redondos; los dioses son tambien materiales, pero no sienten necesidad alguna.

Los epicúreos admitían la evidencia en los sentidos, y condenaban la duda eleática; pero incurrian en el error de considerarlos como criterio de verdad. Este principio, exagerado y aplicado á la moral, fué el que dió carácter á su secta. Refiriendo el placer y el dolor á los sentidos, buscaban el primero y huían del segundo.

Epicuro rompe por completo todo vínculo entre Dios, el mundo y el hombre; hace del primero y del último uno seres despreciables, y del mundo un efecto de la ciega casualidad. No hay en ésta, como en ciertas doctrinas materialistas, fuerzas ó propiedades necesarias en la materia; no hay leyes en la naturaleza; no hay siquiera, como habían creído otros filósofos griegos, un espíritu que anima el mundo y le dirige y conserva.

Dios ó los dioses ni han creado el universo, ni le han dado leyes, ni se acuerdan de él. En la disputa con Balbo, en que tan bien retratado está Epicuro, le dice: • Un dios no hace nada más que gozar; es un dios feliz; pero vuestro Dios está oprimido de trabajos; porque si creéis que Dios sea el mundo, como está girando siempre alrededor del eje del cielo con mucha rapidez no tiene un

solo instante de sosiego; y sin quietud no hay felicidad. Y si quereis que haya un dios que gobierne el mundo; que presida el curso de los astros y de las estaciones; que lo arregle y disponga todo, que tenga los ojos puestos en la tierra y en los mares; que cuide de la vida de los hombres y acuda á sus necesidades, tiene en verdad muy enojosa y pesada carga. Para ser feliz es preciso tener la imaginacion tranquila y no pensar en nada. Por otra parte, si vuestro Dios es un señor eterno, hay que estarle teniendo miedo de noche y de dia. ¿Cómo no temer á un Dios que lo prevé todo, que piensa en todo, que lo mira todo, que cree que todo es suyo, que se quiere meter en todo? .

Con estas frases queda juzgado Epicuro por sí mismo: y para conocer toda la miseria de su doctrina no hay necesidad de saber que su moral se reducía á no concebir más que la felicidad que consiste en beber y en comer, en la armonía de las músicas que agradan el oido y en los placeres carnales. •

Los estoicos y los epicúreos acabaron, puede decirse, son la filosofía griega; detras de ellos no quedó más que el escepticismo, que empezó á presentarse como doctrina con Arcesilao, y termino con Sexto Empírico, recorriendo en este tiempo todas las formas posibles, desde el doctrinarismo práctico hasta el dogmatismo. Pero este escepticismo

no era ya el de algunos filósofos ó de algunas sectas; era el escepticismo del pueblo, del indiferentismo hácia una filosofía que no había podido satisfacer la sed de verdades fundamentales que devoraba á aquella sociedad.

Nada debemos decir sobre este escepticismo, porque, como doctrina negativa, no dió un paso en el conocimiento del mundo.

XIII.

ROMA.

Digamos algunas palabras sobre la otra nacion que dividió con Grecia la admiracion del mundo en los tiempos cercanos al cristianismo.

Roma no tuvo filosofía propia: en la República y en el Imperio dominó la declamacion sobre la profundidad, la política y la retórica, sobre la filosofía. Los romanos creían inútil y perjudicial toda discusion metafísica; así lo demostraron los censores Enobarbo y Craso, publicando un edicto contra las escuelas de retórica, • porque la juventud iba allí á estar ociosa; • así lo demostraron tambien los destierros de muchos filósofos griegos.

Las creencias romanas se resintieron siempre de la religion del patriotismo, del

carácter de positivismo de un pueblo que empezó por el pillaje y siguió engrandeciéndose sólo por la conquista, á la cual sacrificaba como adorno y como accesorio la filosofía y la ciencia.

Por esta razón en Roma no hubo un verdadero filósofo: los dioses y el culto, la religión y la filosofía fueron importadas de Grecia ó de Egipto. Lucrecio, á quien algunos llaman pomposamente filósofo, no hizo más que copiar á Epicuro, exponiendo su doctrina y elogiando su descaro; Hora, cío fué también epicúreo; Ovidio materialista; Tito Livio en sus diálogos no pasa de un conocimiento muy común de los sistemas griegos. Y téngase en cuenta que á un estós mismos que citamos trataron de la filosofía incidentalmente en sus versos ó en sus obras retóricas ó históricas.

Únicamente debemos hacer una excepción en favor de Ciceron, que era naturalmente filósofo por su amor á la sabiduría, por su buen criterio, y por la afición que siempre manifestó á las cuestiones morales y religiosas. No puede decirse que Ciceron tuviera su sistema propio de filosofía; pero expuso con notable claridad las doctrinas griegas, refutó los absurdos de los estoicos, escépticos y epicúreos con gran elevación de ideas, y discutió en la moral con profunda penetración.

Tampoco hubo en Roma verdadera ciencia: si hemos de juzgar por lo que Quintiliano nos dice acerca de la educación, los jóvenes romanos dedicaban los años de estudio al conocimiento de la gramática, de la elocuencia y de la legislación, sin recibir ni una sola idea científica. Roma no dejó, pues, nada absolutamente que merezca citarse en el estudio que vamos haciendo. La astronomía de Ciceron y sus creencias acerca de la existencia de Dios y de sus relaciones con el universo sólo son notables por el juicioso criterio que preside en todas ellas.

XIV.

RESUMEN DE LA FILOSOFÍA GRIEGA

Hemos expuesto uno por uno los principales sistemas filosóficos de la Grecia, y los hemos juzgado ligeramente refiriéndonos á la persona de su autor y á las circunstancias en que vivió. Fáltanos ahora considerar en conjunto todos estos sistemas, y examinar detenidamente el desarrollo y las consecuencias de aquella filosofía, cuya decadencia empezó en el momento en que perfeccionó su método; porque éste no había de servir más que para demostrar su impotencia.

La escuela jónica partió, como era natu-

ral, como debía hacerlo una filosofía primitiva, de la observacion material del universo; hizo de Dios un elemento físico, y consiguió á lo más diferenciar el espíritu de la materia. La escuela itálica descubrió en la materia la ley de armonía y proporción; la eleática separó el espíritu de la materia, llegando á hacerlos contradictorios. A éstos pueden reducirse los primeros pasos de la filosofía griega antes de Sócrates. Despues vino el idealismo de Platon y la tendencia conciliadora de Aristóteles. Todos estos sistemas desaparecieron ante la rápida y lógica extensión del epicureísmo y del escepticismo.

La filosofía, pues, marchó desde el dios material al principio etéreo y al primer motor; desde la confusión, no identidad, de Dios y el universo, al dios soplo, fuego ó espíritu, y al dios como principio animado de la vida material; rozándose con un panteísmo, no absorbente como el de la India, pero sí más prójimo al materialismo, y sembrando máximas que, reunidas más adelante, habian de ser la negación de toda la filosofía.

La primera época de la filosofía griega estuvo fundada en la contradicción entre Dios y el universo, sin que hubiera término hábil entre los dos de esta contradicción: ó el universo era Dios ó un conjunto de dioses, ó Dios y el universo eran incompatibles.

La filosofía de Platon y de Aristóteles dió en este punto un gran paso; por medio del estudio de las causas llegó á la primera. Pero el Dios-idea de Platon no tenía personalidad; y en cuanto á Aristóteles, ascendiendo hasta el primer sér por este medio, encontró sólo el primer motor, la primera causa; pero un motor mecánico, pero no el verdadero Dios, el Dios creador, inteligencia perfecta, bondad suma, providencia universal.

Este Dios, unido al mundo como el Creador y la criatura, como la causa y el efecto, fué completamente desconocido á los filósofos griegos. La eternidad de la materia que admitían todos no les permitía llegar más que á un Dios formador y ordenador del universo, pero con sujeción á unas modificaciones casuales ó fatales de la materia. Así, para progresar el conocimiento material del mundo, tuvo que divorciarse la física de la filosofía; de tal modo que los filósofos, en vez de subordinarlo todo, como hizo la escuela jónica, á un principio filosófico universal, seguían su propio sistema y admitían el atomismo. ¿Y qué era el atomismo, que adquirió tanta importancia y consiguió penetrar en todas las doctrinas por opuestas que fuesen? El atomismo era la declaración explícita de que las leyes naturales residían innata y esencialmente en la materia; la re-

belion contra todo sistema que quisiera buscar fuera de los cuerpos el principio de sus leyes; era, en fin, la consecuencia necesaria de la eternidad de la materia, sobre la cual no tenía Dios en realidad influencia alguna.

Admitida la eternidad de la materia con sus leyes propias y fatales, y considerando al hombre como compuesto de átomos más ó ménos ligeros, quedaba roto todo vínculo entre Dios, el universo y el hombre; se podía prescindir por completo de Dios, y se podía negar todo lo que no fuese el movimiento, que se presenta evidente á nuestros sentidos. He aquí, pues, á lo que en el fondo quedó reducido todo, aún en la misma doctrina aristotélica: al movimiento.

Pero, si las trabas de una filosofía inductiva y exclusivista contuvieron en la primera época el desarrollo de las ciencias exactas, no ménos le detuvo despues el atomismo, muy propio aún en la ciencia moderna para la explicacion de las propiedades de los cuerpos en cuanto éstos se consideren solamente como suma de moléculas, pero incapaz para dejar concebir al ánimo las grandes leyes, las grandes relaciones de esos inmensos astros que pueblan el espacio y giran con tan acordes y complicados movimientos. La doctrina científica de los últimos filósofos tiene bajo este punto de vista

toda la pequeñez, toda la miseria del átomo. El panteísmo, el misticismo, la secta jónica comprendían siquiera al universo en su conjunto igualándole ó confundiéndole con Dios; la filosofía atomística no veía más que moléculas reunidas al acaso, cuerpos aislados, cuyas propiedades eran individuales y se referían exclusivamente al mismo cuerpo. No existía, pues, ni aún la física; no había cosmología; porque del mismo modo que una porción de átomos aislados sin vínculo ó ley alguna no pueden constituir por sí solos un cuerpo, una porción de observaciones aisladas no pueden tampoco constituir un cuerpo de doctrina. Las propiedades atómicas que terminaban en el mismo átomo; las propiedades particulares de los cuerpos, contradictorias muchas veces, no podían servir para constituir un mundo ordenado sabiamente. Esta especie de formación intelectual del mundo, que nosotros podemos hacer hoy, pasando desde la molécula indivisible hasta la concepción del universo, era imposible á los griegos.

El átomo, considerado ideológicamente, no suministra á la inteligencia más idea que la del número, de la magnitud, igual, uniforme, inanimada; del número sin la significación armónica que le dió Pitágoras, y sin la idea que envuelve en las matemáticas modernas la función, como ley de genera-

cion de los números. Y no es ciertamente sólo el número lo más propio para formarse idea de la magnificencia del universo.

Los atomistas no podían ver en el cielo, en el sol, en la luz, en el alma, más que un inmenso número de átomos; y como nada veían ni sentían más allá, el universo perdía ante esta prosáica magnitud toda su grandeza; del mismo modo que el Océano perdía su magnificencia para áquel que, contemplándole, decía: Esto es mucha agua.

La filosofía griega, según hemos visto, había concluido por declararse ineficaz para descubrir las verdades que el mundo necesitaba para progresar; el escepticismo, como doctrina práctica, extendida, no ya á las escuelas, sino al pueblo entero, y, como dogmatismo, más lógico que los demás sistemas, había demostrado de un modo irrefutable que tantos siglos de libre discusión no habían adquirido el criterio de certidumbre, ni siquiera la noción de las relaciones generales que unen á Dios con el mundo y con el hombre. Ahora bien, negar á una filosofía este criterio es minarla por su base: así había hecho de la filosofía griega aquel cuerpo agonizante que dejaba al mundo como única herencia un hijo ingrato, pero lógico: el indiferentismo, es decir, la nada.

Tal vez algunos rechacen el derecho con que el dogmatismo escéptico combatía el

dogmatismo de escuela; pero repetimos lo que hemos dicho: el escepticismo era lógico en el orden de las ideas; la negación empleaba para pelear las mismas armas que se empleaban para establecer la afirmación. Insistimos en este punto porque estamos acostumbrados á oír elogios entusiastas de las doctrinas de Sócrates, Platon y Aristóteles, y censuras terribles é injustas, bajo el punto de vista filosófico, del escepticismo griego. Nosotros elogiamos las máximas morales socráticas y platónicas que aparecieron en Grecia como un débil crepúsculo del cristianismo; las elogiamos, no sólo por su mérito absoluto, sino porque se presentaron como estrellas en medio de un cielo nebuloso; censuramos con toda acritud el escepticismo; pero no podemos dejar de conocer que aquellas máximas de un valor puramente personal, aisladas, en oposición muchas veces con la vida práctica de los filósofos, negadas públicamente ante el grosero culto de los dioses, no tenían razón filosófica y sistemática de existencia: así, en vez de ejercer una influencia viva, duraron lo que sus autores, al paso que subsistió el método socrático, porque fué un verdadero progreso.

Bajo este mismo punto de vista, si se nos preguntase cuál fué la doctrina más grande entre los griegos, y cual fué la más lógica,

responderíamos sin titubear: la más grande el estoicismo; la más lógica el escepticismo.

Los estoicos profesaban un culto fanático á la virtud. ¿Pero cuál era en Grecia la razón de este culto? Ninguna: la misma moral de Sócrates no daba un fundamento estable para la virtud. Mas para obrar bien es preciso tener una de dos razones: ó la severidad y la conciencia del deber que nos impulsan hasta el sacrificio, ó la facilidad de obrar: faltando lo primero, los estoicos afirmaron lo segundo, y allanaron el camino de los que creían el bien negando la existencia de los obstáculos del mal y del dolor.

El escepticismo y el estoicismo son un mismo sistema, una misma cosa en diversos terrenos, dos aplicaciones del mismo principio: los escépticos buscaron en la esfera intelectual lo que los estoicos en la esfera moral; la razón de las cosas, el criterio de la certidumbre: hallaron la multiplicidad de sistemas exclusivos y contradictorios; dedujeron de aquí la carencia de certidumbre y dijeron: todo es falso. Por esta razón no podemos considerar el escepticismo griego como una degeneración de ciertos hombres, sino como el término natural de una filosofía impotente. El primer objeto de todo sistema filosófico debe ser hallar la relación entre Dios, el mundo y el hombre, enunciar esa inmensa ley de armonía sin

la cual la creación sería un caos y la existencia un absurdo; pero precisamente esta relación fué el escollo en que se estrelló toda la filosofía griega.

El misticismo absorbente del Oriente, haciendo el universo una sola cosa con Dios, pudo prescindir de esta relación, ó presentarla bajo la forma de una serie de emanaciones, que en cierto estado de la filosofía puede reemplazar á la creación; pero los griegos, separando á Dios del universo, admitiendo la existencia contradictoria y eterna de Dios y de la materia, no pudieron conocer á Dios, ni conocer el universo. Por otra parte, las relaciones entre Dios y el hombre se conciben mejor considerando á éste como una emanación de aquél, que haciéndole parte integrante del universo y suponiendo su alma compuesta de elementos puramente físicos.

Hé aquí por qué era lógico Sexto Empírico, que fué el escéptico más incansable, al admitir sólo los conocimientos necesarios para la vida práctica; al rechazar aquella filosofía como serie de teorías que se extrañaban del sentido común y de la experiencia, y como serie de investigaciones inútiles y capciosas; y al decir que usaba su filosofía como la medicina, para curar al hombre del mal de dogmatismo.

El escepticismo no es, pues, sólo una ne-

gacion; es la afirmacion explícita de la imposibilidad de la filosofía griega; no dijo nada nuevo, no hizo más que emplear uno contra otro todos los argumentos contradictorios de los filósofos anteriores. Se trataba, por ejemplo, de negar la existencia de Dios, y decía: « Dios no puede ser infinito, porque lo infinito es inmóvil, lo inmóvil inanimado; mas tampoco puede ser finito, porque entonces no sería causa de lo infinito. Dios no puede ser corpóreo, porque lo corpóreo es perecedero por ser compuesto; ni incorpóreo, porque sería simple, y lo simple no es más que un elemento particular. Dios, en fin, no puede existir, porque si existiera realmente sería sabio y virtuoso, tendría prudencia, valor, etc., y estas cualidades no deben existir cuando no hay deseos, ni pasiones, ni obstáculos, ni temores, como no debe haberlos para Dios. Si Dios cuida de todo en el mundo, no puede ser bueno ni todopoderoso, puesto que hay males y no lo impide; si no cuida de todo, no es Dios; luego en ningún caso hay Dios. »

Ante argumentos de este género, ridículos tal vez hoy, pero cuya fuerza é importancia en aquella época hemos hecho ya notar, tenía que ceder una filosofía que no podía emplear otras razones para contestarlos; una filosofía bajo cuyos aparentes silogismos se ocultaba siempre la razon supre-

ma de los escépticos, la contradicción entre lo infinito y lo finito.

Consecuencia necesaria de esta contradicción, era una teología absurda, una antropología miserable, una cosmología incompleta, y por tanto, una moral sin base, porque desconocía la misión del hombre; una filosofía, en fin, en que, si había muchos errores, había más ignorancia. El error suele ser una verdad incompleta: hay errores científicos que han producido inmensas bienes á la ciencia; la ignorancia absoluta no puede producir nada. Y los griegos lo que tenían era ceguedad, ignorancia: caminaban completamente á oscuras, sin poder encontrar un camino bueno ó malo, recto ó equivocado, verdadero ó falso.

En el seno de esta ignorancia se preguntaban: ¿ qué harémos de Dios? Y unos hacían la idea eterna como Platon, y otros el sér feliz, sin misión alguna más que gozar, como Epicuro. ¿ Qué harémos del alma? Y unos la aniquilaban á la muerte, y otros la hacían pasar á los astros ó á los animales. ¿ Qué harémos de la virtud? Y unos hacían el placer, y otros el valor y la insensibilidad. • Preguntas ociosas, respuestas imposibles, • como decía Sexto Empírico. • Cuestiones que están para nosotros ocultas y cubiertas de espesas tinieblas: porque nuestro espíritu no puede subir al cielo, ni penetrar en la

tierra, ni descubrir cuál es el verdadero Dios entre tantos y tan diversos como presentan los filósofos, » según dice Ciceron.

Y no se nos diga que la conciencia, la evidencia de los sentidos en ciertos casos, la simpatía, la naturaleza pudieran presentar criterio alguno de certidumbre religioso ó moral, cuando los filósofos solian empezar por negar todo lo que no fuese la base de su sistema, de tal manera que del conjunto general de la filosofía resultaba la negacion universal; y si algo se hubiera querido sostener como cierto, habria vuelto la época de los sofistas, que eran más estériles, bajo el punto de vista del criterio, que los escépticos.

Muchos filósofos modernos juzgan aquella filosofía ciega con el criterio que tienen en nuestro siglo, como podrian juzgar un sistema filosófico enunciado en nuestros días; y suelen desfigurar la verdadera doctrina de los filósofos, dándole con libres interpretaciones un fundamento que realmente no tuvo. Porque las bases que hoy quieren establecer algunos para la moral, como la humanidad, los vinculos sociales, la simpatía, la ley, el progreso, son todas hijas del cristianismo, disfraces que, por causas que en este momento no analizamos, ha tomado el principio fecundo de moral que arranca de la doctrina evangélica. Hoy es muy fácil á cualquiera sentar como principio de sus ac-

ciones una de tantas consecuencias como fluyen natural y necesariamente de la creencia innegable é innegada ya del Dios único, creador é infinito en sus atributos que tiene todo pueblo cristiano; de las máximas que á todas horas oye desde la infancia, y que forman parte de la naturaleza moral del hombre; del juicio público universal que forma una atmósfera, cuyo aire es el que da vida á nuestra inteligencia y á nuestro corazon.

Hoy el hombre regularmente educado está muy por encima, en punto á conocimientos exactos de todos aquellos profundísimos filósofos que despues de tantos años de meditacion sólo llegaron á saber algunas verdades incompletas. Hoy, repetimos, se nos dan por razon de moralidad una porcion de cosas, que nosotros admitimos, aunque no como última razon, y que no pudieron conocer con todos sus esfuerzos los filósofos griegos. Suprimase la idea religiosa que infunde la madre en el corazon del niño; séquense de raíz esos primeros sentimientos de cultura que el hombre no puede olvidar jamás; quitense aquellas primeras impresiones que el niño empieza á recibir en la cuna ante una civilizacion muy adelantada; los consejos y las máximas que se imponen con la autoridad y el cariño, y pregúntese despues qué fuerza queda para esas bases de

moralidad que se establecen, y, si aún débiles y todo, pueden presentarse á ningún entendimiento por sí mismas, cuando no tiene un corazón adornado ya de creencias.

Los hombres sienten ántes que piensan, oyen á la autoridad ántes que á la razón: los pueblos aprenden más en el regazo de las madres que en las escuelas de filosofía. Ahí es donde está nuestro progreso y nuestro porvenir, adonde hay que luchar llevando la verdad, la ciencia, la despreocupación.

La experiencia nos dice que es absolutamente necesario buscar la ley moral dentro de nosotros mismos, en la conciencia; que es preciso admitir que cualquiera que sea el juicio humano, cualquiera que sea la norma á que ajustemos nuestras acciones, cualquiera que sea la religión que se profese, hay un tribunal superior, inapelable, recto, justo, para quien nada hay oculto, á quien es imposible engañar, y cuya mirada y cuya justicia eficaz penetra en los móviles, los medios y los fines de los actos humanos. Es necesario buscar la aprobación interna de las acciones en ese Dios que aterrizzaba á Epicuro, « que lo ve todo, que lo prevé todo y que lo mira todo. »

La idea de esta justicia está encarnada en el fondo de la sociedad moderna, y de ella no podemos prescindir, aunque la neguemos; porque entra como elemento nece-

sario en la vida social, en las costumbres, en nuestras leyes, en todo lo que nos rodea, desde la cuna al sepulcro. Los ateos prácticos, de convicción, que ajusten sus pensamientos y sus actos al ateísmo, que no tengan en su alma más que el ateísmo, no existen en la sociedad moderna sino como raras individualidades y se ven arrollados por la sociedad en todas sus manifestaciones.

Sea el criterio la ley, sea la simpatía, sea la utilidad, sea la opinión; todo esto es cristiano, todo es resultado de diez y nueve siglos de progreso dentro del cristianismo, todo está vivificado por el espíritu del Mártir del Gólgota.

Así es que, cuando la más pura moral de los griegos quería establecer la regla de las acciones sobre la misma humanidad, no tenía más razón que acudir á las costumbres de los animales. De este modo creían dignificar al hombre, comparándole con un ser irracional, y dando por razón de su actos libres é inteligentes los actos del instinto de una bestia.

Como consecuencia de lo que acabamos de decir, concluyamos este ligero resumen de la filosofía griega explicando á nuestro modo un hecho que suele ser admirado.

Los filósofos griegos no tenían en su alma nada más que las ideas que predicaban,

y por eso las practicaban en todos los actos de su vida, sin reserva alguna por extrañas que fuesen. Los filósofos modernos no suelen practicar lo que sostienen de palabra ó por escrito: es cosa frecuente en nuestros tiempos ver que los que sientan en sus obras doctrinas extrañas ó absurdas, no sólo no las cumplen, sino que suelen ser personalmente débiles para realizarlas, y son los que más siguen en la práctica la costumbre general. Esto consiste en que los filósofos modernos tienen dentro de sí una cosa que es más fuerte, más inolvidable que la doctrina fundada en un sofisma ó en un esfuerzo intelectual. Pirron era fatalista, y no retrocedía ante un carro ó un abismo; Diógenes, que despreciaba el mundo, vivía en su tonel; Sócrates, que condenaba la ira, se dejaba pegar de su mujer. Los fatalistas modernos cuidan de su persona y de sus bienes, y elogian las grandes acciones; los materialistas piensan en la inmortalidad; los espiritistas obran como los demás humanos, sin consultar á sus espíritus. Los partidarios de todas las sectas, desde los corporistas hasta los neo-católicos, viven como vivimos todos. Y es que el cristianismo no es una palabra vana: es una influencia activa y eficaz, que ha modificado las costumbres; y sus máximas, su eficacia no se borran del corazón, ni de la sociedad, con un

silogismo ó con un delirio que no reconoce algunas veces más origen que el deseo de singularizarse; es que hay un progreso real, incontestable, invencible, y en el corazón del ciudadano moderno la convicción profunda de que es una insensatez luchar contra él sin caer, no sólo en el ridículo, sino en la imposibilidad de la vida social.

CAPÍTULO III.

CIENCIA INDEPENDIENTE DE LA FILOSOFÍA.

Efectos de la doctrina aristotélica — Aristilo y Timocáris. — Arato. — Aristarco. — Eratóstenes. — Arquímedes. — Hiparco. — Tolomeo.

Nada, puede decirse, habían adelantado en ciencias los filósofos buscando el criterio de certidumbre y la razón de las cosas; y mientras se dividían de este modo en infinidad de sectas estériles, reflejando en sus doctrinas, especialmente en la parte moral, los grandes hechos históricos que venían sucediéndose y que variaron la faz del mundo político, la observación, base primera de la ciencia, empezaba á ser para algunos hombres ilustres el único gérmen del conocimiento. Podríamos aquí examinar qué influencia ejercieron en el progreso, en la doctrina y en la ciencia las vicisitudes de la libertad en Grecia, la legislación, las guerras y las conquistas. así como el imperio de Alejandro; pero esto nos alejaría de nuestro propósito, que es solamente seguir el desarrollo de las ideas científicas: más adelante harémos sobre este punto y á grandes rasgos algunas reflexiones.

Aristóteles, juzgado con excesiva pasión cuando, según la frase de sus adversarios, dejó de tiranizar el mundo, y cuando la ciencia moderna tuvo fuerza suficiente para provocar una gran reacción en contra suya, fué indudablemente el creador de las ciencias, no sólo estableciendo las bases del organismo de los conocimientos, sino enseñando hasta el estilo, que ántes había venido fluctuando entre la arenga, la conversación, el diálogo, y que Aristóteles fijó para siempre. Nadie ha expresado tan exactamente la obra de Aristóteles como Rafael en el cuadro de las Escuelas griegas, representando á Platon señalando el cielo y al filósofo de Estagira mirando profundamente y señalando la tierra como objeto de la investigación y fuente de todas las indagaciones y descubrimientos científicos.

El espíritu, pues, de Aristóteles, la experiencia erigida en sistema, la mirada profunda dirigida no ya á verdaderos entes de razón y á sutilezas, que no solían tener más fundamento que la extravagancia; sino al estudio de las leyes del mundo, empezando por el planeta que habitamos, bizo progresar rápidamente la ciencia, y produjo aquellos astrónomos y matemáticos de la época alejandrina, que son considerados hoy como genios, y cuyo nombre se oye en el estudio de todas las ciencias.

Aristilo y Timocáris (290), que pasan por los primeros astrónomos de la escuela de Alejandría, observaron las estrellas fijas y las emplearon para determinar el camino trazado por los planetas, bien así como el viajero marca su camino con los pueblos por donde pasa.

Arato (290), aprovechando estas observaciones, compuso un poema astronómico, que, como todos los ensayos hechos desde entonces hasta ahora para aplicar la poesía á las ciencias exactas, es simplemente una narración monótona y acompasada de verdades mal expresadas, y por tanto, un trabajo inútil á la ciencia. Si de este poema se separa la parte fábulosa, explicación de creencias mitológicas, y la parte astrológica y supersticiosa, apenas quedan unas cuantas líneas, que reproducen las observaciones conocidas hacia mucho tiempo.

Aristarco de Sámos (280) aplicó el cálculo á la medición de las distancias del sol y la luna, dando idea de la paralaje y corrigiendo los errores de Pitágoras, si bien conviniendo con este filósofo en el movimiento de los planetas; por lo cual le acusaron sus contemporáneos de haber turbado el reposo de los dioses. Euclides, el sabio geómetra, aplicó sus conocimientos en esta ciencia al estudio de las posiciones de la esfera y de los fenómenos que de ella re-

sultaban. Eratóstenes puso nombre á algunas estrellas, determinó con exactitud las latitudes de varios puntos, aplicó la observación de los solsticios para medir un arco de meridiano y deducir de aquí la extensión de este círculo; primer ensayo matemático de la medición de la tierra.

Arquímedes (287-212), genio teórico y práctico, sintético y analítico, observador profundo, calculador incansable, resumió todos los conocimientos de las propiedades naturales, aplicó las matemáticas á la física y puede decirse que creó esta ciencia.

Concibió las leyes de las progresiones y de las máquinas simples con tal generalidad, que se proponía calcular el número de granos de arena que cabían en la esfera; y pronunció aquella célebre frase, hija de la convicción físico-matemática: « Si me dan el punto de apoyo para mi palanca, conmoviré el mundo de su asiento. »

La mecánica en general, y la hidrostática, le deben grandes descubrimientos, en los cuales puede encontrarse el gérmen de las leyes que inmortalizaron á Newton. Apreció también la velocidad relativa de los planetas, y construyó una esfera de movimiento muy útil para las observaciones.

Todos estos trabajos y estos descubrimientos aislados, así como otros muchos en ciencias y artes auxiliares, descubrimientos

exclusivamente científicos y que, agenos á las interminables cuestiones filosóficas, se admitían como evidentes, permitieron á Hiparco constituir un cuerpo de ciencia de observacion; primer ensayo en la escuela de Alejandria de la ciencia astronómica. Sin embargo, Hiparco, que, comparando todos los fenómenos observados, halló algunas de las leyes de relacion que los unian, no llegó á dar idea del sistema general del universo.

Mucho se ha discutido sobre el mérito de Hiparco, negándole unos que fuera más que un compilador, y haciéndole otros, como Delambre, un genio extraordinario é inspirado.

Hiparco fué ante todo un hombre de clarísimo criterio: estudió cuanto se había hecho antes de él en astronomía, rechazó todo lo fabuloso y arbitrario, y consiguió reunir lo más selecto de las observaciones de muchos siglos. Sometiendo estos hechos á su propio estudio, comprobó gran número de verdades y pudo descubrir otras, que harán eterna su fama. La oblicuidad de la eclíptica, la precesion de los equinoccios, la determinacion y catálogo de las estrellas son progresos que la astronomía debe á Hiparco.

La gloria de concebir una idea general del universo estaba reservada al gran Claudio Tolomeo, que despues de catorce años

de estudios incesantes, guiado por una profunda observacion, construyó con los materiales que le dejaron sus antepasados el edificio del mundo, tal como entónces podia concebirse. Tolomeo colocó en el centro del mundo la tierra, rodeada de los cuatro elementos fundamentales por órden de su sutileza: tierra, agua, aire y fuego; abrazando á estos elementos, en círculos concéntricos, los cielos de los planetas, en este órden: Tierra, Luna, Mercurio, Vénus, Sol, Marte, Júpiter y Saturno; despues el cielo cristalino, y últimamente, envolviendo á todos, el primer móvil, llamado así porque era la causa del movimiento regular de todos, los demas. Aumentó el catálogo de estrellas desde 108 á 1020; calculó las longitudes y latitudes de gran número de ciudades, deduciéndolas astronómicamente, y explicó por medio de la física algunos efectos de óptica astronómica.

Tolomeo, comprendiendo en este sistema cuantas observaciones se habian hecho hasta entónces; colocando estos cielos á distancias tales que hiciesen posibles y explicables los fenómenos conocidos, y dando forma al mundo, hizo un inmenso bien á la astronomía, y dió el mayor paso que se ha dado en la historia de esta ciencia. El gran astrónomo se equivocó: ni la tierra está en el centro del universo, ni hay esos cielos,

ni ése el orden de los planetas, ni existen esos elementos, ni ese primer móvil, ni hay la multitud de círculos y de epiciclos que tuvo que suponer para conformar su sistema con la realidad, ni las estrellas tienen los cuatro movimientos que en ellas sospechó.

Sin embargo, Tolomeo creó la verdadera astronomía; porque el orden de la naturaleza nos es desconocido: las cosas en sí mismas pueden no ser lo que nosotros creemos; la astronomía moderna puede no estar conforme con la verdad natural; pero el verdadero progreso, la ciencia tal como nosotros los humanos debemos comprenderla, respecto de ella misma, es el orden intelectual de los fenómenos, la hipótesis que permite explicar y relacionar los hechos, la composición de lugar que hacemos de las verdades relativas para formar un plan general en que exista como verdad, si no lo absoluto, lo comparativo, si no lo real, lo que se nos presenta como tal y lo sustituye en nuestro limitado entendimiento. Esto fué precisamente lo que hizo Tolomeo; y por eso su sistema reinó en Europa más de mil años como único verdadero, hasta que vino á reemplazarle una nueva hipótesis, que permite calcular y explicar más amplia, más exactamente todos los fenómenos. Tolomeo fué el Aristóteles de la astronomía.

El *Almagesto*, resumen no sólo de los trabajos de Tolomeo, sino de toda la historia de la ciencia en la escuela alejandrina, satisfizo de tal modo á las exigencias continuas de los observadores y á las necesidades de la ciencia en aquella época, que apenas se levantó contra él una protesta, hasta que D. Alfonso el Sabio se lamentó de la confusión que introducía el complicado organismo del mundo, y previó que la obra de Dios había de ser más perfecta y más sencilla.

Todos estos astrónomos de que hemos hablado, fueron casi exclusivamente hombres de ciencia, no filósofos: buscaron en la astronomía la observación y la práctica, no una explicación intuitiva de fenómenos que conocieron muy poco; no la estructura orgánica y material del mundo, no su existencia filosófica ó moral, no las relaciones que le unían con su Creador, no las causas primeras del movimiento, de las propiedades de la materia, de lo que los griegos llamaban vida del mundo.

La filosofía, cuando no está conforme con la naturaleza, impide el desarrollo de las ciencias tanto como le acelera cuando es el espíritu de verdad que resulta de esta conformidad. Por eso, aquella ciencia separada de la filosofía progresó, si no rápida, eficazmente, y llegó á construir, como la permitía

su estado, un orden del universo material. De otra manera, sometida á aquella filosofía que sólo dió de sí el escepticismo, ¿cuándo habría llegado á concebir tan inmensa obra?



CAPÍTULO V.

FILOSOFÍA ALEJANDRINA.

I.

Lucha del cristianismo con la filosofía alejandrina. — Simon el Mago. — Apolonio. — Filon. — Plotino. — Porfirio. — Proclo.

Cuando iba declinando la filosofía griega y precipitándose rápidamente hacia el abismo sin fondo del escepticismo, adquiría importancia la escuela alejandrina ó greco-oriental, último esfuerzo de la ciencia antigua, que reunía las fuerzas de Asia, de Africa y de Europa para combatir al gigante invencible que extendía sus absorbentes conquistas desde un ignorado rincón de la Judea.

Alejandria recibió como legado griego el estoicismo, el epicureismo y el escepticismo; allí florecieron estas sectas y fundaron poderosas escuelas, penetrando en el corazón del pueblo, especialmente las dos últimas, con la incontrastable fuerza que tienen siempre para las inteligencias poco cultivadas el lenguaje que se refiere á los sentidos y la negacion de todo lo que exige algun estudio para su comprension.

Pero los mismos absurdos que en la vida práctica producian estas ideas dieron origen á una reaccion que, auxiliada poderosamente por el cristianismo, hizo variar por completo el carácter y las tendencias de la sociedad culta. Pretendi6se, sin embargo, conservar lo antiguo; y nacieron sectas que, modificando los sistemas de los principales filósofos griegos, creyeron hacer compatible su nombre con una época perfectamente distinta. Así se presentaron los neo-plat6nicos y los neo-pitag6ricos.

Pero esto no era suficiente, y vino un nuevo periodo en que la filosofia alejandrina, ilustrada con los albores del cristianismo, fundió la Grecia y el Oriente, sin cuidarse del método y de la lógica, que habian negado los escépticos, y que era en aquel momento un arma peligrosa, porque discutir cada principio y cada hipótesis habria sido volver á la filosofia griega y encontrarse de frente con la negacion victoriosa é intransigente. Reuniéronse, para combatir en la agonía, el espíritu investigador griego y la intuicion oriental; y nació el sincretismo, fórmula de aquella filosofia que no reconocía mas principios que el entusiasmo en favor de una regeneracion imposible, y el misticismo que debia oponer á la doctrina cristiana. Una fe, algo semejante á la que habian traído los pueblos de Asia, reempla-

zó lo que la inteligencia no alcanzaba; y como esta fe no tenia razon de ser, y no podia hallar fundamento en la lógica ni en la observacion, se apoyó en la magia, en lo sobrenatural y en el iluminismo; fenómeno extraño, que puede demostrar que la filosofia fuera del cristianismo no ha podido conseguir más que ser atea ó mística, escéptica ó supersticiosa.

La fe robusta, tal vez inconsciente, de los primeros cristianos lucha desesperadamente en Alejandria contra aquella filosofia, muy superior en el terreno dialéctico á sus sencillas creencias, la rudeza de la conviccion pelea con la sutileza del silogismo; la verdad histórica se estrella ante aquella doctrina que, extendiendo su manto á medida que avanza el cristianismo y pretendiendo absorberle como un elemento suyo, llega, al último término, al gnosticismo, que quiere hacer de la doctrina del humilde Galileo una continuacion del paganismo, y explicar la metafisica cristiana por medio de la filosofia oriental y del culto á los dioses. El cristianismo, que habia empezado por ser una religion y una doctrina moral, se eleva bien pronto desde la religion á la filosofia; crece adiestrándose diariamente en una lucha tan tenaz como estratégica; llega á discutir frente á frente con los doctores del paganismo disfrazado, y le vence demostrando

su fuerza y dejando al mundo obras colosales, que son aún la admiración de nuestros tiempos. No hay en la historia nada que iguale el gran cuadro de aquella lucha en que para vencer se necesitaban y se tuvieron hombres de la talla de san Agustín.

Lucha gigantesca é insensata que no ha tenido igual en el mundo; agonía rebelde de una filosofía que muere sofocada por el número de los creyentes y con el terror que producía el ver la multiplicación de los cristianos en las mismas cátedras del paganismo, en los templos y en los talleres de ídolos y amuletos. Terror que pintan con gran exactitud las siguientes frases: « Esos cristianos se propagan como los escorpiones, saliendo veinte de cada nido; su número iguala al de las ranas ó de las cigarras; el aire los produce como moscas apestadas, y el viento los trae como langostas: nadie está seguro: es una epidemia. ¡ Dioses!; Yo mismo puedo volverme cristiano en un momento! »

Presenta el cristianismo la fe, y á ella se opone otra fe mística; enseña los milagros, y se les opone la magia; predica la revelación, y le oponen la venida de los dioses á la tierra; habla de la creación, y le oponen las emanaciones de la filosofía oriental; descubre la relación que une al mundo y al hom-

bre con Dios, y el gnosticismo crea también su ciencia cosmogónico-teológica; busca en la figura del mundo y del hombre la gran significación de Dios y de las virtudes eternas; representa el universo como una porción de círculos concéntricos, cada uno de los cuales tiene la profunda significación de una atributo ó de una virtud; hace del hombre una figura simbólica en que, representando las partes de su cuerpo por círculos ó cuadrados, viene á ser la encarnación de un espíritu divino; y por último, cuando cita el cristianismo la trinidad, los filósofos lo descubren no sólo en el cielo, sino en el mundo y en el hombre.

Y de este modo, cediendo palmo á palmo el terreno en una lucha de gladiadores intelectuales, modificando á cada momento sus ideas, creando escuelas nuevas que pretendían explicar nuevos dogmas, pero conservando siempre el odio á la nueva doctrina, el paganismo muere extenuado, confesando su impotencia, haciéndonos ver de cuán distinto modo mueren las ideas y los hombres, las escuelas y las instituciones, las doctrinas y las cosas materiales. A la muerte de toda doctrina precede la descomposición, que se verifica siempre admitiendo en su seno al sucesor que ha de devorarla. Las ideas mueren por un lento suicidio; ninguna con grandeza. Las instituciones humanas

pueden desaparecer de un solo golpe; la fuerza las aniquila; pero la idea muere por sí misma en larga agonía, pidiendo el amparo y el favor de su enemigo. Roma pagana puso entre sus dioses al Galileo; el absolutismo se concilia con la libertad, creando el gobierno representativo; Tolomeo pugna por admitir como discípulo á Copernico, y nace Ticobrahe. Remiendos de paño nuevo en paño viejo, como dice el Evangelio.

Esta época fué precedida y acompañada de una porcion de predicadores que, combinando siempre ideas antiguas con un elemento místico, tendían á reformar el mundo y á poner en contacto el cielo y la tierra. Desiteo aplicó la doctrina de Pitágoras al judaísmo con muy poco éxito; llevando su doctrina á la exageracion personal, su discípulo Simon el Mago; Filon, llamado el segundo Platon, intentó crear una nueva filosofía, valiéndose de las Escrituras; Quinto Sexto pretendió purificar las creencias tradicionales de los judíos; Séneca que, reuniendo toda la ciencia física de Roma en cuanto á hechos y observaciones, signió en filosofía una doctrina griega con moral cristiana, sin saber crear un sistema; los neo-platónicos y los neo-pitagóricos; todas aquellas sectas que querían purificar lo pasado, armonizarlo con lo presente y sacar de una filosofía impotente la filosofía del porvenir,

mística y confusa, ántes que admitir el cristianismo.

Algunos de estos filósofos merecen, sin embargo, especial mención.

Simon el Mago, que quiso adquirir de los apóstoles, por medio de recompensas, la virtud de hacer milagros, suponía que Dios había creado potencias secundarias de las cuales procedían las imperfecciones del mundo físico y moral, se presentaba él mismo como una manifestacion divina semejante á la de Cristo.

Apolonio de Tiana recorrió las ciudades principales de Egipto, Italia, Grecia y Asia, predicando una nueva era de virtud, haciendo falsos milagros, explicando la magia, y enseñando que los hechos políticos y morales podían predecirse del mismo modo que los hechos físicos, porque las leyes naturales rigen también en el mundo moral, y la profecía no es más que una prevision científica. Apolonio, vestido con una túnica blanca, practicando el ayuno, la virtud y el ascetismo, penetró hasta el mismo palacio del César Domiciano, y le profetizó sucesos, de los cuales unos se verificaron y otros no; le anunció la terminación de la peste que afligía á muchas provincias del imperio, y salió en medio de las consideraciones que le tributaba el pueblo pagano, que admitía la más estúpida magia, y las virtudes que dis-

frazadamente se tomaban del cristianismo y perseguía de muerte la predicacion de esta doctrina.

Filon, filósofo judío, participó del carácter general de la época, y quiso hacer compatibles las doctrinas de su nacion con la nueva sociedad creada por el Evangelio; intento fracasado de toda la escuela judía alejandrina. Según este filósofo, que alcanzó gran fama, la materia existía desde antes de lo que se llama creacion; pero existía en estado inerte, hasta que Dios, que es el alma del mundo, le dió la forma y la vida, con cuya palabra quiso expresar tal vez las leyes naturales. El Verbo, del cual se valió Dios para este acto, tiene dos manifestaciones distintas, como inteligencia y como accion, y es siempre el intermedio entre la divinidad y el universo. El mundo está lleno de espíritus, que son ángeles ó demonios, sirven de mediadores entre Dios y los hombres y entre las almas, y ocupan diversas regiones, según sus méritos. Dios, que es el primer espíritu, no puede ser conocido sino mediante el éxtasis ó una comunicacion divina.

Plotino, uno de los genios más poderosos de la escuela greco-oriental, admitía como Platon el alma del mundo, es decir, una sustancia espiritual, extendida por todo el universo, el cual comunicaba la vida y el

movimiento. Creía que fuera de este espíritu, con el cual mantenía estrecha relacion el alma humana, no había nada noble ni digno, y por tanto que las facultades inferiores del alma y las pasiones provenían de los cuerpos. Su sistema era un panteísmo idealista y teúrgico: próximo á morir, decía: • Voy á hacer el último esfuerzo para unir lo que tengo de divino con lo que tiene de divino el universo. • Buscaba en todos los cuerpos algun principio vital que fuese parte del alma del mundo; y por esta razon despreciaba la física y la materia, considerando ésta como una envoltura indigna de estudio; en cuanto al cuerpo humano, creía que era un producto variable y efímero del alma. Habiéndole rogado un discípulo suyo que se dejase retratar, le contestó enojado: • ¿Te parece que no es bastante pena llevar siempre conmigo esta pesada envoltura, para que quiera transmitirla á los siglos venideros? • Por lo demas, Plotino siguió en todo el platonismo, pretendiendo conciliarle con Aristóteles.

Su discípulo Porfirio fué partidario decidido de la teurgia: admitía los dioses intermedios suponiéndolos corpóreos, ígneos, y continuamente en contacto con los hombres, á quienes hacían revelaciones que él mismo había recibido. Porfirio se valió de la interpretacion del libro de la *Odisea*, en que

Homero pinta el antro de las ninfas, para exponer todo un sistema de creencias.

El antro, según dice, es el mundo cuya materia es tenebrosa, y cuya belleza es sólo resultado del orden que Dios estableció; las nereidas que le habitan son las almas que toman cuerpo en la tierra; estos cuerpos son las urnas y ánforas de piedra en que las abejas depositan la miel; y el trabajo de las abejas las operaciones del alma sobre el cuerpo; los bastidores de mármol en que las ninfas tejen trajes de púrpura son los huesos sobre los cuales se extienden los nervios y las venas; las fuentes son las aguas que riegan y adornan la superficie terrestre; los polos están representados por las dos puertas del antro; una al norte, por donde bajan al infierno los malos, y otra al mediodía, por donde salen los que merecen la inmortalidad.

Porfirio, como todos los gimnosofistas, daba poca importancia al estudio de los cuerpos: su sistema y su lenguaje son esencialmente teúrgicos; y el primer efecto de la teurgía es destruir la física y la astronomía.

Proclo fué el último de estos filósofos, el cuarto y último evangelista del paganismo filosófico; religión abortada, herida de muerte antes de nacer; ídolo viejo pintado y retocado que quería luchar con la juventud y sencillez del cristianismo.

Proclo reúne en su mente todos los sistemas, todas las creencias, todas las supersticiones, todos los dioses; imposibilitado para negar el cristianismo y apegado al culto de las divinidades paganas, declara que el filósofo es el sacerdote universal y rinde culto en todos los altares de todas las religiones. Toma de Platon el culto de la idea eterna; de Sócrates las reflexiones morales; de los gnósticos la interpretación simbólica; del paganismo los dioses; del cristianismo las revelaciones y la purificación; de Plotino los demonios; de los magos los milagros. Admite la unidad de Dios, pero hace emanar de ella la multiplicidad de dioses que se dividen en supra-cósmicos y cósmicos inteligibles é intelectuales; pasando así desde el hombre á Dios por medio del mundo, por una serie de divinidades cósmicas, del mismo modo que pasaba del alma humana á Dios por medio de una serie intermedia de ángeles ó demonios.

Argumentando contra los cristianos, niega la creación y defiende la eternidad de la materia: comentando á Tolomeo, mezcla la astrología con la astronomía; explicando á Platon, establece la realidad y la importancia de la materia, pero sometiénola al poder de la magia; describiendo el movimiento, llega como Aristóteles á su primera y única causa, y entona cánticos á los astros como dioses.

Con Proclo termina en realidad y dignamente la filosofía greco-oriental, esfuerzo comun de Asia, Grecia y Egipto para resistir á la verdad cristiana. La escuela alejandrina renovó todos los principios conocidos ya, excepto los materialistas, porque el materialismo y el escepticismo no tenían razon de ser ante el espiritualismo cristiano. El conocimiento del universo no progresó nada con aquellas disputas que versaban casi exclusivamente sobre la teurgia: Tolomeo reinó sin oposicion, porque las creencias en la magia, en el iluminismo, en los éxtasis demoniacos, en todas las monstruosidades morales que pretendian explicar los milagros, empezando por la lucantropiá, ó la conversion temporal de los hombres en lobos, y concluyendo por la beatificacion en medio de impuros, repugnantes y alguna vez sangrientos misterios, estas creencias, decimos, no fueron tan eficaces que llegaran á alterar la idea general que entonces se tenía de las leyes naturales; ó por mejor decir, bajo aquella atmósfera poblada de espíritus, de vicios y virtudes, de ángeles y diablos, estuvo oculta á los filósofos la verdad de la naturaleza, olvidada en sus discusiones.

II.

Resúmen de la filosofía alejandrina. — La cabala. El gnosticismo.

En el extenso período que abrazan los filósofos de que nos hemos ocupado en el capítulo anterior, fueron tantos los esfuerzos que se hicieron para unir el mundo antiguo y el moderno, que sería una obra inmensa seguir individualmente las opiniones de los filósofos. Pero es conveniente para nuestro propósito resumir las tendencias de aquella época de fermentacion y de lucha, y presentar ligeramente el estado intelectual y moral del mundo.

Algunos escritores han afirmado que en todas aquellas doctrinas no se encuentra nada nuevo, sino reminiscencias y combinaciones de la India, de Egipto de Grecia y de la Biblia, influidas por la predicacion cristiana. No diremos tanto nosotros, á pesar de que los principios absolutos y fundamentales de la filosofía antigua pueden reducirse á corto número, y de que el sistema es más bien una habil o lógica combinacion, que una invencion perfectamente nueva.

Es cierto, sin embargo, que allí lucharon, se discutieron y se mezclaron todos los sistemas conocidos, sin que formara escuela por sí sola, y conservando su pureza, ningun-

na de las doctrinas que, con más ó ménos éxito, se habían impuesto anteriormente y habían tenido vida propia,

El hecho culminante de la filosofía alejandrina fué la muerte del escepticismo, y la reacción en sentido contrario á que se entregó aquella sociedad, ávida de creencias. Así fué que Sexto Empírico, á quien ya hemos citado, el escéptico incansable é intransigente, el negador universal, que se había propuesto curar á los hombres del mal de las creencias y que impugnó todo conocimiento positivo, emprendió una lucha estéril y sin séquito alguno. Su negacion, tal vez lógica en materias filosóficas y morales, pero absurda cuando en sus escritos contra los matemáticos pretendía rechazar los axiomas de la astronomía y de la física y las leyes adquiridas por la experiencia, no halló eco alguno, ni mereció apenas que nadie se ocupase en refutarla. ¿Cuánto habían cambiado los tiempos!

A la confusión de pueblos, naciones, lenguas y costumbres, á aquella irrupcion y mezcla de extrangeros producida por los sucesos políticos y las conquistas de Alejandro, correspondió en el órden religioso y en el filosófico otra confusion, que hizo de Alejandria la gran Babilonia del saber humano; exceptuándose sólo de tan heterogénea mezcla las ciencias exactas, que, poseyendo ya

algunos principios incuestionables, vivieron aisladas, como hemos hecho ver, y sin que en ellas influyeran de modo alguno las teorías que acerca del mundo, de la materia y de las leyes físicas del universo se predicaban en las cátedras, en las discusiones y en libros.

El sincretismo religioso lo invadió todo, y dió á las doctrinas un carácter nuevo, infiltrando en ellas el misticismo, y modificándolas en la expresion con el uso constante de la lengua griega. La cábala, hija de la interpretacion y de la tradicion, adquiere la libertad de la primera y el respeto y misterio de la segunda, y llega á abarcarlo todo en un sistema, que halagará siempre á los ánimos meditabundos y solitarios, que pretenden conocer el mundo por medio del estudio, sin cuidarse de la observacion, de la experiencia y de los hechos. Fenómeno indudable, que se ha reproducido varias veces y que se reproducirá siempre que el filósofo, el teólogo, el moralista, el hombre teórico quieran conocer el universo y sus leyes sin partir de los conocimientos exclusivamente científicos.

La cábala explicó tambien la creacion y existencia del universo. Suponia una sustancia primitiva en la cual residía innatamente, entre otros atributos, el del movimiento de expansion, circulacion y contraccion: por

medio de irradiaciones dependiente de estos movimientos, creó los mundos, como puntos luminosos, en los cuales cierto desarrollo propio produjo las leyes, fuerzas y propiedades de los astros. Existe una oculta simpatía ó relación entre el mundo moral y el mundo físico, ó sea entre los atributos divinos y estas manifestaciones exteriores; de modo que á cada número, á cada palabra á cada acto, corresponde una virtud, un vicio, ó un ángel de los que forman la cadena intermedia entre Dios y el hombre. Así es que, interpretando y combinando las cosas de la tierra, se verifican modificaciones fuera de ella; de donde nace la superstición, la teurgia más absurda; la significación simbólica de las letras, y sobre todo, en lo que á nuestro trabajo se refiere, la muerte de la ciencia, que depende de las virtudes secretas, cuyo conocimiento se halla en el éxtasis, en la contemplación y en la sutileza.

Como resumen de tan diversas influencias, como síntesis de tan opuestas doctrinas y como fórmula que quiso reunir las aspiraciones filosóficas de Asia, Africa y Europa, nació el gnosticismo, cuyo número de sectas fué infinito, y abrazó como consecuencias suyas todas las doctrinas que la iglesia llamó herejías en los primeros siglos del cristianismo

Por esta razón es difícil resumir en breves frases las creencias de los gnósticos; pero por punto general todos admitían un dios invisible, infinito, abismo insondable de cuyas emanaciones proviene todo lo creado en el orden intelectual y en el orden físico. Estas emanaciones son tanto más puras cuanto más cerca están de su origen: á medida que se alejan van predominando en ellas la ignorancia y las tinieblas, de modo que en las últimas hay todo género de vicios y defectos. Dios, sin embargo, no quiere que domine el mal, propio de la materia, y envía nuevas emanaciones, ó manifestaciones, cuyo objeto es disipar las tinieblas y encaminar la creación á la luz, á la pureza intelectual y moral. Una de estas manifestaciones fué Cristo.

En cuanto á las leyes de la materia, el gnosticismo las desconoció por completo en el terreno científico; si bien rechazó los absurdos de la cábala, y puso fuera de la voluntad humana y de la combinación caprichosa toda influencia sobre el mundo material.



CAPITULO VI.

FILOSOFÍA CRISTIANA.

I.

Estado moral é intelectual del mundo.

Aquella época en que el mundo variaba en su modo de ser no puede estudiarse sólo bajo el punto de vista científico. La revolución era principalmente moral: se hacia dentro del individuo.

Así todas estas doctrinas se referían más bien, como se ve, á la imaginación que á la inteligencia; el pueblo no las comprendía bien y tomaba de ellas la parte más grosera; naciendo así aquellas creencias ridículas, aquellas locuras, aquellos extravíos que hoy nos parecen un sueño, y que fueron realmente delirios y pesadillas fundadas en todas las creencias místicas y supersticiosas que se habían predicado en el mundo antiguo.

A este desórden intelectual correspondió otro moral: por eso en esta época abundan, como hemos indicado ya, más que en ninguna otra esas enfermedades mentales y morales propias de los tiempos en que duda la conciencia, en que domina el terror, en que

la mano de la providencia transforma, no ya las naciones, sino el ser íntimo del hombre; enfermedades que retoñaron despues en Europa, donde fueron alguna vez explotadas con fruto por el fanatismo ó por el crimen.

• El cristianismo — hemos dicho en otra parte—en sus primeros días tuvo mucho de secta mística, fantástica y misteriosa: vivió como todas las asociaciones secretas y perseguidas con los atractivos que para la imaginación tienen las iniciaciones, las ceremonias, los símbolos y los misterios, justificando el nombre de religión fantástica con que la distinguieron los alejandrinos.

• Estos en general, y especialmente los gnósticos, tomaron del cristianismo la parte misteriosa, y sobre ella fundaron su doctrina, ayudando así poderosamente á las alucinaciones, los éxtasis, las previsiones y prodigios que, como toda enfermedad moral, son mucho más contagiosos que las enfermedades corporales. Por esta razón las mujeres, sobre todo las que habían recibido la educación griega, tuvieron entre los alejandrinos una poderosa influencia y extremaron las opiniones y la lucha desde las dignidades sacerdotales y las cátedras de filosofía. La historia conserva los nombres de muchas de esas mujeres, algunas de las cuales descendieron de la cátedra del paganismo para subir al altar del martirio.

• Por otra parte, la semilla del Evangelio producía en las almas efectos muy distintos. Había creyentes inconscientes que, sin saber la doctrina, se dejaban arrastrar por una especie de delirio, por algo oculto que les seducía; sectarios ilusos « deslumbrados ó fascinados por la nueva verdad, cuyo alcance vislumbraban sin comprenderlo; » cristianos que eran « comomulos atados á la puerta de una iglesia » y que se sacrificaban al solo nombre del Maestro con una fe ciega é incomprensible; alucinaciones y arrobamientos producidos por la adoración á Aquel que era todo amor; relámpagos de fe; conversiones instantáneas; contagios imprevistos ante los mártires; terrores íntimos en el seno de las familias y en los cariños más profundos al contemplar la propagación de la nueva doctrina, que arrebatava los parientes y los amigos, que rompía los más sagrados vínculos, y separaba en el tormento, en los calabozos y en el patíbulo á los padres de los hijos,

• Todo esto, unido al efecto necesario de aquel continuo espectáculo de víctimas, de tormentos y de sangre; á la distinta pero siempre prodigiosa impresión que causaban la incomprensible abnegación y las contestaciones de los mártires, había de engendrar por necesidad el asombro, el terror, la desesperación, el deseo de venganza en unos,

la duda en otros, la exacerbación de todas las pasiones, un estado febril, una sociedad calenturienta, un pueblo de poseídos, de endemoniados, de víctimas y de verdugos.

« ¿Quién será capaz de describir el efecto de la palabra cristiana que cayó en la sociedad como la pequeña simiente que se deposita en la tierra, y que adquiriendo fuerza y desarrollo rompe su cárcel, separa las piedras, abre y conmueve el terreno y cambia en breve espacio la faz del suelo, extendiendo en secreto sus ocultas raíces? ¿Quién podrá pintar aquella conmoción, aquella agonía, que justificó la frase lanzada en las orgias y bacanales de las fiestas paganas, de que el mundo estaba loco? »

• Cuantos esfuerzos se han hecho para conseguirlo, desde la suposición de la locura de la cruz hasta las perturbaciones nerviosas á que han acudido los materialistas modernos, no han podido dar todavía á conocer aquel estado de fermentación de una sociedad que acababa para siempre, declarándose impotente con toda su grandiosa fuerza ante la sencilla palabra de un hombre muerto hacía mucho tiempo en el suplicio más ignominioso, y en el lejano rincón de un pueblo despreciado. »

II.

Escollo fundamental de la filosofía oriental y de los griegos. — Progreso introducido por el cristianismo.

El cristianismo se vió precisado á luchar desde el primer momento con todos los obstáculos que le presentaba el refinamiento del mundo antiguo: con la ciencia y el arte, con la filosofía y las costumbres, con el poder de los Césares y con la persecucion del pueblo. No tuvo una escuela verdaderamente filosófica en los primeros tiempos. La creencia, la adoracion y el peligro constante ocupaban suficientemente al cristiano para que le dieran lugar á discutir filosóficamente. El cristianismo presentó y dió la batalla con la fe, y aseguró el triunfo con la razon y la filosofía; con aquella filosofía sublime que se desprende de todas sus maximas. Veamos cuales eran sus principios.

La filosofía antigua no habia podido descubrir la relacion que une á Dios y al hombre, y de esta ignorancia provinieron casi todos sus errores. Lo infinito y lo finito, lo absoluto y lo contingente, lo eterno y lo humano eran en ella términos contradictorios que se repugnaban siempre.

El Oriente tiene, á pesar de la diversidad de doctrinas de sus grandes pueblos,

un carácter comun, una propension constante á la unidad, y como consecuencia al estacionamiento, que manifiesta en la ciencia por su union indisoluble con la religion, en filosofía por el panteísmo, en la vida social por las castas, y en política por el absolutismo.

Grecia protestó contra este cúmulo de tiranías, y estableció en religion y en política, en ciencias y en artes, la anarquía. Al quietismo substituyó el desbordamiento, el vértigo de la actividad; al silencio tenebroso del templo, la verbosidad; á la sombría concepcion del *todo*, la luz que penetra en todas partes y aísla los objetos y las ideas; la repulsion, el individualismo que destruye los vinculos y rompe los sistemas.

El Oriente, conteniendo tal vez los gémenes de toda la civilizacion posible, sofoca el progreso con el panteísmo, mientras Grecia le impulsa primero y le detiene despues con el extravío de todos sus elementos: allí la inmutable roca, y aquí la disgregada arena; allí la concentracion, aquí la radiacion; allí la unidad total, aquí el atomismo; allí Brahma, aquí la mitología. Ninguno de estos elementos puede ser base del progreso.

Uno y otro extremo desaparecen ante el cristianismo que establece el principio dinámico, el movimiento en la idea, en el sér, en la doctrina, que crea, no el exagerado in-

dividualismo, sino la personalidad completa inteligente, activa, responsable, que hace segun una bella frase, bajar á Dios del cielo y subir al hombre desde la tierra, que concibe la relacion espiritual y la ley fisica sin más vínculo que la subordinacion necesaria de causa y efecto, principio único de la ciencia.

El panteísmo asiático, absorbiendo en la unidad tenebrosa de Dios al mundo y al hombre, negaba á éste la personalidad, y al mundo la existencia individual con sus caracteres fisicos. Grecia predicó el individualismo que podia prescindir de Dios, y llegó á negar su existencia; y en cuanto á los panteístas griegos, se diferenciaron de los orientales en que ponían el universo y la materia sobre Dios; no confundían, como el Asia, el mundo en el seno de Dios, sino á Dios en el seno del universo, haciéndole muchas veces parte del mismo universo. La filosofia alejandrina ideó un misticismo ineficaz en que Dios y el mundo y Dios y el hombre estaban unidos por una serie de ángeles ó demonios ó por una porcion de influencias mágicas y supersticiosas. No se habia conseguido, pues, dar á Dios el atributo de infinito sino deprimiendo y achicando al hombre; no se habia sabido elevar y libertar al hombre sino deprimiendo y achicando la idea de Dios.

El cristianismo vino á fijar esta relacion simbolizada en el Hombre-Dios, que es el principio filosófico más grande, más fecundo que ha conocido la historia; la idea más sublime de toda la filosofia; el fundamento indestructible de todas las creencias modernas y la base de una nueva ciencia cuyo progreso puede llamarse infinito.

Bajo este punto de vista, la encarnacion, examinada á la luz de la historia por los filósofos modernos, es el principio de la ciencia y de la personalidad humana.

La libertad moral é intelectual quedó establecida con el cristianismo, y entónces comenzó la lucha con los hombres, hasta que una nueva revolucion nos dió la personalidad en la sociedad.

La ciencia asiática, la egipcia, la persa, pudieron vivir en el secreto del templo y como auxiliares del despotismo; pero propagadas al pueblo, convertidas en ciencia individual, en precepto a que siguió la conviccion y la práctica, sólo dieron de sí una sociedad de extraviados. Hé aquí la piedra de toque de las doctrinas; hé aquí el secreto del instinto de conservacion, que ha aconsejado á los magos y á los sacerdotes de tan diversas religiones la iniciacion en los misterios, para evitar la difusion de sus creencias.

No hay que temer la opinion pública en

materia científica; no hay que temer el extravío, ni la influencia del error; lo que hay que temer es que una doctrina no pueda resistir el juicio individual. Bajo este punto de vista, nuestra ciencia, fundada en la verdad, esta asegurada : éste es el progreso; no haya limite al exámen de lo que el hombre debe creer. Asia, Egipto y Grecia no pudieron resistir este exámen, y murieron para siempre. Desgraciadamente, la leccion no se aprovechó lo bastante; y todavía por algunos siglos la ciencia se rodeó de vanos oropeles, de falsos esplendores y de ridiculos misterios, pretendiendo cegar con ellos al osado que quisiera examinarla.

Pero aquí comienza un nuevo estudio y termina el que nos habíamos propuesto hacer.

Tal vez en otro libro describamos este cuadro.

FIN.

ÍNDICE

Prólogo. III

CAPITULO I.

ASIA Y ÁFRICA.

- I. — El sentimiento de la naturaleza en los pueblos antiguos y modernos. — Panteísmo oriental. — La religion y la ciencia. — Su necesaria union. 7
- II. — INDIA. — Doctrina de Brahma. — Emanaciones. — Metempsicosis. — Su carácter moral. — Astronomia india. — Génesis segun las Vedas. — Budismo. 14
- III. — CHINA. — Filosofia china. — Carácter de la ciencia. — Su ineficacia en el progreso. 24
- IV. — PERSIA Y CALDEA. — Ciencias persas. — Zoroastro. — Astronomia caldea. — Astrologia. 28
- V. — EGIPTO. — Carácter de este pueblo. — Sus creencias. 34

CAPITULO II.

UNIDAD DE LA CIENCIA ASIÁTICA.

- I. — Comunidad de la tradicion científica en Asia. — Indicios de un mismo origen. — Ciencia primitiva. 41
- II. — EL PUEBLO HEBREO. — La creacion segun Moises. — Su carácter posible. — Superioridad de la tradicion hebrea. — Ciencia de la Biblia. 50

CAPITULO III

GRECIA.

- I. — Carácter de la religion y de la ciencia en Grecia. — Mitos y sus interpretaciones. — Creencias acerca de la divinidad. 61
- II. — ESCUELA JONICA. — Tiempos primitivos. — Escuela jónica. — Tales. — Anaximandro. — Anaximénes. — Anaxágoras. 72
- III. — ESCUELA ITALICA. — Pitágoras. — Su doctrina y su vida. — Creencias acerca del universo. — Dudas sobre este punto. — Empedócles. — Su doctrina y milagros. — Filolao y otros. 80
- IV. — ESCUELA ELEÁTICA. — Carácter y division de esta escuela. — Jenófanes. — Parménides. — Meliso. — Demócrito. — Atomismo. — Heráclito. 95
- V. — SOPISTA. — Protágoras. — Górgias.

- Pródico. — Reflexiones sobre los sofistas. 102
- VI. — SÓCRATES. 107
- VII. — SECTAS CIRENAICA Y CÍNICA. — Aristipo. — Teodoro. — Consecuencia de su doctrina — Antistenes. — Diógenes. — Sus extravagancias — Crates. 111
- VIII. — OTRAS SECTAS. — Platon. 117
- IX. — DISCÍPULOS DE PLATON. — Espenci-po. — Jenócrates. — Arcesilao. — Carneádes. — Pirron. 12
- X — ARISTÓTELES. 130
- XI. — ESTOICISMO. — Creencias de los estoicos. — Su moral. — Zenon. 137
- XII. — EPICUREISMO. — Doctrina de Epicuro. — Sensualismo. — Movimiento de los átomos. — El dios de los epicúreos. 142
- XIII. — ROMA. 147
- XIV. — RESÚMEN DE LA FILOSOFÍA GRIEGA. 149

CAPITULO IV.

CIENCIA INDEPENDIENTE DE LA FILOSOFÍA.

- Efectos de la doctrina aristotélica. — Aristitilo y Timocáris. — Arato. — Aristarco. — Eratóstenes — Arquimedes. — Hiparco. — Tolomeo. 166

CAPITULO V.

FILOSOFÍA ALEJANDRINA.

- I. — Lucha del cristianismo con la filosofia alejandrina. — Simon el Mago. —

Apolonio. — Filon. — Plotino. — Porfirio. — Proclo. 173
II. — Resúmen de la filosofía alejandrina.
— La cábala. — El gnosticismo. . . . 187

CAPITULO VI.

FILOSOFÍA CRISTIANA

I. — Estado moral é intelectual del mundo. 192
II. — Escollo fundamental de la filosofía oriental y de los Griegos. Progreso introducido por el cristianismo. . . . 196



U ANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E

